

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

OBRAS COMPLETAS

DE

JOAQUIN V. GONZALEZ

*Edición ordenada por el Congreso
de la Nación Argentina*

Volumen XVIII

BUENOS AIRES

1936

OBRAS COMPLETAS
DE
JOAQUIN V. GONZALEZ



JOAQUÍN V. GONZÁLEZ
Rio de Janeiro, agosto de 1906.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

OBRAS COMPLETAS

DE

JOAQUIN V. GONZALEZ

*Edición ordenada por el Congreso
de la Nación Argentina.*

Volumen XVIII

B U E N O S A I R E S

1936

Es propiedad. Se ha hecho el depósito de ley.
IMPRESA MERCATALI, ACOYTE 271. — BUENOS AIRES.

CUENTOS . . .

1894

JOAQUIN V. GONZALEZ

JOAQUIN V. GONZALEZ

Mientras siga siendo la verdad, nada ha de significar que se haya dicho mucho y deberá ser repetido: Joaquín V. González es el escritor nacional que en la actualidad tenemos los argentinos. En cada página suya está siempre, como si fuera su propio espíritu, el espíritu de nuestro país. Este no tiene secretos que su alma no penetre. Patria y arte han llegado a confundirse y unificarse en su blasón literario. Ciudadano de la patria del arte, lleva la bandera del arte de la patria. De dos cultos ha hecho uno solo. Sus montañas son suyas y él las llama así porque están dentro de los límites de su nacionalidad y dentro de los límites de su pasión intelectual. El las viste con la vida de su corazón y de su inteligencia y ellas se le entregan con todas sus galas visibles y toda su naturaleza íntima y misteriosa, satisfechas de verse comprendidas y amadas con un amor que tiene hasta ímpetus y arrebatos perfectamente mundanos.

Qué arte tan distinto es éste, lleno del vigor de la tierra, robusto y sano, que surge de la montaña, y de la selva, y de los ríos, y de la pampa, cuando es evocado por quien sabe de esas grandezas y se siente capaz de dominarlas; qué arte tan distinto del que persigue loco una pobre originalidad cualquiera por los callejones de la ciudad enfermiza, en las salas aristocráticas en que reina Guerlain o en los escaparates en que hay flores y pájaros artificiales sobre graciosos sombreritos de paja! Hay la distancia que media entre aquel festín de cóndores que nos ha descrito González y una de esas comidas frecuentes de nuestros dispépticos elegantes de la

calle Florida. ¿Quién no ha tenido cariñosas inclinaciones del sentimiento, tiernas simpatías por los que buscan expresar en forma rara y contrahecha, pero trabajada con pasión artística, las cosas, también extrañas y extraviadas, que hacen y dicen los hijos legítimos de este fenomenal fin de siglo? ¿Y quién no los abandona sin lástima para subir, orgulloso de su poder, abierto el pecho a los aires de las cumbres, con los que invitan, como Joaquín V. González, a fijar en la retina para siempre el panorama con que están familiarizados los cóndores?

Este nuevo libro de González es otra preciosa ofrenda que él deposita a los pies de la diosa Patria. En las páginas que vienen, brilla siempre el estilo de La tradición nacional y Mis montañas, estilo que ora es “como el granito de los Andes, de cuyos flancos ciclópeos heredó sus formas rígidas y armónicas a la vez”; ora como las flores de la comarca montañosa, que tienen “aromas semejantes a la inocencia de la primera edad” y “tintas frescas, inalterables y siempre nuevas”. Son cuentos, paisajes, descripciones y retratos, los artículos que forman este volumen. El alma popular los anima a todos con su poesía melancólica, caprichosa, llena de preocupaciones y de supersticiones de un encanto y de una ingenuidad infantiles y adorables. Están escritos con esa placidez tan contagiosa y tan benéfica del espíritu de este poeta nacional, — placidez que llena de lágrimas dulces los ojos o dibuja sonrisas tristes en los labios, que levanta el alma serenamente hasta las más altas regiones o la acompaña cariñosa en el descenso, sin perjuicio de sacudirla a veces con toda la fuerza de un torrente andino y sumergirla de golpe ya en la luz inmensa ya en la inmensa tiniebla...

JUAN CANCIO

(Mariano de Vedia)

I

MAURICIO

MAURICIO

Esto que voy a contar sucedió en mi pueblo, en ese pedacito de tierra argentina, encerrado por colinas pintorescas que rodean, formando una elipse de algunas leguas, el valle tributario del Famatina. Allí está Nonogasta, asiento legendario de mis ascendientes, cubierto de viñedos y alfalfares, y cruzado de arrogantes alamedas que se divisan de lejos como las avenidas de un paraíso de inalterable ventura, de inextinguible verdor.

Por aquel tiempo, — el de mi historia, — toda la gente de faena, los mozos y las mozas robustas y rozagantes como árboles nuevos a los cuales no falta riego ni cuidado, andaban revueltos y avispados con la proximidad de las fiestas de Santa Rosa, la rosa mística protectora de nuestra América, y por advocación especial, del antiguo pueblo de Anguinán, distante unas tres leguas y al pie de una de esas colinas circundantes.

Todos preparaban trajes vistosos y lucidos; sacaban a orear sobre los cercos las prendas de lujo del fondo de las petacas, y cuando esto se hacía en todos los ranchos de la población, parecían vestidos de gala, con grandes mantos de espumilla de seda, de colores provocativos y dibujados con toda una exuberante floricultura, pero que ondearán airosos sobre la espalda mórbida de las chinitas, frescas y gordiflonas, movedizas y decidoras, cuando monten a caballo y emprendan al galope hacia el pueblo vecino el día de las fiestas, en caravanas bulliciosas, como que irán llenas de esperanzas de sus primeras conquistas o del cumplimiento de pasadas y secretas promesas.

La primavera tenía la culpa de todo aquel alboroto, y de que las pacíficas haciendas de la aldea señorial rebosasen de contento, de risas y de preludios de futuras canciones, porque ya los viñedos podados y listos empezaban a verdear con los primeros brotes; los duraznales inmensos, alternados con grupos de cepas, hallábanse pletóricos de sus flores de un rosado sangriento como mejillas de niña robusta, y parecían, mirados a distancia, como si no hubiese más que flores sobre todas las fincas; los zorzales cantaban melodías, perdidos entre los bosques de árboles frutales y de rosales silvestres, como si cada uno llamase por cantos convenidos a su querida para la estación del amor: había locura en la naturaleza, desborde en el colorido y en los brotes de las plantas, gritos y cantos de fiesta por todos lados y anuncios de desordenada alegría en los corazones. Era la primavera la única culpable, porque aquel año quiso derramar sobre la aldea y sobre las almas juveniles toda la riqueza de sus arcas, toda la pompa de su reino y la borrachera de su savia peligrosa.

El día de fiesta, bien de mañanita, junto con los amagos del sol primaveral, una cabalgata numerosa emprendía la marcha hacia el pueblo donde el festival de Santa Rosa de Lima celebrábase con el concurso de todas las gentes comarcanas de tres, de cinco, de siete leguas a la redonda. Había que llegar antes de la misa, y por eso se apuraba a los caballos, y las muchachas se valían de esto para apartarse solas con sus acompañantes, dando carreras para que ellos las sigan y haciendo flamear las cintas multicolores y los flecos de los pañolones de seda.

Mientras el alegre grupo se alejaba por el ancho carril al son de risotadas y vidalitas, allá en el patio del rancho, se quedaba solo un mocetón fornido y de corte árabe, ensillando la mula favorita con el apero de los días grandes: cabezadas, riendas y estribos con chapas de plata, lazo nuevo a los tientos, y asomando por debajo del pellón de merino las borlas de la alforja, bordada por la mano de la *prenda*, cuando la tenía y le enviaba los regalos para el avío del viaje.

La mula de Mauricio, — que éste era el nombre del mozo, — estaba para rajarla con la uña, porque la había tenido a pesebre para ese día y era un animal providencial. El la quería como a un pedazo de su ser, porque en los mil trances que a un hombre de parranda y de pendencia, de travesías y patriadas le suceden, ella le había salvado la vida cual una divinidad protectora.

Así podía beber tres días y tres noches encajado sobre la montura y sin apearse un instante, como tomar, ya perdido el conocimiento, el rumbo que quisiera, seguro de que la mula le había de sacar ileso y llevar al patio de su rancho de Nonogasta, aunque para ello tuviese que recorrer los campos, cortando selvas y caminos extraviados y aún en las tinieblas de la noche.

Mauricio estaba triste, y antes de montar para seguir la caravana, sacó de la pintada alforja una botella de aguardiente y entonó el pecho con el primer trago de la fiesta, que había de ser memorable. Cuando revoleó la pierna para enhorquetarse en la montura, y se acomodó bien en los estribos y en el asiento, sacudió los pies para ver si las rodajas de las espuelas repicaban en forma y se puso en camino.

El era uno de los muchachos más queridos de toda la hacienda; descendía de viejos servidores encanecidos en compañía de sus amos, y era respetado por los de su clase por algo superior reflejado en el acento, en la mirada y en los modales ennoblecidos por la proximidad de los patrones. Por eso sus bodas con la mejor de las muchachas del pueblo, con la linda Carmen, fueron un triunfo, y por eso también, para su desdicha, cuando la perdió para siempre, al año de desposada, apenas le salvaron de resoluciones desesperadas y locas. El prometió a uno de mis abuelos que no haría disparates, pero le dejarían en cambio el derecho de llorar y de sufrir toda la vida, y de ahogar de cuando en cuando sus penas como el corazón se lo pidiese...

Nunca el recuerdo de su Carmen le había asediado más que aquel día. Como que toda una historia de felicidad se re-

novaba para él entonces: hacía un año que en esa misma mula, primorosamente enjaezada, se marchaban a las fiestas: ella iba a las ancas sobre una alfombra nuevecita, y prendida de la faja de seda encarnada que modelaba el cuerpo atlético de su novio, así, bien cerca, para que él pudiese, a escondidas de los otros, volver la cara para darle un beso delirante sobre la mejilla ruborosa y cálida...

¡Recuerdos terribles los del pobre Mauricio! Pero un trago más del aromático licor de la uva le espantó la visión tenaz, y quiso distraerse cantando a solas algunas tonadas alegres. Al salir de la población, se alza, o mejor dicho, se halla reclinado el pobre cementerio donde casi todos mis antepasados reposan, y donde hacía apenas un año Mauricio había depositado el cadáver de su "Carmen idolatrada" como le solía decir en sus coplas de amante; y allí la mula, siguiendo una costumbre dolorosa de su dueño, se detuvo un instante en frente del portón siempre abierto del humilde refugio.

Sintió el joven viudo un golpe sobre el corazón, como si una mano invisible se lo hubiese lastimado por dentro, y cerrando los ojos para cortar la cadena de las lágrimas y hacerse la ilusión de que, apagando el mundo exterior apagaba el de lo íntimo, clavó los ijares de la mula y casi al galope se alejó por el camino de las fiestas...

A todo esto, ya la comitiva hacía mucho que había llegado a Anguinán, justamente antes de empezar la función de la Patrona. Cuando dieron vuelta al último recodo del camino, se oían los repiques juguetones de las campanas de la iglesia, y muy pronto vióse la fachada triangular con unas manos de blanco, lo que le daba a lo lejos el aspecto de una paloma con las alas abiertas. El campanario es tan sencillo, que inspira un sentimiento indefinible de ternura, y hasta dan deseos de ser hondamente devoto para consagrarse a la indigencia evangélica, y a la vez, seráfica que aquella construcción revela... Encaramados sobre un travesaño de madera del cual penden las pequeñas campanas, algunos muchachos del pueblo las habían tomado por su cuenta, y a gui-

sa de repiques, ejecutaban sobre ellas como si redoblasen en un tambor dianas victoriosas, aires de regocijo que iban a recorrer de prisa y atropelladamente todos los rincones del circuito de graciosas colinas: como que el señor cura les había dado plena libertad para meter todo el barullo que quisiesen, ahora que llegaba la ocasión y como quien alegra a la gente.

Cuando la caravana nonogasteña asomó a la plaza del pueblo, notóse un movimiento de júbilo en todos los vecinos y forasteros que pululaban en frente de la iglesia esperando el último toque. Reventaron miles de coheteillos regalados para la función; los muchachos de la torre hicieron exclamar en alborozadas bienvenidas a las campanas, y todos, por fin, sintieron anuncios de que las fiestas serían esta vez, como nunca, espléndidas, grandiosas... ¡Qué de proyectos y de preparativos! Pero no es hora todavía de pensar en eso, porque la misa va a empezar; ya ha entrado todo el gentío a la iglesia y sólo se siente después un profundo, un religioso silencio que dura un largo rato.

Afuera habían quedado solamente los hombres encargados de los estruendos y de las salvas en el instante *de alzar*, para lo cual daría la señal un negro colocado en la puerta... Cuando fué tiempo, las campanas lanzaron verdadera lluvia de repiques acelerados, y desde la plaza estremecieron los cerrillos circunvecinos las *camaretas*, los cohetes y los *buscapiés* encendidos todos a una voz, y las descargas de una compañía de voluntarios armados con fusiles de chispa, preparada también para el acto.

Después, cuando terminó el oficio, salían los feligreses de la pequeña nave, apretándose en la puerta, y con sus vistosos y abigarrados trajes hacían el efecto de una bandada de pájaros a los cuales se les hubiese de pronto abierto la prisión. Todos corrían a buscar sus cabalgaduras, amarradas del cabestro a la sombra de los grandes árboles de alguna finca próxima, y formados de nuevo los grupos, se dispersaron entonces, yendo a las pulperías o a las casas donde se habían preparado los bailes para los tres días de la fiesta. En breve

empezaron a oirse en distintos puntos, dentro de las casas ocultas por los huertos, los compases saltones de las músicas y las danzas criollas.

Los nonogasteños tenían preparada su fiesta en una casa espaciosa con frente a la plaza, y al fondo una extensa finca de viñas y de abundante fruta. Debía haber provisión de todo, y de entusiasmo para los tres días obligatorios de diversión, y allí había concurrido lo más escogido del pueblo en punto a mozas bailarinas y a galanes trasnochadores y capaces de seguirla sin descansar, si ustedes quieren, una semana entera, en habiendo música, vino y muchachas.

Era delicioso, oído a distancia, el rumor intermitente de palmoteos, algazara y cohetería que se levantaba de distintos puntos de la pintoresca población escondida entre los árboles, de manera que aquellos estrépitos de festín parecían surgir de un paraje de encantamientos y de brujerías.

Por más que hizo Mauricio para llegar a tiempo de oír la misa, sus pensamientos no se lo permitieron, y deteniéndose a cada momento, echaba un trago de aguardiente, cobraba nuevos bríos y seguía la marcha. Así, cuando llegó a los primeros cercados del villorrio de las fiestas, ya todos estaban de baile, y lo que era de notarse, ya su cabeza no venía muy dueña de sus facultades.

Una oleada de piadoso remordimiento sintió levantarse en su corazón cuando vió cerrada la descolorida puerta del templo, como si se le negase a él solamente el derecho de ir a doblar la rodilla delante de la Virgen. Hay que confesar que en ese instante Mauricio tuvo miedo de algo desconocido que su ignorancia y la turbación de sus sentidos no le permitieron determinar claramente; sólo, sí, que le temblaron las carnes y un frío agudo recorrió por dentro de sus venas.

—No hay más remedio, — se dijo para sí, — que ahogar las penas con el licor. Si Dios me castiga, que sea con la muerte, pero, por lo menos, yo no lo he de sentir; y empinaba de nuevo la botella para matar en la conciencia los dos pensamientos que ahora le torturaban; ¡y los dos eran tan

tenaces, tan profundos, tan dolorosos! El pobre muchacho estaba desconocido. Sus nobles facciones, sus ojos negros y brillantes, su apostura caballeresca parecían marchitos por un principio de muerte lenta, como se ponen las hojas del sarmiento trepador cuando el insecto ha cortado la raíz en el fondo de la tierra.

Daba lástima contemplarle: vacilante, inestable sobre la montura chapeada, atinando apenas a imprimir rumbo a la paciente bestia, la cual le conducía con un cuidado maternal, evitando las ramas espinosas, suavizando las bajadas y los pasos difíciles, deteniéndose bajo la sombra de los árboles, soportando con resignación amorosa los caprichos y los rigores de su inconsciente dueño. La pobre bestia tenía los ojos tristes y como enturbiados de llanto, pero era visible su contento cuando Mauricio se acostaba sobre su cuello, rodeándolo con los brazos, como si en su delirio perenne, en su aturdimiento premeditado, buscase en esas caricias un consuelo que ya no existía, o cual si se amarrase a ella para que le salvase de un desierto o de un bosque sin salidas ni derroteros.

Vinieron medio a despertar y solicitar su albedrío los rumores del baile donde se divertían sus compañeros de partida; picó a la mula hacia ese sitio, y ella le condujo hasta el patio de la casa, en el cual se había formado el salón; la parranda estaba en lo mejor, el entusiasmo en su punto y los muchachos se despepitaban zapateando *chacareras*, *gatos* y *escondidos*, y ondeándose con el movimiento arrebatador de la *cueca*, para la cual no admiten competencia las criollas de mi pueblo. Estallaban los vivas y se cruzaban los brindis en honor de la pareja triunfante, y se encendían cajones de cohetes cada vez que alguna linda morocha, al terminar la vuelta, se quedaba desafiando al amor en la postura final, con el pañuelito blanco revoleado en alto con la mano derecha, sonriente y provocativo el rostro y ardiente la mirada...

Mauricio tenía la borrachera triste y de una tristeza comunicativa; por eso cuando la mula se detuvo con él casi en

medio de la sala del baile, porque así solía hacerlo siempre, una ligera sombra de melancolía se extendió por la reunión. Fueron en vano los ruegos para que se apease a tomar parte en la alegría común, para que bailase unas cuantas cuecas, con las que hacía volverse locas a las muchachas en sus buenos tiempos, o por lo menos, para descansar del viaje.

Nada, nada! Mauricio se abrazaba del cuello de la mula, resistiéndose a todo trance, hasta que, advirtiendo instintivamente el mal que hacía su presencia de tal suerte, se puso de pronto de buen humor y a pedir piezas para que bailasen las niñas que él designaba:

—Vaya, vaya; a la salud de don Mauricio! — gritaron todos, contentos por esa repentina alegría, — ¡que baile una chacarera la Pepita con Juan Pablo! ¡Que salgan al medio, que salgan! — Y cuando la Pepita se levantó coqueteando a pararse en el centro del salón, tiró a su asiento el abanico y el ramo de albahacas que tenía en las manos y el elegante compañero la invitó a principiar, con un gracioso contorneo y una miradita convidadora, no hubo pecho que no estallase en un grito de entusiasmo, y las manos parecían escasas para palmotear al compás de la música cuyas variaciones la pareja seguía con pasmosa agilidad y gracia desbordante. Fué tanto el efecto de esa tanda a la salud de Mauricio, que éste casi se dejó caer de la montura para estrechar en un abrazo loco aquella cintura incomparable y aquel cuerpo todo de la Pepita, que hacían olvidarse del mundo y volver la razón a los que la habían dado en cambio del vino. Pero aquel vahido de sensual entusiasmo le hizo mal; y como tenía la borrachera triste, todos le vieron derramar una lágrima silenciosa que corrió sobre su tostado rostro, nublado otra vez de súbito por la embriaguez, estimulada sin duda por las emociones fuertes; pero pudo balbucir algunas frases de cumplimiento en pago del obsequio, porque al fin Mauricio no tenía rival en cuanto a decidor y coplero:

—Oiga, niña; si en mi jardín hubiera flores y en mi cielo hubiera estrellas, ya estarían a sus pies para que usted

las pisara... Y pidiendo un vaso de vino para sí y otro para la Pepita, la llamó a su lado, puso la mano suavemente sobre su espalda y casi en secreto, entrecortadas las palabras por sollozos desgarradores que parecían de la borrachera, le dijo al oído:

—Vea, mi hijita, no me desprecie. Yo soy un hombre maldecido de la suerte; pero cuando esté en sus glorias, acuértese que el pobre Mauricio le ha dedicado un gemido de su corazón. Y diciendo esto chocó su vaso con el de ella con tanta fuerza y de modo tan brutal, que el suyo cayó hecho pedazos, como si se hubiese roto su corazón. Después, ya no dijo más. Una pesantez de cadáver doblegaba su cuerpo, a cuyas oscilaciones la mula obedeció, dando vuelta suavemente en dirección a la calle... Los del baile se quedaron un momento en silencio; una niebla ligera empañó los ojos de la triunfadora Pepita, pero las músicas, con sus aires aturdidores y provocativas cadencias, volvió la animación al festín interrumpido.

El ebrio salió de allí para vagar por las tortuosas calles de la aldea, entregado al instinto de la mula amiga; a cada momento, donde oía rumores de diversión, la picaba con las espuelas con impulso automático, y el dócil animal le obedecía como si sintiese pena de contrariarle. Pero en los otros grupos no le querían tanto y no hacían de él ningún caso, y por allí le dejaban solo, abandonado a su bestia y a los intermitentes pero tardíos relámpagos de su voluntad embotada.

Mauricio se perdió de vista entre las encrucijadas que forman los callejones de las fincas y de los viñedos frondosos; era un cadáver amarrado sobre la mula, y ésta vagaba, vagaba sin más dirección que la impuesta por el instinto de salvar al jinete, ya deteniéndose largas horas debajo de un tala gigantesco, como para ocultarle debajo de las ramas a la vergüenza pública, ya retirándose por la noche al abrigo de algún rancho, donde quizá la compasión o el comedimiento se lo arrancarían de encima para ofrecerle un techo.

Pero, nada; pasaron los tres días de la fiesta de Santa

Rosa, volviéronse a sus aldeas lejanas los promesantes y los forasteros y la villita se quedó de nuevo sumida en el mortal silencio de siempre, no alterado sino por los perros que durante la noche levantan espeluznante concierto de aullidos, provocados por cualquiera sombra pasajera o por ruidos que vienen de no se sabe dónde, traídos por los ecos de las montañas. Y el grupo de Mauricio sobre la mula, cruzando como visión sepulcral por todas partes, o como espanto de arrepentimiento después de tanta licencia y orgía, tuvo a los habitantes del pueblo en constante sobreexcitación, hasta el punto de creer que fuese aquel jinete extraño alguna encarnación del Diablo montado sobre una mula maldita.

Al fin, aquella horrible peregrinación debía concluir de alguna manera, y fué la mula de Mauricio la que dió el desenlace. Iban ya tres días de no reposar un instante, de no quitarse el freno ni de probar un bocado: llamábanla desde su pesebre lejano el pasto fresco y la necesidad de holganza, de revolcarse sobre la arena menuda y recobrar aliento. Su amo no la contrariaría, y de todas maneras, quizá él ganaba más con la vuelta a la casa de cada uno.

Como todos le creían *caso perdido*, le dejaron solo sus compañeros, o le creyeron ya de regreso anticipado. Por eso la comitiva nonogasteña se encaminó tranquila, aunque no con la misma algazara de la venida, hacia los hogares y las labores abandonados. ¡Qué diablos! No trae uno la misma cara cuando viene a una fiesta que cuando se vuelve de ella, y lo último suele marchitar el humor hasta convertirle en fastidio y en ganas de provocar reyertas al primer transeunte que se pone al paso.

Así, pues, el infeliz Mauricio se quedó entregado a la casualidad y al instinto de la mula incomparable. La última noche de las fiestas estaba obscura; los caminos se perdían entre las dobles tinieblas del bosque, y ni siquiera fosforescencias caprichosas venían a dar vislumbre. ¡Y de qué había de servirle al pobre muchacho sin sentidos! La bestia marchaba de prisa, guiada por ese instinto que mis paisanos lla-

man *el amor de la querencia*, y a la cual llegan siempre los animales, siquiera se hallen extraviados en el lugar más desconocido y desorientado. Mauricio, bien acomodado sobre la silla, sosteniéndose en equilibrio gracias a ese poder milagroso que cuida de los ebrios y de los niños, dormía a ratos, en otros hablaba deliberando con las cosas más extrañas, y de vez en cuando, quizá en medio de algún sueño horrible, lanzaba gritos desgarradores como lamentos infernales en medio de las sombras y del silencio, e iban a hacer estremecer las colinas y el valle sobre los ecos sensibles.

La mula apresuraba cada vez la marcha, como si quisiese evitar, llegando pronto, una catástrofe, o como si temiese caer muerta ella misma en medio del campo y dejar a su dueño abandonado, perdido para siempre. ¡Ah! pero de súbito divisó a lo lejos algunas luces semejantes a las que anuncian vivienda humana. Eran los fogones de Nonogasta, y al fin el pobre Mauricio podría reposar su cuerpo bajo el techo paterno... Las luces se aproximaban, corrían a encontrarlos en el camino y por instantes se perdían... El animal, extenuado de fatiga, debilitada la vista por el hambre y la sed, siguió a ciegas aquellos fuegos movibles y engañosos y entró detrás de ellos por el desencajado portón del cementerio, yendo a detenerse enfrente de una de las sepulturas humildísimas que allí se levantan con majestad de monumentos por el amor que encierran.

Mauricio sintió la repentina detención, abrió desmesurados ojos y creyéndose delante de su casa, bajó con perezoso esfuerzo, y extendiendo al lado de la tumba su manta de viaje se quedó sobre ella profundamente dormido, con el peso de tres días de embriaguez, de ayuno y de constantes y ahogados sufrimientos.

Era la media noche negra y pavorosa. A cada momento surgían de las sepulturas llamaradas pálidas que iban a perderse en otros sitios, como si los muertos se entretuviesen en juegos infantiles desde el fondo de sus cuevas.

La mula que se había quedado de pie como otras veces,

velando el estúpido sueño de su amo, no pudo resistir más tiempo, lanzó un estridente bufido de terror y emprendió la fuga hacia la casa de Mauricio, dejándole solo, como un muerto más entre los muertos. Las aves y los roedores nocturnos, residentes venturosos de los pobres cementerios de aldea, sintieron alarma aquella noche: ¡algo extraordinario había en la pacífica morada de sus banquetes opíparos! Las lechuzas siniestras volaban hacia los árboles cercanos con su grito fatídico; los zorros audaces se acercaban hasta olfatear el cuerpo de Mauricio, y aleccionados por su astucia insuperable, contentábanse con arrancar del tirador, de las botas o de las espuelas del mozo, algunos cordones de cuero...

El alba venía ya; se anunciaba por la brisa fresca que la precede en aquellas comarcas, por la casi imperceptible tinta rojiza que empieza a teñir los vapores de la noche, y al fin, por un ligero piar en los nidos y en los aires.

Mauricio se incorporó de pronto, como poseído de una pesadilla horrorosa; se restregaba febricitante los ojos y los abría con avidez; no podía ser, jamás, lo que veía apenas por la luz inicial del día y con la aún dudosa claridad de sus sentidos... Confundíale, trastornábale gradualmente su informe raciocinio. El recordaba haber salido hacía mucho, y no obstante, estaba allí, solo, tirado en el suelo; ¿adónde fué y cuánto tiempo pasó desde entonces? Su razón se turbaba cada vez más, latieronle las sienes con dolores agudos, clavó sus miradas de poseído sobre la deslustrada pared del sepulcro que tenía a su lado, y por último, pudo ver en él un nombre, una reliquia conocida; y lanzando un grito espantoso que hizo vibrar el espacio:

—“¡Carmen!” — una sombra densa que no debía salir jamás, entró en ese instante en el cerebro del desgraciado Mauricio. Pasó un breve intervalo de la inconsciencia pasajera del vino, a la irreparable, a la eterna tiniebla de la locura.

Cuando la gente de su casa, vió llegar a tales horas la mula ensillada que montaba Mauricio, dando bufidos ate-

rrorizados, corrieron a buscarle con ansiedad y con negro presentimiento. Recorrieron el campo y las selvas, gritaban, llamaban con acentos casi sollozantes en el fondo de la noche al infeliz muchacho, y cuando ya el día aclaró los rastros de la tierra, pudieron encontrarle... Venía solo, a pie, cantando coplas alegres con acompañamiento de una guitarra que se imaginaba llevar en las manos... No conocía a nadie y hablaba a todos de cosas extraordinarias, incomprensibles, pero siniestras.

Sus palabras de loco eran relámpagos de tempestad interior. Cuando él reía a carcajadas, los del pueblo lloraban en silencio; y así aquella primavera que cubrió de flores los huertos, regó de lágrimas los corazones.

II

LOS FUEGOS DE SAN JUAN

LOS FUEGOS DE SAN JUAN

(Recuerdos de provincia)

Siempre que traigo a la memoria los recuerdos de mi infancia, me vienen unas ganas de llorar irresistibles, y más de una vez he acudido a toda la ciencia aprendida en los libros y en veinte años de estudios y de experiencia, he llamado en mi auxilio toda la fortaleza de hombre, que para los casos corrientes no me falta; pero, nada; el problema sigue insoluble y el hecho se repite con frecuencia alarmante. Me imagino ya convertido en un viejo lacrimoso e insoportable, en una especie de Magdalena con pantalones, y por ende, ridícula, gimoteando tras una idea imposible, como que la infancia ya pasó y ni siquiera la más absurda filosofía me permite entrever la realización mental de una vuelta a la niñez.

Entonces hago lo que tantas veces he visto en las comedias: me esfuerzo para cambiar de súbito el llanto en riza, el tono quejumbroso en alegre y risueño, el estilo grave en palabreador y chacotero: artificio que al fin reemplaza a la realidad y provoca en los demás la sonrisa verdadera, benévola y franca, pues sólo creyeron una travesura esta profunda y dolorosa revelación de la gotita de agua de los ojos, de alguna fuente que debo de llevar escondida en el fondo del alma.

¿Soy un enfermo, un neurótico, un pusilánime, un ser defectuoso, un espíritu sugestionado por elementos mórbidos de mi tiempo o de mi historia? Para resolver este problema, allá quedarán mis escritos, de entre cuyas líneas el análisis desentrañará la solución; básteme por ahora con la confianza, a manera de proemio a estas nuevas líneas nacidas de un re-

cuerdo, de escenas infantiles recordadas por la presencia de un aniversario, el del día de San Juan, portador de tantas buenas venturas.

Los niños de mi pueblo teníamos el culto de San Juan tan encarnado, tan metido en nuestras costumbres, que era de quitarse el sueño muchos días antes de la fecha, en los preparativos de las fiestas consagradas: era un fetiquismo de origen inaveriguable, porque además de ir el fuego como símbolo inconsciente, nunca pude darme exacta cuenta, ni me preocupé gran cosa de la razón histórica de encender hogueras colosales la noche de este día, siendo para mí la única la de que en junio el invierno cortaba las carnes, las sierras cubríanse de nieve y le entraban a uno deseos locos de ponerse a correr a toda furia por las calles, y a dar gritos y a armar descomunales alborotos en toda la villa.

Verdad es que en las poblaciones agrícolas los primeros meses del año se vive de fiesta en fiesta, ya para segar las mieses, trillarlas y almacenarlas, ya para cosechar la uva con bullicio de carnaval y zarandeo de festín, y asistir luego a la faena primitiva de la fabricación del vino en los lagares, al son de flautas de caña que marcan el compás a los pisadores; ya, en fin, para dar entrada libre en las viñas espaciosas a las gentes del pueblo, cargadas con sus tipas para la rebusca siempre abundante, hasta dejar las cepas desnudas y abiertas anchas sendas entre las malezas de las mal cuidadas fincas.

La fiesta de San Juan es como el epílogo de todas las de la cosecha, porque los bosques de hierbas inútiles que se quedaron solas después de la colecta de los frutos, son las destinadas a alimentar después las inmensas fogatas encendidas en media calle en todos los barrios poseedores de una hacienda. Ya puede comprenderse cuánta animación reinaría en aquellas entradas a saco y peleas cuerpo a cuerpo con los montes de *fiques*, *amorsecos* y *cadillos*, a las cuales íbamos armados con los sables ociosos de la pasada siega, como si ellos también quisieran entretenerse en tajar muñecos después de haber combatido en serio.

Formábamos grupos y compañías, reclutados en los recreos de la escuela, para tomar cada uno por su cuenta la viña de su barrio, y llegado el 24 de junio, después de medio día y al calorcillo agradable del sol invernal, la pandilla, provista de las cuchillas y las *ichunas* o guadañas de la finca, nos lanzábamos con algazara de indios al fondo de la selva amarillenta de las malezas marchitas, distribuídos por zonas y con el encargo de sacar cada uno a la calle su carga para la pira común. Y allí, durante la destrucción de la tupida hierba, ¡cuánto descubrimiento interesante, y a la vez, cuánto peligro imprevisto! Pues, como es sabido, debajo de las malezas suelen encontrarse muchas veces en este mundo los grandes tesoros y las horribles deformidades; y así sucedía que al tirar la guadaña y abrir el claro en el breñal, aparecían las nidadas de huevos de perdices como racimos de esmeraldas ocultos por una hada traviesa, de pichones de picaflor y de tórtola sorprendidos de pronto por el aire y la luz; pero también el segador jadeante y entusiasta descubría la guarida de la víbora astuta, del escuerzo maligno, de la araña espeluznante, los cuales atinan ya a la fuga despavorida caracoleando entre los intersticios, ya a tirar el dardo envenenado contra el imprudente *pionner*, cuyo grito de terror advierte y reúne a los compañeros para volver sobre el reptil con todas las armas a la mano, hasta dejarle sepultado bajo un montón de piedras, o suspendido como trofeo de la rama de un duraznal desnudo.

A la caída de la tarde la faena ha concluído, y se ve salir en hilera a los oficiosos jornaleros llevando sobre la espalda la carga de *yuyos* secos, a depositarlos en columna propiciatoria en el centro de una bocacalle, precisamente a la hora en que los demás grupos de muchachos del pueblo hacen lo mismo en otros puntos, esforzándose por alcanzar mayor altura y vencer a sus rivales en la magnitud del fuego en la esplendidez de la luz y en el estrépito que al arder levantasen las respectivas hogueras.

Con pasmosa repidez alzábanse pirámides inmensas, se les daba forma regular, colocábase sobre el vértice algún ador-

no, y así se esperaba la noche, dejando un centinela para guardarlas de la broma de algún vecino juguetón que quisiese prenderles fuego antes de la hora de costumbre.

Nuestros padres no podían sujetarnos en la mesa; a cada momento nos escapábamos a echar una ojeada, arrastrados por la impaciencia; combinábamos planes contra los demás, si por acaso resultasen sus fogatas mejores que las nuestras, y hasta nos permitíamos el lujo de despreciar los dulces de la comida para correr al teatro de la fiesta y ser los primeros en iluminar el espacio con las rojas llamaradas del incendio.

Momento de solemne expectativa era cuando llegaba la hora y veíamos a lo lejos a los otros niños del pueblo agruparse alrededor de sus piras, por ganarnos el placer de la iniciativa. Uno de nosotros corría por fin a traer el tizón ardiente, y cuando en círculo apretado y con los semblantes ansiosos rodeábamos la columna, la llama comenzaba con crepitaciones alegres a devorarla por la base, para ascender como una irrupción por todo el cuerpo de la fábrica deleznable y esparcirse de súbito en una explosión de luz encarnada, surgiendo por entre esos pesados nubarrones de humo de todo incendio que empieza, por el obscuro seno de la noche. Al mismo tiempo, idéntico espectáculo se contempla en otros puntos de la población, la cual parece como tomada a sangre y fuego por una horda de feroces invasores, y entregados al incendio las casas, el templo y los huertos.

Una estruendosa y universal gritería estallaba de pronto, cuando la llama retorciéndose buscando alimento y espacio; los vivas a San Juan y a todo el mundo, — porque el fuego infunde la vida a todas las cosas, — resonaban de la apiñada muchedumbre infantil, y al punto, prendidos de la mano empezábamos a girar en torno de la hoguera, iluminados nuestros rostros por la vislumbre rojiza, como una ronda de demonios desatados al eco desacorde y chillón de una vocinglería infernal.

Las casas adyacentes se llenaban de espectadores de la fiesta, todos gente formal y seria que no podía substraerse a esa tentadora y contagiosa alegría de los muchachos, y entre

el vértigo de aquella danza macabra veíamos al resplandor de las llamas, como en una tela gigantesca, millares de caras sonrientes, plácidas, rebosantes de contento. Al pasar por encima de la villa las nubes nocturnas, esas que andan tejiendo la neblina que ha de ocultarnos el sol del día siguiente, teñíanse de rojo y parecían en su rápida sucesión de unas a otras, cual si viniesen de lejanas regiones caravanas de fantasmas envueltos en mantos de fuego, en viaje de emigración; y allá arriba, muy arriba y lejos, en el fondo del negro firmamento, parece que también algunos habitantes del espacio están encendiendo fuego con luz traída de los astros ocultos: — es la cumbre de la montaña, que en los vastos espejos de su nieve eterna está reproduciendo el cuadro de vida y de movimiento, la escena múltiple de las hogueras de San Juan, y también los gritos de júbilo vuelven de allí sobre los ecos fugaces.

Para que el espectáculo no se acabe tan pronto y la fogata, al morir, no se lleve nuestra alegría, hay quienes la alimentan sin cesar del abundante depósito, y esta afanosa y agitada tarea de saciar al monstruo, es otro de los detalles de mayor interés pictórico de esa fiesta del fuego; y cuando es fuerza que ella concluya y la hoguera vaya extinguiéndose por grados, estrechándose el círculo de sus resplandores y reconquistando la sombra la integridad de su dominio, comienza en el alma de todos a acontecer lo propio: la tristeza vuelve con cierta amargura, antes no sentida, a apoderarse de los infantiles corazones, y el recuerdo de los deberes cuotidianos recobra su sitio en la memoria, como el frío de la noche ocupa el espacio calentado hace un instante por las llamas.

Los niños volvíamos después a nuestras casas, a someternos al yugo de la disciplina paterna, o a abrir, bajo una vigilancia implacable, las lecciones del día siguiente, y antes de traspasar el dintel, dirigíamos en una postrera mirada un adiós melancólico a la moribunda hoguera de San Juan, próxima a quedar sepultada bajo la nieve que empezaba a caer en gruesos capullos sobre la silenciosa villa...

III

C O R A

C O R A

Cuando por inclinación natural, o por deseo de hacer obra de arte, nos ponemos a observar la naturaleza en todos sus reinos, suelen asaltarnos, mezclados y medio perdidos por ahí, entre el tesoro de sus bellezas, algunas deformidades curiosas, que incitan por la misma aberración de su existencia a dedicarles quizá más atención que a lo propiamente bello. Estos seres parecen amasados con los residuos de la materia prima que sirvió para los otros, como si esos fragmentos sobrantes, desechados por el artífice, se hubiesen unido en el fondo del muladar en virtud de la cohesión de sus átomos similares.

No es raro encontrar en una hermosísima colección de flores, en un jardín natural o ficticio, una que otra monstruosa y contrahecha y cuyas hojas, que debieron abrirse y plegarse en ondulaciones elegantes, formando en el centro ese pequeño estuche destinado a la gota de rocío o a la luciérnaga vagabunda, preséntanse desde el nacer como calcinadas por algún soplo de fuego, y como si con ellas se envolviese un gusano voraz y dormilón que no les deja tiempo para beber un rayo de sol.

Así, en todas las demás cosas bellas, creadas para nuestro deleite y recreación, aquella inteligencia oculta que dió vida a la naturaleza, puso al lado de la hermosura y de la nota melodiosa de las aves artistas, las formas y la voz horripilantes del sapo rastrero, amigo de las cuevas húmedas y tenebrosas y de los charcos malolientes, y le dió, sin duda para hacer amar mejor la armonía por horror al contraste, pretensiones

de músico, sin la organización vocal y auditiva aparente; y así, no sería extraño que el pobre animal pensase para sus adentros, al emitir sus gritos destemplados y feos, que canta, cuando menos, un recitado gregoriano.

¿Y entre nosotros, los míseros humanos? No he de hablar de las enormes degeneraciones criminales, ni de las pasiones mezquinas, ni de los horrendos vicios que manchan a este soberano rey de la creación que llamamos el hombre, porque no quiero hacer de moralista, sino de otras inofensivas y propias más bien de la materia que no del alma. Quiero pintar un tipo de hombre excepcional, un personaje curiosísimo hasta lo inverosímil, que vive aún en mi pueblo.

Se llama Cora y, ya lo véis, empieza por llevar nombre de mujer. Le conocí desde mi infancia y era el cuco de los niños de mi edad, y con Cora nos amenazaban para hacernos comer, dormir e ir a la escuela de primeras letras, — las más fatales de todas y las más resistidas por instinto, — haciéndonos creer que nos engulliría de un solo bocado de su boca inmensa. El no tenía madre ni padre, ni parecía haberlos tenido nunca; nadie se los conoció, ni aún los más viejos del lugar: debió haber nacido de algún aborto de la piedra, o de algún conjuro de bruja, la cual se olvidó, después de crearlo, de destruir el encantamiento, esto es, fundirlo de nuevo en la olla pestilente de sus hechizos, para volverlo al mular generator de todos esos engendros diabólicos. Y Cora se quedó fuera, por una distracción, por un olvido quizá inocente, a no haber sido de bruja.

Calla la historia sobre quién fué el inventor de su nombre: *Cora*, palabra tal vez imitativa de cualquier articulación animal, de cualquier ruido nocturno. Un día le preguntaron, “¿cómo te llamas?”, y respondió dos monosílabos. Los libros de la parroquia no registran su partida de bautismo: todos le conocieron grande; y siendo esto así, ocurre conjeturar que entre las revueltas y bramadoras aguas desprendidas del misterioso Famatina, guarida en otros tiempos de un mundo de seres demoníacos, vino arrastrado desde los antros don-

de aquéllos fraguan las tempestades y expelen las masas calcinadas de los metales en ebullición perpetua.

Porque Cora es negro, retinto, lustroso como la escoria, y hasta se advierte en su piel ese matiz ceniciento de los residuos de la fundición; es horriblemente feo, y su aspecto el de esos ídolos de tierra cocida que se encuentran en los enterratorios indígenas, en las huacas de los caciques. La cabeza es chata como un terrón de greda rodado de la montaña, y en ella ha nacido un apretado bosque de pelo que el fuego redujo a carbón; no tiene de frente sino una arruga horizontal, divisoria entre las cejas y el cráneo: una hormiga podría pasar de uno a otro borde sin esfuerzo sensible; en el filo de la nariz, si originariamente existió, debe haberse producido un hundimiento volcánico, así como en los cerros, porque está partida por medio en una profunda cavidad hacia cuyos abismos tienden a precipitarse, como poseídos de vértigo, dos ojos oblicuos, negros, extraviados y a veces chispeantes, como encendidos por súbita llamarada; por las fosas nasales, abiertas hacia arriba cual dos cráteres en el centro de una masa negra y mucilaginosa, debió haberse escapado la lava del cataclismo que derrumbó la nariz.

La boca merece párrafo aparte, porque no entra en el conjunto de aquella fisonomía, sino que todo el conjunto entra en aquella boca; es su apéndice, su tributario, simple hacinamiento de accesorios sin volumen comparable. Ante esa abertura desaparece la cara. Habría que dibujar una boca descomunal, y los del pueblo dirían al instante: ese es Cora. La distancia entre el borde de uno y otro labio podría recorrerse en la escala de Jacob, la más larga de cuantas la tradición conserva memoria. Las gentes del lugar le dan monedas para hacerlo estirar la boca con los dos índices formando ganchos, hasta encontrar las orejas, la cual es una operación normal, y a veces con reirse lo consigue naturalmente. Esos labios tienen la elasticidad de ciertos gusanos de las tierras húmedas, que unas veces se contraen hasta formar una bolilla, y otras se estiran como una serpiente: hay allí carne para todo.

A tal formación androgeológica corresponde un desarrollo mental semejante. Esa alma es una nebulosa informe en cuyo seno germinan todas las facultades en un revoltijo incalificable, y lo mismo asoma un destello de voluntad, que una ráfaga de sentimiento, o un empuje de inteligencia. Pero predomina en más alto grado el segundo de esos atributos. Cora es muy sensible, y tiene caprichos tenaces; llora con mucha facilidad unos lagrimones como lluvia de verano, que van a depositarse en la quebradura de la nariz, debajo del entrecejo, como en su cuenca natural. Carece de algunas de las más instintivas nociones de todo ser humano, y sus apetitos indefinidos, cuando en él se manifiestan, suelen darle hondos sufrimientos morales. Entonces llora, llora y llora con un gemido sin eco, desgarrador, por lo mismo que es comprimido. Se estremece convulso como los montes cuando el fuego subterráneo pugna por hallar escape. Me imagino su corazón en tales momentos: debe ser un horrible hervor de todo lo informe y lo embrionario, y por eso su manera de llorar tiene mucho de los sacudimientos subterráneos. La ciencia no da a estas cosas todo su profundo sentido trágico. Esos seres incompletos inspiran grande interés, el interés de los arcanos, ocultos tantas veces en el fondo de la intrincada máquina humana; los reflejos de su vida interna me recuerdan esos poemas bárbaros, en los cuales, entre un caótico amontonamiento de formas, imágenes y pensamientos grotescos, suele de pronto estallar un rayo que deslumbra y revela un génesis. Sólo los genios excepcionales, los que han observado y comprendido la naturaleza, pueden arrancar de aquellos organismos el pensamiento increado. ¿En qué instante evolucionar del cerebro de Shakespeare, tomó cuerpo y vino al mundo Caliban, aquella bestia sujeta a un tiempo a la esclavitud del hombre y a la esclavitud de la materia bruta?

Pero abandonemos estos oscuros problemas y volvamos a la superficie, a la vida exterior de mi personaje. Aún queda algo por revelar de su vida. En el pueblo montañés es conocida su fuerte pasión por la música: es la que le domina y le

imprime carácter particular; y no es extraño: las serpientes, los monstruos feroces, la aman y se dejan adormecer por sus encantos etéreos. ¡Eterno contraste de las cosas creadas! En Cora la música es no sólo una pasión, sino una enfermedad; no sólo una manía, sino una vanidad y una ambición.

Todos los pueblos, cual más, cual menos, tienen un tonto célebre. Los genios, los héroes, los tribunos, los artistas no bastan: la humanidad necesita también las personificaciones inmortales de la estupidez; y así como la historia designa a los primeros con los nombres gloriosos: “el héroe del siglo”, “el águila del occidente”, “la estrella del arte”, así las sociedades se dan el lujo de tener también “el tonto del pueblo”, que les divierte y les da ocasión de reír a mansalva, de tantas cosas como acumulan sobre su cabeza, muchas veces para no reír de sí mismas.

Cora cree haber nacido músico, y allá en su vagabundaje por los campos se entretiene en fabricar flautas de caña, por un primitivo procedimiento que recuerda el de los pastores de Teócrito: se calienta al rojo una varilla de hierro; se la introduce a través de los compartimentos de la caña, se abren luego seis agujeros en línea, se da un corte oblicuo en un extremo, y luego con un poco de cera de abejas, se le tapa, dejándole un pequeño conducto, y está hecho el melifluo instrumento. Después se larga por los caminos y llega a los ranchos y a la villa, y por el medio de la calle, muy posesionado de su papel de músico eximio, se le oye repasar unos aires de su invención, es decir, que sale lo que quieren sus pulmones en incesante y monótono resoplido. El no sabe lo que toca, pero es muy bonito, y aún pretende imitar del clarinete de la banda popular las turbias variaciones sobre motivos de óperas más o menos infortunadas.

El pobre imbécil rebosa de contento si le llaman a “dar una música” en la puerta; y cuando ha concluido la tocata, ríe con íntima satisfacción, cual si tuviese conciencia de haber arrancado al arte los más ricos secretos de la armonía. Y se hace al fin huésped de todas las casas a la hora del men-

drugo; y allí se le ve, en un rincón de la cocina, dormitando con esas languideces del hambre, hasta que le toca el turno. ¡Pobre Cora! Pero a fuerza de compadecerle todos, al fin lo pasa bien, porque se le viste, se le da abrigo y se le alimenta. Ha llegado a tutear a los más encopetados señorones de la población y se las tiene de igual a igual hasta con el mismo Gobernador de la Provincia, su grande y tradicional amigo, quien ha dispuesto que se le reserve ración y alojamiento en la casa policial. Este exótico ejemplar de hombre no conoce, siquiera como los brutos, las dulzuras del hogar, el calor materno que alienta la vida de todos los seres animados; y quizá sea ese horrible vacío, para él incomprensible, lo que ha engendrado su fácil sentimentalismo y su inclinación a llorar por un mínimo contratiempo en su manía favorita, la música.

Un día tuvo a su alcance el contrabajo de cobre de la banda; lo abrazó con cariño y calzó como pudo la trompa de cobre en su trompa de carne, y cuando dió su formidable soplo y explotó como un cañonazo el enorme instrumento, haciendo repercutir mil veces en los cerros su eco estentóreo, Cora, entre sorprendido y gozoso, sonrió con honda complacencia, como diciendo: —“Este grito sí que me llega a la médula!”. Desde entonces se propuso obtener para su exclusivo uso uno de aquellos cobres, cuyos sonidos desgarrados le sacudían el alma; saldría con él a cuestras, a vagar por los solitarios senderos del ancho valle; le arrancaría gritos capaces de despertar a los truenos de sus lechos de piedra secular; con su ayuda haría que su dolor, embotado por la idiotez, adquiriese la voz potente que le hacía falta para hacer oír al Dios de las criaturas la terrible protesta de su desamparo y su orfandad; y tal vez soplando y soplando por esos campos, volviese a su cuerpo miserable y rudo el espíritu luminoso que debiera ennoblecerlo.

Hizo que una persona caritativa escribiese al Gobernador pidiéndole el contrabajo apetecido. Mucho tardó en venir el regalo, y entre tanto, veíasele siempre detrás de la banda, cuando marchaba por las calles o tocaba en los bailes de los

ricos, formando parte del cortejo de pilluelos, con los ojos y el oído fijos en el gran instrumento de sus amores. A todos preguntaba por la respuesta de “su amigo el Gobernador”, y como siempre se le decía — “espera” — echábase a llorar con desaliento supremo, como si algo providencial aguardase de aquel donativo y viese perdida la esperanza de la única ventura.

Cora es hoy dichoso. Cuando pusieron en sus manos “la música”, como él llama al colosal instrumento, la expresión de su rostro de esfinge mutilada y negra, el brillo de sus ojos y el estertor espeluznante que lanzó a manera de risa, hubieron de parecer el estallido sordo de una violenta enajenación mental; y luego aquella brutal e informe naturaleza empezó a fundirse en sollozos, que brotaban con ese espantoso ronquido de la sangre coagulada, cuando sale a chorros intermitentes de la ancha herida abierta en la garganta del toro. Pasó la profunda crisis, y hoy el desgraciado, que nada sabe del placer de morir, ha concentrado todo su instinto de la vida en el contrabajo. Cuando en el silencio de las noches montañosas, óyese a distancia las formidables y destempladas notas del cobre gigantesco, ocurre pensar:

—¡Pobre Cora! Son los ecos dolientes de su alma tenebrosa, que no tiene siquiera el consuelo de saber que la muerte es la salvación de las existencias miserables... Y sopla, sopla y sopla hasta que por el sueño y la fatiga cae derrumbado como un peñasco de la cumbre.

IV

MI PRIMERA BIBLIOTECA

MI PRIMERA BIBLIOTECA

(Escrito para un libro patriótico)

Si he de contribuir a este libro de la patria con una nota intensa, por lo íntima y desprendida del fondo de mi alma, me es forzoso alejarme de la época en que vivo y volver al terruño, donde manan las fuentes inagotables del recuerdo y donde vibran las únicas armonías que yo puedo comprender: me vuelvo a la infancia y a mi pueblo montañés, porque todavía existen allá voces que me llaman, notas errantes que me responden, sombras fugaces que vienen a mi encuentro.

Era yo muy niño y me acuerdo del alboroto de toda la villa, un día en el cual abrióse a la avidez y a la curiosidad de los vecinos una gran biblioteca. Una banda de música formada por iniciativa popular se apostó desde muy temprano a la puerta de la casa: los muchachos de mi edad, las gentes del pueblo, acudían de todos los villorios cercanos al rumor estrepitoso de esta alegre música precursora de nobles regocijos: mirábamos hacia dentro con los cuellos estirados, como si hubiese allí encerrado un misterio o un juguete grande para todo un pueblo niño.

Luego empezaron a llegar las personas respetables, los señores decentes vestidos de etiqueta, con trajes sacados al aire después de mucho tiempo, que les daban un aspecto de mayor importancia y gravedad que de costumbre, y cuando estuvieron todos adentro, — mucha, muchísima gente, — los de afuera empujaban con tal fuerza, que no hubo más remedio que permitir la entrada a todos: se morían de curiosidad.

Entonces supe bien claro de qué se trataba. Adentro, un señor que siempre era el encargado de los discursos en todas las ceremonias públicas, en las reuniones políticas y en los banquetes dados al gobernador cuando llegaba a la villa de visita, hablaba, es decir, pronunciaba uno de tantos, pero esta vez no decía lo mismo que ya nosotros sabíamos de memoria, sino que en nombre del Gobierno de la Nación, de la junta nombrada para el caso, venía a hacer entrega al pueblo de la primera biblioteca popular, establecida en ese sitio para ir a buscar la luz de la verdad y a iluminar las conciencias, para conocer los derechos de cada uno y para ser más libres.

En la calle se quemaban miles de coheteillos, la banda atronaba los aires con tocatas arrebatadoras, y los vivas iniciados por algunos de los de la fiesta eran repetidos por la concurrencia de los patios y de la calle con unanimidad automática, pero que hacía entrar en calor sin saber uno a punto fijo la causa, hasta que, por fin, vimos sacar en hombros una gran tabla con letras doradas y colocarla encima de la puerta; y el letrero decía:

Biblioteca Avellaneda.

Rematábase con este bautismo la parte ceremoniosa de la fiesta, y cuando invitaron al pueblo a entrar, me colé el primero por entre las piernas de los que invadían la sala y me quedé inmóvil de asombro ante tal cantidad de libros, inverosímil para mis entendederas.

—¿Y habrá quien se sepa todo esto de memoria? — fué la pregunta que me formulé en monólogo interior, interrumpido en lo más interesante por los cohetes y la música y por la atracción de otro espectáculo, el de una manifestación colectiva por las calles, con la banda a la cabeza, derramando millares de *estruendos* que reventaban sin interrupción, y haciendo acompañamiento con ruido de aplausos de innumerables manos a los gritos y aclamaciones incesantes de — ¡Viva el doctor don Nicolás Avellaneda! ¡Viva el futuro Presidente de la República! ¡Viva la educación del pueblo! — voces que

allá, en ese espacio limitado por montañas repetíanse muchas veces, como si la naturaleza también hubiese querido unir su voto por la inmortalidad de los hombres entre tanta algazara pronunciados.

Cuando después de tantas correrías y rendido de cansancio volví a casa, sentí clavada en mi cabeza la idea de una biblioteca, de la cual yo fuese dueño, pero con muchos, muchísimos libros.

En casa los había; haría un viaje a la finca señorial de mis abuelos, donde recordaba haber visto un armario lleno, que nunca me atreví a tocar; saldría a pedir a los amigos de mi familia los que tuviesen, los que ya hubiesen leído, y si no querían dármelos, por lo menos, prestados habían de cedérmelos. Nunca emprendí una tarea con más entusiasmo, ni con más fe; resonábanme en los oídos las estruendosas aclamaciones del día, y tuve la convicción de hacer un bien, porque tal debía ser lo que de ese modo lograba enloquecer de júbilo a tanta gente, a toda la del pueblo.

No pude dormir por la noche; recorrí todos los rincones, abrí todos los baúles, registré cuanto hueco había y pude así reunir al lado de mi cama una pila respetable de volúmenes, base de la futura biblioteca soñada por mí. Púseme a revisar uno por uno los títulos y autores: Chateaubriand, Calderón de la Barca, Alejandro Dumas, José Zorrilla, Fíguro, Lord Chesterfield, Año Cristiano, El Correo de Ultramar, El Museo de las Familias... y a sacudirles el polvo y a limpiarles las tapas, y cuando al fin me quedé dormido, tuve un sueño luminoso, espléndido, poblado de visiones risueñas y de encantos extraordinarios.

Casi con el día estuve de pie a continuar mi campaña, mi exploración en busca de libracos arrumbados, de esos que yacen en los depósitos, en las despensas, para alimento de roedores, pero que un día inesperado se aparecen como un fantasma de tiempos viejos a decir a la orgullosa ciencia nueva: — ¡alto ahí, señora; eso lo dije yo hace tres, cinco, siete siglos; por lo menos tenga la bondad de reconocerlo!

Aguijoneaban mi empeño el entusiasmo y la moda reinantes desde la víspera por ir a sacar libros de la biblioteca pública, y causábame un escozorcillo de envidia el ver a las personas de mi casa correr a elegir los volúmenes nuevecitos, que luego venían a deslumbrar a mis desamparados infolios, a mis maltrechas antiguallas.

Ese mismo día quedó concluída la armazón donde debía colocarlos de pie, con los dorsos relucientes a fuerza de refregoteo, con los títulos medio borrados en unos, y en otros reaparecidos por efecto de la limpieza. Sentía una rara y placentera emoción al contemplar esas letras gordas de una caligrafía primorosa sobre envolturas de cuero amarillento de los tomos antiguos, y cuando llené el armario y ví a mis volúmenes bien alineados, gozábame en los contrastes entre los viejos y los novísimos: aquéllos graves, serios, venerables, con aspecto de sacerdotes ancianos; éstos pequeñitos, resaltantes de colorete y de dorado y con facha de inspirar poco respeto; y el instinto me obligaba a separarlos: no se hallaban bien los unos con los otros y dí a los mayores la preferencia.

Debo confesar que yo no era mal escolar entonces; gozaba de cierta celebridad por unos exámenes públicos en los cuales me porté muy bien y dije un discurso, cuyo autor no recuerdo, en presencia de todas las damas y señores de la villa; y esto fué razón para anoticiarse todos de esta nueva biblioteca en formación y para enviarme libros y más libros, y hasta esos montones de folletos oficiales que de Buenos Aires se distribuyen a todo el país para... para... envolver azúcar en los almacenes, o cuando menos, para ocupar espacio entre los trastos de alguna bodega hambrienta de vino; pero a mí no me disgustaban, porque me servían para hacer número.

Mi padre tenía siempre en su escritorio gran reunión, a la cual concurrían todos los políticos del día y se comentaban las noticias de los periódicos de Buenos Aires y las provincias, se hacían conjeturas siempre alegres, — porque así es la política, — sobre el triunfo de sus candidatos y se pasaban

los días y las noches haciendo leer al maestro de mi escuela los artículos editoriales, las correspondencias de Europa y las sesiones del Congreso; y sucedió que mi padre refirió a sus visitantes lo de la biblioteca que yo formaba, y de mi intención de ponerla al servicio público. Mandaron a decirme que me preparase a recibir la concurrencia, porque deseaban conocer mi instalación y utilizar los libros.

¡Qué honor! — exclamé para mí solo — y con gran prisa púseme a disponerlo todo para la recepción: dí a los libros unos plumerazos por los lomos, arreglé los muebles del cuarto, coloqué una silla en frente del armario, y con un volumen en las manos, en actitud de leer, me senté a esperar la visita anunciada.

Conducidos por mi padre llegaron a poco: todos venían serios, como si asistiesen a una ceremonia solemne, y muy lejos estaba yo de pensar que viniesen a ponerme en apuros.

Un señor — lo recuerdo todavía — que en tiempos de lucha electoral solía escribir un periódico manuscrito para leerlo en los corrillos de puerta de calle, fué quien me preguntó si tenía en mi biblioteca los autores más raros, y los demás le miraban como asombrándose de que supiese tanto aquel hombre.

—No, señor, — contestaba yo, — usted ve que esta biblioteca empieza a formarse; pero si desea leer el *Año Cristiano*, tal vez le sea útil: mi abuelita me ha dicho que ese libro debe leerse todos los días y que se aprende mucho en él. Aquí tengo las *Cartas de Lord Chesterfield*, las *Poesías de Zorrilla*, *El Conde de Montecristo* y unos libros grandes que no sé todavía cómo se llaman...

Y así, cada uno me preguntaba si tenía o no los libros vistos alguna vez por acaso, y cuyos títulos y autores apenas si acertaban a pronunciar, hasta que comprendí la diversión y me propuse despedirlos diciéndoles que era hora de cerrar... Todos me hicieron muchos cariños, y cuando traspasaban el umbral de mi destartada habitación, habilitada de librería, oí a uno de ellos decir a mi padre que yo prometía para el

porvenir llegar a ser... una cosa que ahora no me atrevo a confesar.

Los demás niños, mis condiscípulos, tuvieron pronto noticia de la biblioteca; y si he de exceptuar a uno o dos que llevaron libros, los demás no pisaron otra vez mi salón, haciéndome todos el vacío y dejándome solo con mi estante improvisado y enfrente de mis viejos y carcomidos librotos.

Y a fe que se los agradezco, porque no tuve más remedio que ponerme a leerlos uno tras otro, y al cabo de algunos días no había poder humano que me arrancase del sillón de mi despacho, donde me pasaba los días enteros sin ver el sol, amarrado de cuerpo y alma por el encanto secreto de aquellos infolios desenterrados de un sueño que hubo de ser eterno.

El espíritu contemporáneo, representado por mis compañeros y mis hermanos, hacía lo posible por arrancarme de mi retiro y de mi encierro; y luego, ya fué mi padre quien me ordenó dejar aquella desatinada lectura, por temor de que ella causase un grave daño en mi salud. Tenían todos razón; era yo muy niño, pero por eso mismo no tenía fuerzas para desasirme de las invisibles redes en las cuales caí, llevado por un capricho de criatura.

Sucedía esto durante las vacaciones de la escuela, y mis padres empeñábanse en hacerme participar de los juegos y recreaciones de los otros niños; pero yo me valía de ardides y engaños para burlar sus legítimas precauciones, yendo a ocultarme debajo de los tupidos parrones de la viña o de los grandes árboles cubiertos de enredaderas silvestres, con alguno de mis libros amados.

Un cambio profundo se había operado en mi espíritu: el propósito de abrir mi biblioteca al público trocóse en un deseo egoísta de guardarla para mí solo, de ocultarla y aún de borrar en los demás el recuerdo de haberla visto.

Iba apoderándose de mí una sed como la que consume a los bebedores de alcohol, por devorarme todos los libros, por develar todos los misterios ocultos dentro de esas tapas mo-

hosas y húmedas, y por no contraer mi sensibilidad a otra cosa si no era el mundo ideal o fantástico de mis lecturas.

Recuerdo de un episodio cuya simple remembranza renueva en mí la impresión de entonces. Guarecido en una especie de gruta que hallé entre los frondosos rosales de la viña, una tarde en la cual las brisas de la montaña refrescaban el ardiente estío, leía en Chateaubriand las páginas embriagadoras del *Genio del Cristianismo*, dedicado a la poética idealización del culto de los muertos; habían transcurrido las horas y las horas, y el sol detrás del Famatina empezaba a recoger de prisa sus telas luminosas; la noche venía de carrera y yo no tenía conciencia del mundo exterior. Un día muy diferente alumbraba mi espíritu, el día radiante de la imaginación excitada, febricitante, desbordada; toda la espléndida creación del inmortal poema vivía, agitábase y rumoreaba en mi cabeza, haciéndome asistir a la pompa deslumbradora de escenas en las cuales la naturaleza divinizada se derramaba en perfumes y en armonías debajo del inmenso templo de lo creado; repercutían claramente en mis oídos las campanas lúgubres y majestuosas, y los cantos graves y solemnes del oficio de difuntos; cruzaban por delante de mis ojos, medio velados por extraña neblina, cortejos aparatosos envueltos en nubes de incienso y acompañados por rezos de cien voces.

Un ruido inesperado, repentino, entre las ramas de los rosales, vino a arrancarme de la abstracción absoluta; helóseme el cuerpo, y sin atinar con las sendas en medio de un laberinto de sarmientos entretejidos como culebras para aprisionarme, emprendí despavorida carrera, mirando hacia atrás por instantes cual si de cerca me siguiesen los espectros.

La noche había llegado y oía como lamentos dolorosos a distancia, o como llamados de ultratumba, los gritos de mi padre, mis hermanos y sirvientes, quienes desde muy temprano me buscaban por todas partes. Yo corría dando saltos inverosímiles, ciego, poseído de horrible espanto y sólo pude volver al conocimiento cuando mi madre ocultó entre sus dos manos mi rostro encandecido.

Ya ha pasado mucho tiempo. He vuelto hecho hombre a aquel pueblo donde formé mi célebre biblioteca, donde adquirí esta enfermedad de los libros, y al volver, no he encontrado sino algunas reliquias salvadas de la dispersión total de la que fué *Biblioteca Avellaneda*; en la casa paterna no ví más que la soledad y la desnudez; en la huerta y en la viña ni un recuerdo de los árboles y rosales exuberantes de la infancia; y por último, en el fondo de mi ser un hacinamiento de ruinas, entre las cuales arde, como lámpara de un santuario, una llama inextinguible, — un deseo alimentado de esperanza, una sed de ideal siempre más intensa, cada vez más insaciable!

V

EL NIÑO DE CERA

EL NIÑO DE CERA

Fué en el ardiente enero. Los labradores de una aldea de provincia mediterránea veían agostarse sus sembrados, achicharrarse los sandiales y los trigos en flor, y doblar las frondosas parras sus trepadores sarmientos cargados de racimos *píntones*, a la influencia del calor que hacía reverberar la atmósfera, como si hirvieran los gases volátiles y fuese a incendiarse la tierra.

Ya no había remedio. La vertiente de la montaña vecina había suspendido la producción de su caudal cristalino, el único que alimentaba a hombres, bestias y plantas, y caían rendidos, doblegados por la sed y la fatiga.

Y el sol quemaba, abrasaba, ardía desde la mañana hasta la tarde, y entonces los ardores acumulados en el suelo empezaban a surgir hacia arriba, para no dar descanso a la naturaleza aletargada.

Era necesario implorar a Dios, a los santos benefactores, a la corte entera de los cielos, y aquella aldea creyente, agotados los esfuerzos del trabajo, reunióse para celebrar una procesión, para pedir el auxilio de la divinidad y aplacar su terrible cólera.

No había en todo el lugarejo sino un Niño-Dios de cera, pequeñito pero rosado y transparente, con unos ojos y unos labios risueños, cabello rubio y ensortijado; era el que todos los años, para Navidad, ocupaba su sitio en el *pesebre*, rodeado de todas las primicias, — los primeros racimos de uva, la mata de trigo con sus brotes nacientes, los pequeños duraznitos de la Virgen, nidos de tórtolas llenos de huevos arrebatados

a la triste madre, flores del campo olorosas, con aroma cálido y selvático, haciéndole alfombra al divino nacido, acostado en una cama de tiernas pajas dentro de un fanal de vidrio.

Todavía estaba el *pesebre* compuesto y adornado de la pasada fiesta, y acababan los Reyes Magos de despedirse de él. No había sino que levantarlo así, y pasearlo en romería suplicante por los sembrados y los huertos mustios, para que viese por sus mismos ojos celestes la desolación y el hambre horribles y amenazadores.

Tomó el más anciano en sus brazos la urna de cristal; rodeáronle las mujeres, los mozos y los niños; algunos empuñaron los tamboriles de las fiestas, otros las flautas pastoriles de sonido lastimero y otro un violín exótico que gemía desgarrándose a sí mismo, y así, formando doloroso concurso todos los habitantes de la aldea emprendieron la triste procesión hacia los sembrados sedientos y agonizantes.

Era la hora meridiana, en la cual el sol de enero parece detenerse en su sitial del cenit, gozándose en la desesperación de los humanos, en el incendio de la vegetación, en el exterminio de la labor del campesino; y así, bajo las llamas que caían sobre sus cabezas y por encima de la tierra candente, los pobres aldeanos emprendieron la triste peregrinación, al rumor agonizante de sus rezos, al monótono *pam-pam* de los tamboriles rústicos y al lloroso clamoreo de las flautas de los muchachos.

Llegaron al centro de un inmenso sembrado donde el sol caía a plomo, donde las hojas lozanas y las guías atrevidas encogíanse como reptiles al contacto del fuego; colocóse en alto, sobre los nervudos brazos del aldeano viejo la urna con el Niño-Dios de rosada cera, y todo el concurso, de rodillas, rezaba a grandes voces las rogativas más fervientes, pidiendo la lluvia regeneradora, la protección inagotable de Dios para sus hijos infelices, la salvación para las cosechas, la abundancia de los manantiales. Prometíanle en cambio — ¿qué no le prometían? — fiestas grandiosas, peregrinaciones hacia los templos más lejanos, a pie, con la planta desnuda, de rodillas, sin

alimento, en el tiempo y en la forma en que su designio supremo se los diese a conocer.

Cuando la súplica terminó, callaron los cantos quejumbrosos y los peregrinos, más tranquilos del ánimo, resolvieronse a emprender la vuelta, quisieron todos besar la divina planta del Niño-Dios de la aldea... Pero un grito de terror y de espanto, despavorido e infernal, salió de todos aquellos labios enjutos por la sed y la miseria.

¡El Niño-Dios había desaparecido! Vacía estaba la urna de cristal, incendiadas las pajas que le servían de lecho, y sólo sus ropas de seda y de encaje veíanse allí, como la vestidura abandonada de un ángel que hubiese volado al em-píreo.

No había duda alguna. Era un signo aterrador de la negativa suprema; era que debían hallarse en pecado mortal, en vicios y malas costumbres, y aquella milagrosa desaparición, dejando sin Dios a la aldea, la entregaba a la desesperación y a la miseria y a la muerte.

¡Qué horrible aspecto el del lugarejo de labradores! El sol descendía con más lentitud para prolongar por más tiempo su obra desoladora; secáronse los sembrados, ardiéronse los trigos y escondió la montaña el manantial de sus aguas.

Emigraron a otros pueblos los atribulados campesinos en busca de santuarios de penitencia; eran caravanas fúnebres las que salían por los áridos caminos, dejando cerrados hasta la vuelta incierta los ranchos de adobe o de *quincha*, cubiertos de ceniza los hogares, donde la brasa, semejante al fuego sagrado, no volvería a encenderse mientras la penitencia no hubiese borrado las culpas de los moradores de la pobre aldea.

Oí después, en una iglesia, a un predicador misionero, explicar el suceso diciendo que el Niño-Dios había desaparecido porque quiso castigar en los habitantes de la aldea las rencillas domésticas, la desunión en el trabajo y el olvido de la fe.

Y aquí se acaba este relato, verídico "en tanto en cuanto"... como dicen los teólogos, y que se me ha venido a la memoria, diré, por casualidad.

VI

EL FESTIN DE DON BALTASAR

EL FESTÍN DE DON BALTASAR

(Capítulo inédito de una novela que no he escrito ni pienso escribir)

Tenía por fuerza don Baltasar, el ricacho de la provincia, que deslumbrar esta vez con una fiesta como nunca se hubiese visto en muchos años atrás: tenía que demostrar a la sociedad en cuyo seno vivía y desempeñaba papel en modo alguno secundario, que también sabía abrir sus salones con todo el esplendor de la moda y del buen tono; y el día en el cual concibió esa idea, previa y amplia y minuciosamente consultada con su joven y anacrónica esposa, no había servidumbre que diese abasto, ni artesanos suficientes para los arreglos de la casa. No había más sino que el rico don Baltasar estaba decidido a derrochar una buena parte de sus crecidos ahorros en el baile del próximo carnaval. Y bien necesitaba, allá para sus adentros, hacer ver que no era un advenedizo en aquel medio abierto generosamente para él a pesar de su humilde, obscuro y desconocido origen. Porque él era así. De la noche a la mañana hallóse convertido en hombre importante; manejaba muchos miles y, es sabido, ya eso basta y sobra en sociedades tolerantes como las nuestras para ser persona decente. Y don Baltasar lo era, sí, señor; ¡vaya que si lo era! Como que halló una niña de quince, de las familias de copete, para novia, la cual fué corta de vista y no pudo, naturalmente, ver los defectos físicos, ni los morales, que, — al fin y al cabo, alguna relación guardan entre sí, — del que iba a ser su esposo por toda la vida.

Es el caso que ocho días antes del célebre baile de carnaval, el buen hombre, el respetable don Baltasar hizo *bajar* de

sus mil y una estancias toda la gente de faena, con cabalgaduras y todo, porque las necesitaba para los preparativos. Aquel día, el de la llegada de la gente, el pueblo hubo de alarmarse creyendo que el prestigioso don Baltasar se proponía hacer una revolución contra el gobierno, porque le hubiese dado la gana de ser gobernador, — cosa, por otra parte, nada extraña en países tan democráticos, donde no hay uno malo para ese lucrativo cuanto honorífico oficio; — y él había *sonado* ya muchas veces como candidato y siempre lo desairaron, fundados en no haber nacido de sangre azul, sólo para eso de gobernar, mas no cuando le abrían los salones de la quisquillosa aristocracia.

Pero no había tal cosa; no se le había pasado por la imaginación esta vez la revolución; era un simple bailecillo el que se proponía dar para... para con sus más y sus menos, acercarse a la posibilidad de ser candidato de veras, llenando su casa de *lo más selecto*, como suele decirse. Para eso aquel buen día impartió sus órdenes a la servidumbre:

—Usted, Pedro, monte en la mula y recorra todos los *puestos* de por cerca de la ciudad y recoja cuanto huevo encuentre para los postres y las macitas.

—Vos, Sinforoso, subí en tu bayo y andá haceme una recogida de pollos y gallinas. Si no te quieren vender, deciles que son para mí y basta.

—Oiga usted, ño Jacinto, vaya digalé a doña Eulogia, la de los dulces, que la preciso en mi casa por unos días; que no me vaya a faltar.

—Mirá vos, Antonio, que sos más guapo, andate de una carrera a la “Retamilla” y traete unos tres o cuatro corderos gordos que ya han de estar buenos pa la parrilla.

—A la negra Petrona, la cocinera, esa que sabe cocinarle para el señor gobernador, le has de decir, vos, Sinforiano, que no deje de venir el sábado, la víspera, para que se imponga de todo y ordene lo necesario.

Y así, era hombre de no perdonar un solo detalle, y por eso le salía todo tan bien, y además porque tenía la buena

costumbre de hacerlo y disponerlo todo por sí mismo. Cualquiera habría creído que se preparaban las bodas de Camacho, o un banquete al pueblo entero de la provincia. Seguramente, no quedaba aquella vez ave doméstica, ni legumbre, ni cosa alguna manducable en muchas leguas a la redonda, porque los emisarios de don Baltasar, dispersos a los cuatro vientos, lo mismo que si fuesen a juntar a ciudadanos para las votaciones, se iban a dejar taladas las estancias.

¡Ah! pero él era hombre de mucha trastienda y sabía muy bien dónde había de poner la mano para conseguir la adhesión de esa orgullosa y disimulada aristocracia; sabía, entre otras cosas, que el que da de comer bien, obliga, y esa vez no le habían de dar la espalda al día siguiente de la fiesta, después de hartarse con sus potajes y sus vinos añejos, los vinos queridos de su bodega.

—El vientre, oh! el vientre es un órgano muy sensible, se decía interiormente, (porque don Baltasar era de esos que piensan y no saben expresarlo), y lo que es en política ha realizado hazañas memorables.

Y lo mejor era que don Baltasar no se equivocaba. Allá a sus solas frotábase las manos de contento y sonreía con sorna mefistofélica ante la visión del resultado de su estratagemas.

Luego venía una tarea algo seria; había que redactar las invitaciones, y como don Baltasar no tenía la costumbre de escribir, y la costumbre, ustedes saben, es el todo en ciertos oficios, llamó a su mujer y a su secretario para que escribiesen. El les dictaría, eso sí, a dictar nadie le ganaba, y así mantenía su numerosa correspondencia comercial, política y de cortesía. Primero se hizo una larga lista de nombres de las familias de la ciudad, empezando por los más viejos, los que tenían niñas para ponerles en la dirección, y *familia*, y acabando por los solteros, los *mozos* de baile, teniendo cuidado de no omitir a ninguno, y mucho cuidado de no omitir a los festejantes de las niñas invitadas.

—Yo me reservo añadir después otros nombres especia-

les, dijo a su mujer; esas invitaciones corren de mi cuenta... a ver, lean la lista, no sea que se queden algunos... sí, ese está bueno... ese otro... también, sí, sí, puede entrar en mi casa... se te olvida uno... ese, ese... Bueno, bueno. Ahora, a hacer las invitaciones, y como son más de ciento, hay que mandar a la imprenta, porque ahora se usa con imprenta.

—¿Usted va a dictar, señor?

—Sí, escriba... Ya sabe, primero la fecha y después, *Señor don...*

Los que suscriben, Baltasar de la Peña y señora, tienen el alto honor de invitar a usted (aquí un blanco para la familia si la tiene, si no, se le pondrá una raya) a... usted, a... Espérese un poquito... a una tertulia casera que tendrá lugar en su casa habitación el día 12 del corriente a las... a las... ¿a qué hora será bueno poner? ¿qué te parece? ¡Ah! ponga usted... a las ocho y media de la noche.

—¡P. M., Baltasar, P. M.! Ahora ya no se pone la noche.

—Bueno, como a vos te guste... Pero ¿sabes lo que quiere decir P. M.? No ves que eso quiere decir *Por la Mañana* y nuestra invitación es por la noche?

—Pero hombre de Dios, ponele A. M. entonces, que es el compañero, y ha de significar eso.

—A ver, lea, señor secretario.

El secretario lee y una ligera sonrisa que se le dibuja en la cara es atribuída por don Baltasar a un legítimo orgullo de coautor del sabroso billete.

—Cierto, cierto; ¡pues poco se me iba quedando en el tintero! Y... ¿a qué le pondremos?

—Eso lo has de saber vos... Pero la verdad no se dice: hay que inventar un motivo... ¡Pero si es Carnaval, hombre! ¿y qué mejor?

—Cierto, cierto! Ponga usted señor secretario... *con motivo de ser día de Carnaval.*

—Vaya, vaya, al fin salió, — decía el ricacho, sonriendo plácidamente de aquel pequeño apurillo en que le ponía

la tal invitación. ¡Lo que es la falta de costumbre de ocuparse uno de estas pequeñeces!

El secretario puso en limpio con la mayor escrupulosidad el borrador, pues tenía que llevarlo a la imprenta inmediatamente; pero se mordía los labios hasta hacerles brotar sangre, para no soltar la carcajada, porque el secretario sabía cuánto estimaba don Baltasar los frutos de su talento, sobre todo cuando dictaba, y lo inútil de las observaciones, siendo un simple escribiente cuyo oficio es escribir lo que le mandan. Y la invitación salió, esto es, la invitación general, porque todavía quedaban las reservadas a los altos personajes de la política, a quienes había que invitar por escrito y en papel y sobres especiales guardados para esos casos. Esos eran el gobernador, los ministros y uno que otro ciudadano de significación y de elementos. Su secretario y su mujer ya conocían el texto de estas almibaradas esquelas, llenas de títulos: *Excelentísimo Señor, Su Excelencia*; eso sí, el tratamiento no se puede olvidar, porque ¡quién sabe si no llega el caso de tener que reclamarlo algún día!

Entre tanto, la noticia de la próxima fiesta en casa de don Baltasar corrió por la ciudad, y hacíanse cruces y preguntas de sorpresa todos sus habitantes al saber de esta humorada de parte de quien siempre habíase distinguido por eminentes dotes de economista. Pero ya que se presentaba la ocasión, era de aprovecharla, tan raras como son esas de divertirse, comer y beber de lo bueno sin gastar dinero y sin comprometerse, porque “a don Baltasar, con cualquier cosa se le engaña”, se decían todos, y “lo único que se ha sacado es un provecho cierto sin ninguna obligación”. ¡Ay! de cuán distinta manera apreciaba el acto el futuro anfitrión!

Durante los ocho días fué una de agitaciones y de desvelos en la casa, que ya no se podía más. Iban y venían mensajes a todas y de todas partes.

—A doña Elvira, que cuidadito con faltarme; lo mismo a doña Manuela; y a doña Esperanza, que no deje ninguna de sus seis niñas, porque les voy a tener novios; y a misia

Genara, que se venga, aunque sea con sus sirvientes y sus chiquillos, que los haré dormir con los míos y que de eso no debe preocuparse...

Entraban y salían albañiles a cerrar los agujeros de las paredes y de los pisos, carpinteros y herreros, blanqueadores y hasta un pintor de brocha gorda, un italiano llegado a la provincia entre una camada de inmigrantes labradores, toneleros y picapedreros, fué llamado para que pintase por lo menos la sala de baile, y si no tenía tiempo para hacer grandes cosas, aunque fuese unas cuantas rayas celestes y blancas y unos escudos nacionales en cada centro de las cuatro paredes, como para que no quedasen tan peladas, porque la cosa se había pensado tarde y no se pudo encargarse espejos, fuera del grande colocado en el fondo "para que la sala parezca doble y se retraten las parejas", decía don Baltasar, satisfecho de este chispazo de artista.

El dueño de casa y la señora casi no comían por trabajar, él en mangas de camisa todo el día, arrastrando su voluminosa persona, atendiendo a todos los trabajadores, mirando que los cuadros no estuviesen torcidos, que las alfombras no tuviesen dobleces para que no tropezasen los danzantes, y que las costureras no le dejasen en ella ningún agujero sin cerrar, que las cortinas blancas con bordados se hallasen elegantemente plegadas, que la mesa del comedor se aumentase con otras cuatro o cinco, que no faltasen platos, copas y cubiertos, y al efecto los contaba y recontaba a cada momento; que se apurase la provisión de chanchitos, pavos, corderos, gallinas, etcétera, para que nadie se quejase de hambre en casa de don Baltasar *de la Peña* y señora, la primera vez que abría *sus salones* a la sociedad.

En cuanto a la ama de la casa, su esposo no le permitía trabajos fuertes, porque, como tenía que conservarse para la noche del baile, podría ajársele el cutis y perdérsele el color, y lo más que hacía era vigilar la gente femenina de plumero y de aguja, y eso, bien envuelta la cabeza con una tohalla para resguardar el pelo del polvo; en cuanto a las manos, no

había cuidado, porque se pondría guantes y no se notarían las durezas de la piel. Ella era hermosa y fresca todavía, aunque se casó de muy niña, y tenía nueve hijos, así, de mayor a menor, formando escalera, a cual más alhajita de los nueve; y por eso su marido la cuidaba como una joya, ordenándole no molestarse por nada y prefiriendo más bien ocupar él su lugar en los quehaceres domésticos. Conservábase, pues, para don Baltasar y para no desmerecer de ninguna de las invitadas la noche del festín, pues su mayor orgullo era leer en el periódico las crónicas de baile, llamándola siempre “la elegante, la hermosa, la atrayente, la arrogante, la deslumbrante señora de la Peña”, cosas que ella misma leía a su marido por la mañana, así como le leía todos los periódicos de Buenos Aires, las cartas y todo papel escrito que debería leer él si tuviese la costumbre de leer; pero aquellos elogios le sabían acre, y más cuando su mujer los repetía con mal disimulada emoción, pues ya se le figuraba que ese sentimiento de vanidad satisfecha trocaríase en otro de simpatía por el autor de la crónica, tan subida de tintas para cuanto era ponderar la belleza de su esposa.

Llegó por fin el día tan deseado, ese primer día de Carnaval, que tantas emociones prometía a la sociedad y a don Baltasar. Todavía al entrar la noche y cuando empezaba a aglomerarse en la puerta de calle la gente del pueblo, se oían los últimos golpes de martillo clavando un pedazo de alfombra sobrante, como para que no se pierda; encendíanse las lámparas de la araña, despojada por fin de su camisa de tarlatán celeste en sus buenos tiempos, pero hoy confundido con el polvo, semejante al del sepulcro por lo respetado; y a todo eso ya los músicos del gobierno formados en media calle, anunciaron a don Baltasar, con un redoble de tambor y un golpe de bombo preliminares que le retumbaron en el alma, la sorpresa preparada por el señor gobernador, pues le enviaba la banda en señal de distinción.

Desde muy temprano la señora sometió a hierros su cabellera copiosa y excesiva; encerróse en su *toilette* con tres

servientas y alguna amiga íntima para todo lo que era vestirse y adornarse y ponerse linda, hasta desconocida del mismo don Baltasar, no obstante lo mucho que le conocía sus intimidaciones, pues era de los maridos que tienen por sistema no dormir jamás en cama separada, por razones de alta trascendencia para el porvenir de los afectos conyugales.

Cuando la banda del gobierno hizo su primer estallido, don Baltasar, que se vestía en el cuarto siguiente al de su mujer, dió un salto de nervios y se le escapó de las manos el chaleco blanco que iba a ponerse, el cual sonó en el piso de tablas con gran ruido, pues tenía en uno de sus bolsillos un inmenso cronómetro amarrado con una cadena maciza de oro medio bruto, para que en su buen andar no se escapase. Así, entre nervioso y conmovido, acabó de ponerse las distintas piezas del traje, porque al oír la banda, los convidados habían de empezar a llegar, y era preciso que él estuviese en la puerta para recibir desde el primero hasta el último. Cuando asomó al zaguán, la *mosquetería* le saludó con un murmullo de admiración y de sorpresa, porque salía radiante de noble satisfacción y porque era la primera vez que su vientre pantagruélico, fajado por su chaleco blanco, se adelantaba unas cuantas pulgadas de los filetes de un frac. ¡Cómo conocía él la impresión causada por aquella fiesta en el pueblo apretado para mirar adentro de su casa! ¡Parecíale que de un momento a otro iba a surgir el grito comprometedor, pero ansiado, del seno de la masa popular:

—¡Viva don Baltasar de la Peña, futuro gobernador de la provincia!

Tan clara tenía la convicción de que ese grito iba a estallar, que tentado estuvo de llamar a algunos del grupo y pedirles por favor que no lo hicieran, porque lo comprometerían ante el señor gobernador.

La primera familia llegó, finalmente, a su puerta, en coche: todos hicieron calle y don Baltasar adelantóse a dar la mano a la señora y a las niñas, y a estrechar las del amigo que venía a asociarse a su fiesta, y con una galantería desbordando

te, apresurada y de dulzores infinitos les acompañó hasta las sillas del salón, diciéndoles:

—Háganme ustedes el favor de sentarse: mi esposa vendrá pronto a hacerles compañía, porque aún no ha concluído su tocado; ya vendrá, ya vendrá; tengan ustedes la bondad de disculparla.

Y lo mismo con todas las demás familias que llegaban; los coches iban y venían cargados de concurrentes, señoronas remilgadas y niñas de trajes vaporosos y de raros caprichos, obra meritoria de sus propias habilidades, pues la previsión de don Baltasar fué hasta darles el tiempo necesario para sus confecciones. Algunas, muchas de ellas, venían en trajes de fantasía carnavalesca, con antifaz, máscaras o dominós, pues habían interpretado el texto de la invitación fijándose en aquello de *con motivo de ser día de Carnaval*; otras se vinieron con sus trajes de diario o de dentro de casa, porque interpretaron el texto por sus palabras *a una tertulia casera*, y aquellos que tenían más confianza con la señora y más previsión, advirtieron mandar preguntar cuál era el carácter de la reunión, si de Carnaval, o sólo de baile de sociedad, y esas anduvieron con más tino, porque hicieron lo que se les dió la gana, según la respuesta de que vinieran como quisiesen, porque era su casa, y no usaran etiquetas. Resultó, pues, una mezcla curiosa de *caracteres* en aquella exposición de vestidos y de modas, un tanto atrasadas, es verdad, — porque la señora del gobernador, que recibía figurines de tarde en tarde, tenía que pasarlos de mano en mano después de utilizarlos ella, — pero no por eso menos pintorescas.

Lleno estaba el salón de señoras y de caballeros, — estos últimos también divergentes respecto de la interpretación del texto, pues al lado de muy pocos fracs, abundaban las formas democráticas, — cuando don Baltasar mandó decir a su cochero que de una carrera se pusiese en casa de *Su Excelencia* y le dijera: “que lo más selecto de la sociedad, reunida en mi casa particular, espera a Su Excelencia para comenzar la danza”; y parecía que también la señora tenía preparada su en-

trada teatral, porque así que hubo un instante de distracción, abrióse de pronto la puerta de la habitación inmediata, y apareció en todo el esplendor de su conservada hermosura y de su *toilette* extraordinaria y de sus joyas, llamando vivamente la atención de las damas una estrella de brillantes con plumerito que resplandecía encima de su peinado. Sonrió ella como dispensando gracia y felicidad a sus convidados. Don Baltasar sintió un rápido reblandecimiento en toda su máquina animal, y las señoras del salón, repuestas de la sensación repentina del asombro, adelantáronse a recibir los efusivos besos de sus labios todavía rojos y los apretones de sus manos con guantes nuevos.

Otro redoble y bombazo de la banda anunciaron la llegada de Su Excelencia y *señora*, como diría don Baltasar, los cuales no despertaron la misma espontánea sensación de asombro que la señora de la casa, porque se habían hecho esperar y porque eran autoridad, y la autoridad jamás es bien recibida en parte alguna de la tierra.

Llevaba ya cuatro horas largas y penosas el baile de don Baltasar y señora, y comenzaban las matronas viejas a cuchichear por lo bajo, preguntándose a qué hora se abriría el comedor; las parejas se quedaban sentadas largo rato sin cruzar una palabra, ni siquiera de amor, — que es quien más resiste al hambre, — y todo ese cansancio, con gran contentamiento de los músicos, que apenas arrancaban uno que otro rugido de desesperación o de fatiga a los cobres del gobierno, resabiados y mañeros de tanto trabajo en los banquetes de o a Su Excelencia, en las manifestaciones de los amigos, en las procesiones de los santos, en la bienvenida a las personas notables, en las funciones oficiales y en cuanta ocasión creen conveniente meter bulla para arrancar una muela al pueblo.

Llegado el desabrimiento y la *chirlura* a tal extremo, que hasta el mismo don Baltasar hubo de advertir que lo necesario era comer, y previo permiso de Su Excelencia,—quien hacía rato departía de política electoral con un grupo de amigos en el patio, — indicó con su melosa cortesía que podían

pasar al *ambigú*, donde se les serviría cualquier cosa para entonar el cuerpo.

¡Cómo cambió de aspecto, entonces, el festín de don Baltasar! El solo se colgó de los brazos de unas cuantas viejas que ya no veían las horas de cambiar de postura y calentar el estómago, y las parejas de solteros, con mal contenida prisa, se encaminaron a la bien provista mesa, la cual, en menos de un abrir y cerrar los ojos se llenó con doble hilera de comensales, quienes, parecía, por lo ávidos y apetitosos, que hubiesen ahorrado ganas para ese momento. Hablaban más los platos que la gente; y muy pronto los animales que antes parecieron vivos sobre las grandes palanganas, coronados de ramas de albahacas y adornados con moños de papel prendidos en sitios inconfesables, fueron perdiendo sus formas, así como poniéndose en desorden y vergonzosa derrota el ejército de botellas que el anfitrión había dispersado sobre la cuádruple mesa. ¡Qué pulcritudes, ni atenciones delicadas, ni cumplimientos, ni cosa parecida! Nadie escuchaba allí los ofrecimientos de don Baltasar, ni se acordaba de festejos ni amoríos, ni tenía en cuenta la presencia del señor gobernador y señora, los cuales, como los demás, ponían los más laudables empeños en honrar la espléndida mesa del festín, por cierto, con indescriptible satisfacción del astuto candidato, el cual con una risita socarrona y un tanto agreste, se decía para sí:

—Bien va! ¡bravo! mientras con más ganas coman, más pronto se me entregarán, — y repetía los brindis de vino añejo con Su Excelencia, que ocupaba la cabecera de la mesa.

Eran en verdad las bodas de Camacho: la gente de servicio, los comedidos y los músicos, entreverados todos en el patio, barajaban en el aire los platos que salían del banquete con algunos residuos de buena educación; la muchedumbre del pueblo, aglomerada en la calle, fué ganando posiciones poco a poco hasta atravesar el zaguán, y tan desierto estaba el salón, que una pareja *de pata en quinchá* se dió el lujo de zapatear un gato en las alfombras del salón de baile, mien-

tras los señores de la aristocracia rendían culto a los lechones, a los pavos y al añejo del festín.

Era aquel, sin duda alguna, un colmo de fraternidad entre las clases, y auguraba para el pueblo muy buenos tiempos bajo el futuro imperfecto gobierno del señor de la Peña.

Oído de afuera, el estrépito del comedor se asemejaba a un combate al arma blanca; pero poco a poco fueron reanimándose el humor, las conversaciones y los brindis, en los cuales el mismo gobernador llegó a proclamar a don Baltasar candidato para la Presidencia de la República, — y el salón volvió a llenarse y a resonar de nuevo la música; si bien es verdad que las exigencias de la digestión y los caprichos que ella trae consigo, fueron parte a limitar de pronto la duración del rumboso baile; y los dueños de casa, después de presenciar aquella devastación implacable de su hacienda, y sin descubrir en sus comensales demostración alguna de adhesión sincera, tuvieron que correr al salón a despedir a las familias que ya empezaban a desbandarse, muy simplificados sus atavíos, porque en la faena de la comida fueron despojándose de todos aquellos adornos menudos y embarazosos, casi siempre, para el trabajo. El ruido, la algazara, el parloteo finales de toda reunión que se concluye, sonóle a don Baltasar a despedida eterna de sus ilusiones de político, porque eran breves y secos los ofrecimientos, y en ellos se leían claras estas palabras: “Bueno, amigo, ya nos ha dado usted de comer, que lo pase bien, y que se repita!”. Esto leía en todos los amigos que se marchaban.

Cuando el último se alejó, y sólo quedaba la gente de su casa, don Baltasar tuvo un instante de profundo desaliento y de desesperación, y dando un golpe a la puerta de calle, golpe que se oyó en toda la ciudad, la cerró como para que no se abriese jamás.

VII

LOS REYES DE MI CASA

LOS REYES DE MI CASA

A mi esposa.

Me dormí rendido, derribado por la fatiga de una vigilia pasada en borrar papel, con esa fiebre cerebral y esa profunda agitación del espíritu que me invaden cuando transmito por la pluma todo mi ser en imágenes, en frases, en páginas.

La media noche con su atmósfera cargada de visiones fosforescentes, poblada de ruidos levísimos, pero que al herir los nervios sobreexcitados, repercuten en el oído como explosiones o derrumbes de montañas, me había producido tal prostración material, que mi sueño fué más que nunca, esta vez, un remedo de la muerte.

Pero quedarme dormido y empezar a soñar, fué todo uno: dos fenómenos de división imperceptible, como ciertos colores en el cielo durante el crepúsculo.

Hallábame cerca de un campo de batalla cubierto de humo de cañonazos y polvo de caballerías a la carga; de estampidos formidables de metralla, de fusilería, de árboles que se rompen, de fortalezas que se desploman, de selvas que se incendian; oía un vocerío infernal, palabras de mando, de reto, de súplica y todas en lengua intraducible, alaridos, silbidos, chirridos; músicas militares de marcha, de ataque, de victoria, de festejos, de atención, de plegaria. Luego cambiábase el cuadro en apacible y sereno: las nubes de humo y polvo disipadas, luna poniente en el espacio, pájaros gorjeando dianas, rumores de campiña que se despierta y luces anunciadoras de la alborada.

Vinieron a refrescarme la cara gotas de agua de las que saltan de un torrente despeñado, y caricias de viente-cillos vagabundos, de esos que andan de noche robando el perfume de las flores que se abren, — de aromas, de cactus silvestres, de azahares, — cual si fuesen silfos y gnomos traviosos y curiosos. Sus alitas doradas y olorosas me tocaban la frente, las mejillas, los ojos, con tacto de pétalos de seda, con tibieza de flor escondida en seno virgen, con cosquillas de mariposa sutil.

Todas estas impresiones fueron trayéndome gradualmente a la vida, y cuando desperté, se hallaban encima de mí mis dos hijos: César, un rubio de larga cabellera, amigo de caballos, tramways, carros, pitos y de cuanta cosa se ha inventado para volvernos locos, a mí y a los vecinos, hablador en idioma primitivo que sólo la madre entiende; y Hortensia, una morocha de diez meses, rosada como mañana de estío, con ojos negros, redondos y movedizos, risueña para mostrar su primer par de dientes y balbucidora de palabras futuras.

Los dos me acarician con sus manos diminutas, me besan con sus labios de rosas acabadas de abrir y de los cuales se aspira una esencia apenas perceptible; César me aturde con el saludo cotidiano y me marea con las historias recogidas en su excursión reciente:

—Moñiña papá; beto nene; cayo cabayo tén; niño coleco campana, — frases que entrego al estudio de los filólogos; Hortensia apenas me nombra, pero chirria y salta y aletea con sus bracitos, comoavecilla que intenta volar cuando viene el día.

Luego, ¡qué cuadro en derredor de mi cama! Ahora comprendo por qué en el sueño asistí a una tan descomunal pelea. Confundidos, revueltos, desparramados como después de una derrota, se veían sobre el pavimento una locomotora tumbada, dispersos los carros, y uno que otro pasajero asomándose con su cara de plomo por las ventanillas; un caballo sin jinete, con el vientre roto y hueco, abierto sin duda por alguna bala de cañón, estirado sin vida, con los ojos blancos; amon-

tonados más allá en desorden trompas abolladas, fusiles quebrados, tambores sin parche, cañones desmontados, carruajes en trizas y en medio de cuyos despojos se veían aún un inglés coloradote y una lady de peluca rubia y cofia encarnada, víctimas de su curiosidad de turistas; luego, por todas partes trapos, — girones de banderas, — cuerpos de polichinelas obesos como Falstaff, o escuálidos como don Quijote, de músicos ambulantes caídos patas arriba y perdidos por ahí los platillos, el bombo y la manija de un cilindro que uno de ellos tenía en el vientre.

Y este cuadro siniestro, visto a la luz del sol que ya entraba por un postigo entreabierto, y al través de la bruma que todavía empañaba mis pupilas, era la obra de uno solo, de un malhechor privilegiado que tiene el poder de hacerse perdonar con una mueca graciosa, una palabra revesada, o un beso siempre dulce, las grandes catástrofes que traen alborotado el mundo... de mi casa; especie de Napoleón mimado, todo lo revuelve, lo abre, lo recorre, lo desacomoda, lo quiebra, para que después, mi esposa y yo, que representamos allí la humanidad, nos veamos obligados a estrechar en nuestros brazos al autor de tanto estrépito, y a premiar con regalos y caricias sus devastadoras proezas, en cambio de la gloria con que inunda nuestros corazones, de las promesas con que halaga nuestros días, del inefable contento con que baña nuestras almas y de la serena gracia con la cual, por su intermedio, Dios bendijo nuestro humilde hogar!

Sí, benditas seáis mil veces, divinas criaturas, porque me habéis hecho contemplar un cielo desconocido, y más que todo eso, amar la vida, a Dios y con doble amor a la patria en que hemos visto la luz!

15 de agosto de 1892.

VIII
NAVIDAD

NAVIDAD

A los niños argentinos.

Ha llegado el día de las francas expansiones, de reavivar el fuego de los afectos domésticos, de rendir culto a los dioses tutelares del hogar. Lleno está de algazara y de bullicio inocentes; los niños corren y saltan alrededor de los abuelos y de los padres, como los pájaros revolotean en torno del árbol donde se oculta el nido.

No son ya ciertamente, los establos humildes de la Judea; pero el triunfo del divino nacido es mayor todavía, porque desde la pobre morada del obrero hasta el palacio del opulento magnate, la sombra invisible del Niño-Dios, se pasea silenciosa derramando bendiciones y caricias, gracia y buenas nuevas.

Aunque hayan perdido la fe ingenua de las sociedades en infancia; aunque la razón haya envuelto y ofuscado los recuerdos de la leyenda, ella vive en los corazones, se alimenta como lumbre inmortal en el seno de todas las razas y de todas las civilizaciones.

Noel es un ideal dulce, risueño y, a la vez, profundo. La familia en nuestro tiempo no vive todo el año en íntima confianza; la vida moderna ha introducido en ella, por reflejo, las formas exteriores, los olvidos que enfrían, las preocupaciones que entristecen. Noel se acerca al umbral y con un toque apenas perceptible, llama a todos los que en el hogar habitan, y su voz suavísima, que suena como música de aura pasajera, dice en cada oído:

—Buenas Noches!, y pasa y deja en cada corazón una ráfaga de amor y de paz.

Los niños lo han visto y lo han oído, porque ellos tienen visiones sublimes, las de la inocencia: es un niño sonrosado, de ojos azules y cabellos rubios, que vuela con alitas de oro, envuelto en un nimbo luminoso.

Hermosa costumbre es la de celebrar el día de Noel, porque vuelven los sentimientos perdidos o amortiguados en el roce diario de la vida de combate, de esta eterna milicia en la cual vivimos arrebatados los humanos. Los viejos se coronan de verdes palmas, rejuvenecen sus sienes, sombra pasajera oscurece sus cabellos y sus risas resuenan en medio del bullicio infantil, confundiendo con él, porque las almas puras las exhalan. Sí, almas puras, porque las de los ancianos han pasado por el crisol candente de la existencia, y las de los niños aún no se han empañado con el dolor.

Las calles de la soberbia ciudad parecían de pasaje para infinidad de personajes y objetos extraños inventados para la infancia; de todas las tiendas salían a cuestras, salpicando el animado concurso diario, las muñecas de ojos inmóviles y caritas sonrientes, arlequines traviosos y de vistosos trajes, músicos automáticos, señoras y niños de peluca blanca, carruajes adornados de seda rosa o celeste con tules blancos, caballos enjaezados, locomotoras y vapores, torres y puentes, y cuanto el hombre ha ideado para impulsar el progreso del mundo, allí está en miniatura sirviendo de juguete a los niños, como los grandes inventos de hoy lo serán mañana para los hombres mismos.

Allí, en medio del salón deslumbrador del palacio del rico, se alza el árbol cargado de frutos de todas las especies: árbol maravilloso entre cuyas ramas salpicadas de luces pueden también los dulces, los muñecos, los artefactos, los ángeles y los mil juguetes que hacen la delicia de la alborotada muchedumbre.

Así es, en efecto, el árbol de Navidad, símbolo de la sabiduría y del amor supremos, inagotable, infinito en dones y en beneficios.

Es el niño nacido en Bethlchem de Nazareth el que ha ve-

nido a poner allí para sus compañeritos de la tierra todo lo que ha de hacerlos dichosos; es él quien inunda de júbilo sus rostros radiantes y sus pupilas movedizas, para que pase a los corazones de los padres, sentados con gravedad de dioses lares, — como dijo un ilustre poeta de su anciana madre, — en el mullido sofá del gran salón señorial, contemplando tranquilos el grupo de la humanidad que ha de reemplazarlos y que les infunde fe, serenidad y alegría para contemplar el más allá.

¡Qué felices son los niños de las grandes ciudades, cuán estrepitosas sus carcajadas y radiosa su alegría! Pobres y ricos tienen a la vista, o en las manos, las maravillas del arte inventado para ellos. Y la concepción del ideal Noel debe ser la de un Dios alegre, juguetón, rico y generoso, porque tantas cosas les envía.

Bien, pues, vosotros que sois tan felices, recordad que tenéis hermanos en todos los rincones de la tierra argentina, tanto en la ciudad melancólica y modesta de los Andes lejanos, como en el rancho miserable del desierto. Y allí también hay niños, nacidos como Jesús en indigentes establos, y tienen madres pobres, viven muchos de ellos desnudos, sufriendo del sol ardiente y del hambre aniquiladora. Pero esos niños son argentinos como nosotros; son los que más tarde empuñan las armas para defender a la patria y los que mueren sonriendo porque mueren por ella: aquel pedazo de tierra pobre y desolado donde vieron la luz del sol.

¿Cómo creéis vosotros, oh adorables criaturas, que el Niño-Dios se aparece en esos ranchos del desierto? Si lo viérais tal vez no podríais reconocerlo: ¡tan pobrecito y desnudo viene a inclinarse sobre el lecho de ordinaria jerga en donde duermen los hijos de los campesinos, nuestros compatriotas, nuestros hermanos!

Al verlo en sueños, aquellos niños también sonríen como se contemplaran un mundo de riquezas; él los besa en la frente, dejándoles la esperanza y la fe, y con ellas se hacen hom-

bres robustos y fuertes para luchar contra las privaciones y la aridez de la tierra.

Pero también les deja regalos preciosos, desconocidos para vosotros que vivís en las cómodas habitaciones de la ciudad y entre el perfume de los parques y de los jardines. Al día siguiente, después de la visita del Niño-Dios, el cielo se nubla, la lluvia riega los campos y los padres de esos niños levántanse con el alba, llenas de regocijo las antes mustias almas, empuñan el arado y todos arrojan la semilla, y en breve las mieses llenan el granero; ábrense los pechos bronceados por el sol para aspirar el sagrado incienso de los campos, ese incienso que sube como acción de gracias hasta aquel trono donde saben que el Niño invisible de la Noche-Buena tiene su silla de oro!

Y cuando la tierra se ha cubierto de verdura y las flores silvestres de esas llanuras congregan millares de aves de cantos nunca oídos de vosotros, es de ver la escena conmovedora del rancho del labrador. Encima de un altar cubierto de flores rústicas, adornado con mieses nacientes, de brotes tiernísimos y de primicias de la tierra, la familia del campesino, con los niños medio desnudos, pero sonrientes, se arrodilla y reza al Niño-Dios, hecho de cera y acostado sobre una camita de hierba en flor, fresca y olorosa, de la que ellos llaman el *pasto del Niño*, porque saben, ellos también, que Dios nació sobre una cama de hierbas.

Anoche fué de halagos y de presentes, de árboles repletos de confites y juguetes, de músicas y de besos amantes en todos los hogares de la capital argentina: fué la Noche-Buena de las promesas opimas, de los votos de ventura, de los regocijos y de las íntimas expansiones. Noel es uno y múltiple, y por eso al mismo tiempo que envía a los niños de Buenos Aires sus regalos espléndidos, no descuida las viviendas de los hijos del pobre, perdidas en la soledad de la pampa, en la espesura de la selva o en las riscosas y ásperas montañas de nuestra tierra.

Nuestros votos son por la dicha de los hermanos de Noel que viven en todo el territorio: a los de las ciudades, prosperidad y salud; a los que viven en los inmensos campos, lluvias generosas, mieses abundantes y fe en el trabajo y en el amor de la patria.

Buenos Aires, diciembre 25 de 1892.

IX

EL SOL PONIENTE

EL SOL PONIENTE

Era en la ciudad de los templos y de la vida colonial, y en los buenos días en que aún no habían desaparecido del todo las huellas de la Córdoba antigua, llena de tradiciones y recuerdos, de signos elocuentes de la historia, de ceremonias y festividades anunciadas de lo alto de gallardas torres por las campanas sonoras y solemnes.

Vivía aún la Córdoba de los estudios tranquilos y serenos a la sombra del claustro y bajo la austera vigilancia del Rector, de severa túnica eclesiástica y nombradía indiscutible, llevados entre paredes casi ciclópeas, alternados con funciones religiosas en la Compañía y rosarios y novenas cuotidianos en la capilla del colegio.

Era yo alumno interno, venido de lejana provincia, donde hay mucho aire, mucho sol y mucho horizonte. Ahogábase el encierro, aunque no me diese cuenta clara del motivo, sumergíame en el estudio, lo devoraba, lo precipitaba con frenesí, y en el fondo de mi espíritu había como una creencia vaga de que así sería más pronto libre. Y había venido ya a los estudios metódicos con muchas lecturas románticas de la vieja y rica biblioteca de mis abuelos, puesta en la aldea nativa como un tesoro oculto.

Ya Chateaubriand había filtrado en mi corazón el veneno deleitoso de sus lágrimas, ya había llorado los infortunios de Chactas, de René, y comprendido la triste pero cautivadora poesía del Cristianismo.

Salía del mundo de Chateaubriand para venir a una ciudad religiosa, donde los templos parecíanme gigantescos, los claustros imponían silencio y las campanas en los crepúsculos

difundían la solemnidad y el respeto a un poder desconocido; era, pues, continuar en un mundo positivo la existencia ideal de mis lecturas.

Encerrado estuve tres años en el memorable Colegio de Monserrat, acumulando en la cabeza nociones de todo y en el corazón sentimientos comprimidos, agigantados por la soledad, idealizados por la ausencia de las cosas materiales, formando un universo intangible, incorpóreo, luminoso.

Pronto las puertas de los claustros se abrieron; la educación claustral se suprimía y debíamos buscar alojamiento en la ciudad.

Fué éste para mí el principio de un romance tristísimo, por lo dulce y fugitivo, y por lo hondo de la impresión que dejó grabada en mi alma por mucho tiempo.

Mi vivienda de estudiante no era sino el espacio contenido por cuatro paredes y un techo, sin más abertura que la puerta de calle para la luz y para el aire. Estudiaba ante el público, medio escondido detrás de la puerta entornada, y mis horas de estudio eran la tarde y la noche.

Pero un día, de los primeros de mi vida urbana, tuve una sorpresa que me golpeó el corazón e inundó de luz desconocida mi cerebro.

Enfrente de mi única puerta veíase un balcón sencillo, pero tejido de enredaderas sutiles, entre cuyos lazos asomábanse tímidos unos claveles rojos, blancos y rosados y algunas rosas pálidas; pero las ventanas siempre cerradas hacíanme pensar en que el destino de esas flores era morir en abandono.

Crugido suave escuchóse al fin en las maderas de la morada misteriosa; entreabrióse una ventana, y las tristes flores del balcón estremeciéronse como de regocijo y de esperanza.

Era el crepúsculo. La campana gigantesca de la oración bañaba el cielo y la tierra con su grave y prolongada armonía, el sol bajaba como una esfera de carbón incandescente sobre las difusas aristas de la sierra lejana, y un haz de luz rojiza coloreaba los edificios, las nubes y el cielo.

Esbelta con esbeltez de majestad, melancólica con aspecto de reina doliente, el rostro como consumido por un eterno insomnio, la mirada sin vivacidad, pero muy honda y muy sombría, los brazos sueltos y entrelazadas adelante las manos blancas y finas, erguido el cuello abrazado por una ancha cinta negra cuyos extremos perdíanse en la sombra de sus cabellos recogidos con algún abandono, una mujer, el alma de esas flores tímidas del balcón solitario, asomó lentamente, con los ojos fijos en el sol agonizante, cuyo reflejo de fuego envolvió en una llamarada súbita su semblante doloroso.

Allí se quedó de pie, inmóvil, casi rígida, destacándose sobre el fondo sombrío del muro como visión fantástica aparecida en una velada nocturna al resplandor de la hoguera... Así la veo ahora, a través de veinte años, y creo que no he perdido un solo detalle.

Yo la contemplaba con el mismo éxtasis que ella al sol poniente; perdí la noción del medio para poner toda el alma en ese cuadro.

A medida que el sol iba hundiéndose, el rostro de mi triste desconocida sombreábase con tinte fúnebre; los últimos rayos de luz iban a morir en sus grandes pupilas con un débil centelleo, como si en esa vida fuesen a morir todos los amores, las esperanzas y los sueños.

Mi imaginación revolvíase buscando la historia íntima de esa mujer sublime por el dolor, por el dolor secreto que dejaba adivinar, por la extraña actitud de contemplación al sol que se ausentaba. Quizá era un presentimiento lúgubre aquella partida muda y sangrienta del astro del día; quizá renovaba en ella recuerdos de un amor perdido para siempre, o al alejarse para volver mañana, pedíale en aquella íntima plegaria de la tarde, al rumor difuso y oscilante de la campana vecina, que la próxima aurora lo fuese también para su alma, trayéndole un rayo sonrosado, un perfume, un eco mensajero de ese mundo invisible hacia el cual volaban siempre su pensamiento y sus miradas.

Vino la noche, borráronse los últimos reflejos rojizos del

sol, perdiéronse en el espacio las postreras ondas de la campana, y con ellas se desvaneció como una sombra la imagen de la joven contemplativa. Sentí cual si una piedra hubiese caído sobre una fosa y en seguida, desierta la necrópolis, el pobre muerto se quedase solo.

No pude volver a la realidad de las cosas; aquella escena, vista como en el escenario de un cuento fantástico, asediaba mi cerebro, mezclábase con mis pensamientos, con las percepciones más comunes; llegué a creer que nacía en mi ser un sentimiento desconocido, profundo, avasallador; pero ninguna fuerza impelíame a acercarme a ella, a comunicarme con ella, y toda mi ansiedad era volver a contemplar el cuadro; y pasé la noche atormentado por una duda horrible: ¡si mañana al ponerse el sol saliese de aquella humilde morada un cortejo mortuario!

Pero no; fué lo mismo, ví de nuevo el cuadro, la misma aparición, los mismos ojos, pero más hondos efectos en mi espíritu; y me convencí, al cabo de muchos días, que yo adoraba a aquella mujer con una pasión extraña, como al supremo infortunio, como a la divina melancolía de los cielos, de los crepúsculos y de todo cuanto existe; si, era esa dulce tristeza que devora lentamente la vida, pero que es una fuerza secreta de lo alto, de lo incognoscible, de lo ideal, hacia donde vuelan los espíritus en su ascensión eterna.

Jamás, durante los largos días de contemplación silenciosa a mi amada pensativa, recuerdo haber solicitado su atención ni su mirada: no, habría creído cometer un crimen, cortando el lazo invisible que unía sus ojos, su alma entera, con el sol poniente, con el horizonte lejano donde sin duda ella veía un punto fijo, una tierra prometida. Era para mí una sagrada, una inviolable actitud reveladora de un gran misterio, de una religión íntima, de un voto cuya ruptura atraería las cóleras de la divinidad. ¿Cómo hubiera podido profanar su áxtasis, si era la hora en que el campanario llamaba a rezar, en que la muerte del día evocaba los pensamientos sombríos, y cuando mi triste amiga lloraba a torrentes lágri-

mas que sepultaba en lo íntimo de su corazón? No, no lo habría hecho nunca, y nunca perturbé su dolorosa contemplación del crepúsculo del sol expirante.

Una pena muy cruel me estaba reservada. Mis tareas escolares del año llegaron a su término y debía ausentarme a mi rincón querido de provincia, hacia donde me llamaban afectos incontrastables. Era para mí una despedida tan dolorosa como si hubiese poseído a aquella mujer, como si nuestros amores hubiesen durado mucho tiempo, como si me arrancasen de sus brazos amantes, me arrebatasen sus miradas abrasadoras y me quitaran para siempre un tesoro inmenso de dicha, de sueños, de esperanzas, de amor; en fin, esa adorable esclavitud de los sentidos y de la vida, que deseamos más cuando es más absoluta. Y, no obstante, aquella mujer no me había hecho nunca la suprema gracia de una de sus miradas, de esas miradas que parecían lágrimas caídas en un abismo.

¡Ah! llevaré hasta mi último instante el recuerdo de su despedida! Cuando en esa noche se desvanecieron el sol, el eco del bronce y la imagen del balcón de las madre selvas y los claveles, cerré mi puerta, lo mismo que hubiese cerrado las de la vida, y tendido sobre mi lecho de estudiante, lloré, lloré mucho, a torrentes, porque el alma me decía que al volver de mi viaje, aquel balcón no se abriría más, que aquellas flores habrían ido a perfumar una pobre sepultura, y en la reja por donde los claveles asomaban sus cabecitas rojas, habría un papel blanco en señal de alquiler.

No quise a mi vuelta, después de tres meses, mirar siquiera a la ventana por temor a la terrible realidad; pero no me habían engañado las copiosas lágrimas de la partida.

Corrí al cementerio que se acuesta casi al pie de la montaña del poniente, busqué el sepulcro, lo busqué con verdadera agitación en el alma: sentía una impulsión irresistible, y por último, al fin y detrás de todos, mirando al sol ponien-

te, una lápida nueva, rodeada de una madre selva triste me señaló el sitio de su reposo eterno, de su tierra prometida; dos letras negras grabadas en el blanco mármol indicaban apenas su nombre: M. C. — Q. E. P. D. — Y nada más.

Yo también le dejé una ofrenda: mi primera lágrima de hombre y mi última ilusión de adolescente.

Y este episodio de mi vida, este poema entrevisto apenas y ya convertido en misterio insondable, fué la primera de esas mil experiencias que van acumulando en el fondo del alma, hasta el día de la partida, del último sol poniente, esa amarga cosecha de nuestro paso por la tierra y que el gran poeta llamó: LACRIMAE RERUM.

X

EL CUERVO

EL CUERVO

He presenciado en medio del desierto que guarda la memoria de Facundo, algunos de aquellos cuadros que dejan por mucho tiempo una reminiscencia melancólica, por los personajes y por el escenario.

El llano desolado, polvoroso y de rígida vegetación despertó también, al fin, al silbato estridente de la locomotora; el primero que se escuchó debió asemejarse al clarín de la resurrección resonando en medio de una inmensa necrópolis. ¡Qué estremecimiento profundo el de aquella silenciosa llanura horadada de tumbas y salpicada de cruces piadosas! Y ¡cómo repercuten a distancia y con vibraciones infinitas, los toques de alarma del heraldo fantástico, corriendo envuelto en nubes de humo, en chisporroteo de brasas y en remolinos de polvo a través de selvas descoloridas, y flanqueando montañas, avanzadas como centinelas en medio de la planicie!

Intensa fué, sin duda, la emoción que sintieron las aves tristes de esos bosques, consagradas a cantar lamentos de una musa huérfana y abandonada en un desierto, o a implorar las bendiciones de dioses mudos y sordos, casi siempre, a las súplicas melodiosas.

Las lluvias se ausentan por largo tiempo, y los pobladores de la tierra sedienta se revisten del color de ceniza de las lavas volcánicas; comienzan a caer rendidos por el hambre y la sed los ganados, y a agruparse y apiñarse en número inverosímil, revoloteando con graznidos lúgubres encima de la resaca los cuervos deslustrados, de ojos amarillentos por la anemia y ensanchados por el hambre en vísperas de la saciedad! Inmundos espías de la muerte, parecen dotados de un don ma-

raviloso de anunciarla; y es de ver cómo siguen de cerca, a modo de asesinos que esperan el momento oportuno, los pasos vacilantes de la presa, cuando va buscando la exigua sombra del quebracho o del algarrobo donde va a rendir la vida, y cómo se levantan y desparraman alborotados cuando la locomotora los sorprende en su banquete de carne corrompida.

Son los espíritus sombríos del desierto, y revoloteando sobre las tierras movedizas, junto a los remolinos de polvo que suben hasta confundirse con nubes solitarias y estériles, ellos simbolizan los elementos persistentes aún de un pasado miserable; son los cóndores contrahechos de una magia siniestra, como los reptiles alados que engendró Satanás cuando pretendió formar los ángeles luminosos.

¡Eterna ley de los contrastes! El genio tiene en la historia degeneraciones aborrecibles; el cóndor de los Andes, el ave inmortal de nuestra epopeya, tiene también en el cuervo de impotentes alas y limitado imperio su caricatura repugnante, raquítica, despreciable. El primero anuncia las colosales cumbres donde se presienten las del pensamiento que tiende a divinizarse; el segundo los bajíos pantanosos y áridos, los charcos mefíticos y los panteones repletos por el hambre y la sed; el pájaro de los Andes vuela sereno y olímpico, con su cuello casi recto e inmóvil, con mirada fija y describiendo inmensas curvas como un cometa por el éter inmensurable; el otro apenas se atreve a perder de vista la carne oculta debajo del arbusto, y mientras se cierne encima de ella, tiene movimientos irregulares y nerviosos, guiños de payaso inhábil, miradas torcidas y desconfiadas, cual si temiera ser descubierto en una rapiña o en una usurpación; aquél ostenta y exhibe en sus garras de acero la presa viva arrancada por el derecho de la fuerza soberana, allí donde se lucha para conservar el dominio en combate igual y abierto, y éste se arrastra, agazapándose entre las matas deshojadas, ocultándose de los compañeros para lograr la pieza de su sabor y devorarla a escondidas detrás del montón de tierra o entre las ramas del árbol; lo que en el uno es la apropiación de lo que cree suyo,

en ejercicio de su poder imperial sostenido con lealtad y proclamado en los amplios y espléndidos espacios bañados de sol meridional, en el otro es el robo sigiloso y astuto, velado e hipócrita, disfrutado con egoísmo, con embriaguez y con hartazgo de pordiosero que logra los restos de un banquete opíparo.

Tiene el cuervo costumbres y modales que recuerdan los de ciertas criaturas humanas, de esas que nacen predestinadas a ocupar las esferas inferiores, las penumbras, los escondrijos nauseabundos; vive siempre alrededor de los parajes habitados, sin acercarse ni huir demasiado, porque lo primero le hace temer por la vida, y lo segundo por la pérdida de la comida fácil.

Con todo el cinismo de los seres abyectos, llega a veces a soportar los golpes de los pilluelos andariegos y los mordiscos de los perros de la casa, presentándose como un mendigo cegado por el hambre, que soporta los agravios mayores con el fin de conseguir el bocado que ha de matárselo. Shakespeare, cuando ha descendido a los negros antros de la miseria, ha pintado algunos caracteres de éstos, que parecen la parodia grótesca y repugnante del hombre.

Y luego, cuando libre de riesgos, escondido entre los matorrales, vése dueño del pobre animal muerto de sed o de fatiga, ¡cómo extrema los procedimientos de su cruel voracidad y de su febril glotonería, con cierta predilección de Lúculo por alguna porción delicada de la res corrompida!

Recuerda este pájaro, aislado aún en sociedad, a aquellos amigos que suelen tener los gobernantes mientras manejan caudales y distribuyen favores, o por lo menos, conceden esperanzas de dones más opimos; le siguen, le bailan por cerca, le hacen compañía y le amenizan las horas; pero en aproximándose a la cesantía, ya empiezan a mudar de rostro, a trocarse de cortesanos en espías y de cosecheros de mendrugos en olfateadores de carne muerta. Son los amigos de Timón de Atenas, vueltos de espaldas cuando el generoso anfitrión cierra las puertas del palacio para retirarse a los bosques.

¡Cómo cambia el criterio de aquellos hombres sobre los actos del magnate opulento! No se diría sino que una venda cubría sus ojos y que volvieron a la realidad, en la cual sólo hallaron miseria, corrupción y criminales instintos en el que antes adoraron como patricio ilustre, honra de la tierra y ejemplo de varones.

El cuervo tiene, sin duda, un inmenso talento y honda penetración del porvenir; conoce a maravilla el arte de adivinar la hora y el sitio en que ha de caer la presa; lo sabe mucho antes y no se aparta desde entonces de la pista. Como aquellos que esperan impacientes herencias de padres ancianos, sería capaz de filtrar una gota de veneno para apresurar el desenlace de su situación incómoda, y se desvela y ayuna muchas noches y días para hallarse con apetito en el momento del festín ansiado.

Nada, ni las radiantes auroras de los climas tropicales, ni las risueñas músicas que del fondo de las selvas las saludan, tienen un encanto ni vierten un soplo de poesía en aquella existencia fúnebre: es el ave fatídica, el símbolo sombrío de la muerte y de los flagelos que diezman los campos, y en sentido más extenso, lo sería también de las malas influencias, de los principios destructores que, infiltrados como veneno en la sangre de los seres animados y en la savia de los árboles, produce el agotamiento, los raquitismos, las decrepitudes anticipadas.

En la llanura interior de mi país, donde ya corre la máquina de vapor, se mantiene como siempre, envuelto en su capa negra, mudo y observador perspicaz, espiando las víctimas del hambre para acercarse a devorarlas, saltando como clown envejecido, con movimientos penosos y desairados.

Sobre la copa de un algarrobo medio desnudo, en cuyas ramas escuálidas véanse sujetos algunos nidos abandonados, morada ya de insectos o reptiles, se divisa a lo lejos una bandada de cuervos acurrucados en actitud soñolienta, con las cabezas calvas debajo de las alas fétidas; la locomotora pasa

envolviéndolos en nubes de vapor y de humo, y ellos apenas alzan el cuello un instante, y en seguida, con un movimiento de cínico desprecio, vuelven a quedar inmóviles, fingiendo un sueño que sólo es la modorra de una digestión trabajosa, o la actitud de una expectativa inquieta.

Mayo de 1892.

XI

EL SOL DE MAYO

EL SOL DE MAYO

(Impresiones de un viaje)

Venía yo con el alma llena de pesadumbre. En el pueblo quedaba mi madre deshecha en lágrimas, viéndome partir para un viaje tan largo y con la idea fija de que no volvería a verme. La enfermedad la consumía por instantes y su sensibilidad era cada vez más exquisita, como si fuese desapareciendo toda su carne para dejar libre y puro el espíritu que bien pronto voló para siempre.

Un árido e interminable desierto parecía amarrar las patas de las cabalgaduras en que yo y mi peón, los dos solos, nos alejábamos de la villa donde ambos teníamos nuestro hogar y donde cada uno había roto alguna fibra al partir. Aquel camino era recto, como las consejas pintan el del infierno, y no se acababa nunca; la montaña allí, en frente, más bien parecía huir de nosotros; y la tarde se iba y la noche vendría luego a hacer pavorosa la travesía. Marchábamos con nuestros cuerpos hacia adelante, pero nuestros corazones corrían en sentido inverso.

A nuestra espalda quedaba el Famatina con sus torreonnes blancos, encendidos de sol poniente, y parecía que sus centinelas invisibles estuviesen atizando el fuego del vivac. La sombra del vértice más alto proyectábase sobre la llanura delante de nosotros, sin abandonarnos, como si nos acompañase hasta dejarnos en la puerta de la serranía vecina, esto es, en el umbral de su casa.

Esta otra despedida, la del paisaje de toda mi infancia, la de las nubes, los valles y las siluetas de pueblecillos pintorescos, vino a recargar las tintas que ya ennegrecían mi alma.

No pude contenerme, a pesar de no hallarme enteramente solo, detuve mi bestia, la volví hacia el occidente y me quedé un largo espacio contemplando las últimas luces de la puesta del sol, y cómo el contorno de la montaña iba desvaneciéndose en la sombra de la noche. Pero como quien se resuelve a ejercitar un acto heroico, venciendo toda la flaqueza humana, hice de pronto dar media vuelta a mi cabalgadura, y con un apretón de espuelas, me puse casi al trote a escalar la senda, rumbo a otras alturas y hacia donde había de encontrarme de nuevo con el sol amigo cuya ausencia acaba de ponerme triste.

Tenía que cambiar mi ambiente moral, desterrando con un arranque de valor mis preocupaciones, y a fuerza de hacerme comedia a mí mismo, libertar el espíritu y alegrar las horas de la jornada nocturna. Mi compañero nada decía, nada podía decir. Sin duda imaginaba que todas aquellas maniobras serían propias de la superioridad y sabiduría del *patrón*, como que vino de hacer sus estudios y le preocuparían cosas para él incomprensibles.

He podido entonces experimentar el sufrimiento de quien no puede comunicar emociones e ideas que bullen y estallan en silencio, o cuando más se traducen en movimientos que a cualquier observador se le antojarían de un loco, no conociendo el impulso que los produce. Buscaba una forma de hacer comprender a ese hombre rudo mis pensamientos, y de entrar con él en una conversación en la cual no me pusiese en ridículo ante mi propio criterio, y mientras al rumor de las rodajas y de los cascos herrados nuestras buenas marchadoras se tragaban el camino, híceme explicar por mi compañero todos los secretos de aquellos parajes montañosos, tan ricos de sencillas y primitivas leyendas, conservadas en su memoria para ser referidas a los viajeros con esa estoica indiferencia del que está habituado a todas las escenas y espectáculos de la naturaleza.

Llegábamos al pie de una cuesta cuya cima parecía impracticable; a ambos lados levantábanse dos muros de negro

granito y marchábamos por debajo de una selva cuyos garfios, a cada momento, nos detenían de los ponchos o nos enganchaban de las piernas. Las luciérnagas parecíanme en la obscuridad absoluta ojos de seres infernales, y los chirridos de los reptiles y el *cric, cric, cric* de los grillos acurrucados entre los resquicios de las rocas, venían a producir en conjunto una armonía extraña que aumentaba el frío, que ya por lo crudo de la estación y de la hora congelábame la sangre y erizábame la piel.

El peón tomó la delantera, y comprendiendo mi pregunta silenciosa de “¿cómo se sigue adelante en este infierno?” me dijo en tono tan cariñoso que fué para mí toda una resurrección:

—No tenga cuidao, patroncito; larguelé nomás la rienda a la parda, que ella no ai errar el camino. No la apure y dejelá descansar cuando ella quiera.

Y esto diciendo, empezó la ascensión de la tortuosa senda, cuyas mil y una espirales las sentía yo por los movimientos, pero no porque viese el suelo donde pisaba. A la sombra de la noche vino a añadirse la neblina opaca, espesa y fría, corriendo en masas inmensas y mudas, aglomerándose sobre las hondas quebradas, cubriéndolo todo, la tierra y el cielo, ante nuestros ojos que muy pronto ya no distinguieron sino una tela, o mejor dicho, la nada, como si de súbito hubiésemos perdido la vista.

Eterna parecióme aquella subida y a no ser el ruido de los pedruscos hollados, habríame creído viajando en el seno de un enorme nubarrón, en pleno espacio y a merced del viento. Y era esta ilusión casi una realidad, porque las nubes nos envolvían y nos hallábamos a muchas centenas de metros sobre el nivel común de la tierra, y la soledad arriba y en torno nuestro... Mi compañero era para mí un genio, un espíritu superior, un ser sobrenatural que me guiaba y me alentaba en aquel laberinto mil veces más horrible que el del Dante, pues, para que yo no tuviese miedo, ni inquietud, ni recelo algunos, empezó a cantar con una voz como de arru-

llo y un tanto temblorosa, unas *vidalitas* criollas cuyos acentos tristes ahogábanse en el seno de las nubes sin un eco, sin una respuesta, pero con el poder maravilloso de asegurarme de su compañía en la obscuridad y, al parecer, de dar alientos a las fatigadas pero nunca rendidas mulas.

Amor, soledad, desengaño, ingratitud, eran las palabras que al resonar en su canto le hacían temblar la voz; y cuando alguna pausa se prolongaba más tiempo del que la canción permitía, figurábame ver desprenderse de sus ojos dos lágrimas que fuesen a caer, como gotas de vapor congelado, sobre las hojas de los arbustos rastreros, y que un suspiro profundo, comprimido, desgarrador, se hundiese también en las frías entrañas del nublado.

Después de largas horas de penosa marcha advertí que el terreno era plano, que el aire circulaba con más fuerza y tuve la sensación del espacio pleno, del firmamento mismo en todas direcciones. Mi guía se detuvo, y acercándose, me dijo dulcemente:

—Apiesé, patroncito. El camino pa abajo es muy peligroso y la neblina es muy oscura. Aquí vamos a aguardar el día y a estirar los güesos un rato. Las bestias han trabajao mucho y es güeno hacerlas pastear un poco pa seguir viaje.

Yo caí desplomado como una masa inerte, “come corpo morto”, y sea por exceso de fatiga o de sensaciones violentas durante la ascensión de la cumbre, no pude dormir, ni aquietar las ideas, ni dominar los nervios declarados todos en rebelión dentro de mí. Tuve que pedir a mi único compañero que procurase fuego; necesitaba ver algo más que esa tela impenetrable de nubes, sentía ansia de cambiar de color y de convencerme de la realidad de mi situación. Y cuando con gran esfuerzo pude contemplar el resplandor rojizo de la fogata y fijar la vista en las llamas que luchaban por devorar los húmedos tizones, casi pronuncié una oración a esa divinidad generadora de cuanto sustenta y hermosea la vida, al fuego, que difundido en la creación, tiene subordinada a la suya la existencia de nuestro Universo... Y entonces comprendí

que de todas las idolatrías, la única digna de llamarse religión es la del Sol, el padre de lo creado, fuente de cuanto vive, e imagen de ese poder ideal que la humana especie adora, desde la cuna al sepulcro, como su autor y árbitro supremo.

Permanecí largo rato con los ojos inmóviles, fijos en las brasas y como hipnotizado, dejando correr la imaginación y nacer y reemplazarse unos a otros los recuerdos, sucederse las fantasías, las imágenes, las historias y las visiones, hasta que llegué a la memoria del día en el cual me encontraba, y fué algo como fiebre, como desesperación lo que entonces se apoderó de mí. Era el 25 de Mayo el que empezaba a amanecer, y lo advertía en el nuevo matiz que comenzaba a colorear las oleadas de la niebla pasajera. La tinta negra convirtióse lentamente en una leve y cenicienta claridad con visos de rosa pálida; ya se distinguían siluetas de cumbres más lejanas como vistas a través de cortinas de tul; el fuego languidecía y un vientecillo crudo y cortante llegaba a anunciarme la aurora.

¿Será posible que la niebla tenaz me impida contemplar la salida del Sol de Mayo desde esta cumbre que domina tan inmenso horizonte, y que no pueda verle iluminando todo el ámbito de la patria? No; si es preciso correré hasta la cúspide más alta, trasmontaré la esfera de las nubes, llegaré al espacio libre... ¡Fuerza es que lo admire en toda la esplendidez de su majestad!

La hora solemne se aproximaba, las nubes de la noche empezaron a desgarrarse, a despedazarse, a dispersarse y a huir de prisa, escondiéndose en parajes ignorados y dejando ver el azul del cielo, los celajes lejanos, tendidos en el límite del espacio y de la tierra, encendidos en fulgores de oro incandescente, se partían en hondas y anchas aberturas y se levantaban en forma de arcos de triunfo sobre pedestales de montañas; por los espacios abiertos inundaba la luz, la luz desbordante y blanca del rey de los astros, y las altas cimas se coronaban de lampos prematuros, salidos como heraldos de gloria a anunciar la llegada del soberano.

¡Oh! qué grandiosa, qué solemne expectativa la del cielo, de la tierra, de la colosal montaña! El uno es de azul y de oro, la otra es de rosas y de perlas, y la última, serena, olímpica en su gravedad de monumento eterno, apenas se estremece y se sonríe. Mi corazón late con furia, mis ojos se ensanchan, mi garganta se anuda y la impaciencia me agita. Llamo a mi guía, le hablo, le advierto que es el Sol de Mayo, el de la libertad, el de la patria el que está asomando en el horizonte, para que me acompañe en mi gozo y me ayude a saludarle con un grito, con un grito que se oiga en todos los valles y llegue a las tierras más remotas... Y aquel hombre vuelve a ser la esfinge de la víspera, la roca insensible y sin resonancia. Me encuentro solo, solo sobre una cumbre que domina los ámbitos lejanos, con un volcán de entusiasmo dentro del pecho, con una ansiedad devoradora de entonar un himno con toda la fuerza de mis pulmones, y enfrente de una explosión de luz, inminente, grandiosa, sublime...! Es el sol de la redención, es el símbolo de la gloria argentina, es el astro divinizado por la historia, la leyenda y el patriotismo de todas las generaciones, y no están conmigo un pueblo, un ejército, para que en un "viva" colosal hagamos temblar la montaña y despertar los ecos entumecidos, y para que los cañones, tronando desde la eminencia, demuestren a las tempestades del cielo el poder de las tempestades que en la tierra levantan el heroísmo y la libertad.

No; yo no puedo más; el sol ya se ha puesto de un salto sobre la línea de la tierra, medio amortiguados sus rayos por el vapor de la noche; hay un momento de silencio sepulcral en toda la naturaleza: todo se ha puesto de rodillas ante la aparición espléndida, para empezar después los himnos, las salvas y el esparcir perfumes la tierra y el entonar saluciones las aves.

Yo estoy loco, desesperado, indomable: corro de uno a otro lado, me trepo sobre una peña no pudiendo contenerme más tiempo, cual si me escuchasen todos los hombres del mundo, y esforzándome para igualar la voz del trueno, exclamo:

¡Oíd, mortales, el grito sagrado...!

.....
¡Al gran pueblo argentino, salud!

.....
Y cuando pude escuchar mis últimas palabras alejándose sobre los ecos, mil y mil veces repetidos hacia los cuatro vientos, y que ellos pregonaban el nombre de la patria, comprendí que sólo desde la cumbres pueden las naciones contemplar el espacio destinado a su grandeza y divisar el derrotero de su gloria, el derrotero de su símbolo majestuoso: el astro rey del mundo y de los mundos!

XII

UN JUSTO

UN JUSTO

Lo ví por última vez algunos días antes de su partida eterna. Nuestra amistad era muy reciente, y ya aquel hombre había penetrado en el más sagrado retiro de mi corazón. Tenía mucho de extraordinario, mucho de superior a los demás hombres de su tiempo y un gran caudal de esas virtudes que desarrollan su acción en el humilde recinto del hogar, y, cuando más, de la aldea. La antigüedad con todas sus doctrinas filosóficas, con todas sus purezas del alma, con todos sus heroismos, hacía en él su aparición a través de los siglos.

Era el hombre de la moral pura, el apóstol de la virtud privada y cívica, el patriarca de la familia y de la comuna. En su hogar era el sacerdote que protege y bendice, en los negocios humanos la buena fe ideal del derecho cristiano, muchas veces más alta que la moral de la ley; en la sociedad a que perteneció, fué un ciudadano de los grandes tiempos de Roma, cuando la patria vivía en el corazón e impulsaba la voluntad. Buscaba en todas las cosas la hermosura y la admiraba con entusiasmo; en las acciones humanas veía ante todo el lado bueno, admitiendo la maldad con pruebas severas; en las palabras fijaba la atención tratando de recoger con cuidado la idea culminante, la enseñanza moral o científica, la belleza de la forma, y las retenía y participaba de su entusiasmo a todos los demás.

Nunca el hombre de pensamiento tuvo mejor amigo, porque lo absorbía, lo amaba con delirio, lo escuchaba con sed, porque la había en su espíritu, de luz y de verdad, de amor y de justicia. Sus ideas propias, espontáneas y limpias como la

corriente que surge de la gruta, fluían agradando, imponiéndose, arrancando siempre aprobación y concluyendo por rodearse de una atmósfera tal de respeto, que nadie se atrevía a hablar en su presencia sino con circunspección, con recato, cuidando de no torcer el más recto sentido de la frase: su aspecto corregía la intención del interlocutor.

¿Qué fuerza desconocida era la de este hombre, que así lo hacía el centro de todas las miradas, el objeto de todos los amores? Ese influjo secreto se revelaba en toda su persona, en la placidez de su semblante, en la serenidad de sus ojos, en la dulzura de sus modales, en la unción de sus palabras, que brotaban como raudales de una fuente cristalina escondida en su corazón.

Vivió en una aldea que se acuesta al pie de los Andes; allí había levantado la mansión apostólica, donde su familia, como las de la antigua Grecia, rendía culto a los dioses manes y quemaba incienso en los altares de Ceres. Allí le habrían tomado por un sacerdote de la deidad coronada de espigas de oro. Era labrador, y este sagrado oficio que ha cantado el poeta mantuano, engendró en él las ideas y los sentimientos puros que le consagraron como bueno. Sí, Virgilio le habría inmortalizado en un exámetro.

Yo lo he visto, en medio del bullicio colosal de la metrópoli, pasar tranquilo delante de las majestuosas construcciones del arte moderno, y estallar en exclamaciones de orgullo por la grandeza de la patria; pero sus miradas se volvían al occidente buscando las cimas nevadas que velan el reposo de su aldea.

¡Cuánta trascendencia en este fenómeno de su espíritu! Era la patria sentida en toda su significación, hasta el más lejano de sus términos. En un solo hombre se realizaba el problema final de nuestra sociabilidad, y yo pensaba con tristeza en la distancia que nos separa todavía de aquella solución ideal.

A su lado, yo me levantaba a esferas desconocidas; por modo sobrenatural veía renacer en aquel hombre todo nues-

tro pasado glorioso, cuando el recuerdo de un martirio, cuando la relación de una epopeya arrancaban una lágrima a sus ojos serenos: era que soñaba para la patria grandezas inauditas, y como poseía el poder de una sugestión invencible, aunque inconsciente, todos soñábamos sus sueños y en torno nuestro se esparcía un ambiente de religión, de patriotismo, de austeridad y de justicia.

He ahí la palabra. Si me hubieran dicho: clasificad a ese hombre con un solo término, habría contestado: es el hombre justo. No es posible decir más. La justicia es la más alta de las virtudes, el más perfecto de los estados del alma, el más sublime de los ideales humanos. Comprendía y sentía el Evangelio; era su filosofía, su moral, su religión. Amar, perdonar, hacer justicia: he ahí la trinidad que condensaba su vida y que engrandeció su muerte. Como Sócrates secaba las lágrimas de los vivos con su propio sudario.

Vida tan hermosa no pudo concluir sino en la más bella de las muertes. La zampoña de los pastores de Sicilia se enluta y enronquece cuando muere Teócrito, el poeta amado; los hogares sencillos de la aldea montañesa donde mi amigo ofició como ministro de la caridad, han apagado las llamas de las alegrías domésticas y las voces de las flautas campesinas, pero renacerán tan vivas como antes cuando el espíritu vagabundo vuelva a posar las alas entre ellos.

Propiedad de los grandes amores es hacer resucitar con formas visibles a la mente el objeto amado: las visiones de Magdalena y los apóstoles son la consagración divina del amor terrenal: "no busquéis entre los muertos al que vive".

No nacerá religión de las sociedades cultas: el cristianismo surgió del seno de un pueblo de pescadores. Todo hombre lleva dentro de sí una religión, si ha amado alguna vez con pureza un ideal, un sueño, una virtud; y para él la muerte será siempre una nueva vida. Así mi amigo vivirá entre los suyos, porque todos le amaron; y si los grandes héroes tienen estatuas de bronce o de mármol, él perpetuará su recuerdo en formas mucho más queridas de los hombres: el árbol

que plantó con su mano, que vive siglos y se reproduce transportando la tradición de su origen. Un árbol es templo sagrado de las virtudes solitarias, sin historias y sin cantos, el símbolo viviente de un poema de familia o de ciudad, como la estatua y el monumento son el símbolo de una vida fecunda en los vastos estadios de la nación y de la humanidad.

Confieso que este personaje extraordinario me daría elementos para un libro: tan vasta se dilata en mi espíritu su influencia y tanta filosofía se encerraba en aquella humilde y obscura vida. Nunca encontré, como en él, espacio más propicio para las tendencias de mi razón; creo que habría concluído por esclavizarme: tal era la atracción que ejercía sobre mi ser, tal la afinidad entre ese carácter y el hombre que yo forjaba en mi filosofía para mi patria: le he perdido cuando conocí que le había encontrado. Mi inteligencia está de duelo, porque ¿cuándo verá realizarse otra vez ese sueño de toda la vida?

Pero su imagen ha quedado impresa en mí con caracteres candentes, y cuando quiera satisfacer con un grito de orgullo la inquietud de mi razón, diré: “pude un día ver sobre la tierra el hombre ideal de mi filosofía: he encontrado el hombre justo”.

XIII

EN LA CIUDAD DE LOS TEMPLOS

EN LA CIUDAD DE LOS TEMPLOS

I

LAS PRIMERAS MISAS

Después de una noche de viaje en ferrocarril, siquiera sea en los cómodos *sleeping cars* modernos, es imposible sosegar los nervios. El continuo, el interminable rumor de las ruedas debajo de nosotros, girando sobre el acero en el silencio de la noche y de la llanura, se asemeja al ruido sordo, profundo de una cascada que se despeña entre las cortaduras de una montaña, produciendo esa somnolencia invencible, en la cual se mezcla el aturdimiento de los sentidos con cierta extraña agitación del ánimo.

Todo el día de mi llegada a la ciudad de los templos, a la hermosa Córdoba, lo pasé así; había en mi cabeza como zumbidos de insectos y como un vago desvanecimiento que me impedían gozar de la novedad de los paisajes y percibir con claridad las primeras impresiones, las más fuertes, sin duda, pero quién sabe si las más reales y verdaderas.

Necesitaba aire puro, caminar a pie para convencerme de que pisaba tierra firme, y más que todo eso, mi espíritu estaba inquieto por asistir a todo lo que le revelase la vida de la ciudad, legítima heredera de la cultura colonial, y esta prisa nacía del temor de no encontrar sino restos agonizantes e indecisos del pasado, tan valioso, tan rico en elementos de observación, en medio de las transformaciones rápidas, llevadas por el espíritu nuevo, sin respetos por la santidad de

la vejez: este progreso devastador y cruel, que se goza en apagar los latidos de los corazones, los fuegos del hogar patriarcal y, por último, hasta las luces de los santuarios, esas llamitas oscilantes, solitarias en medio de la obscuridad de la inmensa nave.

Leía a media noche, leía lo más fastidioso y árido para dormir por la fuerza; soplabla la luz creyéndola incómoda, pero la excitación nerviosa encendíame después millares de lucecillas movedizas, traviesas, que caracoleaban en el aire como relámpagos del cielo reflejados en una pupila; veía un firmamento con más estrellas y nebulosas que el verdadero, y si no volvía a iluminar la habitación, esos puntos brillantes llegaban a convertirse en globos enormes encendidos, en endriagos de ojos chispeantes, en monstruos horribles y en serpientes voladores con estela azulada. Ya no podía distinguir el sueño de la realidad; veía aquellos seres, sentía los terrores y la fascinación de sus miradas, el frío espeluznante de sus dedos puestos sobre mi cara y la atmósfera caldeada por las llamas en que cruzaban con siniestro ruido de incendio; mis sienes latían con demasiada celeridad, batía mi corazón con golpes de minero que estuviese por abrir salida a un subterráneo; tuve que incorporarme, tocarme la frente, verificarme a mí mismo para convencerme de que no estaba en ese mundo aparente.

De súbito estalló muy cerca de aquella casa, en los aires, el tañido grave, hondo, solemne y formidable, de una campana del templo vecino. Debía estar muy alto, porque durante largos momentos oíanse aún con intensidad las oscilaciones del estampido, como si se fuese por mundos remotos, despertándolos para que se pongan a rezar, o para que recuerden lo perecedero y transitorio de sus días.

Es la campana del alba, la primera que anuncia el día y despierta al pueblo dormido, obligándolo a pensar en Dios; es la hora de la primera misa.

Oyese a lo lejos el rechinar de los portones gigantes de la iglesia, el ruido del mazo de llaves del lego que se ha

levantado rezongando en voz baja, cual si rezara en secreto, restregándose los ojos, y hace, al fin, crugir las pesadas cerraduras. Aplicando el oído más todavía, percíbese el abrir de puertas en distintos puntos del barrio. Hice yo lo propio con mi balcón, y una brisa perfumada, regeneradora, trájome de pronto a la conciencia plena de mi ser.

Saludé aquella mañana con íntimo contento, absorbí una ráfaga de aire purísimo, y con el pecho sobre los brazos cruzados encima de la reja, me puse a observar por un instante los primeros movimientos de aquella población que empezaba a interesarme desde su despertar, y en medio del claroscuro de la alborada de primavera.

A poca distancia se alzaba, con su fachada novísima y elegante, el templo dominicano, debido a la piedad de los fieles, bajo la santa inspiración de uno de sus guardianes de querida memoria, fray Olegario Correa. Las últimas vibraciones de la campana matinal se habían extinguido, y una a una, con la tradicional alfombra colgada del brazo izquierdo, el manto negro sobre la cabeza y cayendo en largos pliegues, venían de diversas direcciones las devotas madrugadoras, las que atormentan con sus impertinencias al lego portero, con preguntas por la salud del padre guardián, del confesor, del predicador, por la hora de la misa, aunque la saben de memoria, por noticias de las funciones próximas, hasta que el hermano, salido de quicio, las empuja, las rechaza para que vayan a oír, por lo menos, el final de la misa, pasada mientras ellas desahogaban su inextinguible sed de hablar, de empaparse en las cosas del templo. Razón es ésta, la de haber entrado tarde, para aplicarse una penitencia de una o dos misas enteras, que se oyen con una oreja y a las cuales se asiste con un ojo, porque la otra oreja y el otro ojo están muy ocupados en la curiosidad de lo que pasa alrededor, como que nadie puede advertir dentro de la cámara obscura formada por el clásico mantón, los movimientos nerviosos e inquietos de esas pupilas brillantes y vivarachas, maliciosas y traviesas, que no descansan, ni se hartan de investigar, de escu-

driñar, de recorrerlo todo con la velocidad de la chispa fugaz.

Pasé toda la mañana en la iglesia, medio escondido entre dos gigantescas columnas sobre las cuales descansan las bóvedas atrevidas y, a la vez, sensibles como una lámina de acero, y de allí pude observar escenas de lo más pintoresco y original, aún dentro de la severidad del marco en que las figuras, los tipos sociales, presentábanse encerrados.

Mujeres, sólo mujeres, todas envueltas, embozadas como para ir de cita clandestina en comedias de capa y espada, son las que asisten a la primera misa llamada la misa del alba. Por la calle se juntaron las que habían de ser compañeras de rezo, de alfombra, de escaño y de murmuración; se formaron los grupos, se tiraron con insultos las rivales y se saludaron con zalamerías exageradas las amigas, las relaciones de la víspera condenadas a disgustarse y reñir al siguiente día; cuando han llegado a la puerta del templo, ya han recorrido todas las crónicas escandalosas del pueblo, han inventado todas las calumnias destinadas a circular en aquellas veinticuatro horas, han bordado menudo encaje y filigrana de comentarios sobre cualquier ventana entreabierta vista al pasar, sobre un casamiento frustrado o sobre un viaje repentino; y como hablando se sueltan las lenguas, lo mismo que corriendo se desentumecen las ruedas de un vehículo, cuando han llegado a la iglesia y es fuerza callarse, siguen hablando todavía; diríase que sus lenguas hablan solas, movidas por el impulso inicial, aún suprimida la conciencia del acto, justamente como la rueda sobre el eje sigue girando una vez que ha quedado por una súbita detención fuera del contacto del suelo.

He comprendido bien este automatismo de la lengua, viendo en aquellas mujeres, algunas de las cuales vinieron a arrodillarse cerca de mí, al amor del mismo escondrijo, el calor, la verbosidad, la furia con que, — disimulando oraciones debajo del mantón, — discutían de todo cuanto en la ciudad se ventilaba de público o privado, pasando revista como en procesión vertiginosa, a todos los nombres cultos de la

alta clase; y por cierto, cada uno, al pasar por ese par de labios — que se mueven incesantemente el uno sobre el otro, o se apartan a derecha e izquierda, o se estiran juntos hacia adelante o se contraen, según expresen sorpresa, anatema, desprecio, burla, alabanza, conformidad, resignación, fe, adoración y cuanto afecto o pasión asoman en aquella carrera fantástica, — se va con una mancha negra, como la cinta del aparato receptor del telégrafo sale con la marca de tinta impresa por el cuchicheo irregular e intermitente de la aguja.

Olvidé casi la solemne majestad de aquel templo a la media luz de la mañana recién venida, atraído por las escenas de las devotas. Mis dos vecinas eran un prodigio. Tan bien sabían y tan exactamente calculado tenían los tiempos de la misa, que sin atender a nada, ni oír una palabra, ni mirar sino de soslayo al sacerdote, repetían sin errar un punto todos los detalles del ceremonial, entremezclando en connubio sacrílego, muchas veces, períodos del oficio divino con fragmentos graníticos, por lo ásperos, de la crónica picante o grotesca del mundo profano.

Al concluir la primera misa, atendida por ellas con escásima devoción, sentáronse sin variar de sitio, sobre sus alfombras, cual si necesitasen reposo y recogimiento después del trabajo mental de la oración por el sacrificio del Redentor y por toda la gente de la ciudad, viva o muerta.

—Pues a mí no me ha satisfecho esta misa, — dijo la una, y la otra respondióle en el mismo sentido.

—Es que me han perseguido los malos pensamientos. Tengo que reconciliarme antes de comulgar. Usted sabe que es pecado no prestar a la misa toda la devoción... aunque, ya ve usted, las dos la hemos rezado juntas...

—El diablo, comadre, ya sabe usted que anda escondido tras de los pilares, y hay que espantarlo con la señal de la cruz.

Las dos me miraron a un tiempo, advirtiéndome, y al santiguarse con toda unción y con marcado propósito de que el diablo lo viera, se comunicaron algo en secreto y al oído;

lo mismo que si me hubiesen creído el diablo, a mí, la víctima de la extraña devoción de aquellas pobres almas, que ni un instante permitiéronme concentrar mi pensamiento a lo sagrado del lugar ni a lo sublime y misterioso del conjunto, en esa media claridad del día naciente.

Verdad es que yo no sirvo para hacer el papel de *espectador desapasionado*, mucho menos si se trata de lo grande y de lo hermoso; y allí, solo en medio de una inmensa nave, en cuyos ámbitos repercuten las medias voces graves y solemnes del sacerdote oficiante, como el zumbido de cuerdas oído a distancia; el perfume del incienso excita la pasión mística dormida en el corazón de toda humana criatura; ese raro silencio de los vastos templos vacíos, poblados de rumores que llegan o acaban de partir, de notas pasajeras o de ondas difusas, yendo a encontrarse en el foco de una elipse, en el chapitel de una columna o en la coronación de la cátedra, para formar juntos un acorde; esas repercusiones lejanas, venidas desde lo alto o del fondo de otras naves sumidas en las tinieblas; las primeras claridades asomándose por los pintados cristales de las altísimas claraboyas, y haciendo brillar en el fondo de la gran nave central el oro y la plata de la vajilla espléndida, de las molduras esculturales o arquitectónicas de los altares y nichos, las caras graves o plácidas de las imágenes, el esmalte multicolor de las flores de arte que tiemblan con crepitaciones apenas perceptibles sobre los inmensos floreros; el crujido de las puertas interiores, comunicado por el eco después de mil zigzags por claustros interminables y, por último, todo el rumor de la vida que renace e invade el templo, — todo este conjunto me mantiene suspenso, aturdido, abstraído, mientras pasan las misas del alba y llega el día pleno.

Pensaba en lo pequeño, lo mezquino, lo banal de algunas fórmulas y del hombre mismo, ante la augusta grandeza del sentimiento que une al espíritu humano con Dios, y en la infinita pequeñez de ciertas criaturas, cuando inundado el templo de luz, de vistoso y lucido gentío, de banderas fla-

meantes y música estruendosa, hube de abandonar la estratégica posición de la madrugada, para contemplar el espléndido aparato de una fiesta religiosa, cuando todo el poder del órgano colosal del templo parece precipitarse debajo de aquellas bóvedas eminentes, estremecidas por la catarata de armonías derrumbadas como un río desde una montaña al valle.

II

LA MÚSICA RELIGIOSA

Poco a poco fueron llenándose de gente las inmensas naves del suntuoso templo de Santo Domingo; eran oleadas de pueblo las que entraban por los anchos portales; y como había solemnes oficios y excepcional aparato de fiesta, el movimiento en todos los parajes, tanto en las calles y en los atrios, como en las naves y en los claustros del convento adyacente, era ensordecedor, daba vértigo y atraía las miradas como muchachas locas que quisiesen ver todas las cosas al mismo tiempo.

Conocí entonces la severa aristocracia de la ciudad religiosa y doctoral. Las matronas de nombre antiguo, los caballeros, los abogados de borla y pergamino, graduados en la ilustre Universidad de Trejo y Sanabria, los jóvenes inquietos, movedizos como en todas partes, agrupándose alrededor de las columnas, alineándose en calles para ver pasar las bellezas que les tienen insomnes y presos por las indecisas esperanzas concedidas, o por las condiciones de la respuesta anhelada; las corporaciones formadas por esa otra curiosa y original aristocracia de la clase artesana, que usa el don y vive en recato y austeridad, y observa las prescripciones del confesor como reglas ineludibles de conducta, ostentando con orgullo apenas contenido la banda bordada de oro, el escapulario suspendido de la cinta blanca sobre el pecho, y siguiendo con paso marcial por las calles el estandarte de la Orden,

bordado primorosamente con dibujos alegóricos, entran en masas ordenadas y respetuosas a tomar su acostumbrada colocación para asistir a la festividad.

Junto al techo de bóveda, enclavadas en las cornisas de ancho vuelo y ocultando las pinturas, se mueven incesantemente, como bandadas de palomas inquietas y asustadizas, las transparentes banderas de tules multicolores, mecidas por el aire tibio; enciéndense en los altares deslumbradores centenares de candelabros monumentales; atraviesan vestidos de albas túnicas, mirando siempre con mirada curiosa en todas direcciones, los monaguillos pizpiretos y traviosos que sirvieron para inmortalizar algunas telas del Renacimiento; por las altas claraboyas de la elegante rotonda central penetran haces de sol que ponen en revuelta los corpúsculos errantes y van a bañar de palidez a los cirios y a las bujías amarillentas; y abajo, la multitud de las mujeres, encendidos los rostros por el aire cálido, agitan todas a un tiempo los abanicos, asemejándose el conjunto a un campo de lirios que meciese el viento.

Pero es entonces cuando el órgano colosal, erguido sobre el coro hasta rozar la bóveda, empieza a tronar como el cielo irritado, precipitándose los torrentes de armonías como los que bajan de las montañas; sacúdense los muros, vibran los cristales, estremécense los altares y las colgaduras como poseídos de temblor nervioso; las crecientes sonoras llenan las naves y se desbordan escapándose por las puertas hasta las calles, que también se inundan de gigantescas corrientes armoniosas.

Yo me había situado en el coro para dominar con la mirada todo el conjunto del templo; pero de súbito sentí sacudirse bajo mis pies el pavimento y una erupción pavorosa de sonidos estalló sobre mi cabeza; salí aterrado, corriendo a colocarme en el otro extremo, cerca del altar; todavía, cuando atravesaba el claustro interior, percibía las vibraciones de la inmensa fábrica. ¡Oh, qué efectos maravillosos pude observar entonces en la música sagrada! Arriba, las cataratas

del cielo, con todo el estrépito de sus truenos y vendavales; abajo, el apiñado concurso, murmurando a media voz y simultáneamente sus oraciones, traía a la memoria el monótono rumor del viento cuando cruza por entre las selvas tupidas, o roza de lado las rocas de la montaña.

En mi corazón, en mi sistema nervioso y en mis sentidos todos, repercutían como en templada lámina de acero, las modulaciones y las variantes de esa música. Soñaba, me espiritualizaba, cuando alguna nota quedábase vibrando solitaria, como vagabunda y perdida en el vasto templo, lo mismo que esasavecillas nocturnas, sueltas de pronto en un salón iluminado, vuelan sin rumbo en todas direcciones, balanceando las alas, embistiendo los ángulos sombríos y volviendo luego al espacio hasta caer rendidas por la fatiga; mas de pronto, como un terremoto repentino, estallan a un tiempo con espantosa fuerza todos los registros del órgano, y entonces el espectador se estremece, cual si se hallase en medio del océano iritado y el dios de los vientos lanzase al exterminio los aprisionados elementos para barrer las naves peregrinas: un grito interno, hondo, profundo, pero que implora piedad, ahógase dentro del pecho; la multitud arrodillada conmuévase en un solo instante, y aquel clamor parece asomar a todos los labios comprimidos para aprisionarle; el rumor de los rezos se levanta en *crescendo* rapidísimo, como si todos viesan inminente el rayo de la cólera celestial sobre sus cabezas. Pero la tormenta se apacigua, las divinas iras se aplacan y las tumultuosas aguas del mar convertidas en cristales transparentes reflejan amorosas la luna viajera; dulcísima armonía, somnoliente y triste, vaga después con lentitud por debajo de las bóvedas; los ojos se humedecen de llanto evocado más bien por deseo de algo desconocido que por recuerdo penoso; las melancólicas bellezas de pupilas oscuras, de la Biblia, pasan envueltas en nebulosas tenues por el espacio de nuestros sueños, la una yendo a postrarse humilde ante los pies de un rey soberbio para domarle como a fiera, ostentando la otra en su mano una espiga dorada de la cosecha, y otras más

llevan colgadas del mórbido brazo desnudo las ánforas a la fuente vecina; después, ese dolor que vive oculto en todo lo divino y lo humano, clama también en la nota grave del órgano con un gemido profundo, arrancado de lo íntimo, de fuente ignorada, como si todas las lágrimas de lo creado asomasen para clamar por el perdón y la misericordia, para implorar la muerte redentora, para suplicar la libertad de las cadenas que atan a la humanidad sobre la tierra; anúdanse los sollozos en las gargantas y todos los labios murmuran la lamentación del profeta: “¡Venid y ved si conocéis dolor como el mío!” Y al mismo tiempo que la fuente despide raudales clarísimos, el llanto de la raza humana riega el suelo agostado por el delito; los acordes gemebundos aumentan, crecen, se agigantan y ya parecen rodar con el estrépito de los astros desquiciados, en el espacio turbio y revuelto por los torbellinos desordenados que pasan, giran y se revuelven, confundiendo las cenizas dispersas, las arenas y las aguas de los mares, las luces y las tinieblas, el fuego y las nieves, los hombres y las cosas en la catástrofe final, y el órgano sigue pregonando por encima de todo:

*Dies irae, dies illa
Solvat seclum in favilla...*

No pude resistir más tiempo; ahogábanme las emociones; la imaginación me torturaba haciéndome ver y traducir en formas espantables y dolientes aquellos vendavales furiosos, aquellos lamentos intensos, aquellas armonías errantes, aquel canto seco y grave de los sacerdotes en diálogo misterioso con el órgano, y por último, la influencia del grandioso espectáculo sobre mi espíritu y mi cerebro, dos enemigos atados a mi existencia, que no me permiten gozar un punto de reposo, porque el uno me arrastra detrás de su vuelo fantástico por mundos imposibles y el otro me tortura con sus recuerdos y con sus visiones de tiempos y de cosas mejores, y los dos me agitan sin cesar desde el pasado al porvenir, desde la vida

a la muerte, de uno a otro extremo de la nada donde empieza y concluye nuestra fugitiva existencia.

Salí a los claustros y al jardín del convento; el aire perfumado, el rumor de los árboles y la vista del horizonte alumbrado por el sol de la primavera, volvíronme a la realidad; apagáronse las luces fantásticas de la mente y desvaneciéronse las visiones sugeridas por el aparato imponente de las ceremonias y de las músicas sagradas; toda la antigüedad bíblica, cristiana y medioeval, que ya se había infiltrado en mi ser moral, fué reemplazada por la concepción tranquila y serena de la vida contemporánea; pero siempre el pensamiento revoloteaba dentro del mismo orden de ideas, y para obligarlo a abandonar esa órbita engendradora de vértigos y fascinaciones, abandoné también aquel sitio para buscar emociones heterogéneas, contrarias, antagónicas.

Pero todo fué en vano: era día de la Iglesia y en todas partes sentíase el vacío de la vida mundana; las calles casi desiertas lo decían; todo el mundo está en los templos; hay recogimiento religioso en toda la ciudad. Después de medio día emprendí de nuevo mi excursión; iba a visitar la vieja Universidad, renovada exteriormente por la ornamentación moderna, y en lo interior por los progresos de la ciencia y del arte novísimos; pero al pasar por la iglesia y convento de Santa Catalina, ví abiertas las entradas del templo, y percibí una suave repercusión de música y de voces femeninas, entonando cánticos y recitados que impresionaban dulcemente los sentidos.

Una voz de mujer llegó a mis oídos; me era conocida, y de súbito, como una ráfaga que se escurre por entre los rosales opulentos, nació en mi memoria un recuerdo de la adolescencia, un poema de íntima y sublime tristeza que duerme y se apaga en medio del bullicio y los afanes de la lucha cotidiana. No esperaba esta nueva, esta honda impresión que podía costarme muchos dolores, pero era ya esclavo otra vez de mis recuerdos y penetré, poseído de un leve temblor interno, en aquel recinto.

¡Cuánta soledad en las naves! ¡Cuánta frescura en el ambiente! ¡cuánto delicioso perfume circulaba en las imperceptibles ondas del aire! Adivinábase el alma de la mujer en todas partes; en el santuario había jarrones repletos de flores del tiempo, puestas ese mismo día; los paños sutiles y vaporosos del altar y de la cátedra, las vestiduras de las imágenes, festoneadas de encajes finísimos, revelaban que mística pero femenil ternura había cuidado de ellos y los había bordado en el apacible retiro de la celda; reinaba un claroscuro inspirador filtrado por las entreabiertas cortinas de las altas vidrieras; la iglesia estaba como la religiosa que apenas deja un intersticio de la rígida toca que encubre su rostro; y aquella luz indefinible, difusa, como increada, permitía apenas vislumbrar las sombras de los objetos: había un alma en todo el recinto, e imponía silencio y meditación.

Era un sábado y la hora solemne en que la comunidad entona la *Salve* a la Reina de los cielos. Yo recordaba que en otro tiempo había escuchado ese canto; pero fué en la edad del amanecer de todas las pasiones y de todos los sueños, en la primavera de la vida, cuando no concebimos aún cómo al corazón y al pensamiento se les ahoga en nombre de la ley social; pero ahora estaba solo en la media luz propicia de la iglesia, y perdido como una sombra en el ámbito silencioso, dispúseme a escuchar la armoniosa oración y a ahogar mi vida entera en el mar de los recuerdos... Vuelto hacia el coro, que se iluminó algo más por una ventana del fondo, apoyé mi cabeza en el respaldo de un banco y lancé las alas de mi pensamiento hacia el infinito.

Rumor de pasos lentos, sombras vagas de mujer que entraban de los claustros al coro percibiéronse luego, y después de un breve silencio, surgió una melodía suave y soñadora detrás de la velada reja, recorrió lentamente como un fluido bienhechor por todo el espacio, penetrando hasta las más diminutas cavidades de los muros, yendo a acariciar los oídos de la imagen sonriente y a despertar en otro mundo a las almas terrenales; eran casi insensibles las transiciones de unos to-

nos a otros, la sucesión de las notas y las ascensiones y descensos de los acordes; parecía como si las manos que los arrancaban del órgano invisible pasasen soñando por el teclado, y como si el alma que los inspiraba y los ojos de la monja artista estuviesen vertiendo lágrimas al evocar aquellas notas, reveladoras en todo humano organismo, de misterios insondables, de paraísos imposibles y de amores tan eternos como puros.

El canto brotaba del coro velado, lo mismo que el perfume de los pebeteros místicos ocultos en algún rincón de las naves; pero salía con desgarramiento, con ecos de sollozo contenido, apagado y sin vibración, como si al pasar por la garganta hubiese tenido que bañarse en las lágrimas que iban entrando a escondidas. Sí, aquellos cánticos lloraban, decían el hondo poema de esas almas ausentes, que sólo envían al mundo el eco de sus armonías, como las flores ocultas en las rajaduras de una roca inaccesible, regalan al viajero una ráfaga sutil de su perfume.

No puede escucharse esa música sin traducir el lenguaje arcano de lo que en ella vuela envuelto; la soledad, el destierro, la ansiedad de la vida, los sueños de la vigilia, las visiones de formas humanas, las voces oídas en el silencio de la noche, las revelaciones espontáneas de los sentidos, los resplandores de la lucha interna, las formas persistentes de los recuerdos de infancia, de adolescencia, de juventud, de amores muertos al nacer, de ilusiones sepultadas debajo de las bóvedas macizas, y todo el drama cuyo desenlace fué la reclusión eterna en el convento y pronto en el sepulcro: todo esto habla, gime, solloza y clama con acentos desgarradores en aquella *Salve*, y en aquella hora y en aquella semiobscuridad del templo solitario. La música sagrada envuelve y satura de olvido esas existencias, les da alas para arrancarse de la tierra y las hace encaminarse al mundo luminoso de las promesas, de las venturas y de la libertad infinitas, en la vida incorpórea de los eternos paraísos.

HISTORIAS

1900

Esta obra ha sido aprobada por la Dirección y Consejo General de Educación de la provincia de Buenos Aires, para servir de texto de lectura en los años 4º y 6º de las escuelas comunes. (N. del A.).

PRIMERA PARTE
EL SEÑOR DEL AGUA
LEYENDA CÍCLICA

CARTA-PROLOGO DEL Dr. CARLOS BERG

CARTA-PROLOGO DEL Dr. CARLOS BERG

Buenos Aires, el 18 de enero de 1898.

Al señor doctor Joaquín V. González

Mi distinguido amigo:

Atrasado en la lectura y revisión de los periódicos y producciones científicas y literarias, a causa de mi excursión por el viejo mundo, sólo hoy llego a conocer su magistral narración legendaria EL SEÑOR DEL AGUA, dedicándola en parte a nuestro apreciable amigo y poeta, el señor Rafael Obligado, y en parte a su servidor, quien de veras se lo agradece.

La honrosa distinción, usted me la concierne "por la vindicación del Escuerzo" (Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, tomo V, pág. 166), de que he tratado en mi publicación de los Batracios Argentinos, buscando librar al pobre anfibio de las calumnias que desde hace generaciones tiene que soportar con la paciencia de un sapo santo.

El hombre, o al menos un gran número de individuos de la especie humana, por ignorancia, por defecto de observación o por mala índole, no puede abstenerse de calumniar. Mas no sólo demuestra en muchos casos el hábito execrable de hablar mal, sin motivo ni razón, de su prójimo, sino que inculpa también muy a menudo a seres de la naturaleza que no leen ni escriben libros, ni poseen siquiera el don del habla para poder defenderse.

Es muy justo, pues, que los naturalistas, reconociendo el verdadero estado de las cosas, acudan en defensa de esos seres difamados.

He tenido una grande satisfacción en poner al Escuerzo en el lugar que le corresponde, a saber, en la banca de los inocentes, sin pretender por esto, elevarlo a una figura simpática: tarea muy difícil, si no imposible.

Si mis múltiples ocupaciones me lo permitiesen, me dedicaría con placer a la vindicación de otros animales tan torpemente calumniados como el Escuerzo.

Allí tiene usted, por ejemplo, el sapo común (Bufo marinus), que no hace mucho ha tenido la desgracia de ser difamado por la prensa pública como destructor de abejas. El buen hombre que ha sido inventor de esta especie, por cierto ignora que el sapo busca su presa generalmente de noche, precisamente cuando las abejas no salen de la colmena. Lo que en verdad sucede es, que cuando las abejas se sienten enfermas — y no les faltan enfermedades — abandonan la colmena y se posan en sus cercanías para morir fuera de su habitación; y estas abejas moribundas son las que los sapos tragan, los cuales naturalmente se reunirán en mayor número cerca de las colmenas, cuando hay presa abundante por causa de alguna epidemia entre las abejas.

El apicultor bonaerense, pues, que halló abejas en el estómago de muchos sapos y por esta razón atribuyó a estos batracios la destrucción de sus colmenas, se ha equivocado por falta de observación y conocimiento, constituyéndose así en columniador de un animal completamente inocente de semejante delito, y que en vez de ser destruído, como él lo aconseja, merece, al contrario, consideraciones del hombre, por los servicios útiles que presta a la horticultura y agricultura, destruyendo un gran número de insectos perjudiciales a las plantaciones.

También usted habrá oído hablar del terrible “Mastuesto” o “Mastuerzo”, que se encuentra en las provincias del oeste, y que se considera como sumamente venenoso. Voy a contarle lo que me pasó respecto a este animalejo.

Haciendo una excursión, a fines del año 1878, en los alrededores de Mendoza, me advertían del gran peligro que había

en encontrarse con el tal "Mastuesto", del que tantos funestos recuerdos conservaba el pueblo, a causa de la muerte que había producido en la especie humana, y siguió aún produciendo de vez en cuando, la mordedura de este ser infernal. Nadie me lo pudo describir; nadie fué capaz de indicarme a qué grupo de animales pertenecía; nadie se me ofreció para colocarlo, ni siquiera muerto, en un frasco con aguardiente, en el caso que tropezara con un ejemplar. La simple pronunciación del nombre de "Mastuesto" producía en las gentes del pueblo y de los campos un horror indescriptible.

*Con las ganas de conocer el terrible animal, me quedé, felizmente, sólo unos pocos días. Pasando por el Páramo de Uspallata, en camino a través de la Cordillera de los Andes, me detuve allí para consumir mi frugal almuerzo, pero no descansada y tranquilamente como lo hacían el arriero y las mulas, sino caminando y coleccionando al mismo tiempo. Al arrancar una jarilla (*Larrea divaricata* Cav.), dí con una pequeña lagartija, la que agarré con los dedos, acercándome luego al sitio de los equipajes, para depositar el saurio en una de mis cajas de recolección.*

El arriero, al verme aproximar con la lagartija entre los dedos, saltó del suelo como tocado por una chispa eléctrica, y huyó gritando: "¡El Mastuesto, el Mastuesto; usted está perdido!" En vano traté de demostrarle que su "Mastuesto" era una lagartija inofensiva; y en señal de no tenerle miedo alguno, acerqué su boca a mis labios, nariz, orejas, etc., procurando provocar el mal humor en el reptil, para que me lastimara con sus pequeños dientes bien libres de veneno.

El arriero no se convenció de la inocencia del animal; más bien me declaró a mí en pacto con las brujas, y de ninguna manera admitió que la pequeña lata en que deposité la lagartija, que se hallaba en estado interesante, fuera colocada en la maleta que llevaba una de las mulas. La tuve que guardar en mi morral de excursión, cuidando el pequeño saurio por seis semanas, al cabo de cuyo tiempo, durante mi per-

manencia en Valdivia, daba a luz cuatro hijuelos bien robustos y ágiles.

Esta lagartija madre, aunque libre de todo veneno corporal o material, no lo era en cuanto al veneno moral. Lo que hacen muchos animales en el cautiverio, tal vez con el propósito de librar a su prole de semejante oprobio, ella lo hizo también, devorando tres de sus hijos, pudiendo yo salvar a tiempo el cuarto. Indignado por este delito doble de infanticidio y saurofagia — ¿quién entre nosotros no condena el crimen de matar a sus hijos y comer a sus semejantes? — eché la lagartija en el aguardiente. Allí la conserva el Gabinete de Historia Natural de la Universidad de Buenos Aires, llevando el frasco correspondiente la inscripción: “Mastuesto” Liolaemus Wiegmanni (D. B.) Blgr.

El Mastuesto o Mastuerzo es un animal inofensivo, se lo digo a usted, mi excelente amigo; es inútil decírselo a la gente de sus montañas; no lo creerán, aunque se lo digamos en papel sellado.

¿Acaso calumnian sólo a los animales? No; también difaman a los vegetales, y lo que es menos perdonable, a flores de un exquisito perfume o de un aspecto precioso.

A un médico de fama y hábil cirujano, quien, si bien recuerdo, murió a consecuencias de un canceroma, se le ocurrió atribuir, por lo que me han dicho, el origen del cáncer a la flor o al perfume de la Holboellia latifolia Wall., más conocida con el nombre incorrecto de Stauntonia latifolia. Desde entonces muchísima gente, sanos y enfermos, y hasta la misma prensa pública, ha declarado guerra a la planta, considerándola como un gran peligro para la humanidad.

¡Pobre Holboellia o Stautonia! Si tú tuvieras el veneno para producir el cáncer, hubieras hecho cancerosa a toda la población, o la hubieras destruído por completo en tu patria, el Himalaya, donde los habitantes te cultivan en parte cerca de sus habitaciones, huelen tu aroma y comen tus frutos. Aguanta la calumnia. Vive, sufre, espera, como dice Kúntur en su leyenda EL SEÑOR DEL AGUA.

¿Y qué me dice usted de la Aruera (Lithraea aroeirinha March.), planta bien inofensiva de la vecina república del Uruguay y del Brasil, pero no menos temida que el Escuerzo y el Mastuerzo? Quien le corta una rama a una flor, es hombre casi perdido. Parece tener sólo la galantería de respetar a los naturalistas. Felizmente el vulgo ha encontrado un medio eficaz para apaciguar las iras de la Aruera. Antes de tocar cualquiera de sus partes, la saluda respetuosamente, diciéndole por la mañana: "Buenas noches, señora Aruera", y por la tarde o la noche: "Buenos días, señora Aruera".

He sobrepasado los límites de una cartita y abusado de su paciencia. Reciba mis cordiales saludos y la seguridad de mi alto aprecio por usted.

CARLOS BERG.

EL SEÑOR DEL AGUA

LEYENDA CÍCLICA

Al Dr. Carlos Berg, por su vindicación del Escuerzo (*Anales del Museo Nacional*, tomo V, pág. 166), y al poeta Rafael Obligado, en recuerdo de nuestro buen amigo el Sapo del Saladillo.
(Octubre, 1889).

LIBRO PRIMERO

LA NATURALEZA

EL ESCENARIO

Me propongo escribir en breves páginas la historia de un ser extraño, cuya existencia misteriosa y solitaria ha sido causa para vincularse con el espíritu de todo un pueblo, lo que es como decir, con su tradición, con su carácter, con sus más íntimas supersticiones y con sus más vastos anales políticos. Mas, para ser fiel narrador y describir con verdad, según las modernas reglas del arte, necesito conducir al lector a un paraje lejano, dentro de la montaña inmensa, y aún dentro de ella, más lejos todavía, a un punto encerrado entre muros casi circulares, de aspecto desolado, ceniciento y a veces rojizo, y en donde crecen algunos árboles escuálidos, como restos de un antiguo volcán, el que, acaso, dejó en medio de una naturaleza poblada de valles y colinas graciosas, de rumores y matices sinnúmero, aquel enorme cráter macilento y desnudo. El marca una etapa forzosa del camino que atraviesa la serranía; se encuentra en la vertiente occidental del Velazco, y su profundidad es tanta, que impide contemplar desde allí los espectáculos de las cumbres que anteceden y de las que aún siguen hacia abajo, y priva a los ojos de la maravillosa visión del Famatina, el de las nieves y las nubes incomparables.

Si no fuese que todo el paisaje, a muchas leguas antes de allí, concurría a despertar en el alma las ya olvidadas o muertas fantasías de la niñez y las creencias del terruño, a la vista de aquel páramo escondido y aparecido de pronto como

engendro de la vigilia, se forjara al instante un mundo demoníaco, su habitador invisible, y el teatro de alguna horrible corte de seres maléficos o de encantos funestos. El yermo de Harmuir no ofrecería albergue más propicio a las profetisas de Macbeth, que éste, donde la magia universal del eterno Zúpay colocara una de sus más raras creaciones y caprichos concebidos en la fecunda sombra; ni el *Gudeman's Croft* de la legendaria Escocia, alimentó mejor en el espíritu popular la convicción de que tales sitios eran habitados por personas infernales.

Aún debo referir cómo de aquel cráter tan árido se hallan distantes los torrentes y los manantiales, que en otros valles y quebradas del monte esparcen verdura, armonías y perfumes, y cómo el viajero, sobre la tosca de greda deslustrada, se parece a esos trozos de piedra, fragmentos de ídolos o estatuas informes que se quedan erguidos sobre los escombros nivelados ya por los siglos. Muy arriba y hacia el poniente, una alta y dentellada cuchilla tiende una colosal cortina de luto, y sobre sus aristas sólo se ve vagar en silencio, como espías avanzados de otros reinos remotos, los cóndores y las águilas insaciables de alturas y soledades inaccesibles. La ausencia del agua superficial ha desterrado las aves de canto y los atractivos del color; y las que llegan de paso, viajeras como los hombres, apenas sienten la impresión de la soledad y la presencia del único ser que la habita, como su dueño, rey soberano, prisionero o hechizado bajo el peñasco descolorido de una gruta, alzan de nuevo el vuelo y huyen a buscar tras de las cimas, en valles lejanos, la brisa que conduce un eco familiar, la gota de agua clarísima que apacigüe la sed de la jornada aérea, y la rama verde que ofrece entre sus hojas una sombra y un nido.

En el centro de ese circo desierto existe un surtidor de agua salada, que sale gota por gota a llenar una palangana de roja arcilla, debajo de una piedra que es al mismo tiempo lápida de un enterrado vivo y pórtico informe de una gruta sin fondo, de una vasta e interminable necrópolis, cuyos extre-

mos se comunican por infinitas galerías abiertas por los terremotos, con los mundos inexcrutables de la *República Subterránea*, donde impera el dios vencido, en conspiración eterna contra el triunfador celeste, contra el hombre hecho a su imagen, contra los agentes de la vida y contra todo lo que es hermoso y amable.

Ya contaré la sombría leyenda, inmanente en el alma de la región, que explica cómo vino y cómo vive desde tiempo inmemorial en aquella cárcel húmeda y solitaria, un sapo gigantesco, sólo perceptible a la vista cuando arroja desde la tiniebla las ascuas de sus ojos resplandecientes, y los destemplados y cavernosos gruñidos de su protesta y de su cólera insaciables. Ahora hablemos de su vida misma y de las originales escenas que en torno suyo se suceden, en el ir y venir secular de los caminantes por el sendero de la montaña, y que no tienen para calmar su sed y la de sus bestias, sino el sorbo de agua salada de la vasija natural de arcilla, apenas reunido por la lenta filtración de la gruta...

II

EL PERSONAJE

Cuentan los vecinos más ancianos de los lugares de uno y otro lado de la sierra, que oyeron a sus padres y éstos a sus abuelos, y éstos a sus antepasados, que en aquel lugar ocurrieron cosas muy extraordinarias en tiempos antiguos; y todas se referían al sapo fabuloso que todos oyeron coaxar en la misma forma, en el mismo sitio y por las mismas causas.

Viajador incansable de ese camino otras veces descripto, yo he pagado también mi tributo al viejo cerbero de aquella obscura vivienda; he oído su voz, contemplado su negra sombra en el fondo de la cueva y visto el destello chispeante de sus ojos insomnes; me he apoderado de su vida, de su historia y de toda la mitología infernal que su presencia exótica

y única en ese recinto ha creado en la conciencia de mi pueblo, que es también la mía, porque tengo su propia alma. Así, cuando en la siesta radiante, jinetes y bestias detiéndose allí de la ascensión o del descenso de las cimas, buscando unos la sombra del árbol, otros el alivio fugaz de su sed y su fatiga, óyese a distancia, al escuchar los pasos que se acercan, el eco ronco y profundo del sapo, de alarma a un tiempo y de anticipado reniego por el consumo del agua que él cuida como guardián, y, según mis paisanos, administra como dueño.

¡Y qué miserable y mala es su mercancía, y cómo la economiza y regatea el avaro señor del tesoro subterráneo! Pero un viajero honrado sabe que la deuda de agua para su mula es deuda sagrada; la cobra el destino y la ejecuta la *puna* implacable, porque al remontar las empinadas cuestas, o al bajar hacia los espantosos abismos, la brava bestia cae extenuada de fatiga, o se derrumba sobre desconocidas grietas de la senda abrupta. Generaciones y más generaciones la recorrieron del oriente al ocaso y del ocaso al oriente, desde que en esas regiones imperó el Inca en la tierra y el Sol en las almas; y todas, al fin, consagraron el tributo en favor del monstruo que impertérrito lo reclama con su acento imperioso e iracundo.

A veces creeríasele temeroso de ver exhausto para siempre ese manantial de vida; de tal manera aumenta su furor al sentir acercarse las cansadas mulas con las fauces y narices secas, dando resoplidos desesperados, ansiosas del primer sorbo de agua insípida y amarillenta, que gota por gota surge del antro cuya entrada cierra el hórrido batracio.

Mas los arrieros, fieles a la tradición de la comarca, le dirigen palabras de reparación, promesas de pago y también frases de afecto, nacidas de la más santa e ingenua sinceridad; y mientras asidos de la rienda y suelto el freno las bestias sacian su sed voraz, entablan con el dueño oculto del agua, los más misteriosos diálogos que he tardado mucho en poder traducir. Aquél concluye al fin por serenarse: sus gritos ásperos y terribles se cambian en refunfuños entrecortados, y luego en un gruñido grave y hondo como el de fiera que se apla-

ca, o como el vago rumor de una tormenta que se aleja. El charco se queda seco; y al emprender de nuevo la escabrosa ruta, nadie olvidará la despedida al hosco morador del peñasco, que responde no se sabe si con un "adiós" cavernoso y malhumorado, o con una blasfemia digna de un sapo a quien se acaba de arrebatarse, una vez más, el agua reunida en su palangana de barro, donde puede siquiera, al ver reflejada su forma, imaginarse una compañía de su especie de la que le separara, acaso para siempre, una implacable sentencia.

Y la soledad honda, suprema, absoluta, vuelve a imprimir en el valle su invisible y soporífero aliento. La soledad que rodea la gruta del cautivo tiene un lenguaje y un constante rumor, el de todos los seres que viven la vida del páramo, armados de flechas, venenos, babas, púas, garfios, tentáculos, picos o garras, para la defensa y el ataque, para cumplir la misión fatal de la lucha y del estrago. Cuando el sol del estío, abrasador y reverberante, se detiene sobre el estrecho recinto e impone al mediodía el sopor y la quietud de la profunda noche, reduce las sombras de los árboles y las rocas a su proyección vertical, extrae de las más hondas cuevas y los más tupidos ramajes el aire de la respiración, evapora la humedad y vuelve a la tierra la impresión del volcán recién apagado, entonces comienza a escucharse el concierto de las voces y apercibirse el movimiento de las vidas del yermo solitario, donde el sapo fabuloso cumple su interminable condena. Ellos lo circundan, lo cercan, lo espían, lo acechan, lo burlan, lo zahieren, lo hostilizan, lo insultan, lo aturden, lo tientan, lo maldicen, le forman en torno un estrépito ensordecedor. Validos de su infranqueable prisión, le arrojan dardos, le tiran saliva ponzoñosa, le beben o dispersan el agua y vienen hasta su puerta a mostrarle manjares exquisitos que no gustará, o a imitar cantos amorosos a que nunca podrá responder.

Por allí, cerca del fondo de un nido de cuervos, espinoso y árido, asoman sus cuellos de iris las serpientes de cascabel, las víboras de la cruz y las culebras de mosaico, y bajando en

espirales rápidas o perezosas, vienen a sentir el fresco del charco, y a ofender con sus chirridos penetrantes, con sus miradas y sus lenguas de fuego, al enemigo aherrojado. Como exhalaciones de un incendio cruzan sin tocar con sus vientres el suelo escaldado los lagartos veloces, huraños y tímidos, pero que irritan con la ridícula amenaza de su aspecto bravío. Después, a manera de pulpo velludo, balanceando su cuerpo redondo sobre sus largas y curvas patas, negra, con reflejos azulados, violáceos o rojizos, asoma y se acerca al grupo la araña espantosa y terrorífica, que en descriptivo lenguaje llaman los naturales *plus-plus*, y por su tamaño gigantesco, por el susurro espeluznante que produce al abrir su boca famélica, y por el fluído eléctrico que brota de su cuerpo, siembra a su paso el terror, no sólo entre los pequeños, sino entre las demás potentes alimañas de la comarca. Y es tan viva la impresión de la rabia, del veneno, del odio que esa bestia despide de sí, que se espera por instantes verla convertida en una llama que se incendiase al influjo de sus propios humores.

Hacia arriba, acercándose a las regiones del vuelo, sólo las pueblan aves rastreras o impotentes, hechas a las abstinencias prolongadas de la miseria, durante las cuales languidecen de hambre o de sed, hasta que rueda al foso la res cansada o la mula viajera, rendida por el trabajo; y entonces, cuervos hediondos y caranchos tan desairados como pretensiosos, bajan a arrancarles, con crueldad que sólo el hambre explica, los ojos todavía húmedos y los intestinos humeantes, que luego van a engullir a escondidas, cual si aun quisiesen ocultar su miseria, o un vago y remoto recuerdo de su alada estirpe les inspirase un movimiento de decoro; quizás, por fin, sólo sea por estar más seguros contra arrebatijas de otros huéspedes temibles en semejantes festines... Pero todo este conjunto de escenas, de personajes, gritos y espantos se desvanece al punto, cuando al caer la tarde o por una súbita inflamación de su cólera secular, el cautivo se pone a exhalar sus estentóreos mugidos, que hacen vibrar las capas graníticas y ponen en dispersión, como al anuncio de un común desastre, a todos los

moradores del suelo, de las ramas o del aire: es la voz de una divinidad irritada, a que prestan resonancia inmensa las cavernas, las tempestades dormidas y las potencias diabólicas que residen en el fondo del granito.

III

VOCES Y CANTOS

Como las razas de hombres que pueblan la tierra tienen su grande cantidad de idiomas, nacidos de causas íntimas o externas, pero siendo todos una traducción de las voces y cantos de la naturaleza animada, esta raza antigua y augusta de los batracios, tan difundida y tan variada en sus especies, según los testimonios de la poesía, de la tradición y de la ciencia, posee también lenguajes que en vano han pretendido interpretar y reflejar en sus signos las sabias lenguas de todos los tiempos.

Aristófanes, para reproducir una frase, ha necesitado combinar sílabas cuya onomatopeya depende más de la intención del lector que de su propia virtud. Ovidio y Fedro se ocupan más de su concepción ideal que de copiar los acentos del misterioso idioma de los lagos, que tanto ha enriquecido a la fábula. Es que en esas lenguas hay más que palabras: hay una música secreta, vedada al oído del que no nace y vive en la compañía de los seres que las hablan y las cantan; tienen una clave mágica cuya revelación se hace sin sentirlo en el transcurso de la vida silvestre, en la continua confianza del paisaje y de las brisas ligeras, en su incesante repetición por los pájaros imitadores de cuanto ruido, nota o melodía pueden brotar del seno fecundo de la tierra y convertirse en una sensación. Así, no es extraño que los arrieros de mi provincia puedan conversar con el sapo majestuoso de la gruta, y celebren con él, no ya los convenios transitorios del comercio de aguas, sino los coloquios ya amistosos, ya airados, a veces, que

su vario humor les sugiere. ¡Es tan difícil penetrar en las intimidades de esas existencias silenciosas, en perpetua contemplación, en meditación interminable sobre mil problemas ignotos! pero sólo ellos pueden comunicarse y comprenderse, aún sin pronunciar las mismas palabras, sin emitir los mismos sonidos. La difusa vibración del aire, la obscura armonía de sus almas, la simpatía o identidad del ambiente común, les llevan sus pensamientos, sus intenciones, su espíritu.

Nuestro héroe prisionero, en el trato de tantas generaciones peregrinas por las sendas de la montaña, ha aprendido mucho y ha hecho popular su vocabulario, que tiene más de canto; si bien los tonos agudos y las frases complicadas no le son habituales, pues en la confusión de lenguas acaecida en su raza, a los de su familia les tocó la más grave, la más solemne, la más religiosa. Con la gracia y la delicadeza de las formas, la divina potestad favoreció a las ranas con las voces y las notas más flexibles, armoniosas y variadas cual si hubiese querido destinarlas para los papeles más difíciles de la inmensa orquesta de las lagunas y pantanos, en las noches luminosas y serenas. Pero allí no es permitido percibir estos grandiosos conjuntos que expresan clamores históricos de ese pueblo innumerable; allí sólo se escucha una voz, una sola, profunda o estruendosa, somnolienta o vaga y dulce, según la inspiren las negras sugerencias de la caverna inferior e infinita de su cárcel, o evoquen sus altas sensaciones los fenómenos, espectáculos y reminiscencias del mundo superior, en que naciera y gozara con sus compañeros las delicias de la infancia, de la juventud y de la vida colectiva y libre de las corrientes mansas, las umbrías acuosas de las grutas, las moradas escondidas en el fondo de los lagos montañoses.

Cuando tuve noticia de esta fabulosa vida, fué en uno de mis viajes. Muertos de sed, al mediodía, escalábamos una cuesta resbaladiza y polvorosa, cuando al tropel de las herraduras, oí surgir como un griterío de alarma del paraje ya descrito, ásperas y estridentes voces semejantes a las del blanco centinela del Capitolio:

—*Klo-ooo, klo-ooo, klo, klo, klo...* A las cuales mi viejo criado, el arriero Jonás, contestaba desde lejos con su tono más amable y casi fraternal:

—¡Hola, amigo, está enojado! ¡Somos muy pocos, no le hemos de acabar el agua!

Y era que los ecos del valle, al reproducir el rumor de la marcha, hacían creer en número mucho mayor de cabalgaduras que las tres que nos conducían. Por eso, apenas llegamos a la sombra de un quebracho vecino al manantial, y Jonás llevó sus mulas libres del bocado a hacerlas beber, entabló con el anciano señor del agua el diálogo más sencillo y elocuente que he oído, a pesar de su doble idioma:

—¿Por qué se ha disgustado, mi patrón; que no conoce a su amigo viejo, que hace más de cuarenta años que lo visita y le compra el agua, sin deberle nada nunca?

—*Groo...* murmuró el interrogado, replegándose en su inmensa piel granulosa, y como corrido de rubor.

—Parece que hoy no han pasado por acá muchos viajeros, el pozo tiene mucho...

—*Kloáaa, kloáaa, kloáaa, klo, klo, klo...* fué la respuesta, en voz baja, tranquila, confidencial, en la que refería que por la mañana pasaron caminantes y le hicieron apenas gasto del escaso y precioso líquido.

—¿A que se fueron debiéndole, qué apostamos, — exclamó el arriero con la viveza triunfadora del que adivina, y mostrando sus blancos dientes intactos.

—*Kroo... kroo... kroo...*

—Bueno, amigo, si empieza por fiar, no va a andar bien la cuenta... Luego se va enojar con todos, con los que nunca le hacemos deuda... y nos va a negar el agua...

—*Gro, gro, groáa* — contestó el buen sapo, casi conmovido, para asegurar, sin duda, a su visitante, que sabía hacer la diferencia entre los buenos y los malos pagadores.

—Porque, ya sabe, yo soy muy honrao... aunque otros le engañen, yo no le he de faltar.

Y como las mulas siguiesen sorbiendo el agua del charco sin descanso y amenazasen excederse, no se hizo esperar la advertencia del propietario que, alzando la voz y más imperioso, mandó retirarlas, diciendo: "Basta, basta, no me sequen el agua".

—*Krokroá, krokroá, krokroá!*...

—¡Bueno, bueno, no se enoje, ahí tiene la plata, y hasta la vuelta!

Cuando partimos, el solitario lo sintió hondamente. Jonás era su mejor amigo; se estimaban con sinceridad indudable, y la voz del viejo arriero, oída de tiempo en tiempo en la soledad espantosa de la naturaleza, parecía despertarlo a un mundo nuevo, evocarle recuerdos amados y reconciliarle un instante con aquella vida cuyo término él mismo ignoraba...

La tristeza de su despedida se manifestaba en un vago murmullo que surgía del fondo del antro, como si llorase y tuviera miedo de darlo a conocer. Entonces, más sereno y cual si quisiera conservar por largo tiempo la grata impresión de las palabras amigas, se quedaba mudo, y el valle entero parecía sumergido en un sueño sepulcral. Sólo a largos intervalos se oyen brotar en la cueva los hondos gruñidos del monstruo aprisionado, que sueña, acaso, con las venturas de la libertad, con las excursiones heroicas o las quietudes voluntarias del estanque, oculto entre los impenetrables laberintos del juncal.

IV

MÚSICA NOCTURNA

Mas la noche de la montaña tiene para el cautivo encantos supremos. Amigo de la sombra, engendrado y nacido para ella, apenas puede soportar el corto reinado de la luna, que tanta alegría evoca en las demás criaturas de su comarca. Cuando el astro apacible recorre el breve espacio entre las dos cimas de Occidente y Oriente, y parece detenerse un ins-

tante en el cenit del valle profundo, el tenebroso habitante de la gruta esquivo sus claridades amorosas, y como Mefistófeles, desdeñando esa sugestión dulcísima, corre a refunfuñar en lo más hondo de su vivienda. Es que resuena en su oído, como una maldición funesta, el coro apasionado que se alza de todas partes a esa divinidad del firmamento, para quien se improvisan de súbito cantos nunca escuchados, y se reúnen para enviarle, en acorde colosal, el íntimo anhelo de todos los seres y de todas las cosas. ¡Ah! pronto volverán las noches oscuras y tenebrosas, en que el valle circular se sumerge en la tiniebla más tupida, y en que los vientos y las alimañas encerradas en aquel cráter estrecho, se revuelven y se chocan, desgajan los árboles y derrumban los espinosos cardones, silban estridentes las culebras con chirrido agudísimo, y después de un rato de estragos y de horrores, hirviendò allí como en olla gigantesca, el vendaval se apacigua, se va, y queda el recinto penetrado de su infernal aliento. Entonces, sobre el campo de la confusión y del torbellino, asoman las estrellas, y su luz lejana, inofensiva para el noctámbulo eterno de aquel paraje, impone a la naturaleza el aspecto religioso de un templo inmenso, sin límites, sin fieles, pero cuyas luces, que cuida un dios ausente, cuelgan de la bóveda infinita del mundo.

Es la hora del canto, del recogimiento, de la reminiscencia, de la transfiguración; el viejo y encadenado monarca de su raza arroja al cieno la pesada máscara de la protesta y del encono, para volver a ser el soberano vencido en la lucha mitológica que la leyenda ha imaginado, cuando era dueño de una multitud innumerable y acaso de un porvenir divino. Iluminanse de pronto sus grandes ojos con la roja luz del incendio, sus rayos rasgan la sombra del valle desde la puerta de su cueva, y agrandados por la irradiación de la atmósfera, brillan a distancia como dos planetas incendiados de un firmamento ignoto. Ya le conocen los otros habitantes de ese recinto apartado; saben que es el momento de la solitaria magnificencia de un semidiós caído, y el silencio de la muerte se hace en torno de la gruta para escuchar el canto profundo, mo-

nótono, grave y religioso, que llena con su repercusión solemne los ámbitos y estremece las desnudas paredes del granito.

Para interpretar esa música de notas sucesivas, muchas veces prolongadas por larguísimo tiempo, — cual si evocara un sueño interminable, o quisiera hacerse oír de alguna divinidad remota, o de toda la multitud de sus semejantes dispersos sobre el mundo, — es necesario hallarse iniciado en la liturgia, en los misterios sagrados de la leyenda primitiva, y poseer la intuición de la tierra, de la montaña, de la superstición y de la creencia transmitida de siglo en siglo. Aquel recitado que dura largas horas expresa, en la sencillez de sus tonos y en las escenas variantes de la nota inicial, todo el dolor de la prisión eterna, la ansiedad insaciable de la viudez sin esperanza, el odio concentrado por siglos contra sus adversarios implacables, los amargos recuerdos de la libertad y del poder perdidos, y sus intermitencias violentas y horribles que siembran el espanto en la negra noche, las explosiones iracundas, estentóreas, pavorosas de su indignación, de su protesta y de su cólera.

No ha inventado el hombre, si no es en el órgano de las grandes catedrales, el instrumento musical capaz de reproducir aquella profunda sonata, cuyos acentos, nacidos de las entrañas de la tierra, del alma oculta y sombría de los abismos, del ansia suprema de seres sin palabras — signos ellos mismos de un idioma ignoto que en tales voces se revela — adormecen y arrullan, conmueven y sacuden la montaña en las noches sin luna, pero encendidas de estrellas. ¡Oh, sí! aquel sabio pintor de la naturaleza, fué cruel e injusto con la ilustre e infortunada familia de los batracios bufónidas, cuando afeó su canto y concitó contra ella el desprecio de las gentes; cruel, porque ignoraba las desventuras que la hicieron venerable, e injusto, porque, cual crítico incipiente de arte, juzgó de las aptitudes de toda una raza por algunas especies venidas a menos, por predilecciones hacia las voces femeninas de las ranas, y sin bastante experiencia de lo que llamaremos la geografía musical de los batracios.

Verdad es que no son extrañas a los poetas, en verso o en prosa, ya sean La Fontaine o Buffon, las idolatrías de los antiguos maestros de la fábula o de la epopeya, ni el espíritu de imitación, ingénito en el alma humana, fué ajeno a los más ilustres padres de la poesía. El evangelio mítico de Ovidio recorrió los siglos, modeló la literatura de todos los tiempos, como la creación genésica de Esopo, transportada por Fedro entre los latinos, se reproduce sin fin a través de las edades y de los más diversos idiomas y países. Ignoraron aquellos dos poetas los diferentes órdenes de la vasta república, y confundieron bajo el peso de las primitivas maldiciones a ranas y sapos de toda forma y caracteres. Entre tanto, los pérfidos pastores de Licia que negaron el agua a la diosa madre perseguida de Juno, que les suplicara jadeante de fatiga y de sed, en ranas fueron convertidos por justicia celeste, y a vivir eternamente entre los estanques y los charcos:

et nunc quoque turpes

Litibus exercent linguas; pulsoque pudore,
Quanvis sint sub aqua, sub aqua maledicere ten ant.
Vox quoque jam rauca est; inflataque colla tumescunt
 Ipsaque dilatant patulos convicia rictus.

Y cuantas veces elevaron plegarias a los dioses inmortales, recibieron el castigo de su pasada infamia o la lección terrible por su impía conducta. Tal fué siempre, y traidora, en toda relación con los demás animales que buscaron su ayuda o creyeron en sus promesas, como atestiguan Aristófanes, Esopo y Fedro y todos sus glosadores, quienes si alguna novedad pusieron en sus relatos, fué la del testimonio secular sobre las cualidades originarias de aquella familia. La hipocresía, la maldad refinada, la vanidad, el orgullo, la ambición, la mentira, la astucia desleal, son las virtudes excelsas con que la *rana loquax* atraviesa el mundo y llena las crónicas de la fábula. Mas fueron dotadas con la gracia femenina del canto y del movimiento, y con el dilatado imperio de las aguas serenas; y esa merced incomprensible de los airados dioses, es

la eterna causa del engaño, de la seducción y del dominio en la conciencia de historiadores y poetas, y de la sombra y del santo horror que arrojaron sobre sus parientes mayores de nombre masculino.

¿Ha llegado acaso la hora de las vindicaciones justicieras? Un sabio argentino, espíritu candoroso y honesto, como embebido en la ciencia, ha quebrado la primera lanza en defensa de otro ilustre calumniado de la estirpe batráquida, el Escuerzo, a quien se atribuyen crímenes e instintos feroces y mortíferos, acaso por juzgar de apariencias, siempre engañosas, y por atribuir a perversidad los naturales derechos de la defensa, concedidos sin límites hasta a la más humilde de las criaturas: el hombre. ¡A tanto puede alcanzar el efecto del ultraje y la provocación, que aun seres inofensivos como el célebre *Uperodon ornatum*, llegan hasta encrespase en manera extraordinaria “a no soltar el objeto que muerden sino ante la fuerza superior, a dar gritos que causan espanto, y aun se afirma que estalla de cólera”.

Llevemos su reparación a los últimos términos, ahora que la crítica ha alcanzado tan vastos dominios, y salvemos de una condena inícuca e inmemorial de ajenos delitos, a una raza fuerte y robusta que nunca manchó sus anales con pérfidas hazañas, ni sirvió de alimento a la sátira indigna de la epopeya augusta — a ninguna *Batracomiomaquia* — y en cambio, ha sabido sufrir con heroica resignación su negro destino y el estigma universal del desprecio y del escarnio. Por fortuna, la virgen América descubre para la historia un campo nuevo a la acción de esa raza, la cual, vinculada en su origen con los dioses de la tierra, elegida por tipo de divinidades regionales que tuvieron durable imperio en las almas, da existencia a una de las leyendas más sublimes que sea permitido al hombre conocer.

No fué la majestad y gravedad de su canto la menos maravillosa de las cualidades que le hicieron adorar de las naciones primitivas, sino también su fuerza y sus formas graní-

ticas, los prestigios mágicos de sus colores y de sus miradas ígneas; de tal manera, que el mismo rey de las eternas y raras metamorfosis, el divino Zúpay, el Luzbel andino, eligió mil veces su imagen como modelo de sus místicas encarnaciones. Y así fué su gloria, y tan puro el brillo de su estrella, hasta que la propia grandeza le inspiró la osada tentativa de la rebelión, origen nefasto, allá en los días inenarrables de la infancia del mundo, de su ruina, y de su inmensa desventura.

Mas antes de transmitir la revelación maravillosa, hablemos aún el lenguaje de los profanos, y hagamos ver más clara y distinta la figura del ser sobrenatural, encarnado en el cuerpo de un gigantesco *bufo marino*, hórrido, *bombinator*, que da su esencia y forma al relato milenario.

V

CIENCIA DEL PUEBLO

Cuando la ciencia quiera alumbrar los misterios de vidas sobrenaturales, debe acudir también a los elementos incorpóreos, a esas fuerzas invisibles que en la humana criatura son origen de acciones divinas o fantásticas, y que por la perpetuidad de la tradición se convierten en principios, en dogmas, en leyes. El sabio contemplará con el microscopio las infinitesimales divisiones de la materia, mas escaparán a su alcance los caracteres psíquicos, residentes no ya en el cuerpo que analiza y disecciona, sino en las almas de todo un pueblo, de una nación, de la humanidad entera. Y aun el análisis material resultará inseguro, pues nunca podrá afirmar que conoce cada uno de los individuos de cada especie, y en aquel olvidado o desconocido, se hallarán nuevos rasgos que le induzcan a deducciones diferentes. ¡Lástima grande que los exploradores de nuestra fauna no hubiesen buscado los consejos de la ciencia popular y sorprendido en su refugio inmemorial la especie — diremos como ellos hablan — que anima estas pá-

ginas! Pero concurramos a la riqueza de sus catálogos, y en el cuadro de las 57 especies de Berg, agreguemos esta línea:

58. *Bufo diabolicus ignotus*. — *Riojæ*

La descripción sistemática no se fundará en la observación anatómica, sino en la externa, y en una visión lejana o indecisa, pues no hay memoria de hombre de que nadie lo hubiese contemplado de cerca, y sí sólo a través de la estrecha abertura de su morada sombría. Su magnitud, según el testimonio de los ojos a través de la vaga luz que penetra en la gruta, es superior a cuantos registran los sabios y los museos y sin ofensa para el enorme *Bufo marinus*, descrito por Schneider y nacionalizado por Berg, puedo afirmar que por su corpulencia, su estentórea voz, su longevidad y su poder, pertenece a la familia regia y ciclópea de los *Bufo* *Magnæ*, que ilustran y llenan la historia natural y divina de nuestra América, desde que aparecieron en su suelo los primeros seres animados, hasta el ciclo de las revoluciones y guerras que causaron su caída y la dispersión de la raza. El mismo Zúpay — ya lo anuncié antes — se vistió muchas veces para sus pontificales con las venerables formas y atributos de su estirpe; y así, en el fondo de la huaca tenebrosa y ardiente, entre el inmenso, confuso, hórrido y ensordecedor estrépito de las asambleas infernales, imponía respeto la colosal Majestad de las cavernas, y al exhalar sus gritos de tempestad y de imperio, hacía temblar los montes, acallar el concurso y sembrar el terror sobre las comarcas vecinas.

Y allí está, desde su derrota y su cautiverio, encerrado en el hueco de una roca, separado de toda comunicación y trato de sus semejantes, privado de los placeres y dolores inherentes a la vida libre de los estanques, de los matorrales y los remansos tranquilos y, siempre de acuerdo con la observación mediata del pueblo, olvidado ya de las leyes innatas que perpetúan las generaciones. Su alimento es un misterio para las gentes; creen unos que espíritus siniestros y noctámbulos le asisten en su soledad; otros que el irresistible poder magné-

tico de sus pupilas contráctiles atrae hacia sus fauces abiertas millares de insectos errantes; y los que nunca vieron este trágico tributo, le juzgan más dichoso y regalado, porque le dan por comida los licuosos gusanos de las tierras húmedas, los hongos blancos y violetas que ya llevan el nombre comprensivo de *sombrero de sapo*, y también las doradas y sabrosas algas y raíces, que viven en los senos remotos de las aguas subterráneas y se dispersan como miriadas de líneas, de fibras, por toda la epidermis del planeta. Así se explican todos, por sus propias afinidades, o por los caprichos de su imaginación, más o menos lógica, los efectos de semejantes sistemas nutritivos sobre aquella existencia. Y al fin de tanta conjetura, sólo se logra aumentar la confusión, ennegrecer el misterio y agigantar el dominio de esa fuerza indudable de lo maravilloso y lo fantástico, nacida con el hombre y antes que el hombre.

Hijo autóctono de la tierra andina, por más que reconozca parentescos en la historia de otros continentes, como las razas humanas, él está ajeno a todo cuanto se escribiera para denigrar a sus semejantes. Pertenece a otro mundo, a otro génesis, a otra leyenda y a otra historia. Cuando las gentes de la anciana Europa hicieron irrupción sobre los pacíficos reinos de esta Tierra Ignota, comenzó la mezcla, la fusión, la metamorfosis de las antiguas y las nuevas creencias y doctrinas; y a los mudos pero elocuentes relatos, epopeyas y romances de la piedra, del jeroglífico y del quipu, los hombres blancos sustituyeron las fantasías escritas, las hazañas imaginadas y la fábula moral y predicante; y a falta de personas de su raza que les ofrecieran los caracteres y las acciones dignas de imitación, hubieron de recurrir al alma y a la vida de los animales; y aun así se atreve a llamarlos *inferiores* para marcar entre él y ellos una fingida y vanidosa diferencia.

Mas la fábula así creada y transmitida, no es sino un reflejo de la humana historia, en la cual el hombre, para ennoblecerse y divinizarse, no hizo más que atribuir a la inteligente, honrada y laboriosa república animal todas las im-

tencias, las maldades y los vicios que afeaban el manto ideal de su soberanía. Y acomodando la ciencia a sus pasiones y a la eterna comedia, a manera de inagotable *deus ex machina*, calificó y describió a todos los demás seres de la creación con atributos sólo existentes en su propia fantasía, en la primaria concepción exterior de la naturaleza...

Por fortuna, y por las causas maravillosas que dan asunto a estas páginas, la especie nueva, a la cual pertenece como representante prototípico el sapo solitario, escapó a las curiosidades y a las imputaciones de la antigua ciencia, sobre la cual alzó sus edificios de oro y pedrerías el arte poético de Esopo y Fedro y sus innumerables discípulos, imitadores y plagiarios. Así, para completar la pintura de nuestro ejemplar único y precioso, diremos que no le tocan las míseras cualidades con que a su raza adornaron los clásicos ilustres, desde Virgilio hasta Odon de Ceritona: rastrero, avaro, tonto y consentido de su hermosura, venenoso, repugnante y otros mil, fueron los más suaves adjetivos inventados para él en sus doctos vocabularios.

En el gran congreso referido por el fabulista medioeval, el bufo revelóse así quizás por alguna rara visión interior no comprendida, cual si se creyese el más bello de los animales y se hallase retratada tanta perfección en su hijo: —“*ille que pulcherrimus est inter omni animalia est filius meus*”; — más como no lo fuesen así, ni la paloma alba, ni el espléndido pavo real, hubo de descifrar el enigma, sentenciando en el mismo latín degenerado: “aquel que tenga la cabeza igual a la mía, el mismo vientre, las mismas piernas y pies, tal será el hermoso hijo mío”. Lo cual, referido con asombro por los oyentes a un viejo y sabio león de la comarca, respondió que en esto nada había de extraordinario, desde que “*ki crapout aime Lune li semble*”; o en lengua más clásica:

Si quis amat Ranam, Ranam putat esse Dyanam.

¿Y quién podrá menos de bendecir estas engañosas y santas alucinaciones del amor paternal, que tiene la virtud

de hermostrar los defectos y corregir los errores de la naturaleza, no siempre pulcra en el detalle? Si el espíritu de injusticia heredado de nuestros mayores, quiso hacer del sapo la expresión de la fealdad y del horror, y de exhibirle al mundo como ridículo ejemplo de una autosugestión de hermosura, la experiencia secular atestigua que los hombres imaginan siempre el fruto de su amor "*candidus et rubicundus electus ex milibus*", y a los renacuajos de su inteligencia, por lo menos cual mirlos de nieve o aves del paraíso.

LIBRO SEGUNDO

LA LEYENDA

VI

SUEÑO DE FECUNDIDAD

Allá, en tiempos anteriores a toda noticia, cuando Luzbel, bajo su nombre quichua de Zúpay, reinaba sin límites y desplegaba sin medida sobre la ignorada tierra de América toda su ciencia prodigiosa; cuando el imperio diabólico se dividía y multiplicaba en innumerables estados y jerarquías, representados por su soberano propio, regional o genérico; cuando el Anti colosal, cuyas cumbres albergaban entre sus nieves y sus nubes enjambres de dioses que hablaban en el rayo, en el trueno, en la lluvia, en el viento, en la luz, en los ecos y en las irradiaciones infinitas del sol sobre este mundo virginal; cuando en las inmensas cavernas subterráneas se congregaban al resplandor de las hogueras millares de divinidades, poderes y fuerzas de la naturaleza, de mil formas animales o humanas revestidos, a deliberar sobre sucesos pasados o futuros, sobre los cambios terrestres, las inundaciones, los terremotos y las pestes contra la especie humana, dominadora siempre e insaciable; cuando este continente desbordaba de vigor y de rumores victoriosos, y todos los seres vivían y extendían en libertad sus potencias orgánicas y sociales, ocurrió en la vasta región del Anti, asiento principal del imperio sombrío de Satanás difundido en los senos inescrutables del granito, una agitación extraordinaria que fué causa de innumerables sucesos y caracteres en los siglos futuros, y en la historia de las naciones de hombres aparecidos sobre la tierra, de diversos orígenes, colores y costumbres.

Cuentan los anales de aquella época, que el Diablo, supremo señor del reino animal terrestre y subterráneo, erigió dos noblezas sobre todas las criaturas a su yugo sometidas, eligiéndolas entre los reptiles. Los Ofidios y los Batracios fueron los ungidos por su gracia superior e incontrastable, para tan alta distinción; y era señal y prueba de este favor el hecho de que, como no quisiera aparecer ante las cortes y congresos con sus tristes atributos de serafín desterrado, adoptaba como forma o vestidura regia, ya la del monstruo bíblico que realizara la victoria del Edén, ya por más solemne o trágica, la de un sapo corpulento y abigarrado, cuya espalda de verdosos y amarillentos reflejos, cuyo vientre blanco o violáceo y cuya cabeza triangular y ojos exaltados, satisfacían las exigencias aparatosas de las grandes congregaciones que debía presidir sobre un trono resplandeciente.

Mas no se oculta a la engreída aristocracia sacerdotal de los Batráquidas, la preferencia de su señor por la otra rama privilegiada, la de los Ofidios, cuya forma había usado en tiempos y sitios remotos, hasta hacer de ellos la imagen misma de su culto en gran número de países y civilizaciones extraños a este suelo, y mantener en las almas dominadas por su prestigio la noción de sí mismo, en la figura de aquella casta nacida de la misma voluntad creadora de todas las cosas (*aquæ reptilia*). Recordaba también que el monarca se apareció en el Cuzco a los naturales, armados en guerra de conquista, bajo la forma gigantesca de la serpiente *Uscaihuai*, tan grande como un muslo de guerrero, revestida de pelo como cerda, con cabeza de venado, pies de lagarto y cuya “cola era tan larga, que desde la cabeza no podían ver su extremidad extendida en tierra llana”, y que así hiciera perpetuar su adoración por todos los vientos, se grabara en los muros de los templos, las huacas y las fortalezas. Entre tanto su rival, pues lo era en el propósito, no alcanzaba iguales predilecciones, y sus virtudes y fuerzas eran reservadas sólo para las maravillas de la metamorfosis, como materia fusible en la olla de los cocimientos sabáticos, dentro de la cual se realiza la tran-

substanciación de lo natural en lo divino, de lo animal en lo humano, y de cuya humareda sulfurosa, pestilencial, surgían las visiones, los fantasmas, los conjuros, las plagas, los espíritus buenos o adversos al hombre y demás criaturas.

Ya el espíritu creador del universo, esa luz inmortal del espacio, el dios Inti, radioso e invencible, había señalado a las dos razas un dominio distinto: a unos, a los Ofidios, les entregó el de las tierras que pudieran minar con sus galerías estrechas e interminables; a los otros les destinó la soberanía de las aguas que hubiese en las tierras o debajo de las tierras, en tanto que en su reproducción indefinida pudiesen ocuparla. Mas ambos al separarse conservaron algo de nostalgia de su primera condición: de manera que la serpiente busca a menudo el consuelo de las linfas transparentes y frescas, donde le place bañar su relumbrante y coloreada piel; y la monotonía de las aguas y el hielo y la escarcha de sus senos tranquilos, impulsa a sapos y ranas a abandonar sus celdas líquidas para vagar libres sobre las praderas musgosas, bajo los follajes sombríos y sobre los céspedes dorados de las orillas.

Al antagonismo de origen venía ahora a agregarse una extensa y tenebrosa rivalidad política, fruto de una preferencia injusta que acaso naciera de uno de los mil caprichos de su soberano, tan variable de humor como despreciativo de toda equidad y armonía. Y el príncipe de la fuerte y ya innumerable casta batráquida, concentrado una noche en meditación profunda en el fondo de un lago montañés en cuyo asiento de lajas se retrataban inmóviles las estrellas, se decidió a perseguir la reivindicación de sus fueros, la integridad de su soberanía; el respeto de su alcurnia, ya fuese por el hechizo, ya por el recurso más doloroso, pero más eficaz, de la guerra. ¡Ah! mas sería grande, universal, imperecedera aquella revolución ideada, que llegaría hasta el trono mismo del rey de toda fuerza y magia ocultas, y quizás hiciese vacilar sus seculares cimientos.

Medio adormecido se quedó, allá en su retiro transparente, sobre cuyo fondo reposaban los astros, y envuelto por las

irradiaciones de la vía láctea, a la hora en que Orión depositaba su cinto de brillantes a su lado y ponía al alcance de su brazo la flamígera espada. Y vinieron a aumentar los encantos del ensueño y a prolongarlo por muchas horas, los coros lejanos, repetidos por las laderas sensibles, de todas las lagunas, estanques y corrientes mansas, que al entonar las preces nocturnas a las maravillas de la tierra y del cielo, se transmiten en forma musical variable, las impresiones, los pensamientos, los delirios de la contemplación y la vigilia, bajo los climas y las reverberaciones tropicales. El sueño cerró las pupilas del héroe solitario del reino acuático, y comenzó entonces el despliegue espléndido y fantástico de su futura grandeza, la que ganaría con sus victorias, cuando sus ejércitos fuesen tan numerosos que cubriesen toda la tierra, y derribados de su privanza los Ofidios y convencidos de su poder superior el soberano común, llegase a entregarle la guardia de sus tesoros, de sus reinos, de sus alcázares, de sus fortalezas, y la posesión de sus secretos más recónditos de su ciencia impenetrable; por la cual trastorna los montes, cambia la esencia y la forma de las cosas y de los seres, muda las almas, tuerce los corazones y las inteligencias, y convierte en hermosura deslumbradora la horrible fealdad, improvisa con un conjuro o un gesto miriadas de servidores alados o rastrosos, visibles o invisibles, terrestres y marinos o subterráneos, y nubla a la misma noche con bandadas negras y fétidas de aves noctámbulas, surgidas de las grietas y las grutas donde se esconden del sol y se lanzan a hartarse con sangre humana que chupan como sanguijuelas, con leche materna que usurpan a los niños, con zumo de huevos que roban a las aves en sus nidos. Cuando todo esto se realice y sea dueño de tan maravilloso poder, entonces, transformándose él y su raza en querubines alados, será señor de todo lo que pueble la tierra y el espacio, el mar y las montañas, las cavernas y los astros, y un solo acorde infinito, universal, de arpas y voces etéreas ensalzará su nombre y la gloria de su pueblo por siglos y más siglos.

Y cual si el pensamiento se convirtiese en acción, empezó

a poner por obra, en sueños, su esplendorosa fantasía. Vió en todas las aguas del mundo multiplicarse los individuos, las especies, las familias, las tribus y naciones de su hechura y semejanza; las madres se volvieron más fecundas, y muchas veces en una sola revolución del astro de la noche, aparecieron las aguas cuajadas de sus redes prolíferas, que luego, al disolverse, echaban a la vida millones y millones de futuros combatientes, los cuales se multiplicaban a su vez y se esparcían por la superficie del globo, buscando aguas desconocidas para poblar. Así se veían como oleadas de sapos, ranas y renacuajos, atravesando en marchas apresuradas las llanuras, los valles, las pendientes y desfiladeros, para ir a tomar posesión de nuevos dominios, para reproducir en ellos la colonización vertiginosa de la cual surgirán un día la regeneración y el triunfo soñados. No quedó un albergue solitario, un hueco de piedra, una rendija de granito, una concavidad de tronco añoso, ni un charco transparente o palúdico, ni palmo de tierra en que la gota de agua hubiese iniciado su prodigioso génesis, donde se escuchase el canto alterado y estridente de la fecundación, y de donde no surgiese hacia las corrientes o los estanques una nueva legión de soldados para la fantástica contienda.

Al acercarse la aurora y palidecer y borrarse los astros en el espejo de las linfas, y sentir sobre sus ojos la blanca luz de *Punchau-Inti*, de rayos irresistibles, el soñador despertó de súbito, y fué a ocultar la agitación de su sueño bajo la sombra de un nenúfar colosal que se hallaba detenido en su paseo, por un gajo espinoso de la orilla. Mas como aquella visión maravillosa reprodujese con tanta verdad su pensamiento y su designio, empezó a creer en la certidumbre de su sueño, y figuróse que acaso mientras se mantuvo en el seno de las aguas, transcurrieron algunos siglos, durante los cuales se hubiesen realizado tantas maravillas; hasta que una voz familiar, la del viejo sapo adivino de su cortejo, que leía en su mente, como que había asistido al génesis de esa noche, le libertó de dudas murmurando en su oído:

—Nada ha sido sueño. Todo se fué cumpliendo a medida y con la celeridad de tu pensamiento. El mundo está cuajado de tus ejércitos, que sólo esperan la señal de la invasión y del derrotero glorioso.

Un grito de júbilo que ningún idioma reproducirá jamás, surgió de la inflada garganta del caudillo batráquida, y saltando sobre los céspedes de la orilla, se puro en camino hacia el lugar estratégico donde convocaría a sus legiones innumerables y retaría a muerte a sus contrarios. Era en la región del Anti, alta, ríscosa, surcada entonces de mil torrentes fecundantes y lagos encerrados entre serranías vestidas de verde y oro; habitadas por mil pájaros multicolores y polífonos que adormecían la naturaleza; matizadas sus laderas y recintos por flores olorosas, musgos y helechos donde la esmeralda y el oro se debatían en combinaciones infinitas; y allí fué a buscar, por la proximidad de las líquidas fortalezas, su campo de batalla, el príncipe rebelde, porque hacia sus profundidades ignotas calculaba arrastrar al enemigo, que en el agua pierde todo su vigor y la virtud mortal de sus armas venenosas. Más le hubiese valido que su sueño fuera menos halagador y desplegado en ambiente menos propicio a las revelaciones de los ecos, de las luces errantes, de los espíritus invisibles de Zúpay, y menos accesibles a las miradas del Ofidio, cuya fuerza penetra los muros más espesos, las aguas más profundas y las tierras más compactas. Por eso cuando el jefe de los batracios llegó a la arenosa playa elegida por su estrategia de vigilia, sintió helarse aún más las frías y escamosas membranas de su coraza de guerra, al oír en la altísima cuchilla el silbido agudísimo y el estridor horrible del Ofidio, cuyas huestes, congregadas ya por señal tan mágica, arrastraban en silencio, sobre las piedras, las ramas y los cauces de los torrentes, sus cuerpos flexibles, sus anillos elásticos, sus colas puntiagudas y sus cabezas armadas de garfios sutiles, afilados y emponzoñados para el combate. Sobre lo alto de un promontorio sombreado por espesa nube, Satán, revestido de *Uscaihuai*, como en su aparición en el

Cuzco, y rodeado por siniestro núcleo de espíritus malignos y deformes, se disponía a presenciar la sangrienta lucha que había de sembrar tanta ruina y desolación sobre las tierras vecinas.

VII

BATRACOFIDIOMAQUIA

No podía el monarca receloso de las sombras, contemplar impasible, y sin que se removiesen sus más feroces atributos, aquella tentativa amenazadora, no ya contra la casta privilegiada de su reino y de su magia, sino contra su propio poder y divinidad. Si antes pudo contentarse al ver la división infinita de su servidumbre, hasta poblar todo el haz de la tierra con agentes de sus irresistibles maleficios, ahora que éstos se encendían contra su mismo señor, debía emplear toda la suma de su ciencia más arcana, para ahogar en sangre, en cenizas y en ponzoña tan osada y temeraria empresa. Entonces, dispersando por los campos, las grutas y los precipicios un enjambre de culebras rápidas, fugaces y sigilosas, envió con ellas la voz de alarma y la convocatoria a todas las legiones ofidianas; y mientras el Batracio congregaba las suyas, y disponía que al amparo de la noche se encaminasen a marchas forzadas hacia la montaña elegida por teatro de la lucha, una multitud horrenda de sus adversarios, comenzó a deslizarse por todos los caminos y las comunicaciones internas u ocultas, en dirección al mismo paraje siniestro. Y era de ver en las noches calladas, cuando ambos ejércitos, esquivando los encuentros anticipados, y en multitudes innumerables, que más parecían olas espesas de una creciente animada, cómo las llanuras verdosas, los valles opulentos, las laderas florecidas, las cuevas abruptas, los despeñaderos, los aludes y obscuras gargantas, se cubrían de inmensas masas móviles de reptiles, que daban al suelo, a los árboles y a las serranías una extraña y monstruosa apariencia de vida. Al

resplandor de los astros despedían sus irisados reflejos las pieles multicolores de los ofidios, que allí mostraban sus incontables especies, formas y magnitudes, desde el áspid diminuto y la culebrina de anillos rojos, negros, blancos y violáceos combinados al capricho de un artífice minucioso y habituada a jugar en la cabellera de los ídolos, a brillar en la diadema de los caciques y a esconderse en las flores para engañar a las abejas y a los colibríes con los matices de su piel; hasta la víbora terrible de mosaico gris claro y oscuro, que marcha al rumor de su cascabel y con la cabeza erguida y alerta; y hasta la colosal ampalahua (*boa constrictor*), reposada y lenta en su andar, pero en cuyas fauces enormes y en cuyo vientre de acero podían sumergirse de un golpe muchas decenas de sapos, que luego perecerían triturados al enroscarse en el tronco de un *visco*, desnudo, o de un nudoso algarrobo centenario. Entre estas tres especies extremas, pululaba un mundo incalificable de otras de colores, dibujos, dimensiones, movimientos y aptitudes distintas; y todas juntas, marchando en medio de las tinieblas, al encender sus pupilas magnéticas, brillaban sobre el fondo negro de las montañas como millares de luciérnagas errantes e intermitentes. De tiempo en tiempo, un silbido agudo, el que caracteriza a la raza, y que venía de una lejana cúspide, surcaba el espacio haciendo estremecer toda fibra, y señalaba el derrotero a las mudas legiones.

Era el mismo Zúpay, apostado en lo más alto del monte para presidirlas y encaminarlas, quien lanzaba aquella señal estridente, con la cual, en las horas de su cólera y su desesperación secular desgarraba las entrañas de las cavernas, difundía el temor en las sombras y advierte su insomnio y perseguida vigilia a todos sus reinos diseminados en los aires, en las selvas, en los mares, en los abismos, en las grutas del mundo.

Pero, por más hórrido que fuese aquel signo de su enojo y su venganza, no logró infundir pavor en las compactas filas de los rebeldes, cuyos capitanes, corpulentos y membrudos, llenos del ardor de la causa y chispeantes de fuego

sus exaltadas órbitas, comunicaban valor y decisión por el sacrificio a las apretadas e infinitas muchedumbres de sus tribus y colonias; y así marchaban, a saltos forzados, para ganar las posiciones estratégicas. Ellos también contaban con la protección de un espíritu superior, del caudillo ilustre que les conducía a la cruzada reivindicadora, y el cual, nacido de un connubio misterioso, llevaba sangre divina, y poseía parte inmensa del mágico poder con que su tirano realizaba sus inescrutables prodigios y transmutaciones. Y allí esperaba ansioso, en compañía de su viejo sacerdote y de todo un lucido cortejo, a la margen de un lago profundo y circular, cuyos senos ignotos se rellenarían bien pronto de cadáveres de sus orgullosos adversarios. El, también, para orientar sus ejércitos en la obscura noche, y valido del eco fugaz y múltiple de las lagunas y los valles estrechos, lanzaba gritos estentóreos, siniestros, ignorados de sus enemigos, y que repercutiendo en mil rumbos diversos, en mil tonos distintos y en mil lugares a la vez, llevaba a sus contrarios la confusión y el desorden, dispersando sus fuerzas y precipitándolas no pocas veces en simas sin fondo. Así pudo el Batráquida reunir y ordenar antes que el Ofidio su ejército en el campo elegido por su destreza militar, y como fuese su intención empeñar combate nocturno, más favorable a sus tropas y a su táctica y recursos, esperó que la luna menguante acabase de hundir, tras de las cumbres de occidente sus cuernos luminosos, para enviar al encuentro de una gruesa avanzada de bravas serpientes que ya descendían la falda tenebrosa, una legión de los sapos más ágiles, feroces y acorazados, que las atacasen en el desfiladero, las sorprendiesen con sus gritos destemplados y las despedazasen entre sus calados dientes.

La horrenda lid estaba empeñada. Dueños los Batracios del bajío y de las subidas de los cerros circundantes, pudieron hacer enorme estrago en las tupidas madejas de los invasores que, sorprendidos en su descenso por el súbito asalto y extraviados en la tiniebla, rodaban a centenares y

en grandes nudos hasta las aguas, donde perecían ahogados y eran perseguidos por los enemigos, para quienes el agua es elemento propicio. Bien pronto no hubo reservas, ni divisiones, ni columnas ociosas; porque, acabada de transmontar la cima, llegadas al centro del combate las pesadas pero formidables moles de las boas, cuya voracidad eliminaba de un solo empuje montones de sapos; entrados en plena y vigorosa acción los enjambres ligeros de víboras de la cruz, que al súbito incendio de su ponzoña agregan su agilidad prodigiosa para el salto y el ataque casi invisible; libres y sueltas en sus movimientos las de cascabel, que a la magnitud, a la elasticidad, al veneno y dientes agudísimos, reúnen el espantoso chirrido de sus colas huecas, con que aturden y desconciertan al contrario, la pelea se ha hecho general, sin reposo, sin piedad; los combatientes encarnizados ya no escuchan a sus jefes, ni guardan disciplina, ni ven en torno más que muerte y exterminio; ovillos impenetrables de víboras y sapos que se desgarran, se clavan sus garfios y dientes y se inoculan sus venenos, entre chirridos y mugidos de dolor y de rabia, se derrumban por entre los matorrales, se ensartan en los arbustos espinosos, y se chocan y ensangrientan en los cascajos y en las rocas, hasta que las ponzoñas confundidas se inflaman, y llamaradas rojas, verdes y amarillas surgen del montón informe y convierten en cenizas centenares de combatientes entreverados. Comunicándose el fuego a la selva, añaden al estrago del combate los horrores del incendio, a cuyos resplandores puede contemplarse la espantosa confusión y la saña de la pelea y presagiar el desastre o la victoria.

Si dentro de una olla ciclópea se arrojase a un tiempo todos los antagonismos de la naturaleza, todos los endriagos, menjurjes y mixtos diabólicos, y se pusiesen en ebullición, no arrojarían al aire rumores, chasquidos, chisporroteos, zumbidos, rugidos, murmullos, lamentos, gritos, estertores y estridores más extraños ni horripilantes, que los que surgían de aquel infernal escenario del odio, de la rabia, de la matanza; porque al estrépito del combate, a los resoplidos de las fauces

jadeantes, a los rugidos o roncos gritos que la ponzoña arranca a las víctimas, se mezcla el rodar de los pedruscos, el quebrar de ramas, el silbar del viento y el chasquido del agua al caer desde alturas diversas, en enjambres, en núcleos y sartas inseparables, los empecinados y enceguecidos luchadores.

Mas, como el pérfido Luzbel viese desde su roca elevada, los efectos desastrosos que en su raza predilecta hacía la hábil estrategia del enemigo, y que legiones enteras desaparecían en el lago derrumbadas en confusión desde las laderas y los árboles, y temiendo un fin desastroso si no enviaba en su auxilio sus más fuertes potencias sobrenaturales, dispuso que una cuadrilla de expertos mineros fuese a abrir una galería subterránea, por donde en un instante las aguas se sumergiesen y quedasen en seco las rocas de su fondo. Al mismo tiempo que por una conmoción terrestre hizo que se hundieran en los abismos todas las corrientes circunvecinas y arrastrasen hacia sus cauces internos a cuantas regaban y embellecían la risueña comarca, transmitió su invencible y omnipotente magia a una enorme serpiente de su séquito, para que fuese a aprisionar entre sus anillos escamosos al mismo príncipe, cuyas hazañas y pericias pusieron en tan duro riesgo su ejército preferido. Con el hondo rumor de un cataclismo sorbió la entraña abierta del monte las voluminosas aguas, y sobre su lecho desnudo aparecieron a poco los millares de cadáveres sumergidos e indefensos, y al descubierto los traicionados rebeldes que en ellas tuvieron el secreto de la victoria. No tardó tampoco en cumplirse el fácil mandato de prisión del héroe bufónida, el cual, atacado en su refugio mismo por la serpiente diabólica, rindió sus inútiles armas a poder tan superior, y exhalando el grito supremo de la miseria impotente, de la despedida eterna y la profética venganza, siguió a su verdugo hasta el hueco de una roca que se hallara en el centro de la ya vacía cuenca. Tal fué la cárcel que le señalara la desleal justicia de su soberano, quien sólo le concede un poco de luz y de aire, y una gota de agua permanente que filtra en aquel punto, cual único recuerdo del majestuoso y transparente lago de

los encantamientos nocturnos, de los sueños luminosos y de las libres escenas de la vida primitiva.

El nuevo día alumbró sobre el campo un vasto hacina-
miento de cadáveres; y fué el principio de la nueva disper-
sión de las naciones combatientes, como después del incendio
de Troya, humillados y huérfanos los vencidos; altivos, orgu-
llosos y más soberbios que nunca los vencedores: un nue-
vo *creced y multiplicaos* pareció escucharse en el lúgubre
despetar de aquella noche.

VIII

EN EL DESASTRE

Han pasado siglos. Nuevas generaciones sucedieron a las heroicas de aquel ciclo glorioso. Extendiéronse sus descen-
dientes sobre antes desconocidas tierras; y al par de los tiem-
pos, las especies ofidianas y batráquidas se aumentaron con
otras que al heredar los caracteres físicos fundamentales,
recibieron también el legado de recuerdos, pasiones y anhe-
los comunes. Un odio concentrado, sordo, rugiente, odio som-
brío y triste, consume y alienta a la vez a los caídos; se han
hecho amantes de las sombras porque ocultan su dolor y su
orfandad, y por eso en las noches del mundo, donde quiera
que existe un núcleo de aquel pueblo desgraciado, se cantan
canciones extrañas, ininteligibles para los modernos, como
que recuerdan los episodios de la lucha homérica y fatal, y
pronuncian palabras de un lenguaje místico y secreto, único
que traduce las eternas angustias de toda la raza en todos
los climas, y expresa las infinitas ansias de la interminable
expectativa de redención. Han perdido la idea de una patria
común, y sólo les es dado constituir la, con sus patriarcas y
tribus, en las limitadas márgenes de los arroyos, en los lagos
solitarios, en los pantanos infectos, en las grutas ignoradas,
en los charcos escondidos; y esto hasta que suene la hora
de la emigración; porque el hombre extrae el agua, o el

viento la evapora, o el tráfico revuelve el seno de las transitorias viviendas. Ahora, su asombrosa fecundidad se vuelve una maldición; porque si tuviera patria, para ella serían sus hijos, y en sus altares murieran gozosos propiciando a sus dioses; mas la incesante peregrinación, a merced de las razas más fuertes y de los hombres inquietos, debe arrastrar consigo la prole infortunada; y allí, donde el alimento se agota y la caridad no existe, y hay que implorar en nombre de leyes altas e inescrutables la ayuda fraternal del Poderoso, los proscriptos batracios conviértense en cínicos empedernidos, en fastidiosos compañeros, en visitas siempre incómodas, en servidores inútiles, en payasos grotescos y despreciables, que para conseguir una migaja, creen halago exquisito la ronca queja de la angustia con que advierten su presencia.

Así se les ve inundar las casas, buscar el abrigo de los lechos, acurrucarse en los rincones no transitados donde se arroja el mendrugo y las sobras, o se reúnen los insectos, obstruir los canales de huertos y jardines, asomarse sobre los potajes en preparación, ocultarse entre los toneles de bodegas húmedas y oscuras, y hartarse y embriagarse entre los mostos de la cosecha; todo esto sin que el hombre, que para él es acaso el más cruel de los animales, se dé cuenta de su utilidad, ni del bien que quiere hacerle; pues apenas existe otro de más largas abstinencias, de más fortaleza y salud, ni que soporte las ofensas, las injusticias, los golpes, los escarnios y persecuciones con resignación más heroica y sublime, gracias a la vitalidad maravillosa de sus tejidos, que le permite reconstruirse con sólo un átomo de vida. Y esta longevidad y resistencia extraordinarias en que consiste el secreto de su destino y de su futura rehabilitación, es causa de escenas múltiples en que la ferocidad y la superstición humanas resplandecen con sus más siniestras luces. No es raro presenciar en las aldeas y villorrios lejanos las bandas de niños vagabundos, armados de piedras que arrojan sobre el sapo indefenso, para ellos maléfico y venenoso, hasta formar sobre su cuerpo aplastado enormes pirámides funerarias; y des-

pués que por creerle muerto le abandonan, aun les grita desde su entierro con acento sepulcral:

—¡Aun tengo un resto de vida! ¡Venid a arrancármela, vosotros que no conocéis la compasión!

Después del hombre, cuya supremacía reconoce, pues nunca le hizo daño, a pesar de lo mucho que se le calumnia, sólo se muestra su perseguidor implacable la víbora, su eterna antagonista. No satisfecha aún esta raza rencorosa y potente con la abyección, la ruina y la errante condición de su contrario, a través de los siglos no ha extinguido su saña, y donde quiera que solos o en grupos se encuentran, la lucha se renueva espantosa, horrible, infernal. Pero entonces el humillado sapo se transforma, engendra en sí propio fuerzas y jugos mortales, y escrespando sus miembros e inyectando en su secular rencor sus pupilas, se lanza contra el astuto adversario a arrancar o rendir su vida. Y la guerra es sin cuartel, y en ella toda arma y recurso son permitidos por el código inmortal de la naturaleza, si bien la ciencia del vulgo, tan profunda como experimental, describe el ingenioso ardid con que el batracio combate y da la muerte a su rival aristocrático, semidivino, cuyas refinadas costumbres son proverbiales. Espera aquél que el sueño rinda a la víbora después de su alimento, y que, saciada su sed en la orilla del estanque, se enrosque y oculte la cabeza en el centro de su propia espiral; y entonces, reuniendo su colonia, arrastra con sigilo las sartas interminables de los batracospermos en incubación, y forman con ellos en torno del reptil dormido una muralla circular verdosa y movable, que provoca la sensación violenta de las náuseas. Es el instante del suplicio. Oculto el sapo más vocinglero y áspero tras de un arbusto, comienza a lanzar intensos y desacordes gritos que sacuden y despiertan azorada a la serpiente, la cual, al verse circuida por aquella baba horrible, espesa, infecta, infranqueable, y aturdida, burlada, provocada de lejos por la desacorde y chillona gritería del sapo, se estremece, se enrosca, se retuerce, se trenza, se hace un círculo, se dobla en dos, en tres, en cuatro; entierra en el suelo su

cabeza, se muerde la aguda extremidad de la cola, lanzan chispas de fuego y sangre encendida sus pupilas, vibra mil y mil veces su biforme lengua entre sus fauces espumosas, choca y hace rechinar febril sus dientes finísimos y curvos, se cubre de polvo, golpea con la cabeza y la cola, como con un látigo, la maldecida tierra en que la sorprendiera el sueño; y a medida que se acelera su fiebre y paroxismo, el enemigo, lleno de gozo, ejecuta la destemplada música macabra de aquel baile fúnebre, cuyo final es la agonía delirante, la epilepsia y la contorsión por la ponzoña y el fuego; y por fin, como cinta de acero comprimida y luego suelta en el aire, da un salto postrero y cae exánime dentro del círculo fatídico.

Y la lucha continúa sin cuartel, uno a uno y en comunidad, y en todo paraje y ocasión, porque ellos, los eternos rivales, como las naciones, así lo tienen escrito en sus leyes de guerra. Multiplíquense sin límite, unos en sus cuevas inaccesibles y profundas, otros en sus lagunas y pantanos; pero la fuerza del vencedor ofidio y sus inexpugnables viviendas comunicadas con estrategia invisible bajo la tierra, las montañas y los rugosos árboles centenarios, protegido siempre por su divino señor, más fuerte y grande hoy que en las pasadas edades, merced a la ciencia y a las artes, alejarían más y más para el batráquida infeliz la hora esperada de la revancha, si una sublime profecía del Dios alado que impera en las cumbres, en las nubes y en las alturas celestes —del eterno Kúntur— no hubiese fortalecido sus almas, alentado su vigor para la dura peregrinación, encendido en ellos la sagrada virtud del sacrificio, y transmitido a sus corazones vacilantes la suprema esperanza de la victoria.

La santa profecía fué comunicada a la vencida raza mucho tiempo después del sangriento desastre. Ya no quedaba un solo hueso sobre el campo; árboles corpulentos sucedieron a las algas, los líquenes y los helechos de los lagos antiguos; la faz cenicienta o rojiza de los cráteres reemplazó a la de los muros antes bañados por las aguas serenas; y desde las altas cimas que circundan la cuenca desecada, las águilas

y cóndores echaban de tiempo en tiempo hacia el fondo su mirada investigadora y profunda. Eran sin duda mensajeros del soberano de los Andes, porque un día reverberante de sol y de azul, vieron todas las aves de la montaña, y los insectos de las grietas, y los demás habitantes nativos de aquel valle, descender seguidos de un magno cortejo imperial, a un cóndor inmenso, negro de cuerpo, orladas de alba nieve sus alas y su cuello, de oro y hierro el ciclópeo pico, de coral y acero sus regias garras. Al bajar, balanceándose majestuoso, hízose la noche sobre el valle, hasta que fué a posarse, custodiado a distancia por su séquito, en la puerta de la pobre cueva, donde agitado y presa de las más hondas emociones, esperaba el cautivo de la lucha homérica, aquel bufónida ilustre, sepultado vivo dentro de la roca por la saña cruel del señor de las sombras.

—Kúntur, dios del espacio — murmuró en lenguaje místico el ave fantástica — que no tiene principio conocido, y cuyas miradas abarcan siglos y siglos del futuro, sabe que el poder de Zúpay, grande, inconmensurable, terrible, no es absoluto ni universal. Tu condena y cautiverio habrán de cesar por fuerzas superiores, incontrastables, que tienen su impulso primero en la mente divina y su incubación y actividad en las entrañas del planeta. Aquel que las rige y conduce sabe recompensar en hora incierta, pero infalible, las virtudes excelsas, los sacrificios heroicos y las esperanzas supremas. Vive, sufre y espera, mientras vive, sufre y espera tu raza.

Alzó otra vez el vuelo con rumor de manso viento el cortejo celeste, y mientras la calma habitual volvía en torno de la solitaria piedra, el cautivo cerró los ojos con deleite jamás sentido desde su infortunio; su mente se iluminó con luces extrañas, y con una fantasía luminosa, cerró sus párpados insomnes.

IX

LA GOTA DE AGUA

Entre tanto, mientras pasan las décadas y las centurias, cambios profundos se suceden en la tierra y en sus habitantes. Maldecidas y arrojadas al abismo las aguas, extiéndense por toda la región montañesa y por los llanos que la tributan, la sequía voraz, la desolación, la melancolía que brota y gime en todas partes. Sobre aquel suelo fundaron los conquistadores una ciudad y un gobierno, entraron dominando tribus, naciones e imperios, y bien pronto a millares tuviéronlos por esclavos. Calchaquíes, diaguitas, famatinos, huarpes, eran los nombres de las más numerosas y ricas, y formaban, en lo político, esa inmensa cadena de pueblos que sometiera el Inca, antes con la guerra y ahora con la sabiduría. Al enajenar sus tierras, sus tesoros, su libertad, conservaron en sus almas vírgenes y toscas como sus moles de piedra, la íntima conciencia de sus dioses, de sus creencias, y vagos temores de lo desconocido. Era necesario arrancarles la vida para despojarles de esa unión absoluta de las almas con el alma de la tierra patria, que como una sola esencia daba vida a la naturaleza, a los animales y a los hombres.

Al desastre doloroso del vasto reino batráquida, cuyo caudillo y semidiós sufre prisión irremisible en inquebrantable roca, sucedió la caída del imperio del Sol, con sus leyes, sacerdotes y divinidades; y la tierra misma, como asociada al duelo, comienza a languidecer, a ocultar en sus entrañas más hondas las fuentes, lagos, manantiales y arroyos que antes la cubrían de verdor y de gracias; y a medida que sus montes buscan la región de las estrellas, las grandes aguas de otras edades parecen huir hacia la región de las sombras, donde se engendran, incuban y estallan los fuegos exterminadores. Apenas quedan sobre la superficie las precisas para mantener entre los hombres la discordia y la guerra, las que

desprenden de sus coágulos pétreos las nieves perennes, y las que a largos intervalos arrojan las lluvias fugaces en sus tormentas devastadoras o en sus formidables inundaciones... Pero todas pasan con la violencia que las conduce, y vuelven las tierras a abrir sus secas fauces devoradas por la sed.

La gota de agua que filtra lenta y coloreada al sol, desde el seno del témpano inaccesible, y se junta en su caída con otras, — desprendidas a su vez de su fría petrificación — al recorrer las grietas de la montaña desde la cumbre, baja a los valles habitados, y sometida a las leyes que el fuerte impone al débil, el más astuto al más sencillo, es riego que fecunda heredades, fuerza que hace girar una rueda y una máquina, sorbo que aplaca en la cabaña y el rancho la sed y el hambre del pobre; la gota de agua nacida en el génesis ignoto de la estalactita, en el seno inviolado de la gruta, cae sobre la vasija natural, rebalsa y se difunde para asomar a la luz en la forma estruendosa de la cascada, o en la lenta filtración del manantial; la gota de agua, concebida en el calor de la tierra, elevada al espacio en exhalación invisible, y luego condensada en nube, congrega otras infinitas, y juntas descienden de nuevo a su origen, marchan en procesión compacta, abren surcos en el suelo y en las rocas, y se desparraman por las llanuras para convertirse pronto en verdor, en lozanía y en riqueza; la gota de agua de la nieve, de la gruta, de la nube, que forma el charco aislado, se calienta al sol y hace germinar miriadas de seres impalpables que luego se esparcen por el aire, se infiltran en el cuerpo humano, siembran en él la muerte, proliferan en los sepulcros y renacen y se transforman sin término en frutos, flores, árboles, musgos, larvas, mariposas y nuevos mundos con nuevos reinos hasta lo infinito; la gota de agua que así realiza en cada instante el génesis eterno, es ley, voluntad, inteligencia, inspiración, virtud y delito, y convirtiéndose en alimento y en potencia de vida, impulsa y gobierna a las sociedades animadas, las agrupa, las divide, las lleva al heroísmo, las hunde en la des-

gracia, enciende en ellas la ambición, el odio y la guerra, y marca la ruta fatal que siguen las naciones en la historia.

Como toda idea o sentimiento colectivo se condensa en el símbolo, este universal anhelo del agua, en la región andina de La Rioja tiene, sin duda, el suyo, en aquel sapo solitario de forma y aspecto fósiles, como arrancado del muro de un templo antiguo. El expresa en sus nocturnas salmodias, que ningún coro acompaña, las ansias ardientes de todas las generaciones, así de las primitivas como de sus dominadores y las que luego se perpetúan sobre la misma tierra; y la avaricia colérica con que guarda su tesoro, sólo es una pálida y grotesca copia de la que enciende a los hombres, que por legado de sus mayores, o a costa de sacrificios inenarrables, adquirieron también la gota de agua con que riegan su heredad, cultivan su huerto, o mueven la rueda de su molino. ¡Ay de aquel que burlando las lindes consagradas o la vigilancia del señor, rompa el cauce del torrente y usurpe una gota de agua! Doblarán las leyes su rigor, surgirá la protesta indignada, vacilará el asiento de la justicia, peligrarán los vínculos sociales y se conmoverán las bases de la comunidad política; porque si el hombre cede o abdica con frecuencia su libertad y soberanía, sólo es en cambio de hacer inviolable su propiedad y seguro su alimento; cual si sólo fuese libre y soberano cuando más se acerca a su condición originaria.

Al imperio sacerdotal del Inca, los pueblos diseminados por los valles y llanos de aquella comarca le rendían vasallaje y tributo de su sangre, vírgenes y oro, en cambio del agua con que regarían sus tierras, y el rey mandaba construirle diques para detener la que venía del cielo y canales para llevar a lo lejos las exiguas vertientes de los montes. Al capitán gobernador, cabildo, virrey y emperador, las ciudades y aldeas cristianas les concedieron todo el tesoro de sus libertades y el fruto de sus arduas labores, en cambio del agua que fecundase sus campos, aumentase sus cosechas y dilatase por la riqueza sus propios dominios. A los santos, intermediarios

entre la criatura y el Creador, las almas piadosas erigieron altares, iglesias y patronazgos seculares, y son entre otros, San Nicolás, en La Rioja, Santa Rita, la vencedora de imposibles, en la villa Argentina, Santa Rosa, la de Lima, en Anguinahan, la Candelaria en Sañogasta, San Isidro, el labrador celeste, en el Huaco de mis mayores, y les dedican aún — *firmes en la fe* — fiestas y honores regios, en súplica humilde y reverente por el agua que restaura, conforta y fructifica, y siembra alegrías en los hogares, paz entre los vecinos y grandeza en las naciones. Y ahora, en los tiempos de la República, cuando hemos escrito leyes e instituciones que nos prometen libertad, que nos confían la hechura de los gobiernos, que nos encargan la elección de tutores transitorios de nuestras vidas, honras y haciendas, las comunidades lejanas, huérfanas de ayuda y protección, azotadas, flageladas, diezmadas por la sed, el hambre, la desnudez, la lucha cruel y continua del vivir, entregan desesperadas a sus gobernantes su propia libertad, su soberanía efectiva, su hambre y sed de justicia, en cambio del agua, el agua que brote de la peña y se reparta por igual; el agua que es alimento del hombre, de la bestia, del suelo; el agua que es salud, vigor y encanto del alma y de la naturaleza; el agua que es para el hogar, la comuna, la provincia, la nación, alegría, paz, fortuna y poder. Y todo lo que en la llanura y la montaña tiene una voz, una plegaria, un canto, un perfume, se alza, se postra, se arrodilla y lleva a la eterna voluntad, a la infinita fuerza creadora del bien, la súplica perenne, traducida en lenguajes ignotos:

—¡Agua, Señor, agua del cielo, de la roca, de la nieve, del fondo de la tierra!

Este es también el clamor universal de ese linaje destinado a habitar las aguas — *aquæ reptilia* — y para cuyos ruegos fueron provistos de voces y conceptos armónicos, gratos a toda divinidad. Así en el silencio de las noches estivales el viajero sediento de las travesías, llanas o montañosas, aplica el oído al fondo de la tiniebla por percibir el concierto o

el eco solitario de las ranas o sapos que guardan el depósito precioso, y lo anuncian al caminante para atraerlo a sus retiros cual sirenas benéficas, y para que éste, acaso con la inconsciencia de la sed, vaya a secarlo para siempre y privar de su alivio a sus propios moradores. Y es de oír entonces, cuando la fuente se ha secado y el fantasma horrible de la sed, envuelto en fuego y en sombras se yergue en el centro del charco vacío, cómo los tristes batráquidas refuerzan sus tonos, modulan con dolor y trémulas de angustia sus agudas rogativas que la soledad del desierto, de la selva, de la montaña, propaga hasta muy lejos y hasta muy alto, y quizá conmueve el corazón de los invisibles genios, dioses o demonios que velan los orígenes de las fuerzas del mundo y envían a los suplicantes la gota de agua en el manantial, en la lluvia, en el hilo sutil del deshielo, que filtra de la piedra musgosa, fresca y cristalina como bálsamo de resurrección.

X

LA PROFECÍA DE KÚNTUR

“Vive, sufre y espera” fueron las palabras misteriosas con que el mísero sapo, al quedarse solo, entró en el reino luminoso de los sueños, de esos que duran siglos y que parecen realizarse en el mundo a medida que se despliegan en la mente sus maravillas. El poder de la magia satánica no es absoluto, aunque sea grande y terrible; y si es capaz de realizar las más caprichosas metamorfosis en el mundo animado, no alcanza a impedir, ni a variar, ni a dirigir la salida de los fuegos subterráneos que cambian la fisonomía del planeta. Y vendrá un día en que una tremenda convulsión interior despierte de sus somnolencias inquietas las lavas escondidas, las cuales al buscar el camino de su expansión hacia la superficie, sacudirán de un solo impulso los estratos más profundos, que a manera de cobijas de un lecho,

mantienen por siglos y siglos el calor. Entonces todo el universo negro de Luzbel, dominio inexpugnable para toda criatura, se conmoverá con fragor inusitado y final; y devoradas por el incendio, fundidas por las hirvientes olas metálicas, iluminadas por la luz del sol, se desvanecerán en humo o en cenizas las pavorosas viviendas, fuertes, palacios, templos, huacas malditas, cuevas y grutas, donde se refugia, se aclimata, se esconde, elabora sus maleficios, acrecienta su culto, multiplica su ejércitos infernales el soberbio príncipe de la sombra. Perecerán para no reaparecer jamás, todos los individuos de la ofidia raza, sus servidores reales y mortíferos; y al penetrar el metal derretido en las grietas del granito, sorprenderán en sus propias moradas a las pérfidas víboras, y las aplastarán las piedras al chocarse entre sí y pulverizarse. Saldrán como abortadas por el abismo las cohortes horripilantes de los monstruos que nunca vieron la luz del firmamento, porque se ocuparon allá, en las cavernas ignotas, de la alquimia secreta y oculta con que su rey y señor operaba sus fantásticos prodigios, cual comediante inimitable que tuviese escondida del espectador su maquinaria. Las bandadas fétidas y funerarias de los vampiros que arrancan con la sangre la vida, sorbiéndola durante el sueño del hombre mientras le sugieren la sensación de un beso amoroso, surgirán de sus antros con zumbidos temerosos, e irán a estrellarse enneguecidas por la luz contra las espinosas ramas o las erizadas rocas. Echará de sus entrañas convulsas la tierra, todo lo que en ellas acumulara desde el principio de los tiempos el indomable Zúpay, y él mismo, al presenciar impotente, desesperado, vencido de nuevo, la total dispersión y desvanecimiento de su secular grandeza y poderío, se estremecerá en su invisible refugio, se retorcerá rechinando y chispeante, se morderá las afiladas garras, se azotará el cuerpo con sus manojos de serpientes famélicas, se desgarrará las carnes con sus propias uñas y sus propios látigos venenosos, agitará con frenesí contra sus flancos las inmensas alas de murciélago provistas de ganchos acerados

como de tigre, brotarán de sus ojos chispas como de incendio naciente, y al escuchar el postrer gemido del reino que se acaba, lanzará en el espacio obscuro la más horrible de sus blasfemias, a modo de despedida, y provocando con su impulso una tempestad furiosa, emprenderá el vuelo con rumbo hacia otros continentes donde aun impera sin límites, y donde la niebla sutil que sabe inocular en las almas, aun cubre millares de naciones, razas y tribus.

¡Oh, qué acorde glorioso, qué canto gigantesco, qué salmo sublime de libertad será el que se alce de todos los espíritus que vivieren en perpetuo cautiverio en los senos profundos del granito, o en los troncos huecos de árboles centenarios, o en los cuerpos deformes, asquerosos de reptiles, pájaros siniestros o endriagos indescriptibles! ¡Qué sonrisa radiante la que iluminará las comarcas consagradas por la leyenda, cuando, relevadas las cuencas de los lagos sumergidos, de los ríos, las fuentes y los arroyos sepultados debajo de la montaña, vuelvan a correr por los valles, las selvas y las llanuras, abriendo cauces nuevos, poblando el ambiente de rumores, de perfumes, de brisas ausentes por siglos, evocando generaciones muertas, de plantas y de aves ya olvidadas de los vivientes y perdidas hasta en la tradición más remota!

La estrecha gruta de toscas donde el cautivo pasara su mísera existencia, fué, en aquel ensueño magnífico, abierta por la presión de las corrientes desbordadas, y al rellenarse de nuevo el recinto de la contienda inmemorial, el vencido de entonces sintió reflejarse en su mente toda la épica grandeza de aquella noche, de modo tan infausto sellada por el genio de las maldades; y viendo ya realizada la santa profecía de Kúntur, hace siglos murmurada en su oído, se detuvo sobre una roca de la orilla y comenzó a entonar con ecos estentóreos, musicales, sublimes, el canto de su victoria, que un día soñara en la alucinación de su ideal revolucionario. Mas no resonaron solas sus voces en la bulliciosa y alborotada soledad de aquel mundo resucitado; porque reunidas al parecer por fuerza milagrosa todas las naciones batráqui-

das de la región, en los lagos, manantiales, ciénagas musgosas y bosques sombríos, respondieron en coro gigantesco, atronador, al himno de triunfo de la raza vilipendiada, del pueblo escarnecido, del soberano preso entre muros de piedra infranqueables; y al elevarse hacia las cumbres y más arriba de sus postreras agujas de nieve, iban proclamando por las regiones infinitas del azul:

—“¡Gloria a Dios en las alturas, y a Kúntur, genio protector, invencible, inmortal, heraldo majestuoso de su sabiduría y su potencia!”

PARTE SEGUNDA

HISTORIAS

UNA HISTORIA DE VIOLETAS

UNA HISTORIA DE VIOLETAS

A la señora Julia García de Vedia.

I

Hago un esfuerzo para apartarme de las positivas ocupaciones que embargan mi espíritu en la hora presente, y vuelvo por un instante la vista y el corazón hacia el pasado, me olvido del medio actual y de sus febriles sugerencias y vértigos, y como el devoto en el umbral del santuario, antes de penetrar en el dulcísimo refugio de los recuerdos, arrojó a la tierra todo lo mundano y lo falaz, y con la emoción profunda que los sitios sagrados despiertan, aspiro la primera ráfaga del perfume inmortal, el único que no dispersa y disipa el viento: el perfume del recuerdo de los tiempos felices.

Tan heroica acción me la inspira una bella y amable joven, hija de la ciudad de los templos majestuosos y de los huertos coloniales, la amada Córdoba de mi juventud y de mis primeros vuelos en la ciencia y en la vida, porque esa alma infantil, y por eso buena, se ha sentido dichosa al oírme recordar bellezas de la tierra de sus abuelos, y fueron sentidos sus deseos de que yo les diese la forma de un escrito, no para que viviesen más, sino por esa ilusión, también juvenil, de que lo escrito no se pierde en el vacío y en la nada. La juventud es hermosa y es querida porque sólo en ella caben esas ilusiones y esos sueños tras de los cuales nos desvivimos y por cuyos mandatos nos agitamos los hombres en perpetuo rodar sobre el planeta. ¡Y pensar que todo ese afán

y movimiento, que todo ese anhelo de grandeza, de gloria y de conquista, no tienen otro destino que el de convertirse en un recuerdo, semejante a la última nubecilla de humo del incendio que ha consumido la selva!

Era yo muy niño; mi padre me había dejado dentro de los claustros del antiguo Colegio de Monserrat, donde bajo la disciplina severa, pero amada, de mi primer rector, estudiaba mucho en las horas de trabajo, pensaba y soñaba más en las de reposo, y entre las melancolías de mi terruño abandonado y las fantasías nacidas bajo aquellas bóvedas eternas, pasábanse los seis días de labor, que yo ejecutaba con pasión, con fe y entonces, con un ardiente entusiasmo por la vida. Mis notas eran siempre buenas, porque estudiaba mucho y así, jamás se me privó del derecho de salir de paseo el domingo, pero derecho que no pude aprovechar sino después de algunos meses, cuando hice relaciones con colegiales de la ciudad, quienes viéndome solo, sin más hogar allí que el recinto vasto y resonante de la casa de estudios, invitáronme a salir con ellos, a conocer los sitios donde vagabundeaban y corrían, ya fuese por las márgenes del río torrentoso, cubierto por una techumbre solemne de sauces llorones, ya a las orillas del histórico lago Sobremonte, en cuyas aguas muertas, pero límpidas como el cristal, se retrataban quietos y majestuosos, también sauces gigantescos del siglo pasado, y nítido y sin variante el paisaje del cielo, azulando el fondo donde esas imágenes se reflejaban serenas, sonrientes, inmóviles.

Aquellos compañeros iniciaban mi espíritu en un mundo de sensaciones desconocidas; sentí que me hacían falta y los esperaba ansioso. Pero he de confesarlo todo: después que me revelaron el secreto, preferí salir sin su compañía: la soledad de aquellos sitios, el rumor del torrente que viene de la montaña vecina, la quietud del lago por cuyo fondo veía desfilar toda la fantasmagoría de un cielo siempre igual, pero desbordante de luz y de gracia, cruzado por nubes blancas y caprichosas en cortejos alegres, empezaron a absorberme, a esclavizarme, y luego, los domingos, bien con Dios y con mis

maestros, era yo una visita infaltable, una especie de accidente necesario de aquellos cuadros, de tal modo que en cualquiera copia del pasaje del río o del lago, habría aparecido mi personita solitaria y meditabunda, recostada sobre el musgo o en un asiento de cal y ladrillo tan antiguo quizás como los sauces, para que sirviese de punto de comparación a las demás cosas inanimadas, o representase allí en miniatura el consorcio de la naturaleza con el hombre.

II

Uno de esos días no pude escapar al compromiso de los compañeros; querían llevarme a otro sitio desconocido para mí, y hablábanme de cosas bellísimas, de un pueblecillo cercano, donde los huertos desbordaban en vegetación y los árboles de todas las fincas parecían de una misma heredad, por lo unido y espeso del bosque. Era San Vicente, encerrado entre dos eminencias del terreno, como jardín oculto de una ciudad de encantamientos y de magias, para que los moradores de los palacios misteriosos, de los templos y de las viviendas, fuesen a respirar el aire puro en las noches de luna, para no desvanecer el secreto de su vida sobrenatural; sus quintas eran entonces, en el tiempo de estas memorias, bosques de árboles corpulentos, alineados en hileras o agrupados a capricho dentro del vasto recinto de la heredad, y los muros que marcaban los linderos y limitaban el paso a los extraños, eran tupidos cercos de rosales de toda especie, que enseñaban cómo la naturaleza entiende separar el hogar de los hombres, y cómo cuando reinan entre ellos el amor y las sencillas virtudes, las fronteras más seguras son las de flores. Y allí las había en profusión, bordaban los cercados exteriores, se encaramaban sobre las tapias y dejábanse ver por encima de ellas, de trecho en trecho, como una banda de niñas enclaustradas que se divertiesen en asomar sus caras de rosas abiertas o de granadas en sazón. Los frutales en la estación de los brotes y la florescencia desplegaban, como preparados

para una fiesta, sus mantos multicolores sobre las ramas sin follaje, y presentaban todas las quintas reunidas, en conjunto, semejanza con una bandeja colosal llena de flores para todos los templos y las calles de la ciudad. No había necesidad entonces de quemar el incienso en los altares los días de grandes solemnidades religiosas, porque cuando los altos campanarios, que de lejos parecen un bosque de obeliscos y pirámides, empezaban a lanzar olas de armonía a todos los vientos en anuncio de la gloria del Eterno, o cuando a la oración recorría todo el valle el tañido solemne de la campana mayor, del fondo de aquellos huertos y jardines se levantaban nubes invisibles de aromas que iban a embalsamar el ambiente de la ciudad, cual si saliesen de las naves de las iglesias, o llegasen de región ignorada, donde lo estuviesen derramando sobre la tierra para hacerla sentir efluvios de divinidad en las horas de recogimiento y de plegaria.

Ya he dicho que era yo muy niño: los recuerdos se me aparecen con cierta vaguedad semejante a la que dejan los cuentos de hadas, respecto de los jardines maravillosos y los ornamentos de oro y piedras relucientes que esparcían los etéreos personajes por sus patios y avenidas; y así se me reproduce hoy en la mente la visión de una de aquellas moradas silenciosas que yo llamaba *la quinta de las violetas*, y donde desde aquel día no falté ningún domingo, mientras pude abandonar mi encierro. Los demás niños tenían en el pueblo sus familias y sus entretenimientos; eran dueños de la tierra; mientras yo, lejos de los míos, hallaba hielo en todas partes, y empezaba a invadirme el mal de la ausencia y a ponerme triste, amigo de las horas melancólicas y de los objetos que adulasen mi naciente enfermedad. Explícome ahora, después de un cuarto de siglo, por qué me sentí atraído por aquel paraje delicioso, donde tantas flores encantaban mis ojos y mis sentidos, y donde una acogida inesperada, por lo dulce y cariñosa, hicieron que mi corazón sintiese calor de hogar dentro de su recinto. Verdad es que aquella impresión conmovió hondamente mi ser, y casi la siento renovarse ante el recuerdo:

tan solo me encontraba en la vida, pensaba tantas tristezas y — ¿queréis que lo diga? — lloraba tanto en mis paseos por los alrededores de la ciudad los días de fiesta, que cuando los moradores de la quinta de las violetas tuvieron para mí palabras de bondad y caricias maternales, los bendecí en lo íntimo de mi alma, y una gratitud inmensa me ligó desde entonces a aquella casa.

Aquel día me detuve en la puerta del jardín; y mientras contemplaba maravillado las largas avenidas bordadas de violetas, una joven salió de las habitaciones, y con una tijera empezó a segarlas y a formar un ramillete que incitó mi codicia. Yo me mantenía apoyado por fuera en la puerta de reja. Dudé mucho rato si haría notar mi presencia, y más aún de insinuar mi vivo deseo de penetrar en la quinta y de llevar muchas flores para el colegio. ¡Oh, cómo las cuidaría sobre la mesita de mi celda! Las haría durar toda la semana, las ocultaría en las horas de clase, de la traviesa rapacidad de los otros niños, para que fuesen sólo mías, y cuando estuviesen marchitas las juntaría todas, y bien achataditas las enviaría a mi madre, que se había quedado llorando al verme partir, una tarde de otoño, mientras el sol en medio de un archipiélago de doradas nubes se ponía tras de mi montaña nativa. ¡Y cuántas cosas más pensé durante aquellos instantes, pegado como la hiedra a los maderos de la puerta, sintiendo a veces nublárseme las pupilas y anudárseme la garganta!... Era la primera vez que una vivienda casi rústica, pero más bella que un palacio por sus flores, sus árboles y la santa simplicidad de su aspecto, me traía a la memoria la casa paterna abandonada allá, tan lejos y por tantos años.

Resolví por fin el arduo problema: llamé con las manos, pero muy suave, muy tímidamente, para que sólo me oyese la joven, que parecía también, como yo, poseída de alguna vaga melancolía; su tarea de cortar las violetas se me figuraba más un pretexto para hablar con ellas a solas; mi voz y mi rostro debieron reflejar tan al vivo mis sentimientos, debía estar yo tan romántico en mis doce años, que provoqué en la

niña un sentimiento de simpatía tan espontáneo, tan efusivo, tan fraternal, que apenas pude dominar la sorpresa y el júbilo que transfiguraron en ese instante toda mi vida. No recuerdo lo que dije para explicar mi presencia y disimular el antojo de entrar; pero sí recuerdo que aquella joven adivinó cuánto sentía, no me dejó hablar una palabra y condújome— casi protegido por un abrazo cuyo dulce calor, porque era de madre y hermana para mí, aun siento que conforta mi corazón — hasta una de las habitaciones de la casa, donde debían mis impresiones recibir la última sacudida.

Sentada en un viejo sillón medio rústico, pero con toda la nobleza de una tradición de virtudes domésticas impresa en todos los objetos de la casa, hallábase una señora anciana cuyas facciones, a través de la inmensa distancia de veinticinco años, se me representan como esfumadas sobre una tela antigua, así como esas pinturas que después de siglos suelen encontrarse entre los altares de las grandes iglesias, apenas perceptibles, pero donde una boca o unos ojos que han resistido al tiempo dibujan todavía una sonrisa y revelan un poema de amor o de gracia. Sí; yo veo aquella imagen de mujer anciana, algo enjuta de cuerpo, y en su rostro marcadas con profundidad las líneas de la ternura y de la bondad del alma, con unos ojos serenos cual si esperasen una vida mejor, y una voz dulce como arrullo de paloma que abriga a los polluelos debajo de las alas. La recuerdo así porque ante la exquisita acogida que me hiciera se grabó su imagen en mi memoria con la impresión de la gratitud, que no se borra jamás en los corazones bien nacidos. La joven, su nieta, sin duda, condújome a su lado; le dijo que había ido a buscar violetas y que, viéndome solo y triste, me había creído huérfano, y añadió otras cosas que no recuerdo bien, pero cuya vaga reminiscencia me acaricia de lejos.

¡Ah, si yo pudiese reconstruir el diálogo que entre la venerable anciana y yo sostuvimos después! Puso una mano sobre uno de mis hombros y con la otra oprimió mi derecha, y entre tanto me preguntaba muchas cosas que iban interesán-

dome por ella, y haciéndome creer en que allí tal vez encontraría ese calor de hogar, esa atmósfera de familia que en vano se busca en tierra extraña y que me helaba a veces el corazón.

Yo le dije mi nombre, que era el de un niño desconocido, y los de mis padres dejados en provincia; le revelé, satisfaciendo su infantil y franca curiosidad que hermanaba nuestras almas, mis mejores proyectos para el porvenir, mis sueños dorados, mis afectos más queridos; y durante largos momentos, aquellos dos niños, la anciana y yo, estuvieron comunicándose confidencias que sellaron una amistad sólo interrumpida después por el tiempo, por las tempestades de una de esas vidas, y quién sabe si no por el olvido de la otra...

Luego, dirigiéndose a mi amable protectora, le pidió que me condujese a conocer la quinta, donde un sol benigno y declinante estimulaba a las plantas y a las flores a exhalar sus emanaciones perfumadas: — “Vayan a juntar violetas — fueron sus palabras — y que este caballero lleve muchas para que no se olvide de nosotras en su colegio”. Y mientras recorríamos los bordes tapizados con la planta de mi devoción, y arrancando de trecho en trecho manojitos de flores, que mi cariñosa guía echaba en su delantal bordado, apenas me atrevía a imitarla en la hermosa tarea, por timidez, y porque mil pensamientos e impresiones me agitaban.

Ella lo advirtió al instante, y empezó a darme bromas cual si tratase de consolarme y llenar ese vacío con que la ausencia y la soledad habían inundado mi ser. Entre tanto, con gentileza y ternura exquisitas me hablaba siempre sonriendo, y mirándome de tiempo en tiempo con miradas picarescas o cariñosas, iba llenando su delantal con las violetas arrojadas en él en desorden, hasta una cantidad que ya me parecía excesiva. Aquella joven, me imagino ahora, sentía una especie de embriaguez durante la tarea; y nada tendría de extraño, porque al arrancar esas flores impregnadas de intenso perfume que se comunicaba al ambiente, soñaba, hablaba como si delirase, como si deseara adormecer algún sentimiento oculto pero inquieto. Porque las violetas tienen esa

virtud terrible: evocan todo lo que ha muerto o ha pasado, y cuando nada se ha vivido aún, iluminan el porvenir, anticipan el tiempo y sugieren y revelan ensueños nunca entrevistos. Sí, ahora no puedo equivocarme: aquella joven que veo aún después de tantos años, recorriendo las callecitas del jardín de las violetas, inclinándose a cada momento para cortar y llenar con ellas su delantal bordado, soñaba, deliraba, evocaba algo que vivía sin formas en su fantasía, o desvanecido por una larga ausencia y una interminable expectativa.

El sol se iba, llevándose mi día más feliz de aquellos tiempos. Era ya hora de dar reposo a la faena de las flores, y luego mi amable compañera alzándose de pronto de junto al borde, abriendo con ambas manos su delantal repleto, me preguntó:

—¿Son bastantes? Ahora se las voy a amarrar y se las llevará todas, ¿eh?

Y esto diciendo, volvimos a la sala, donde la abuela con la misma ternura volvió a prodigarme cariños y obsequios. Mientras la niña, provista de tijera y de hilo, formaba el mazo de violetas, la viejecita me llenaba los bolsillos de confites fabricados en la casa, poniéndomelos ella con sus propias manos y acompañada la operación con palabras unguadas de una santa bondad. Todos esos regalos, me decían las dos, me obligaban a volver a visitarlas; el domingo siguiente crecerían más violetas, abrirían también muchas rosas, nardos y jazmines; no debía olvidarme de colocar algunas en el altar de la Virgen, en la capilla del colegio, para que me amparase en mis estudios, ella, la patrona de los hijos de Monserrat, nunca sorda a sus reclamos ni indiferente a sus aflicciones; a mi madre, cuando le mandase las que le estaban consagradas, no me olvidaría de decirle que allí tenía una amiga que de lejos la acompañaba en la pena de mi separación, que debía ser muy dolorosa; en fin, los votos con que me despidieron parecíanme nuevas flores agregadas al obsequio del día y a medida que me alejaba, resonaban sus voces en mis oídos, y anidando en el corazón, hacíanme sonreír y pensar en cosas bellas, soñar venturas, imaginarme un porvenir dichoso.

III

Vestido de gala quedó a la noche mi rinconcito del salón, donde al lado de la cama tenía una mesa de pino con algunos libros; sobre ella puse mis violetas, acomodadas para que durasen mucho y me hiciesen compañía mientras estudiaba, y me perfumasen el alma mientras con los ojos cerrados y las manos juntas sobre el pecho me entregaba a las fantasías, a los juegos de la imaginación, siempre en torno de la tierra ausente. No olvidé el encargo de mi vieja amiga para Nuestra Señora, la Virgen de Monserrat, que encerrada en la urna blanca con dorados casi consumidos por el tiempo, solía mostrarnos su cara sonriente y sus ojos dulces todas las noches cuando rezábamos a sus plantas, y las madrugadas cuando íbamos a pedirle su ayuda para las tareas del día; cumplí mi promesa, dejando entre los pliegues de su largo vestido de seda el ramito de mis flores. ¡Ah, cuánto debió sorprender la ofrenda a la solitaria imagen, destinada a pasar los años en aquella madriguera de demonios, sin que nunca se la adornase con ese cuidado femenino que embellece los altares y poetiza las materiales fórmulas del culto!

Nunca cosa alguna realizó de manera más perfecta el símbolo de una vida, como aquellas violetas custodiadas por mí con amor y aspiradas con deleite en las horas de abandono, cuando después de la campana de silencio y apagadas todas las luces y los ruidos, me quedaba realmente entregado a mi mismo, a merced de mis pensamientos, y empezaba a infiltrarse en mis venas, en mi corazón, en mi mente, ese frío de la soledad que invade al niño cuando necesita una caricia materna, una mano que acomode sus cabellos, unos labios amantes que pronunciando una bendición cierran sus párpados entre los vislumbres de un ensueño, porque sabe que ha de encontrarlos al despertar con la aurora, y esa mano y esos labios no existen, y el niño, entonces, sintiéndose aislado en un desierto, se encoge como aterido por el hielo, se estremece como

el gajo sacudido por viento borrascoso, y cubriéndose con las ropas de su lecho, deja correr sus lágrimas ocultas, silenciosas, abundantes, entre sollozos que se ahogan y gritos de desesperación que sólo retumban en el alma porque se dan en lo íntimo: es la primera batalla reñida con el dolor, el primer paso de hombre por el mundo y el primer desgarramiento.

Aquella noche ha de ser inolvidable en mi existencia: la recuerdo con todas las imágenes que pululaban en sus espacios iluminados únicamente por una luz fantástica, con las armonías vagas y errantes que cruzaban el ambiente de mis sueños, con las emociones que a cada instante, como empuje de volcán, me levantaban el pecho con las evocaciones de los sitios, escenas y personas queridas que al pie del Famatina se quedaron con lo mejor de mi infancia; la recuerdo más aun porque en ella sufrí una pesadilla horrible y tuve una visión espantosa: ví a mis padres ancianos marchando con paso tardío y penoso hacia la cima de una montaña cubierta de nieve, volviéndose de tiempo en tiempo a mirarme como diciéndome adiós, y cuando llegaron a la cumbre, los ví envueltos por un lampo rojo de sol poniente, contemplarme por última vez y desaparecer lentamente. Sentí entonces que tendía los brazos para detenerlos, grité con el estridor de un clarín guerrero, me lancé a la carrera hacia la cúspide para alcanzarlos, pero luego mi voz enronqueció, flaquearon mis piernas y mi cuerpo se desplomó sobre las rocas. La impresión de este sueño no pudo borrarse, porque al despertar no encontré a mi lado, para desvanecerlo, a esos seres amados que se iban para siempre; pero sí, cuando abrí los ojos y los busqué con la mirada por todas partes, encontré sobre mi mesita el mazo de violetas húmedas aun con el baño que yo les diera por la noche, y derramando en torno mío un ambiente delicioso que reconciliaba con la vida. —“Sí, es ella, — dije para mí; — es ella quien al partir me las ha enviado en recuerdo” — y me puse a soñar otra vez, ya despierto, con cosas reales y vivientes, y a traer a la memoria y a renovar la impresión que despertaran en mi alma los idilios del terruño nativo, las in-

formes personificaciones del amor, semejantes a neblinas fugitivas en la mente de los niños, las promesas inocentes de alguna Virginia de mi aldea, o las caricias de una Cloe de mis montañas.

Cumplí mi palabra, porque las flores me duraron toda la semana, y porque luego, cuando estuvieron marchitas y bien impregnadas de mi adoración y de mis besos, separé algunas y las puse en camino para mi pueblo, dentro de una de las primeras cartas que han salido de mi pluma, a mi madre, a esa mujer tímida y amante, sensible como una flor, y casi sin palabras, llorosa por el placer y por la pena, y susceptible de resentirse con sus hijos cuando parecían con ella indiferentes o fríos. Su imagen, que al través del tiempo y de la distancia se me aparecía en la noche durante el sueño como evocación de mundos mejores, se me representó aquella vez sentada bajo los árboles plantados por su mano misma enfrente de nuestra vivienda, abriendo mi carta, trémula y lacrimosa, y sintiéndose sin fuerza para leerla porque lloraba por todo sentimiento, llamando a mi hermana para que se la leyese “despacito, despacito”, porque no se le escapase nada, y cuando abrían la carta, ví caer sobre sus faldas las violetas mensajeras de mis soledades y viglias. ¿Qué decía esa carta, conductora de tan poético regalo? Era de desagravios y juramentos, de promesas y votos para el futuro, y sabía que al leerla mi padre sentiríase dichoso, y mi madre vertería sin recelos torrentes de su inagotable llanto.

¿Y para qué más confidencias, si sólo han de conmover mi propio corazón, y no han de interesar sino al que con ellas renueva sensaciones de una edad apenas vislumbrada tras de veinte años de distancia, y a los espíritus amigos que tantas veces han buscado en sucesos actuales la causa de melancolías y dolores que han nacido con nosotros, los hemos respirado en la primera ráfaga de aire y adquirido en los primeros pasos de la vida? Pero debo confesar que aquellas flores, las violetas de San Vicente, tuvieron sobre mi espíritu una influencia verdadera, dándole modalidades propias y matices indelebles.

Allí, bajo los claustros de Monserrat, donde tantos hombres ilustres han soñado y presentido grandes sucesos, empecé también a adquirir los que imagino fundamentales defectos de mi carácter: la creencia en los ideales y en el sentimiento como fuerza impulsiva del progreso en las ideas y en las instituciones positivas, y la inclinación cada vez más poderosa por encerrar mi vida en el más estrecho rincón del mundo, donde se llegase a olvidarme hasta ignorarse de mi existencia, y donde ella transcurriese como la de las violetas, perfumando el ambiente con el aroma de los sentimientos más puros por la patria y por el hombre, hasta el día, siempre feliz, en que fuese a alimentar las raíces de otras plantas y otras flores más opulentas, en el seno de la tierra donde, si alguien ha de escuchar y cumplir mis votos, ha de ir el puñado de tierra que me oculte mezclado con semillas de la flor humilde, para que nazcan después sobre los despojos del hombre que tanto las ama y que tanta gratitud les debe.

LA SELVA DE LOS REPTILES

LA SELVA DE LOS REPTILES

I

Pedro, el pastor montañés, era un hábil fabricante de flautas rústicas. Obligado a pasarse solo en los campos, entre los bosques tupidos de talas, biscos, algarrobos y garabatos, las horas eternas en pos de su rebaño sin otra compañía que su perro, se habituó a entretenerse con las melodías nativas, que brotaban de la caña al soplo de su aliento y por los ágiles movimientos de sus dedos.

Su amigo era de confiarle toda la majada durante largos espacios; sus ladridos frecuentes eran las señales convenidas para hacer saber el sitio y la distancia, y las novedades que pudieran ocurrir en los solitarios valles y en las espinosas laderas.

Verdad es que desde niño vivieron juntos, se alimentaron de la misma leche, que les daban en unos platos de barro, y empezaron a andar tras de las ovejas y a recorrer los más íntimos senderos de la tierra, así por las cumbres como en los arenales mullidos de los torrentes, más suaves y blandos que las alfombras de Esmirna.

Así, cuando llegaban a uno de esos lechos más brillantes y limpios, donde el sol se reflejaba como en superficie de diamantes, Pedro se revolcaba abrazado de su perro, que gruñía alegre y desbordante de gozo, no sin echar de rato en rato miradas muy serias hacia la falda musgosa y florida, donde el blanco rebaño desfloraba los pastos más tiernos.

No era extraño que se adivinasen los pensamientos, se co-

municasen a lo lejos sus señas y temores, y conversasen, el uno con sus ladridos policromáticos, el otro con silbidos o con gritos, o con la flauta de caña de las melodías rústicas.

Para ellos, la soledad de la montaña no era soledad. Aunque sabían que ninguna otra ánima viviente hubiese en muchas leguas a la redonda, eso nada les importaba: los valles se sucedían a los valles, separados por colinas superpuestas que reproducían al infinito, en tonos siempre diversos y cada vez más vagos y dulces, los ecos innumerables de la naturaleza, de la flauta, de los pájaros, del viento, de los arroyos.

Los ladridos del perro, agudos y penetrantes, duraban en su repercusión largo tiempo, y parecía como si unidos otros pastores les respondiesen de valles y montañas remotas, o les llamasen a mezclar sus ovejas, a combinar sus cuidados y a acompañarse en sus jornadas.

Por eso la soledad de las montañas no es soledad. Allí todo canto tiene su respuesta, todo grito tiene su eco, y todo estremecimiento se comunica y se difunde en ondas invisibles por toda la tierra.

Apacibles y sonrientes eran sus excursiones durante el otoño y la primavera. El invierno helaba el rocío en las hierbas y en las flores del campo, congelaba y detenía el curso de los torrentes, y los pobres pastores apenas podían soportar las horas de sol, cuando las nieblas condensadas no se empeñaban en esconderle por días y más días...

Ya tenían todos, en cambio, en los veranos, sol para embriagarse y para arderse junto con sus rebaños y sus praderas tapizadas de gramilla, verde y dorada como brote nuevo de hinojo, porque en esas comarcas andinas la naturaleza es exacta y sincera hasta la rigidez: la nieve, la escarcha y la neblina en el invierno, llamas e incendios en el estío. Busquen sus otoños y primaveras los que ansíen sus besos de amor y sus delirios de placer.

II

Sufren mucho los pastores cuando el sol estival caldea las rocas, quema los pastos, convierte en rescoldo las arenas y seca los manantiales. Y Pedro, el de las melodías rústicas, salido de mañana para volver con la puesta del sol, pasaba horas muy tristes, aquellas en que toda la vida de los valles, de los bosques y las colinas parecía consumirse entre las llamaradas de la siesta, y en que su rebaño rendido se acurrucaba debajo de los árboles y de las peñas, y en que su amigo inseparable se le acercaba anhelante y sofocado, con la lengua estirada, los ojos lacrimosos y suplicantes.

Entonces, si la soledad de la montaña no le parecía soledad, su tristeza y abatimiento se transmitían también a todos los objetos que antes le correspondieron con alegres ecos o resonancias armoniosas. Y su imaginación juvenil, excitada por la caricia perenne de la naturaleza, desfallecía, se agitaba, y como en delirios de fiebre soñaba las cosas más extraordinarias, y veía en los árboles, en las cimas distantes y en los espejismos del aire abrasado, imágenes rarísimas y muchos engendros sobrehumanos, diabólicos, amenazadores.

Sólo en esos momentos tenía miedo y deseaba que su amigo tuviese palabras. Pero contentábase con mirarle los ojos, leer en ellos la cariñosa expresión del amor fraternal, y volver a buscar en el horizonte, en los paisajes, en las ramas de la selva, las impresiones de la realidad conocida. Las reverberaciones de la atmósfera le difundían la mirada, le enturbiaban las ideas y le sumían de nuevo en la febriciente agitación de la asfixia.

Un día de esos más ardientes, condujo el rebaño a una garganta estrecha de la montaña, para que no faltasen las sombras y las ráfagas frescas; y antes del medio día ya las caídas de los cerros se bordaron con la majada dispersa, semejante a las del Líbano, de los Cánticos. Por el fondo del bajío murmuraba un torrente entre piedras enormes; árboles gigantescos

llenaban el plano, siguiendo la cortadura y aspirando a mirar con sus últimas hojas por encima de las cumbres; por el cielo giraban algunos cóndores impasibles y el sol de enero empezaba a poner en ebullición y en corrientes de fuego las ondas del aire.

Ya es la siesta, la siesta abrumadora y mortal. El pobre Pedro vino a guarecerse bajo el ramaje espeso y amplio de un tala antiguo, mientras sus corderos, refugiados en asilo seguro, no le inspiraban cuidado: vigilaban por ellos las madres y el perro leal, nunca dormido en su guardia. Si no hubiese tanto fuego en el aire, tanto pavor indefinible en el bosque solitario, tanto amago misterioso en las cuevas y en los nidos desiertos y en las grutas ignoradas, habría dormido el pastor tendido en la blanda arena. Pero las siestas son semejantes a la media noche, y en ellas aparecen los duendes rapaces, los insectos cautelosos, las visiones terribles de la sofocación y del silencio... Y luego, el cerebro de un adolescente es rico en repercusiones extrañas, en recuerdos y temores punzantes, de relatos y consejos oídos en las noches del fogón.

Pedro tuvo miedo de todo lo que le rodeaba; a pesar del calor intenso, una corriente helada crispó su piel curtida; miró en torno y con la idea de salvarse de ataques de fieras, demonios o brujas, se encaramó por el tronco del árbol corpulento, y a buena altura de la tierra se quedó sentado sobre un gajo enorme, cubierto por el ramaje espinoso.

Su perro, hermano de crianza y amigo de toda la vida, se hallaba en su puesto de servicio, y como un centinela, era sagrado, inviolable. Entonces habría creído que la soledad de la montaña era una soledad, si no hubiese recordado de súbito la flauta de caña, que asomaba en ese instante su boquilla modelada con cera silvestre, de uno de sus bolsillos. ¡Ah, no! la soledad de la montaña no es soledad, y los vagos y sutiles fantasmas de la siesta de enero, se desvanecerían como leve polvo en el aire candente, al eco de sus suaves y queridas canciones.

Cuando el sagrado y sepulcral silencio de aquella colo-

sal necrópolis de granito, arrullada por el acorde difuso de los mismos ruidos de la noche, fué sorprendida por las primeras modulaciones de la flauta campesina, hubo una sonrisa en el valle estrecho, y el mismo pastor, aterrorizado, no pudo contenerla en su rostro. Después acudieron una a una a su memoria, y fueron dispersándose por las infinitas sinuosidades de la montaña todas las melodías que recogiera en los valles, sin saber de quién, a punto de creerse que ellas brotaban con la flébil caña de los torrentes, y que éstos las traían de tierras lejanas y de tiempos olvidados; pero todo un mundo de memorias, de generaciones y de razas, gemía o soñaba en las melifluas notas de la flauta del pastor, mientras el sol transponía el breve espacio entre dos vecinas cumbres, caldeaba la tierra hasta las entrañas, removía el fondo de las cuevas y expulsaba a los golpes de sus dardos el mundo infecto y misterioso de los reptiles.

Y la flauta de caña y de cera seguía evocando en el silencio de la siesta solemne, todos los ecos adormecidos; sus dulces y quejumbrosas confidencias, surgiendo del tupido ramaje que ocultaba al artista, parecían moduladas por el genio invisible de las selvas, por esa alma errante de las montañas, nunca revelada en la forma, pero sí en las vibraciones armoniosas del espacio, en los cantos de las aves y en las melodías que los pastores ejecutan en la flauta campestre, sin saber quién se las enseñó jamás...

Medio adormecido por la somnolencia de la atmósfera, por el arrobamiento de su música y por un vago temor no dominado del todo, Pedro no abría los ojos, y así se hallaba más confiado y tranquilo. Pero era forzoso reposar; y cuando de pronto cesaron el canto y la embriaguez de las rústicas melodías, y como sorprendidas en su embelesado sueño, tres serpientes enormes, de piel abigarrada y caprichosa y de miradas fascinadoras, se agitaron en contorsiones violentas de fuga sobre la cabeza del pastor-artista, le rodeaban con sus anillos elásticos y lucientes y se deslizaban en espirales hacia el tronco rugoso y áspero del árbol que le servía de refugio...

Fué el espanto de la repentina visión tan horrendo, que el pobre niño lanzó un grito desgarrador, estridente, que hizo estremecer mil y mil veces los cerros, las faldas, las cimas incommovibles; puso en alarma los nidos, las grutas, el rebaño y las manadas de guanacos errantes que le respondieron con agudos relinchos; y en las ramas del árbol, no hallando salida inmediata, se atropellaban y enroscaban en confusión ante los ojos extraviados del pastor centenares de víboras y lagartos, que en la prisa del terror se acometían entre sí, despedían chispas de sangre las pupilas rencorosas, se agitaban y hacían rechinar colmillos de marfil finísimo, se arrojaban al suelo formando nudos indisolubles; y por todas partes la arena se movía cual si cada uno de sus granos innumerables cobrase vida y ondulaciones de reptil, en generación espontánea y maravillosa. Las hojas, los tallos, las plantas parásitas de racimos rojos, los nidos ocultos, adquirirían en la pupila espantada de Pedro las curvas inquietas de la víbora, y se coloreaban con sus tintas inimitables, que a él le parecían de luces y de fuego.

El terror llegó a su colmo, al ver que amenazaban aprisionarle en sus sortijas escamosas; clavarse en sus carnes los garfios de marfil y las dobles filas de sus lenguas de grana, agitadas con furia incesante entre las fauces abiertas; entrelazarse y morderse las colas huecas o agudas de los cascabeles, y las culebras, irritadas de su propia ponzoña, hincar los dientes húmedos en la vieja corteza del árbol, o desgarrarse su misma carne en festín suicida y delirante...

Al horrible grito del espanto respondió el perro fiel con un doloroso aullido que sembró el pánico en el dormido rebaño, y cuando el pobre animal se acercó al amigo infeliz, éste tuvo la resolución suprema de dar un salto hacia la tierra y emprender carrera desesperada para salvar de la persecución de los reptiles, que él sentía tras de sus pasos chirriar, silbar, zumbiar en sus oídos, horadar su cuello con las puntas de sus lancetas mortíferas, rozar su piel con la piel fría y espeluznante. De trecho en trecho volvía azorado la cara, atraído por el mismo horror de las visiones, y veía a los reptiles arrastrán-

dose veloces en multitud famélica y chispeante, cual si luchasen por alcanzar la presa fugaz, para devorarla, para encenagarse en su sangre joven.

Despavorido el pobre pastor se despojaba de su sombrero, de su manta, de sus ropas para arrojarlas a la voracidad y aidez del diabólico enjambre de sus perseguidores, y mientras éstos en montón informe y jadeante se detenían ciegos de furor sobre la ardiente arena del campo a acribillarlas, a desmenuzarlas y a convertirlas en hilachas imperceptibles, el niño infeliz avanzaba largo espacio en su fuga enceguecida, sin que fuesen capaces de darle alcance, ni el perro amigo que llorando le seguía, ni la nube de polvo que el rebaño asustado levantaba huyendo hacia los establos...

III

Refieren las gentes de la aldea montañesa que esa tarde, poco después de medio día, divisaron hacia el paraje donde el pastor condujera por la mañana el rebaño, un gran remolino de polvo que corría en dirección de la casa por el camino polvoroso del valle; y pronto distinguieron, entre el asombro y la pena más honda, a Pedro, el pastor, venir en fuga desesperada y ciega, dando gritos de espanto, con la faz descompuesta, las pupilas dilatadas y las desnudas carnes chorreando sangre, seguido de cerca por su perro que lloraba sin cesar, y más allá por todo el rebaño presa del más extraño terror.

Creían todos que el pobre muchacho hubiese sido víctima de alguna visión maligna; que el Diablo se le hubiera aparecido en la soledad de la siesta, semejante a la media noche por sus rumores y fantasmas; y los más expertos del lugar pensaron en algo más verosímil, en la presencia de alguna fiera, un león, un tigre cebados, que hubiesen llevado su ataque sobre el rebaño dormido. Pero las exclamaciones angustiadas e intermitentes de Pedro no les permitieron dudar por más tiempo: cuando le sobrevenía la fiebre del espanto, se estremecía

entero, se acurrucaba en un rincón del rancho o entre las jergas de su cama,

*tutto smarito dalla grande angoscia
ch'egli ha sofferta, e guardando sospira,*

murmurando trémulo y con los ojos extraviados:

—¡Ay, ay! ¡las víboras, las víboras! — y entre los gimo-teos del perro y un sopor profundo, se dormía agitado por horribles pesadillas.

Algún tiempo después, si la crisis material había desaparecido, nunca volvió a asomar en sus serenos ojos y en su semblante ingenuo, ese resplandor vivo de la inteligencia que los ilumina y les da un lenguaje. Quedaron sus pupilas selladas para siempre con una vaga expresión de espanto, y cuando los favores de la caridad o los relámpagos fugaces de su memoria le hacían sonreír, eran las suyas unas sonrisas tan rápidas, que luego la contracción de su rostro causaba más tristeza y dolor.

Pero nunca se le apartaron, hasta la muerte, dos amigos suyos, muy suyos: la flauta de caña y de cera silvestre, y el perro leal que se alimentara con él en un mismo plato. Y así, los vecinos del lugar no se inquietaban de sus vagabundajes y ausencias por los campos, los lechos arenosos de las corrientes, las faldas alegres y decoradas de los cerros, los bosques centenarios de algarrobales, retamas, breas y aromas, porque le sabían bien defendido y guiado por el más amoroso de los guardianes, quien al ponerse el sol detrás de las lejanas cimas del ocaso, le volvería a la casa conduciéndole de una punta del poncho, y con caricias llorosas que eran un mundo de amor.

Tampoco entonces la soledad de las montañas era para el pobre loco una soledad, porque las melodías intermitentes y extrañas de la flauta rústica, errantes por todas las selvas, las quebradas, las colinas y los valles, iban despertando, a su paso incierto y caprichoso, las innumerables canciones de los nidos, las grietas y los peñascos, cual si fuesen por doquiera llamando la razón perdida del artista montañés, que acaso se

refugiara en algún nido desierto, o en el fondo misterioso de ignorada gruta, de donde sólo surge la gota de agua interminable, sonora, transparente como lágrima...

Deben tener los crepúsculos otoñales una virtud suprema sobre las almas sin luz y sin esperanza, porque en esas horas, cuando el sol, de oro puro, se difunde, irradia y transfigura todas las cimas, el pastor seguido de su perro, iba a sentarse sobre una alta roca, con vista dilatada hacia el poniente; y allí, mientras se realizaba la mutación maravillosa de la luz en las nubes o en los cielos abiertos, abrazaba el cuello del amigo triste y dejaba brotar de su flauta, en desorden y continuidad, con alegría y dolor confundidos, todas las melodías que antes aprendiera sin saber de quién, tal vez de los mismos torrentes a cuyo borde crecieron los cañaverales. La última vislumbre del día, del color del hierro candente que se apaga sobre el yunque, reflejándose en la pupila del pastor con vivo reflejo, porque ella le enviaba un adiós intraducible en una gota de agua, cálida y silenciosa que caía sobre la piedra...

Por mucho tiempo, en aquella región de la montaña andina, vagaron sin rumbos y sin enojos los dos amigos que un tiempo fueron pastores; la flauta de caña oíase por todas partes, como si una multitud de notas, huídas de su dueño, buscasen entre los manantiales, las ramas o las rocas el seno armonioso de donde brotaran; los zorzales y las calandrias les contestaban y les hacían acordes; y por último, fueron a enriquecer la infinita variedad de los cantos, las armonías y los lamentos que adormecen las noches, sonríen las auroras, aturden los días y bañan de melancolía las puestas de sol.

Si el viajero preguntaba a las gentes de la aldea por el secreto de aquellas dos existencias tan extrañas como atractivas, respondían con tristeza:

—Ese loco fué un pastor; un día, a la siesta, se puso a tocar la flauta en la *Selva de los reptiles*, y las víboras, las culebras y los lagartos que allí habitan, salieron de sus cuevas y lo persiguieron para devorarlo... Desde entonces anda así, por los campos...

LA MAESTRA DE PALOTES

LA MAESTRA DE PALOTES

“...the hamlet of Nonogasta, where, in cosequence of the facilities for irrigation, vegetation once more improves. Here the first object which catches the eye of the traveller, if he arrives in due season, as I did, is a brilliant hedge of roses 15 feet in height and 250 yards in length. This hedge, which bounds a vineyard, and the road forming the southern entrance of the hamlet, is covered, with a profusion of magnificent flowers like the large common garden rose, and forms a charming object...”
(*On the Province of La Rioja, in South America, to accompany a Map.* By J. O. FRENCH, Esq. 1826-1828. *The Journal of the Royal Geographical Society of London*, V. IX, 1839).

Podía haber bautizado estas memorias que voy a contar, con el título más poético de “el cerco de rosas”, para estar de acuerdo en todo con el caballero inglés cuya relación, exhumada en pacientes excavaciones bibliográficas, ha venido a recordarme uno de los episodios que más honda impresión dejaran en mi mente, localizado en una residencia deliciosa que se defendía tras de aquel “muro cubierto de magníficas flores, iguales a las grandes rosas comunes, formando un encantador objeto...”.

Mas hay algo que se levanta en el vago cielo azul de mi infancia, con relieve luminoso y sonriente, por encima de aquel deslumbrante cerco de rosas que borda la calle por donde los viajeros entran en mi aldea nativa: es Augusta, un alma serena y bondadosa, cuyas caricias maternas y enseñanzas rudimen-

tarias prestan gracia y unción, a través de treinta años, a las palabras que van a referirlas.

Revueltos, intranquilos, sobresaltados eran aquellos días. Adheridos a las soldadescas criollas algunos bandidos extranjeros, armados de generales por la osadía y la crueldad, recorrían los valles y las llanuras sembrando el espanto, la desolación y el oprobio, al estrépito salvaje de las turbas ebrias de sangre, de rapiña y de brutalidades sin nombre. Pero mis recuerdos nada saben de historia, ni por qué cierto día todos los niños cultos de la señorial aldea, nos hallamos reunidos en una sola casa, bajo el gobierno amoroso de aquella mujer providencial.

Era que se esperaba una horda que acababa de vencer, en batalla desigual, a los desgraciados defensores de la civilización, y en la cual formaban todos los dueños aristocráticos y feudales del poético pueblecillo de las rosas y los viñedos trepadores y fecundos. Imitando la estrategia de sus cultivos, formaron una muralla de hombres contra un torrente de bárbaros; pero las aguas despeñadas arrasan los improvisados diques, y la ruina se esparce sobre los campos.

Oíanse los ecos de la sangrienta e injusta victoria, los alaridos y blasfemias de los vencedores transmitidos por la resonancia de la montaña, y veíanse desde lo alto de los olivos y los naranjos, las nubes de polvo levantadas por las tropas, y las manchas rojas distantes de las blusas y gorros de bayeta.

—¡Han triunfado los montoneros de Felipe Varela, y se vienen a acampar en Nonogasta! — fué el parte del vigía avanzado que las familias enviaran, por conocer la suerte de sus padres, hijos y servidumbre; él significaba la amenaza terrible contra las vidas, y los respetos y los bienes seculares. ¡Y aquellas venerables viviendas se vieron durante cuatro décadas asediadas y perseguidas, como tesoros de guerra, por esas hordas sin otra disciplina que la lanza o el sable de sus propios jefes!...

*

Mas ¿a qué traigo yo estas tristezas, cuando quiero contar cosas amables y tranquilas? Es que en el transcurso de una de esas campañas de nuestros padres contra la montonera invasora, están fijos con líneas más claras los incidentes de esta confianza; por eso nos hallábamos reunidos en la quinta encantada de las rosas y los viñedos, los niños cultos de la aldea señorial.

Por encima de la cerca que álamos altísimos alineaban y los rosales tupidos hacían impenetrables, asomaban las obscuras copas repletas de savia, y en primavera desbordantes de azahar, los naranjos añosos de la huerta; y los sarmientos del parrón elegido, incontenibles en los encastrados, subían enroscándose como culebras sin fin, hasta los vértices de los gallardos álamos. Y luego, pasada la fiesta del Niño-Dios — para quien eran las primicias de los racimos, apenas salvados de nuestra rapacidad, y cuyas uvas, negras y transparentes, se asemejaban a las pupilas de nuestras compañeras — desplegarían todas las plantas su vigor y madurez, y como colgaduras de una fiesta regia, las parras atrevidas y los rosales robustos extenderían sobre sus altos ramajes la pompa multicolor, perfumada y deslumbrante de su fecundidad.

Apenas, sólo a fuerza de bondades y cariños, conseguía la maestra honoraria mantenernos sujetos al deber, sentados en torno de la mesa del comedor. Cada uno con su cuaderno y su lapicero, con los dedos rebeldes, indisciplinados y untados de tinta de puro torpes, trabajábamos con la menor atención posible, no obstante la severa vigilancia de la preceptora y sus amenazas espantosas para unos estómagos como los nuestros, y para las ansias de libertad que nos comunicaba el aire, repleto de aromas nuevos, de rumores renacientes, de cantos y aleteos universales.

Afuera, los cisnes salían en bandadas del estanque, dando gritos de alarma que repercutían y contagiaban a todos los pájaros de las viñas y sembrados vecinos; y sin presentir peligros como los del Capitolio, nos electrizaban y nos conmovían en nuestros asientos. Más de un lápiz soltado de pronto

rodó sobre la pizarra, y más de un garabato imprevisto trazó en el papel la representación gráfica del impulso interior contenido, por salvar de un salto el umbral y correr como los cisnes, dando gritos de júbilo por las arenosas calles bordadas de rosas y de sauces.

Fué en aquella casa donde aprendí los primeros rudimentos de la escritura. No sé hoy — lo digo con el alma — si es de alegría o de dolor la impresión de este recuerdo, pero sé que allí estuvo el génesis de este mal incurable, entre cuyas consecuencias debo contar estas mismas páginas.

Yo hacía palotes; mi mano indómita rechazaba toda posición escolar; tan pronto los amontonaba como una araña entumecida, en la punta del lápiz, tan pronto los alargaba sin concierto hasta hacer imposible todo trazo; y esta resistencia primitiva y salvaje que ojalá nunca hubiese vencido mi maestra, fué razón para que ella no se apartase de mi lado, hasta conseguir que empuñase en forma correcta el funesto buril que graba los devaneos y las vanidades de nuestro pensamiento. Ella, — la contemplo ahora como a través de un tul sonrosado, — trazó con admirable perfección los palotes de muestra, tan rectos, tan iguales y equidistantes, que debió parecerme empeño inútil la copia, porque yo tuve un impulso de rebeldía suprema que hubo de sofocar la preceptora con un imperio, y acaso con un *quos ego*, más supremos que mi resistencia.

Entre gimoteos de vencido; entre visiones deleitables tras las puertas del escaparate bien provisto; entre las esperanzas de la próxima excursión colectiva por los parrales, nidos de pájaros y uvas pintonas, semejantes a los ojos de mis primas, recuerdo que salieron los primeros palotes, quizá lo mejor, lo más artístico, lo más feliz que mi pluma, hoy gastada, haya producido jamás. Cierto es que no podían aspirar, ni siquiera de lejos, a una comparación con su atildado modelo; pero también lo es que yo hice una gran cantidad, de todas dimensiones: ya los agrupaba y enredaba entre sí como gusanillos inquietos, ya los separaba en colonias más o menos abun-

dantes y antagónicas con sus compañeras; y lo más cierto de todo es que cuando se llenó la plana, y antes que yo hiciese ademán de presentarla, oí resonar junto a mí, como un arpegio desconocido, la carcajada más armoniosa y franca nacida de un corazón de oro puro, como era el de la maestra; pero su timbre era cariñoso y simpático, y entre corrido y satisfecho, sin esperar la licencia, arrojé la *escritura* sobre la mesa, dí un solo brinco en la silla, y no pararon mis pies hasta el último rincón de la huerta.

¿Cuánto tiempo transcurrió en tan deliciosa vida? No lo sé. Sólo resucita en mi memoria el cuadro medio cubierto por brumas matinales, y en su centro, amorosa y solícita como la dulce Carlota de Goethe congregando sus pichones a la hora del alimento, sonrío entre los niños la imagen apacible de Augusta. Si fuese pintor representaría en la tela un cielo de azul y de rosa, muchos árboles llenos de pájaros cantores y cubiertos de pasionarias simbólicas y de racimos, y por ahí, bajo los parrones sombríos y fecundos, o por las calles de naranjos bordadas de jazmines, dalias, claveles, camelias y rosas, y más rosas, de variedades, colores y matices innumerables, la amiga adorada de los niños, cortando para ellos los mejores frutos, llenándoles los rostros de caricias y las manos de dulces de su inagotable alacena, provista de su propia fabricación...

*

Estrépito infernal, sólo comparable con el que hiciera una horda de indios salvajes entrando en son de exterminio, turbó un día, de pronto, la apacible sucesión de escenas de aquel idilio delicioso. Una nube de polvo, espesa y extendida a lo largo del camino que desciende de la montaña al valle, divisada por los hombres de la finca, anunció la catástrofe. Los rostros sonrientes de las señoras, la tranquila confianza de las gentes de servicio, se cambiaron en un instante por la expresión del miedo y de una exquisita prudencia: todos hablaban bajo y marchaban como a escondidas, cual si temiesen ser descubiertos por la voz o por los pasos, de algún oculto genio maléfico.

Recuerdo muy bien esta mutación trágica, porque me impresionó hasta lo más hondo de mi ser. Sólo mi maestra de palotes mantuvo su bondadosa sonrisa para todos los niños, y parecía asombrada de que se creyese en amenazas de los hombres contra los hombres. Después hizo de nosotros un grupo, nos condujo con sus suaves e inalterables caricias hacia la huerta y nos ordenó estar quietos bajo un espeso bosque, donde se entrelazaban en denso tejido los rosales, los juncos, los membrillos y los sarmientos, cuyas curvas en todas partes se presentaban.

Allí se encontraban ocultas, en silencio, trémulos los labios del temor y de los rezos, otras pobres madres con sus niñas, que eran su único tesoro, y por eso las ocultaban de los bárbaros invasores. ¡Qué cambio tan horrible en todas las cosas, en el mundo interior de los corazones y en el panorama externo y desbordante de colorido de la naturaleza! Se estremecía y callaba todo lo que hace poco era regocijos y cantos. El sueño fantástico y gracioso de los niños era cortado por la brusca sacudida de una mano torpe. ¡Qué lástima y qué contrastes tan feos al repentino despertar!

No tardamos en escuchar estridores de clarines, que groseramente profanaban las dianas de victoria; llegaban en confusión gritos destemplados y tropeles múltiples de caballerías en desorden; y pronto, por encima del cerco de rosas, vimos asomar las puntas de las lanzas, adornadas con banderolas de sangre, marchando por la calle única del pueblo, bordada de viñas y alamedas... ¡Y aquellas puntas de hierro se habían manchado, acaso, en sangre para nosotros querida, mientras los cuerpos heridos o exánimes yacerían entre los arbustos, las piedras o las zanjas del campo de batalla!

Un toque de clarín y estrépito de sables y herraduras resonaron en el patio mismo de la casa que nos asilaba: la impresión del terror fué semejante a la perspectiva de la muerte y el vilipendio, para el grupo doloroso y azorado de las pobres mujeres, a quienes se podía repetir las eternas palabras

del Maestro: “Llorad por vosotras y por vuestros hijos”. Luego, alguien trajo la noticia:

—Han entrado los montoneros. El comandante Varela con su escolta se aloja aquí en casa, hasta mañana. Parece que no peligran nuestras vidas, porque así se lo ha prometido a la señora vieja.

¡Era toda la magnanimidad del insigne bandido, lanzado de su tierra propia para ensangrentar la ajena! Y ante esta seguridad, nosotros por lo menos, ya no pudimos resistir el encierro, sin ver ese aparato marcial y conocer de cerca al hombre que, para nuestra imaginación, era como los gigantes de los cuentos. Guardo apenas una memoria medio borrada, nebulosa, de aquel agitado y tremendo día; y de que mi maestra, llevándome protegido por sus brazos, se acercó al corredor y saludó al jefe, que en ese instante podía disponer de todas las vidas y haciendas. Y como yo me escondiese entre las faldas y me encogiese de miedo, advirtió mi presencia, y puso en mi cara su mano rugosa y ennegrecida en la campaña:

—No tenga miedo, amigo, venga; luego nos vamos juntos, ¿eh?

Y como yo, casi magnetizado, no quitase los ojos de los suyos, brillantes y pequeños, y me atrajeran sus prominentes facciones y su gran bigote — de los que allí se comparan con las *astas del diablo* — creyó el sanguinario invasor que debía hacerme mayores agasajos, y alzándome sobre sus rodillas, me habló varias cosas entre las cuales sólo recuerdo que me dijo: “¿Quiere irse conmigo?” Y como yo hiciera fuerza para escapar de la prisión, y él en vano pretendiera cautivarme con sus palabras y ofrecimientos, a mi preceptora se le ocurrió auxiliarme en la difícil empresa. Le contó mis travesuras, le habló de mi glotonería, y por último, se fué corriendo a traerle mi plana de palotes!

¡Oh, santa mujer! Por tales artes procuraba alejar en aquel hombre tan temible y odioso, la cólera o la sed de venganza que imaginaba ya pronta a estallar sobre nuestras cabe-

zas, mientras que en mil escondrijos se helaban de horror las viudas o los huérfanos de sus víctimas, inmoladas por las lanzas, las bayonetas y los sables de sus tropas, ebrias de sangre y de vino. Y aquella victoria fué horrenda, porque ninguna como esa costó vidas más amadas ni presencié mayores crueldades y horrores. Quiero olvidar lo que después supe de ella por la historia y la tradición de los testigos, y velarlo todo con la espesa neblina que enturbia mis propios recuerdos de infancia.

Un viento del desierto, de los que pasan para no volver jamás, arrancó la tela luminosa en que se hallaran descriptas sus escenas, cuadros e imágenes adorables, que hoy después de treinta años reaparecen al poder de la evocación, desvanecidos, difusos, y como salvados de entre los huesos de un sepulcro.

Y volví entonces a la aldea nativa, por la calle única de árboles entretejidos con el rosal añoso que al viajero inglés sorprendiera por su pompa y magnificencia. Recuerdos de su lozana juventud quedaban todavía; retoños diez veces renovados me ofrecían sus flores inmortales; nidos y cantos nuevos respondieron a los silenciosos latidos de mi corazón atravesado de hondas cicatrices, y cuando entré en la querida vivienda que nos asilara en los días sangrientos que quiero olvidar, oí el bullicio arrobador de otra naciente generación de niños y de pájaros que salían a recibirme. Y como la madre y gentil castellana, señora de la heredad, notase en mis nubladas pupilas una lágrima empeñada en regar el umbral de su santuario, me condujo al comedor, y señalando con gracia exquisita un sitio de la gran mesa, me dijo:

—Ven, siéntate aquí, donde Augusta te enseñó los primeros palotes.

AMISTAD DE ARTISTA

AMISTAD DE ARTISTA

En el mes de diciembre se contiene el aniversario de la primera desilusión de mi vida. Hace un cuarto de siglo en que mi corazón sintió el vacío de una amistad muerta apenas acariciada, hacia uno de esos seres nacidos para la eterna peregrinación, que hoy asientan el vuelo en un paraje, y mañana la ráfaga de viento los arranca sin piedad, a veces dejando adheridos a los árboles fibras despedazadas y sangrientas.

Me causa cierto rubor el confesar que ese amigo perdido para siempre era... era un artista, pero un artista de circo, de circo ambulante en lejanas provincias interiores. No obstante, los que tienen el privilegio de despertar tan intensas emociones con los prodigios de su fuerza adiestrada, desafiando a cada instante la muerte con heroísmo incomparable, porque luchan con el vacío, por un ideal recóndito que les hace olvidar al rumor de un aplauso la ley terrible de la existencia, esos tienen tanto derecho a la admiración de los demás como los otros, los autores de lienzos soberbios, de poemas inaccesibles, o de batallas reñidas sobre campos envueltos en humo rojizo.

Pero dejemos lo trágico para el final, como exige una antigua regla literaria, y asistamos a un espectáculo adorable: el de un pueblo sencillo, aislado casi del resto del país inmenso, pero reclinado con abandono de príncipe indolente en la falda nevada del Famatina que se dispone a asistir a la primera función de la compañía de acróbatas, recién llegada a través de desiertos, de montañas y de llanos.

Ya por la tarde, durante el prolongado y sereno crepúsculo de la región, recorrieron las calles más pobladas del vecin-

dario los principales actores, montados sobre un carro vestido y engalanado con telas vistosísimas, donde el rojo, el azul, el amarillo, tachonados de lentejuelas y bordados de esmaltes, daban al pueblo la buena nueva más alegre y deslumbradora de que se guardase recuerdo.

Lucían los artistas a la plena luz del sol los trajes de punto, de igual colorido y relumbrón que todo el equipaje; y al verlos así, casi desnudos y con sus líneas atléticas y robustas formas, recorrer la Vía Apia de aquella Roma casi primitiva, única empedrada por milagro de algún gobierno progresista, arrancaban a los vecinos arrimados a las puertas las más raras exclamaciones, y conducían tras sus huellas un enjambre de muchachos alborotados como avispa, y que de rato en rato dispersaba con arremetidas de caballero andante, sobre un burro enjaezado y pintado a brochazos de añil y grana, el payaso de la celebrada compañía.

—¡A ver, sabandijas! — gritaba, encarándose con ellos hasta ponerlos en rápida fuga, mas para atraerlos de nuevo con alguna mueca, en la cual había más cariño que ganas de reñir con esa turbamulta escurridiza y aturdidora, que tan pronto se desparramaba, como volvía a amontonarse tras él como anunciador del estreno.

Nunca el valle había repetido rumores más alegres. La música, de apenas cuatro instrumentos, con el bombo y platillos irremplazables, por lo mucho que ellos reemplazan, repercutía en aquellos ámbitos con ecos infinitos, a los cuales iban a agregarse para comunicarles mayor encanto e intensidad, los de la gritería de los niños que el payaso se encargaba de hacer chillar cada vez más con provocaciones y burlas.

Llamó vivamente la atención de los mozos del pueblo la “dama” de la *troupe*. Era una morocha meridional de cabellera abundante y suelta con ondulaciones suaves y reflejos del ungüento aromático empleado para disciplinarla; con unos ojos negros, profundos y melancólicos en cuyo fondo había una vaga expresión de majestad y ensueño que despertaba

en los pacíficos moradores de la villa irresistibles anhelos de contemplarla ya en toda la esplendidez de su reino artístico.

*

Aquellas horas transcurridas desde el anuncio del espectáculo no acababan de pasar jamás. Si en todas las familias ocurrió lo que en la nuestra, es seguro que en ninguna se pudo poner orden en la mesa; ni se hizo caso a ninguna reprensión ni amenaza paterna, y cada golpe de bombo con que desde el circo se advertía la aproximación del instante supremo, repercutía en los corazones infantiles como en una caja acústica.

En fin, ya no se puede resistir más. La noche ha cerrado después de un fastidioso, de un eterno crepúsculo, pues ni aún a la belleza le es permitido abusar de su presencia ante personas impacientes, y la pequeña caravana se encamina guiada por el padre benévolo, que no puede contener su gozo al conducir a la gloria tantas almas.

Al paso por la calle real, encontramos otros grupos de niños y de muchachos del pueblo, con quienes nos tuteamos en la escuela y en las andanzas por todas partes, y con cierto orgullo les preguntamos:

—¿Ustedes también van a las pruebas?

—Sí; nosotros tenemos sillas aparte.

—Nosotros palco.

—De arriba del tablado se ve mucho mejor.

—Nosotros no necesitamos entrada — dicen otros menos aristócratas — porque de la tapia de casa se divisa y se oye todo lo del circo.

—Pero no es lo mismo...

Y el bullicio continúa hasta la puerta, donde a pesar de todos los esfuerzos por tener calma y moderación, las personas más distinguidas no pueden contenerse y llegan a producir aglomeraciones y apreturas de ciudad populosa, hasta hacer temer por los niños llevados de la mano para que no se extravíen.

Cuando entramos y nos vimos instalados dentro de un corralito de cuatro palos donde estaban las sillas enviadas por la tarde, desde casa, como todos los demás vecinos acomodados, sentí — y aquí empezaré a singularizarme — cual si poseyese en ese instante todas las grandezas del mundo, una oleada de vanidad invadirme el corazón e hinchármelo como a la rana del cuento.

No se borrará nunca de mi recuerdo aquel cuadro del circo de aldea, levantado como la tienda del árabe, por la pobre compañía errante a través de desiertos inauditos; y hoy, después de un cuarto de siglo, lo contemplo envuelto en la vislumbre de centenares de candiles de barro y sebo, productos casi espontáneos de la alfarería indígena, y en la humareda que las mismas luminarias despedían en su penosa faena de combustión.

En el fondo, rodeada de un cerco de madera como el de nuestro palco, la banda de música ejecutaba, a título de sinfonía, una zamacueca célebre en la historia local, adornada con curiosas variaciones que en los bailes se suprimían por inútiles, pero que en las audiciones públicas concurrían a dar a ese gracioso aire argentino todas las solemnes apariencias de un trozo de ópera.

Pero lo malo era que en lo mejor de extasiarnos en las novedosas escalas y arabescos del clarinete y el pistón, solía asomar el payaso por entre las roturas de la lona, para remedar con espeluznantes cacareos las pifias de los veteranos instrumentos de tantas alegrías populares y domésticas, o los fáciles y retumbantes *acordes* del bombo, al que siempre comparaba con un vientre opíparo...

Y luego repetía el programa oral de la tarde; y sin más demora, comenzaba la compañía a hacer desfilar ante nuestros ojos maravillados, los prodigios de su fuerza, la maestría de algunos caballos, la elasticidad de los cuerpos y el valor realmente sublime de los artistas de resistencia. Estos eran los que daban los saltos mortales, caminaban sobre cuerdas a grande altura, fuera casi del alcance de los candiles indígenas, se

colgaban por la punta de los pies de alguna argolla invisible, para causar la sensación de una suspensión aérea o de una caída y muerte inminentes; para lo cual, después de una agitada y solemne expectativa, lanzaban un grito de angustia y prevención a un tiempo:

—¡Páyacitoo! — y al abandonar el cuerpo al vacío, crugían las cuerdas y palos de las maromas, y el toldo remendado, al sacudirse también como al empuje del viento, ahogaba el grito de la concurrencia, que era de terror, de sorpresa y de asombro, todo junto.

Convirtiéndose desde la primera noche en el centro de atracción de todas las simpatías, un niño de mi edad — un héroe, un mártir, un santo — cuya abnegación, destreza, disciplina, arrojo y renuncia de la vida, eran el tesoro inexhausto de aquel núcleo de bohemios mediterráneos. El realizaba las cosas más increíbles, sometíase a los más brutales y terroríficos excesos de la fuerza, soportaba sin una queja ni un suspiro, ni un gesto de dolor o disgusto, los funestos errores de los demás, y siempre, al levantarse del suelo después de sus caídas, era infalible su saludo infantil al público, con una reverencia y una sonrisa que arrancaban a nuestras madres lágrimas de piedad, y a nosotros un profundo y silencioso homenaje de admiración.

Su apellido era Rosas. Así lo anunciaba el payaso. Tenía una expresión de melancolía suave y resignada y un timbre de voz tan dulce, que al exhalar desde la altura de los aparatos, perdido a veces entre las sombras de la noche, su grito de alerta: “¡Páyacitoo!” estremecía los corazones como la voz de la despedida eterna al hogar, antes de tender el vuelo hacia el abismo inmensurable.

Yo me sentía encadenado a aquella existencia fugaz con toda la fuerza de una esclavitud. No pude resistir al deseo de verlo de cerca, estrecharle la mano, darle el nombre de *amigo*; y como me lo figuraba huérfano, también hice el propósito de llevarlo un día a casa, a jugar, a vivir un rato con nosotros, a hacerle participar de las relaciones con los demás

niños. El también, de seguro, aunque tenía tanta fuerza y parecía todo un hombre cuando desafiaba la muerte en los espectáculos, era un niño como yo, como mis hermanos, y habría de gozar con el recuerdo de la dicha íntima que transmite al alma la caricia materna.

Mi padre era hombre de alguna influencia en el pueblo, y no sé si desempeñaba también autoridad; lo cierto es que influencia y autoridad fueron puestas a mi servicio para conseguir penetrar hasta el departamento reservado a los artistas, y venciendo una grande emoción y extrema cortedad, acercarme al héroe de mis afectos nacies, y decirle entre palabras entrecortadas que yo quería ser para él un amigo y ofrecerle la casa y cuanto en ella pudiera serle agradable.

No sé con qué palabras se lo dije, y si adopté o no esa vaga forma de discurso diplomático adquirida en las fiestas escolares; pero sí me acuerdo bien del intenso placer de mi alma cuando me insinuaron que le diera un abrazo, y se lo dí sobre la ropita de punto adornada con estrellitas brillantes, con que había salido a sus primeras hazañas del circo.

—Bueno, pues, ya que son amigos — dijo mi padre, dirigiéndose “al joven Rosas”, como allí le llamaban — esperamos que nos haga una visita mañana, o cuando usted guste. Los niños vendrán a buscarlo, cuando no le sean molestos.

Mi amigo era poco o nada expansivo. Quizá lo confundía el inesperado, el fraternal agasajo; y al estirar su mano tímida primero, y luego al ceder a mis abrazos contenidos apenas, le oí balbucir algún monosílabo.

*

Muchos días paseamos juntos después por las viñas y las huertas, y no tardaron en desatarse las confidencias del misterioso amigo con tanto empeño conquistado. Había en su alma un sentimiento de tristeza que yo adivinara, y fué ese el vínculo inicial, la sugestión primera de su espíritu sobre el mío. El no se daba ninguna cuenta de este prestigio sobre los corazones y concluí por llenarme yo mismo de cierta supers-

ticiosa confusión, cuando al preguntarle una vez, casi en tono romántico, si sus padres vivían, si lo querían mucho, me contestó con estas dos sílabas, que sólo ahora retumban en el fondo de mi ser con la lúgubre sonoridad de un abismo subterráneo:

—No sé.

En mi imaginación comenzaban a removerse con palpitaciones de vida las mil fantasías que luego, en la adolescencia, toman formas complicadas y se combinan y luchan, y agitan o sacuden el alma, el cerebro, la voluntad, y son impulsión, fuerza o destino irrevocables.

No fué de temor o desengaño la impresión de esas palabras en mí, que era todo pasión filial, sino de más viva piedad, y simpatía hacia esa existencia que yo imaginaba ya en el abandono, en la orfandad, en la ausencia eterna de los afectos de hogar. Llegaron mis padres a mirar con cuidado mi adhesión a mi nuevo amigo, y a reconvenirme por los extremos con que la revelaba. Ellos sabían que aquel lazo había de romperse muy pronto, por la inquieta, la imperiosa ráfaga que arrastra esas vidas errantes.

Cuando le veía por las noches en sus trabajos ante el público, realizar las mismas proezas, soportar las mismas crueldades y desafiar a cada instante la muerte en bárbaras aventuras aéreas, se formaba en mí un torbellino de contradictorios sentimientos e ideas: orgullo, compasión, entusiasmo, dolor y deseos inexplicables de poder libertar a mi amigo de esa situación en que yo era el primero en admirarlo.

—¿Por qué no lo pide y lo hace quedar en casa? — fué una insinuación involuntaria que yo dirigí a mi padre una de esas noches...

—Pero muchacho — fué la respuesta dada entre sonrisas, —¿estás loco?

Llegaron pronto nuestros exámenes de la escuela para alejarme del cultivo inmediato de mi amistad artística. No me figuré jamás que el encanto hubiese de ser pasajero, que al concluir mis ocupaciones intelectuales desempeñadas a con-

ciencia y al hallarme libre de todo obstáculo, había de volver a la amada compañía, a quien a cada momento le enviaba mensajes cariñosos, obsequios y promesas de nuevas visitas para las vacaciones próximas.

Pero al volver un día vencedor en el último torneo escolar, ansioso de consagrarme con toda mi alma a lo que era entonces mi afección más querida, me esperaba la dolorosa, la terrible noticia, cuyas huellas en mi memoria un cuarto de siglo no ha podido borrar, y que al oír la de labios de mi padre — “¿Sabes, Carlos, que tu amigo Rosas se ha ido ya con una parte de la compañía de acróbatas, para no volver?” — me causó una sorpresa tan amarga, que me desaté en lágrimas y luego me invadió una tenaz, incurable y honda tristeza.

Cuánto tiempo pasé desde entonces entregado a la soledad, a la meditación de esta ausencia tan desgarradora, es cosa para mi imposible de precisar tras tantos años. Pero ya sabía escribir sin dictado, de mi propia cabeza y en letra regular, y fuese por inspiración ingénita o por consejo materno, recuerdo que me encerré en la alcoba donde el Cristo de la familia tenía su oratorio, y escribí una carta al amigo ingrato que al partir no había tenido una palabra de adiós.

Pero no importa; mi sentimiento era invariable y lo seguiría por todos los pueblos donde le condujese su destino...

¡Pobre carta mía! ¡Si habrá aspirado alguien el exquisito perfume del sentimiento que la dictara!

LA CANCION DE LA PRIMAVERA

LA CANCION DE LA PRIMAVERA

(ECOS DE LA MONTAÑA)

Ya pasó la estación de las nieves, cuando todo se complace en ostentar señales de vejez y en remedar el silencio de los sepulcros; cuando los árboles amanecen vestidos de blanco, con las hojas pegadas como mechones de una cabeza anciana, y cayendo de ellos una a una las gotas de la escarcha derretida por el tibio sol del invierno; cuando los pájaros que dan voces fantásticas a los abismos, a las quebradas y a los valles, enmudecen y buscan el calor en misteriosos nidos, sólo visitados por el hada invisible que cuida el fuego de los amores, para que luego todos puedan saludar con cantos de regocijo a la primavera, triunfante sobre su carro de rosas.

Entonces el cuadro cambia; el sol aparece con la cara risueña, abriendo las sutiles brumas apiñadas en el fondo de la llanura distante, y cuando sus primeros rayos encienden las flotantes pajas de las cumbres, se oye en todos los rincones de la montaña un vocerío de júbilo, como de niños que despertasen ansiosos de corretear por las arenas de las avenidas.

La vista y el oído difúndense en todas direcciones y no perciben sino paisajes bañados en luz primaveral, matizados de colores nacientes y cantos de tonos y modulaciones innumerables, lanzados al aire libre sin orden ni concierto, pero que luego, arriba, vienen a formar un acorde grandioso, para derramarse como lluvia serena sobre las faldas y las hondonadas repletas de brotes y de retoños.

A la primavera anuncian esos cantos; a la primavera que viene a reconquistar su imperio del poder del canoso in-

vierno y a obligarle a volver a sus cuevas profundas donde, como el Lucifer de Dante, ha de pasar nueve meses entre las gruesas capas de su propia nieve, allá en el fondo obscuro de la tierra, sufriendo sus cadenas de témpanos y la incesante y helada gota de agua de las estalactitas, semejantes a cirios petrificados e invertidos sobre una tumba secular.

*

Pero falta todavía la gran cantatriz, la reina de las aves montañosas que debe de hacer su aparición victoriosa en medio del aplauso de la multitud, congregada para escuchar las variaciones, las melodías y los arpegios más sorprendentes que instrumento alguno es capaz de producir. La calandria tiene su imperio limitado por las cumbres que rodean y forman los valles altísimos; todos los árboles son para ella tronos y escenarios, y cuanto canta es de ver cómo las demás aves le hacen silencio para oír con claridad las más ligeras, las más leves notas de su música inimitable e intraducible. Y ella es artista de sentimiento, de pasión; porque si el aire está quieto y los rapaces no la tienen intranquila, asiéntase sobre la copa verde oscura de un *molli* floreciente, y olvidándose del mundo exterior para sólo embriagarse de armonías, empieza a desplegar los infinitos tesoros de su garganta incomparable.

La he escuchado toda una tarde, mientras el sol recorría el cielo desde una a otra cima, guerecida debajo de un árbol encantado, porque sus ramas servíanle de sitial. La consentida y vanidosa lo sabía, y por eso mismo se posó en aquel sitio, para hacer coqueterías, para adormecerme, para hipnotizarme, para seducirme, aprovechando de la tibieza del ambiente, de los mil aromas difusos de la selva, y de esta mi afición a abandonarme al mundo de lo fantástico, de lo etéreo, de lo sobrehumano. Hallábame solo, lejos y muy arriba de los hombres, en un cielo serenísimo y poblado de visiones sonrientes, movedizas, bañadas de sol y de celeste, y todo difuso, magnificado, humanizado en ese dulcísimo instante, cuando

los párpados van cayendo y a través de las pestañas, mientras la realidad se ausenta, comienzan a sucederse las imágenes extraordinarias, las formas deslumbrantes de seres semidivinos, conjunto de verdad y de sueños, de cosas presentes y de recuerdos vagos.

Era la embriaguez luminosa, el reinado del pensamiento y de la imaginación, recreándose en el reposo de la materia, en pleno espacio ideal y al son de una música deliciosa que recorría los tonos conocidos e ignorados, imitaba los cantos de todas las aves del valle, como si se los enseñase ella misma; desde el levísimo cuchicheo de los canarios de plumas de ébano y oro, hasta las robustas pero melancólicas notas del zorzal, cuya canción repercute de falda en falda como si llamase a la novia ausente; desde el lamento melodioso de las palomas solitarias, hasta el relincho lejano, semejante a una carcajada diabólica, del guanaco veloz y asustadizo.

No hay en aquellas alturas un ser viviente dotado de una expresión musical o prosaica, dulce o áspera, agradable u horripilante, ni un rumor apreciable para el sentido artístico, que no encuentren en esa reina melomaniaca la imitación, la reminiscencia, la parodia, la caricatura, siempre bellas, durante el espacio de tiempo en el cual se propone agotar su vasto, su riquísimo repertorio.

También asoma la nota festiva para evocarnos una sonrisa o una exclamación de asombro; porque la naturaleza posee al lado de los cantantes excelsos, de los acordes magníficos y de los rumores de angelical dulzura, los payasos grotescos, las desafinaciones espeluznantes y los gritos destemplados, que ora causan horribles sensaciones, ora provocan una risotada, que va a su vez a recorrer los ámbitos del valle.

¡Ah! pero es muy exquisito y delicado su sentido estético para no brindar la nota cómica en exceso; y así, apenas ha conseguido el efecto esperado, la oiréis levantarse de nuevo a las más puras regiones del ideal y de la armonía.

Esta coquetuela se entretiene al parecer, por la noche,

en estudiar en voz baja los trozos de la música siempre nueva, con la que ha de deleitar a la comarca cuando la aurora asome; y como es su cuerpo tan leve, y su vuelo no hace ruido entre los árboles y entre los flexibles juncos que bordean los manantiales silenciosos, puede vagar sin dejarse sentir, de nido en nido, de peña en peña, de torrente en torrente, observando y oyendo todo lo que en el misterio de las noches montañosas se habla, se rumorea y se canta.

Muy calladita debe de ir a sentarse sobre la corona de la agrietada roca en cuyo fondo, y debajo de tupidas madejas de espinas o de *chaguares*, se suceden los idilios eternos que la bella estación enciende y rodea de poesía; y por esto, cuando el día vuelve, ya la calandria sorprende a los enamorados con sus propios secretos, cantándoles con voz dulcísima las apasionadas endechas del nido. O bien, dando saltos y escurriéndose por entre los tupidos helechos y las apiñadas varillas de lirios silvestres, que ocultan y cercan los diminutos lagos abiertos sobre la piedra maciza, se pone a escuchar esos monótonos e intrincados conciertos de las ranas, cuyos coros, dúos y solos, ora agudos, ora graves, repercuten como salmos de religiosas encantadas en invisible templo, mientras la luna blanca y serena se retrata de cuerpo entero sobre el inmóvil y transparente espejo de las aguas.

Mi seductora cantatriz se queda por largo espacio adormecida por esos trinos, que tienen toda la mística unción de la naturaleza solitaria, virginal y primitiva, y apenas puede reprimir el deseo de unir su voz al coro mágico; pero no lo hará por temor de interrumpir aquel arrobamiento delicioso de las cautivas, cuyos rezos musicales imponen a la alta noche la somnolencia contemplativa y luminosa que inspiran las grandes catedrales vacías, cuando en medio de la obscuridad, parece como si aun vagasen perdidos los ecos del órgano de los salmos y tardasen en ausentarse las últimas ondas del incienso.

¡Oh, noches sagradas, tantas veces sentidas, en las más hondas, en las más puras abstracciones de lo mundano y pe-

recedero! Abandonado en cuerpo y alma a sus influencias aniquiladoras, he sentido muy cerca de la realidad los sensuales deleites de ese tránsito inconsciente del ser al no ser, que entrevemos apenas cuando los supremos desalientos o los supremos impulsos hacia lo alto, nos iluminan de súbito el negro espacio que separa la vida de la muerte. No se puede negar la existencia de ese universo sobrehumano, cuando en medio de una noche primaveral, de plena luna, encima de las más elevadas cumbres de la tierra, embriagados de perfumes y de armonías, y mirando a los astros disolverse en fantástica irradiación ante nuestros ojos, se percibe, se oye lo que se agita en la región soñada de la belleza pura, de la absoluta beatitud, de la originaria libertad del espíritu...

No podrá penetrarse jamás el sentido de ciertas obras inmortales de los maestros de la armonía, ni leerse el pensamiento íntimo de Beethoven, si no se ha ido a sorprender a la naturaleza en los instantes de sublime éxtasis, cuando exhala de su seno generador los innumerables tesoros de sus acentos y rumores; y cuando en esas noches he abierto mis oídos, entregado mi imaginación y limitado mi atención sólo a ellos, no viviendo sino la vida interior del pensamiento, he escuchado de nuevo, entre el vago y confuso concierto de los sonidos nocturnos, los intensos poemas del genio alemán que dió al mundo las sublimes sonatas, cuyos acordes y melodías traducen con igual verdad y colorido los cuadros animados de la naturaleza selvática, las sordas luchas de la pasión y los suavísimos deleites del sentimiento. Así, en presencia de las escenas descritas en esas obras eternas, la música ha surgido evocada por el recuerdo, porque la realidad y los sonidos que la hicieron sensible se han encontrado de nuevo en el espacio del cerebro. Al contemplar a la luna solitaria en el desierto azul, rodando lenta y majestuosamente por encima de los valles dormidos, ¿qué alma no se siente bañada de esa indefinible tristeza que va, sin dejarse sentir, humedeciendo las pupilas y filtrando una lágrima? ¿Qué corazón, si alguna vez fué agitado por las pasiones que ennoblecen o

amargan la vida, no se siente invadido de nuevo por aquellos mismos afectos del pasado, y qué espíritu no vislumbra en la región interna de las visiones las mismas imágenes que antes le movieron al llanto o a la alegría? Beethoven ha realizado en notas musicales lo que el pincel jamás habría podido; y en sus poemas, por una múltiple evolución mental y sensitiva, llegamos a percibir en su forma, color y armonía propios, los sitios que fueron teatro de nuestras felicidades e infortunios; porque la música en su expresión más alta, es potencia evocadora de todo cuanto en el fondo del corazón y del pensamiento yace o se agita confuso, hasta que por el espacio exterior pasa vibrando la onda sonora que ha de arrancar del caos la sensación unísona.

*

Mas quiero volver a hablar de la artista que he dejado acurrucada entre los juncos, escuchando el concierto del lago; y para recobrar el hilo de la historia, he de contaros cómo desde allí, rasgando de un solo golpe el encantamiento, vuela hasta posarse en la última roca de una cima, frontera de su reino, para registrar en la memoria los ecos errantes de otras comarcas lejanas, y que se perderían para su arte si ella no fuera a recogerlos en las alturas, donde al fin se difunden y mueren los más grandes acordes de la montaña.

Y de este modo, la curiosa e inquieta *emperatriz del canto* pasa la noche volando de un cerro a otro, asomándose a todos los albergues donde se murmura o se ama, penetrando hasta el seno de las grutas donde la gota de agua, con regularidad cronométrica, cae en el centro de la vasija de granito con la resonancia de la copa de cristal; y cuando lo ha escuchado y aprendido todo, corre entonces a la coronilla del árbol más alto, a ensayar en secreto los pasajes más difíciles de la gran sonata con que ha de saludar las primeras rosas de la alborada; porque el Creador de todas las bellezas le señaló la misión de anunciar ese instante delicioso, cuando se dan el beso de adiós la noche y el día.

¡Ah, por eso la temen los amantes, y se estremecen las ramas y se alborotan los nidos! Es la hora de las amargas, aunque breves despedidas, de romper los velos del misterio nocturno, de acelerar las últimas caricias, de arrancar las desesperadas promesas y de renovar los ardorosos juramentos de la entrevista. Es la inmortal escena del balcón de Verona, donde al rayar la aurora los novios discuten aún si el canto que surgió del granado es el del ruiseñor o el de la alondra.

—¿No oyes, amor mío, que es el ruiseñor?

—No; es la alondra que anuncia mi martirio, porque he de separarme de tus brazos!

—¡Dime mil veces que me amas!...

Y el instante llega por fin. Un leve tinte rojizo brota lentamente del fondo de la noche, como esas pinturas antiguas que el tiempo revela de nuevo sobre los muros ennegrecidos.

Es la aurora implacable y soberana; y cuando la calandria ha lanzado al espacio los primeros arpegios de su himno matinal, siempre nuevo, y la cascada melodiosa de sus trinos derrama sus perlas por todos los ámbitos del valle, es solemne y conmovedor el estremecimiento de todos los árboles, de todas las grutas y de todos los lagos escondidos.

Un rumor vago y confuso revela cuántos idilios de fuego y cuántos misterios sublimes fueron desbaratados por esa luz importuna y cruel, que destierra las fantasías y trueca de un golpe en fría realidad los celestes ensueños de las almas.

Oigamos el canto de la aurora, el ditirambo fervoroso de la diva montañesa que de pie, sobre la copa del árbol y mirando hacia el oriente, ha comenzado a desplegar sobre las frescas ráfagas húmedas aún del rocío: primero el ¡salve! de la bienvenida, de entonación robusta imitada del viento y de la cascada; luego las variaciones y recitados innumerables, que se suceden con intermitencias estudiadas, y en las cuales las notas se precipitan como el torrente, se desparraman como la lluvia, se detienen y parecen dormir como en éxtasis y estallan de nuevo y de súbito como tempestados en miniatura, —

porque es su garganta pequeñita y no podría igualar al estampido del trueno ni los formidables rugidos de los vendavales; — después, y a capricho, las notas se levantan al agudo y bajan de un solo impulso hasta el grave más religioso, con la misma celeridad de su propio vuelo; y al jugar así con los sonidos, y al recorrer con velocidad casi inapreciable los tonos y los tramos de su infinita escala, no hace otra cosa que repetir las músicas salvajes aprendidas y modeladas por su genio, y cantar a la alborada en lenguaje divino y etéreo las innumerables historias, romances y poemas, en parte vividos y en parte observados entre los solitarios bosques y las hacinadas rocas, donde se mueve un mundo bullicioso sometido al imperio de su magia sobrenatural.

¡Y las aves todas callan o se alejan ruborizadas, o se agrupan en torno suyo hechizadas por el fluído magnético de aquella arpa que todo lo cuenta y lo divulga, aun los más ignotos misterios de los nidos, aun los más sagrados coloquios del amor!

*

“Aurora de mejillas rosadas y de pupilas humedecidas con llanto de la noche, párate y escucha — parece decir — lo que en el silencio de mis dominios ha pasado durante tu ausencia; tú, que debes saberlo todo porque eres la mensajera del sol, que calienta y enciende en llamas la pasión desfallecida, da fuerza al germen ahogado por las escarchas en el seno de la tierra, devuelve el vigor a las alas entumecidas de las aves, para emprender sus peregrinaciones atrevidas de selva en selva, inspira a los cantores del aire y de las ramas motivos nuevos para embellecer la estación de tus esplendores y victorias, y porque eres tú, divina aurora, el nimbo que alumbró el paso de la primavera, cuando viene pintando las llanuras distantes, los valles, las pendientes y las cumbres, con los virginales matices de las flores rústicas, ebrias de sus propios aromas y con sus cálices llenos hasta los bordes de miel y de rocío.

“Párate sobre la cima de oriente, y escucha mi canción,

porque ella te dirá que ya los pájaros de este valle tienen aprendidos los salmos cuotidianos que has de oír mientras dure el reinado de la primavera; que han nacido sobre las peñas y los árboles los flores del aire; que ya tendieron las margaritas sus tapices a la margen de los arroyos, para que vayan a bañarse las avecillas acuáticas; que ya están por abrir las magnolias montañesas, y tanto te aman, que sólo es para ti su suavísimo perfume, y sólo para ti descubren su seno rico en estambres y polvo de oro; y te diré, por fin, lo que por tí hicieron durante la noche los zorzales que viven entre aquellas *chilcas* olorosas, y lo que cantaban cuando se morían de amor; sabrás que la bandada de canarios negros de este valle no durmió anoche, cuchicheando en medio de aquella enredadera donde se queja esa pasionaria recién abierta; y te contaré también que las ranas de esa gruta próxima me invitaban a dejar tu culto y el espacio para ir a encerrarme en los claustros donde viven, salmodiando a una diosa que no eres tú y que en tu ausencia se aparece en el cielo a arrebatarse la quietud de nuestros corazones y el sueño a nuestros párpados, y los cantos que sólo para tí aprendemos.

“¡Cuántas cosas quiero contarte, oh dulce mensajera del día! He pasado toda la noche en insomnio; todas las demás aves tenían su compañero, porque se adelantaron al tiempo de los amores; yo, abandonada, he volado sin rumbo, envidiosa de la dicha ajena y con el alma huérfana. Los pájaros de esta comarca huyen de mí, porque dicen que no tienen cantos como los míos, y así me veo sola entre el esplendor de mi corte; y los aplausos y las alabanzas que mis cantares provocan, resuenan en mi corazón con el eco pavoroso de los grandes principios, donde se queja el viento y se apiñan las nubes y las ramas lloran azotadas por incesantes y frías ráfagas. Tú eres bella, pero intangible; eres adorable, pero incorpórea; eres sublime, pero sólo un lampo de luz. Te amo, pero como a una divinidad, con amor religioso, y esta sed de amor profano, que me abrasa como el de las otras aves, no me lo calmas tú, mil veces hermosa, porque

tus encantos mismos inspíranme pasión por lo que me rodea, por lo que puede ligarme a la vida y hacerme amar con ese fuego regenerador que tú misma infundes en las plantas y en mis compañeras. De aquéllas veo brotar las flores y siento con fruición extraña sus aromas intensos, y de éstos nacen en cada estación, haciendo desbordar los nidos, polluelos hermosísimos que luego pueblan el árbol y después la selva, piando a su dichosa madre con vocecillas apenas perceptibles, como si fuese un coro de músicas oídas en sueños. Mi nido, en cambio, ¡qué frío está y qué solo! Bien merezco la suerte de las otras por lo mucho que te adoro: tuyas son las armonías, la inspiración y las galas de mi canto; pero no podré ofrecerte siempre melodías nuevas, porque no me aman, y mi arte necesita el alimento perenne del calor y de la savia que siento brotar donde quiera, ya detenga el vuelo sobre la sierra, ya en el espacio.

“Esta es mi confidencia, esta mi primera canción matinal a la primavera; si oyes mi súplica, si te ablanda mi ruego y haces que de mí se enamore quien puede darme la felicidad y llenar este vacío doloroso de mi ser, te juro por el Sol, tu señor, que todos mis cantos serán nuevos, y siempre, mientras yo exista, irán a tu encuentro envueltos en ondas perfumadas y serán gratos a la tierra y al cielo”.

*

Pero el sol mostró bien pronto su primera llamarada roja, y la calandria, cuyos últimos gorjeos fueron tristes como una plegaria, suspendió la canción para escuchar a un trovador que vino a posarse enfrente del árbol, en la falda del cerro vecino. Ella le respondió en dulces y claras notas, diciéndole que volase más cerca, a la misma rama, donde hablarían mucho y allí podría referir la historia que en breves palabras le ofrecía, de una pasión naciente inspirada por aquella auro-ra primaveral. Y cuando estuvieron juntos dialogaron por largos momentos en recitados vibrantes de emoción, y por último,

los dos ocultáronse en el fondo del tupido ramaje, y no cantaron más.

Pero los árboles de aquel valle se convirtieron de súbito en arpas de invisibles cuerdas, porque todas las aves congregáronse en ellos para entonar el himno nupcial y el coro solemne con que el mundo alado saluda a la primavera y exhala su regocijo, porque viene a inundar de flores las montañas y de amor fecundo los corazones. ”

LA SONATA DE LA LUNA

LA SONATA DE LA LUNA

La noble anciana parecía en su hogar una emperatriz que hubiese repartido los Estados de la corona entre sus hijos, y viéndolos reinar en paz, se hubiese quedado en el palacio como una diosa, para recibir el homenaje debido a su experiencia, a sus virtudes y a su exquisito sentimiento. Pero el palacio no se parecía al de los príncipes alemanes: era una humilde casita de los barrios tranquilos de Buenos Aires, donde aquella divinidad coronada con el nimbo de plata de sus cabellos, todavía abundantes, tenía el trono sólo deslumbrante con esa luz suave e invisible para el vulgo de las gentes, de los santos amores domésticos.

Era un encanto el ver cómo sus hijas se disputaban la tarea de peinarla, la gracia con la cual adornaban sus cabellos, y la serena majestad de la sonrisa con que ella premiaba tan dulces afanes. Había que tributarle todo el ferviente culto que ella supo inspirar, y hacer partícipes de esa adoración a todas las gentes que acudían a buscar el amparo de aquella alma celeste.

Había en ese espíritu una pasión que rejuvenecía constantemente el cuerpo donde se encerraba: era la pasión del arte, pero concebido en la más ideal y pura de sus formas — la música. Cuando niña, tuvo una época de predominio y de espléndidas victorias sobre los corazones, porque los rendía sin sentir, como los pájaros y las fieras se dejan adormecer gradualmente por la melodía de la flauta campestre, hasta caer rendidos, sumisos a los pies del pastor-artista. La música fué la magia oculta de esa mujer, saturada de ella como lo están el viento, las hojas y las gotas de agua que caen en el seno

de las grutas con sonidos semejantes al de la copa de cristal golpeada por la coraza de un insecto. Esa alma era todo armonía, pero armonía vaga, tenue, difusa, que está en todas partes, se manifiesta en todas las cosas y envuelve en ondas musicales a cuanto llega a su ambiente.

Por eso cuando alguna de sus hijas traducía en el piano pasajes de los grandes maestros, la anciana reclinaba la bella cabeza sobre el respaldo de un sofá antiguo, y con los ojos entrecerrados y los labios apenas sonrientes cantaba a media voz, suave, muy suave, cual si se imaginase volando sobre las alas de los acordes mismos, por espacios bañados de luna y hacia los mundos entrevistos en sus ensueños. Todos le hacían silencio para que no se oyesen sino las celestiales armonías de Beethoven, y para que la artista no fuese despertada de su místico arrobamiento, en el cual había visiones del más allá, luminosas y sonrientes, y poemas bellísimos sin formas ni palabras, pero que se imaginaban de aromas y de sonidos. La placidez seráfica de su actitud de diosa soñadora traía a la mente la concepción de un fenómeno extraño: ocurríase comparar esa alma con una nota prolongada sin término, que se fuese dilatando en el espacio hasta perderse en el infinito, y que así traspasara los lindes de la vida, sin sentir la transición, esto es, que la onda sonora recorriese primero el hemisferio de la luz para internarse luego, sin vuelta, en el reino de la eterna sombra.

El silencio con que en el salón era escuchado Beethoven y era contemplada la anciana de los cabellos de plata como la luna, se parecía al de los templos, cuando se quedan solos, y dentro de las vastas naves giran todavía las últimas notas del órgano repetidas sin cesar por los ecos. Al terminar la sonata incomparable, se quedaba ella un momento más en la misma actitud contemplativa, como siguiendo la repercusión de los postreros acordes, y esperando que se apagasen del todo para volver a la realidad. Despertarla de pronto habría sido darle muerte; dirigirle una palabra habría sido como derribarla de una cumbre al llano.

Oíase, entonces, decir que así deseaba morir, sin sentirlo, y mientras escuchase embelesada las maravillosas confidencias que a todos los espíritus transmite la música del ciego divino del Rhin; y este pensamiento de la muerte se le ocurría en tales momentos porque la música tiene el poder de evocar lo que está más allá de la vida, de elevar la humana fábrica desde la tierra al cielo, desde la materia al ideal. La muerte, en tal sentido, no es sino la transición de lo real a lo incorpóreo, de lo tangible a lo etéreo; y así la temida solución de la vida no es siquiera más triste que el vuelo de un ave, de un canto, de un perfume que se han alejado del alcance de nuestros sentidos. De todas maneras, ellos van a vivir en otro clima, van a conmover otros oídos y a saturar otros espacios. Las almas que se van también llevan a otros seres y a otros mundos sus encantos, que en parte alguna reinan por la eternidad.

—Sí, yo quiero morir escuchando esa música — dijo una de aquellas noches — y el placer de mi alma ha de ser inmenso cuando, concluido el último compás, pueda ver desde la altura mi cuerpo inanimado, cual si estuviese vivo y soñando aún entre los párpados la pupila.

El concurso se ponía triste, pero había algo de grande, incomprendible y misterioso en ese voto íntimo de un corazón que no alentaba sino para las más puras idealidades, y contagiaba con el mal divino de la eternidad y de la gloria, ese inconsciente anhelo de escaparse de la vida sobre las alas de esas notas incomparables, que tienen la atracción del abismo, del fluído adormecedor de las noches primaverales, el rumor de las selvas y los torrentes y los mares, cuando la luna atraviesa el azul bañado por ella de oro pálido, y va vertiendo sueños en las almas, anhelos amorosos en los corazones y en el pensamiento ansias de emprender el vuelo.

Una noche la anciana sentíase alegre como nunca, el poema de su alma resplandecía con luces desconocidas como si hubiese estallado de súbito la urna secreta que las guardaba; llegó al salón compuesta con sus mejores atavíos, risueña,

jovial y traviesa; parecía que fuese a sorprender a los suyos con la noticia de sus bodas y se preparase a festejar el asombro de los demás. Ella misma levantó la tapa del teclado y pulsó las primeras notas de la *Sonata de la luna*, como indicando que deseaba escucharla, y fué a reclinarsse en el sitial de sus ensueños de siempre. Pidió que la inmortal composición fuese ejecutada con el mayor cuidado, que no hubiese errores ni repeticiones de notas, y que no la interrumpiesen mientras escuchara, porque aquella vez tenía sed de empaparse en la corriente armoniosa.

Se apagaron las luces para que no la hiriesen los ojos, se abrió el balcón para que la luna llena entrase sin obstáculos, y la joven intérprete de Beethoven, con pulsación apenas perceptible, empezó a arrancar una por una las notas de aquel poema delicioso donde el arte ha reproducido la naturaleza de tal suerte, que el sonido nos transporta a su seno, nos hace ver los cuadros magníficos de la noche iluminados por la luna, y en los cuales son escenarios las montañas, las selvas y los ríos caudalosos y serenos, personajes las aves y los insectos, los vientos y las olas, y palabras los rumores dialogados de los árboles, las cumbres y los abismos, cuyo lenguaje arcano sólo el arte traduce. La hermosa anciana quedó pronto sumergida en el éxtasis, esta vez mucho más profundo y deleitoso, porque se asemejaba a la perfecta ausencia de la vida; y a medida que la acción del poema musical desarrollábase reproduciendo en el firmamento interior del espíritu, como por magia portentosa, las escenas, paisajes y cantos de la noche primaveral, iba entrando en la sala una sombra extraña semejante a la que se filtra por los muros cuando algún espíritu está preparando las alas para alejarse de la tierra. La joven no lo advirtió hasta que, concluída hasta la última vibración de la grandiosa sonata, fué a dar un beso, poseída de incomprendible emoción, en la frente de rosa de la anciana; pero la rosa estaba fría y los labios amantes eran de fuego. La impresión fué horrible y se expresó en un grito de angustia que no logró turbar aquel éxtasis, sublime como ninguno,

porque fué el postrero, y en el cual por fin se libertó de su envoltura de carne aquel espíritu soñador, destinado a las esferas de lo ideal y de lo infinito.

Los suyos se quedaron de rodillas viendo cerrarse para siempre los párpados de la anciana, cuyos cabellos de plata resplandecían a los rayos de la luna llena como una aureola, y por el espacio, sobre las alas invisibles de un acorde, cuentan que el alma se alejaba y se perdía en la sombra.

FLORES DE IDEAL

FLORES DE IDEAL

I

LAS AUSENTES

En el torneo, batalla y fiesta de la primavera, donde han brillado el lujo y el arte y la esplendidez de la hermosura, han faltado algunas flores que no crecen en este clima ni en abundantes ejemplares se prodigan. De ellas no pueden arrojarse manojos en el desborde del entusiasmo y en la embriaguez de la lucha; viven lejos, en los bosques, en las márgenes de lagos solitarios, sobre rocas salpicadas por la espuma de los torrentes, o viven la vida mística de las vestales en ese inmenso templo de la creación, flotando sobre la linfa transparente de quietud inalterable, o siguiendo en abandono supremo, como un nirvana de la naturaleza, las corrientes dormidas que “se llevan a la mar”, o a ese otro océano infinito deseado por las almas exóticas, ocupado por una sombra difusa semejante al caos primitivo, que unos llaman el Leteo y otros el dulce y sabroso Olvido.

No sólo esas ocultas deidades de la selva, de los montes o de las aguas hallábanse ausentes del festival concurso del reino perfumado; no sólo las violetas, las flores del aire, los aromas, los nenúfares faltaron al llamamiento de los heraldos ideales de esta primavera, porque unas son hijas del otoño, otras de tierras abrasadas por el sol, y las más existen ocultas en palacios encantados que es necesario sorprender al amparo de mágico secreto; no sólo se quedaron en sus ignotas, humildes o salvajes viviendas aquellas soberanas de la forma y

del color, sino también aquellas que nacen un día en el sagrado del alma y viven allí escondidas, a veces para siempre, y la siguen por el mundo llenándola de gracia, de anhelo místico de inspiración pura, y ellas son las que resplandecen en las pupilas, se desbordan en una lágrima, se asoman como la alborada en la mejilla de rosa, o de nieve, y cuando la hora del último crepúsculo aparece entre las rojas llamaradas del ocaso, esas flores que llevamos ocultas en el santuario secreto de la vida, son las que embalsaman la ruta invisible por donde nos alejamos de esta tierra.

Asistimos a las batallas donde se riñen amores tímidos, recelosos, informes, o se despliega la pompa facticia de los jardines y de los parques, donde el mármol disputa al jazmín su blancura, y los iris de los surtidores o los esmaltes pretenden reñir con las amapolas adormecidas, o con las orquídeas tan caprichosas en el color como despojadas de aroma; asistimos con las sonrisas preparadas en los labios, como llevamos guirnaldas o ramos dispuestos a arrojarlos al paso de las que creemos amar; pero ¿no es verdad que todos tenemos una flor predilecta que quisiéramos apartar de las otras, de las que se ostentan y se arrojan en homenaje, al paso de la hermosura triunfadora? Reímos de las delicadezas exquisitas, hacemos la gracia de una amable y compasiva mirada a los que sueñan o forjan los ideales, y entre tanto, ¡ay del que se atreviese a profanar ese retiro, ese rinconcito no confesado, ese nicho cubierto de velo sonrosado o sombrío, donde adoramos la divina concepción de nuestro ideal o de nuestro sueño!

Esa es la flor mística, compañera innata de los que cruzamos el mundo. No ha nacido de la misma fuente, no es hecha de la misma substancia, no ha sentido la opresión de ninguna forma:

*Io son fatta da Dio, sua mercé, tale
Che la vostra miseria non mi tange,
Ne fiamma d'esto incendio non m'assale;*

ha brotado de un manantial que surte luz, calor y perfumes eternos, es hija de una esencia infinita, y sin modelarse en

líneas, ni revelarse en colores, es fuerza suprema, es genio, es divinidad; la mente la concibe y la guardamos en el santuario como una flor siempre viva, que se pone pálida, languidece, agoniza cuando la regamos de esencias y artificios, pero cuyos pétalos, tintas y aromas deleitan todo el ser y lo inundan de suprema ventura, cuando dejamos llegar hasta sus raíces el rocío divino de la emoción pura, del sentimiento primitivo, del fervor de un ideal. Pero las fuentes de sus gracias se desbordan, los surtidores de sus aromas celestiales se difunden por la naturaleza, las rosas y las nieves invisibles de su cáliz reverberan como en raptó apasionado, cuando una lágrima desprendida de los ojos ha ido a bañar su seno palpitante, en cálida y fecunda germinación.

He formado una corona de aquellas flores ausentes de la selva nativa, de la montaña abrupta y dantesca, de los lagos ignorados del trópico, de las nieves irisadas, y sonámbulo y errante, arrastrado por la ráfaga en que giran tantas bellezas juveniles, tantas ideales creaciones en que el mármol de Praxíteles deseara un día más de inmortalidad, la prendo en el cabello sombrío de la virgen ante cuya majestad inclino mi frente, y cuyo umbral riego con el alma trocada en mirra, cual la que embalsama los Cantares; y cuando he rendido mi culto y he aspirado el aura que besó su boca, y he oído la etérea confianza de su espíritu errante como el mío, sigo de nuevo el ímpetu de la humana corriente, fortalecido como el que hubiese vislumbrado la tierra prometida y oído de los labios de la diosa la revelación de la esperanza.

Hay una flor en el mundo, que nace y muere silenciosa en los parajes abandonados por los hombres: dicen las razas sentimentales e imaginativas que ella vela su primer sueño, el sueño del amanecer. Los hijos del Norte nebuloso la creen hija del primer rayo de sol que rasgó la nube difusa del invierno, como las niñas rubias y pálidas, como Ofelia de Dinamarca. Pero los que nacieron en las tierras del sol donde los árboles buscan su llama y construyen bóvedas ciclópeas para abrigo y cuidado de las aguas cristalinas, de los trova-

dores nativos, de las flores olorosas; donde los torrentes al llegar a los valles se calman y sueñan como antes se agitaron y mugieron, y los ríos majestuosos recorren como reyes, entre homenajes de música y color, los vastos territorios de su imperio, piensan también que ella, que llaman la "flor del agua", ha nacido como los hombres, del mágico hechizo de una diosa que vive cautiva en el seno de los peñascos, de donde manan las corrientes que luego fecunda el suelo.

Es flor, es urna, es corona regia, y como hija de las ondas, dormita sin cesar sobre ellas, semejante a los cisnes por la línea y por la sombra imperceptible que dibuja al bogar serena y casi impalpable:

*Fleur de mystère... inconnue
aux profanes terriens, car dans les eaux
elle fait son séjour et s'y épanouit,
fleur de beauté, fleur de grâce et de rêve
que mes Flamands appellent "fleur de cygne":
par tout pays où on la trouve,
l'homme est joyeux, la femme est belle.*

Sí, es la flor ideal que la fantasía helénica, de aquella radiosa juventud del alma humana, adorada en la forma de las ninfas risueñas de los lagos, de las fuentes, bajo los follajes tupidos, al lado de las colinas musgosas y entre las blancas espumas de las cascadas vocingleras, para que el joven enamorado se lanzase atraído por la música vaga de las selvas en busca de esa

*...fleur d'eau épanouie sur l'onde
où la Nymphe se cache nue,
la Nymphe belle et pure et claire et vague
que l'esprit conçoit et désire,
que le pinceau retrace, que le poète
dans ses visions éternellement évoque,
la Nymphe séductrice, voluptueuse,
qu'autour du nageur, au cours de l'eau,
laisse flotter sa chevelure
et se confond et fond avec le flot.*

He soñado también con todo el delirio de la musa nativa, ya ría bajo los cielos azules de la Grecia, ya resplandezca sobre las nieves o las cúpulas sombrías de los patrios bosques seculares; y cuando en apoteosis deslumbrante he visto rodar torrentes de flores que no eran sino pálidas copias de modelos animados, he recordado con melancolía a las ausentes, aquellas que guardan en urnas invioladas el alma suprema de la poesía y del arte, y aquella otra que sólo fué un soplo del aura, una vislumbre del crepúsculo, un reflejo de mármol clásico visto en fantástica iluminación y luego se alejó convertida en nota de órgano, en nube de incienso, en recuerdo sagrado.

II

VICTORIA REGIA

(*Relato de un pioneer del Chaco Argentino*)

Mi amigo, el *pioneer* de la región tropical del Chaco, ha venido a llenarme el corazón de vanos deseos y envidias punzantes. Su carta me dice que tiene él la dicha de contemplar la "Victoria Regia" todos los días, en los lagos de aquella opulenta región, mientras que nosotros los metropolitanos la llamamos exótica y la tenemos entre cristales, en temperatura artificial, como niña enferma. ¡Y allí, en nuestras selvas nacionales, abre a la luz del sol sus grandes hojas y espléndidos cálices, sin temor a las brisas que son suyas y su mejor ambiente!

¿Cómo fué conocida esta reina de los nenúfares en su oculto imperio de los bosques? Como en la *Belle au bois dormant*, cierto día un sabio rico — ¡raro caso en verdad! — que llegara en viaje de placer en su luciente yacht, tuvo la ocurrencia de internarse en el país, en busca de raros ejemplares de arácnidos, y aunque encontrara preciosas criaturas de la prodigiosa naturaleza, entre ellas un pez musical, no alcanzó a descubrir el castillo encantado de

la princesa dormida, no obstante los zumbidos de los insectos y los fanales encendidos de las luciérnagas que corrían hacia el misterioso paraje.

¡Oh, los sabios inadvertidos, insensibles a las insinuaciones de la magia, cuántos tesoros huellan bajo sus pies, sin dar jamás con el resorte maestro que conduce a los paraísos ignorados, donde despliegan sus fantásticos esplendores las emperatrices, las ninfas, los genios alados que invisibles las sirven al pensamiento! Una telaraña donde se congregaban sus habitantes y obreros diminutos, enredó al explorador como una Circe maléfica, porque no se había cumplido la sentencia del hada perversa.

Crecieron una vez las grandes corrientes que nacen en el seno de la zona tórrida, y en las tenebrosas entrañas de las cordilleras; sus gruesas aguas vinieron henchidas de limo y de savia de lejanas comarcas, donde en tiempos antiguos viviera una mitología, y donde brotan los caudalosos ríos

*...que en veloz corrida
se llevan a la mar...*

bañando vastos imperios y naciones, con el nombre de Orinoco y Amazonas, Paraná y Uruguay; y cuando fecundaron las miriadas de gérmenes transportados a las selvas argentinas, otro enamorado, no de las arañas sino de las flores, pudo admirar a la soberana "Victoria Regia", que según las consejas y las historias de aquel reinado, vino en son de conquista sobre las ondas viajeras, a sentar para siempre su dominio en tierra del Chaco, bajo doseles de follaje y sobre sitiales de transparente cristal.

El tierno narrador de este éxodo, o si queréis, de esta invasión sorprendente, refiere que pudo ver dos especies de la celebrada planta, como dos hermanas del mismo connubio, una del color rosa pálido, otra blanca como su pariente extranjera, que reina en los países nebulosos de la Escandinavia, la "Nymphaea Alba" o "Nekros", la rosa de la náyade. Esta vive en medio más accesible a los amantes; pueden sacarla

de su trono nativo y ella no se niega a embellecer los jardines, ni los palacios de los poderosos, ni los parques de las ciudades.

Pero la hija de América, llena aún del agreste e indomable orgullo de sus inmensos dominios, que heredara del mismo Sol, la soberbia "Victoria Regia" de la augusta familia de las "Nympheas", no sólo se halla defendida en sus fortalezas por tupidos bosques que extravían al caminante y desgarran al invasor, sino que conduce formidable coraza y cota de malla de aceradas púas. "El atrevido que intenta quitarle una de sus flores — añade el autor de esta verídica historia — tiene que retirar, con un grito de dolor, su mano ensangrentada por las espinas que defienden el tallo, el dorso de las hojas y las mismas corolas".

¿Cómo hacerse amar de esta beldad robusta y fiera, semejante a heroína germánica, portadora de yelmo, lanza y armadura, pero allí en el fondo del alma, sensible a la música eterna que todo lo arrulla y lo conmueve? Busquemos la palabra misteriosa, la melodía indígena inventada por la ráfaga montañesa o la brisa de las llanuras americanas, y traducidas después en la flauta rústica por el artista conductor de rebaños, cuando sentado sobre una roca, mirando en las cumbres los reflejos de oro del sol poniente, hace decir a dulce *quenal* todas las ocultas pesadumbres, los anhelos infantiles, los vagos aleteos de una inspiración muerta al nacer, como la raza que llora en su acentos.

Quizá es el *yaraví* y su informe poesía el lenguaje que ablanda el corazón de estas reinas hurañas de las praderas y los precipicios, y como conjuro mágico abre rutas ignoradas en las peñas escuetas y los bosques impenetrables, para guiar, por fin, al que ha de arrancar la flor sagrada, y conquistar con su posesión todo su reino deslumbrante y perfumado, tan rico de color como de armonías.

Concluye nuestro autor su cuento — no, mejor es decir que lo suspende — diciendo que él ha obtenido los secretos para acercarse a la "Victoria Regia" del suelo subtropical:

la ha visto de cerca, ha analizado sus rasgos y se ha extasiado en la contemplación de su hermosura, que describe así como el tipo de la belleza épica, unión inconsustancial de fuerza y de ternura. Sus hojas son discos del diámetro con que el sol nace en el mar y se pone tras de las selvas, y están rodeadas por un borde a manera de un muro circular. Creen los naturales que nace del agua, como Venus. En el agua ciertamente tiene sus raíces, y nuestro amigo el *pioneer*, piensa que es más fácil que prenda por la raíz que por la semilla, pues no se aparta mucho del fondo de los lagos y las corrientes tranquilas.

Reina solitaria de las tierras vírgenes, el hombre la ha descubierto en el corazón de los continentes inexplorados. Su nombre viene de la primera sorpresa que le diera el perdurable afán de la ciencia. Livingston la halló en las márgenes del lago Nyanza, en el Africa Central, y al lago y a la planta nacida para el trono, los bautizó con el nombre de su reina.

Y aquí se acaba el cuento del *pioneer* del Chaco.

PAYASOS Y NIÑOS

PAYASOS Y NIÑOS

Debía ser una fiesta conmovedora la que consagró en el teatro San Martín el más querido de los payasos, el que ha venido a ser como la expresión misma del género artístico, tan amado por los pueblos sanos y fuertes: el clown es hijo secular de la humana comedia, pero en Inglaterra tiene su cuna más legítima. Ese gigante sólo comparable con la naturaleza misma, llamado Shakespeare, lo ha ungido con su genio. Y la prueba más evidente de su eterna gracia, es que lo hace suyo la edad más bella de la vida, la niñez.

Ya lo conocen todos los niños felices de Buenos Aires: es el amigo esperado con ansia para el día de fiesta, cuando el teatro se abre de día y se inunda de luz verdadera que viene del sol y de las almas infantiles; él lo matiza de oro y azul y ellas lo saturan de vibraciones matinales, de cantos y risas que sólo las aves entonan en el despertar de la selva.

¡Qué dicha poder soñar con la esperanza de la realidad, en la llegada de ese día! ¡Cuántas cosas nuevas les guardará el amigo, cuántas amables sorpresas, cuántas confidencias y juegos fraternales! Pero aunque Frank Brown sea ya, más que un payaso, un carácter, una idea, un símbolo, pululan sobre la arena los discípulos, que sólo necesitan imitarlo para ser queridos y ponerse en comunicación con el espíritu de la vibrante muchedumbre. Así como el músico debe sentir un goce supremo cuando arranca a la cuerda extendida la nota pura y trémula de sus armonías, así el buen payaso, que es artista de género adorable, ha de sentir en su alma la repercusión gloriosa de la risa virginal y sonora, semejante al primer trino que saluda a la aurora en los nidos...

¿Por qué no ha de haber corazones sensibles, conmociones tiernas, melancolías de dulces recuerdos, contagios de inocencia y de amor debajo de las máscaras grotescas y al través de las muecas, contorsiones y saltos, que son aparato, decoración y lenguaje de ideas, sentimientos y nobles aunque a veces intraducibles impulsos de los corazones que laten en esos cuerpos de serpientes y de panteras? Aquella grande alma, alma del universo, imagen de su grandeza y variedad infinita — la que creó un Macbeth y un Falstaff y puso entre ambos como vínculo de unidad la tragicomedia de un rey loco, gran amigo de bufones y de hombres agradecidos — Shakespeare, engendra, ilumina, engarza los clowns en medio de sus génesis deslumbrantes o sombríos, como si en la tierra misma, al lado del viento que brama o gime con rugidos y lamentos desgarradores, existiese el canto de amor, la risa ingenua, la carcajada cromática de los pájaros y el rumor alegre y festival de las brisas ligeras.

Por eso hay enternecimiento y júbilo desbordantes, cuando entre loca y estridente algarabía invade la arena el grupo abigarrado, multiforme e inquieto de los payasos, que en sus brincos, caídas, golpes, gritos, llantos, gesticulaciones, curvas aéreas o rastreras, trenzas y pirámides, remedan en alegre confusión, sin darse cuenta de ello, un mundo de semejanzas ignoradas, de parentescos desconocidos, de aptitudes menospreciadas, de calidades comunes a cuantas anima el soplo de la vida, presta forma movible la línea caprichosa, la interminable, la infinita curva de la belleza plástica. Y todo aquel conjunto es hermoso, es amable, es bueno, y evoca en el corazón de los niños — siquiera sean los niños grandes — emociones suaves, alegrías saludables, sugestiones de fuerza y de gracia, hijas sólo de la naturaleza libre y abrupta de los bosques y las montañas.

Llena de agradables impresiones estaba la fiesta de los niños pobres y huérfanos, la fiesta ideada para ellos solos por el clown, amigo de todos los niños de Buenos Aires, con que ha querido decir su adiós ese año al público familiar y casi

hermano suyo, que le llama y le acaricia porque es parte de sus horas de olvido y de reposo: la gran sala del coliseo se hallaba desbordante de cabecitas graciosas, animadas de expresiones diversas, al comenzar, con la vaga expansión de la expectativa, y luego transformadas por las múltiples y sorprendentes emociones de la fiesta: los juegos, las gracias, la música; los pequeños animales sabios; la inexplicable maravilla del equilibrio y de la magia; las pantomimas decorativas o ruidosas que ora aspiran a la magnificencia de la fantasía oriental, ora se complacen en lo grotesco y estruendoso de la farsa terrena; la seca, repetida y estimulante sonoridad del látigo en manos del domador adusto o la *ecuyère* sonriente y decorada de vivo color de rosa y de esmalte, o perdidas las blandas líneas del femenino eterno en el fuerte y continuado ejercicio de los músculos: todo en sucesión más o menos ordenada y vertiginosa, para mantener sin solución de continuidad la ilusión de los sentidos, tanto más deslumbradora y febril, cuanto más nuevo e infantil era el concurso.

Advertíase en la sala — llena por mil cuatrocientos niños de los dos sexos, de los colegios y asilos de nuestras sociedades caritativas — no las francas y torrenciales manifestaciones del público ordinario, profano, diremos así, de los domingos, sino las más tímidas y retraídas de los colegiales, sujetos a la disciplina y al orden semimonásticos, en presencia de sus directores, maestros, sacerdotes y hermanas de caridad; pero así eran también de interesantes, regocijados y armoniosos, los estallidos del entusiasmo, cuando olvidando el régimen y la compostura del claustro, centenares de manos palmoteaban y los semblantes sonreían o reflejaban el asombro y la sorpresa.

Allí los clowns, los niños “duetistas”, los papagayos adiestrados, la inmortal *Cenicienta* — modelo de virtud y del poder de la humildad — tuvieron la misión de verter en tantos corazones y cabezas de niños, nacidos fuera de los halagos de la fortuna, un rayo de ese sol de la dicha que gozan los demás, los que no perdieron sus padres, en los talleres, en

las labores rudas, en los lechos de la caridad o en los campos de batalla. ¡Qué hermosa, qué sagrada alegría la que revelaban esas sonrisas y esos aplausos, espontáneos y musicales, nacidos del fondo del alma sorprendida por un placer tan nuevo!

Ciertamente, la fiesta del clown de los niños, consagrada a los pobres y huérfanos, es digna del recuerdo que ellos guardarán, así de las cosas que vieron, como de su iniciador generoso. Por eso el testimonio del reconocimiento de la alta sociedad de Buenos Aires, otorgado en un pergamino con las firmas de las nobles damas que tienen bajo su amparo la niñez desvalida, deberá ser para Frank Brown el laurel más puro que haya conquistado en su carrera de artista, y un lazo imperecedero que le vincule a nuestra tierra, más aún de lo que ya lo está por el cariño y la gratitud.

Aquella noche y muchos días más en el tiempo, los que asistieron a la fiesta del payaso, se habrá poblado el silencio de sus salas, colegios y asilos, de cuchicheos y rumores, de comentarios y risas retrospectivas, allá, cuando en los juegos de la memoria y en los espacios del sueño, cruce alegre y ruidosa la imagen del clown, con su gesto deforme y burlesco y su pirueta desarticulada. Y los niños desheredados reirán en sus sueños y bendecirán, al amanecer, el día en que recibieron la ofrenda del artista.

EL PATRONO DEL HUACO

EL PATRONO DEL HUACO

Tengo en el alma algo como una vaga tristeza que no sé de dónde viene ni por qué razón; pero cuando pasa uno por estos momentos, siente deseos de remontarse en alas de su memoria a tiempos mejores, que siempre son los que han pasado.

¡Oh, niñez, dichosa edad — diré, parodiando al Hidalgo de la Mancha, — en tí nada hay que no despierte un acorde, nada que no sea una armonía, un idilio, un poema! De ella quiero hablar; quiero volver a ella, aunque sea para recordar episodios insignificantes, que tienen todo el encanto de esas leyendas del hogar que hacen reverdecir las canas del anciano.

El Huaco fué un fuerte de la indomable tribu que la conquistadora española encontró poblando las faldas orientales de los Andes, en la provincia de La Rioja, la de los bravos calchaquies, en cuyo indomable valor había toda la fiereza y el heroísmo de los suizos de Guillermo Tell. Eran soberbios como sus montañas, inaccesibles como sus rocas sumergidas en las nubes.

La conquista religiosa penetró antes que la militar, porque los indígenas, como los niños, están más dispuestos a ceder al arrullo del amor que al empuje de la fuerza.

El Huaco, fuerte militar de los calchaquies, se convirtió en asiento de una misión jesuítica; y al abandonar los Padres sus posiciones americanas, dejaron también en aquel lugar de las montañas los restos de su paso, en las chozas las imágenes de los dioses embellecidas por el culto de muchas generaciones, y en las conciencias una mezcla informe de las

supersticiones que engendra la fe con las extravagantes pero poéticas tradiciones de la raza.

Allí se establecieron mis antepasados, allí llevaron sus penates y se entregaron con labor infatigable al arte que Virgilio cantó en églogas inmortales, en aquellas planicies cubiertas de verdura, donde la flauta rústica de Teócrito congrega los rebaños al caer la tarde.

El sentimiento y la imaginación religiosa han divinizado también los atributos de nuestra madre tierra. San Isidro, con su rostro tostado por el sol y su par de bueyes, ha reemplazado a la fecunda Ceres:

¡Benditos sean sus frutos!

En lo alto de aquellas montañas he aprendido a balbucir mis primeras palabras, y sus espectáculos gigantescos me enseñaron desde niño a tener fe en el trabajo y en el pensamiento del hombre. Quizá también allí aprendió mi corazón a desafiar las tempestades.

Todos los días un anciano criado de mis padres se apoderaba de mí, e internándose en las gargantas de los montes, encumbrándose en los picos elevados, recorriendo las altiplanicies, me hacía admirar toda aquella grandeza silenciosa y soberbia. Para distraerme me contaba las historias de cada uno de los monumentos de piedra que la naturaleza, la labor incesante de la extinguida raza nativa o el sentimiento religioso habían levantado en la lenta sucesión de los épocas. Volvíamos a nuestra casa cuando

lo bel pianeta che ad amar conforta

comenzaba a brillar sobre las cumbres del occidente.

Aquel anciano me condujo un día al borde de una fosa abierta por la naturaleza misma sobre la peña dura, de tal manera que al contemplar sus formas regulares y geométricas, parecía increíble la ausencia de la mano del hombre.

La fosa estaba vacía, y sólo una planta de *nogal del campo*, nacida en su fondo, la llenaba con sus ramas.

—Ve, hijito — me dijo, sentándose y tomándome entre

sus brazos; — aquí fué donde encontramos a nuestro padre San Isidro, con su *yuntita* de bueyes y la campanilla con que llamaba a los fugitivos o transeuntes.

San Isidro se apareció aquí por primera vez en circunstancias muy tristes para todos los habitantes. Hacía más de tres años que el Señor no favorecía a esta tierra con los beneficios de la lluvia; los campos, yermos y desolados, presentaban el aspecto de un incendio apagado; las fuentes, los arroyos que bajan de esa montaña que ahí ves, se habían secado en las entrañas de las rocas; los rebaños y los ganados de tus abuelos, llegaban hasta la casa desesperados por el hambre y la sed, y en todas partes no se veían sino los montones de huesos de los que morían... Ya no había frutas, ya no había pastos, ya no había nada: los moradores del Huaco tenían que cavar las peñas para conseguir un trago de agua.

Un día nuestro amo mandó a toda la servidumbre a recorrer todo el campo y la montaña en todas sus sinuosidades, a ver si se descubría alguna vertiente que hubiese permanecido ignorada hasta entonces.

Salió mucha, muchísima gente: hombres, mujeres, niños. Recorrieron en vano las quebradas más hondas, siguiendo las huellas del ganado, desde la mañana hasta la tarde. Todos se disponían a volver a sus hogares con la desesperación de siempre. Se hallaban reunidos para volver, sobre una de estas colinas, cuando escucharon el sonido de una campanilla metálica, que salía del fondo de unas enormes rocas a cuyo pie el seco cauce del arroyo gemía de sed.

La curiosidad y el asombro se mostraron en todos los semblantes, y corrieron a aquel llamamiento misterioso que parecía el anuncio de la anhelada salvación.

Llegados a la cima de la roca, sólo se descubrió una fosa cuadrilonga, cubierta apenas por algunas ramas secas que los peregrinos levantaron con religioso temor.

Dentro de ella se encontraba una imagen de San Isidro, con su yunta de bueyes, todo de yeso y en tal estado de frescura, que parecía acabada de salir de manos del escultor.

A su lado tenía una campanilla, un misal viejo y un cuadro en lienzo que representaba al mismo Santo.

Pero ¿quién había tocado la campanilla? Esto se preguntaban, cuando alguien creyó ver huir por entre los matorrales y desaparecer en un instante, a un hombre vestido de larga capa y amplio sombrero.

—¡Es el santo que nos ha llamado para que encontremos su imagen, nuestra salvación y nuestra felicidad! — gritaron todos. — ¡Milagro! ¡Milagro!

El júbilo más indescriptible se siguió a aquélla escena; las gentes alentadas por la fe pensaron al momento en acudir a su milagroso Patrono, pidiéndole lo que era su necesidad mayor en aquellos terribles instantes: agua para los ganados, lluvias abundantes para los campos y sembrados.

Se resolvió hacer solemne función al día siguiente, en que expondrían el Santo a los rayos del sol que abrasaba los sembrados y la naturaleza toda, en la esperanza de que desde el cielo enviaría las lluvias que son la bendición de los labradores.

La imagen fué llevada con gran estrépito a la casa de los amos, donde se le levantó un altar.

Al siguiente día nadie pensó en el trabajo; todos se preparaban con ansiedad febril a presenciar uno de aquellos grandes milagros que son la salvación de los pueblos.

Se improvisó un altar en el patio, se colocó allí la imagen del Santo de las labranzas con su par de bueyes uncidos al arado, mientras el sol, más encendido que nunca, amenazaba devorar aquel día el mundo entero.

Comenzaron las rogativas en coro fervoroso.

Todos permanecían de rodillas, con las manos y los ojos levantados al cielo, cuando comenzó a percibirse un sordo rumor parecido a un volcán que estallara en el fondo mismo de la tierra; ráfagas como llamas azotaban los rostros; algunas nubes de fuego comenzaron a extenderse como agujas en el horizonte, medio envueltas por una bruma semejante al humo de los incendios. Parecía como si se preparase la

lluvia de fuego que según las profecías debe caer el día del juicio.

Un terror inmenso se apoderó de todos; el juicio final llegaba; aquellas eran las señales anunciadas. Pero no, hijo mío, no era más que el gran estremecimiento que siente la naturaleza ante un milagro de la Providencia.

Tras de aquellas nubes rojas aparecieron otras más oscuras; las ráfagas refrescábanse lentamente y un nublado espeso empezó a levantarse por los cuatro lados del cielo. El sol templó su ira, algunas garzas cruzaron rápidamente hacia los manantiales y se oyeron de nuevo los cantos de algunos zorzales en el huerto.

Repentinamente, un trueno formidable estalló en las nubes, que ya habían cubierto el sol; las montañas que nos rodean se conmovieron hasta sus cimientos ante aquella señal de la bendición de Dios, y gruesas gotas de agua, al caer sobre el suelo avariento, levantaron densa polvareda por algunos instantes.

La lluvia torrencial se desató, por fin, como en los días del diluvio, y aquellas gentes parecían querer empaparse en el agua, sedientas, desesperadas, locas de contento, de asombro, de satisfacción íntima; por las faldas de las montañas, por los llanos desolados, por las cumbres, por los ríos, por todas partes se veían correr y retozar los ganados de toda clase, cual si la naturaleza entera hubiera perdido el juicio.

La lluvia duró todo ese día, toda la noche y el día siguiente.

Entonces, tus abuelos, mis amos, dijeron que desde aquel día quedaba San Isidro declarado Patrono del Huaco y de todos sus campos de pastoreo y labranza.

Mandaron construir una capilla, y en ella se ofrecen hasta hoy las oraciones de todos los que vivimos aquí, y cada vez que la sequía amenaza destruir y matar de sed y de hambre los ganados, hacemos las mismas rogativas que las del día del milagro.

El viejo, mirándome a la cara me preguntó con cariño:

—¿Te ha gustado el cuento?

—¿Ahí no más se acaba? — le interrogué a mi vez con ansiedad propia de la imaginación infantil.

—Aquí se acaba, sí, y ya nos vamos a casa, porque entre cuento y cuento se nos ha entrado el sol y llegaremos de noche.

Emprendimos la vuelta cuando ya no era posible distinguir los accidentes de la montaña.

Seguía a mi viejo amigo con la frente sombría y el labio mudo: las supersticiones, las maravillas de un Dios que yo no comprendía, narradas por la fe más pura, habían sembrado su germen en mi conciencia informe.

Mi espíritu, lleno de temores supersticiosos, sólo pudo fortalecerse, cuando delante de los libros de la ciencia y de los fenómenos visibles, pudo deducir las verdades grandes y pequeñas que brotan con el ejercicio libre e independiente de la inteligencia.

Me ausenté de la casa de mis antepasados a la edad de seis años. ¡Ah! durante las calamitosas épocas en que el sable de los caudillos dominó mi tierra nativa, ese hogar pobre pero querido fué azotado por el robo y la matanza, y mis padres desterrados de él, vagaron sin rumbo ni reposo, sin tener donde reposar su cabeza!

Después de veinte años de ausencia volví a ver aquel nido amado de mis primeros años. En una hoja de mi cartera escribí las siguientes palabras a la luz moribunda de un crepúsculo:

“En este día he penetrado a la vieja morada de mis padres, después de una larga ausencia. Vuelvo hombre, más en experiencia del mundo que en años; pero vuelvo lleno de lágrimas sin forma al hogar donde pasé las más bellas horas de mi vida, después de haber visto desaparecer a mi padre, y de haber dado yo mismo a mi madre una pobre sepultura en tierra extraña”.

EL DIARIO DE UN MISANTROPO

EL DIARIO DE UN MISANTROPO

Hemos violado el secreto de un libro que se escribe en el silencio de una vivienda retirada, modesta, casi fría por lo desnuda, en donde el autor pasa sus vigiliassobre las lecturas, o bajando a las obscuridades de su propio corazón, para consignar las impresiones de las primeras y revelar los misterios del segundo.

Recorrimos de punta a cabo las páginas del manuscrito, pasando por todos los matices, por todos los tonos y por todas las escabrosidades de una vida casi puramente psicológica, confesadas a sí mismo por nuestro personaje, quien, llevando la existencia de un misántropo, se forja dramas sombríos en que es actor principal y muchas veces único.

Su prolongado alejamiento de la sociedad, ha hecho que vaya lentamente agrandando e iluminando un mundo diferente del real en que todos nos rozamos día a día, para llenarlo todo con su espíritu, con su imaginación, con su complicada y múltiple labor psíquica, con las luchas sordas trabadas allí, en medio de cuatro paredes, enfrente de un tintero donde el Dante, en bronce, clava también sobre el papel la mirada lúgubre, cual si contemplara aquellos círculos profundos poblados de lamentos; y así, el joven literato, autor del diario, va eliminando ante su propio cerebro el mundo exterior, del que sólo le llegan resplandores vagos en forma de recuerdos, para encerrarse dentro del otro, en apariencia más sereno, pero en verdad —según sus páginas— mucho más agitado y turbulento.

No obstante, este estado de ánimo que recrudece cuando el pensamiento filosofa sobre la vida y los hombres, se despe-

ja, se desnubla, por decirlo así, para juzgar las obras que lee y los personajes históricos.

Páginas negras ha escrito sobre los destinos y la suerte de la patria. Ya ve cruzar el fantasma de Bruto renegando de la virtud cuando triunfa la fuerza y la astucia, ya la sombra de Catón atravesándose con su propia espada por no presenciar los días que presiente para la tumultuosa Roma.

Escepticismos, delirios, dudas, sueños de variado color, pero siempre velados por una niebla oscura, forman el ambiente que domina en aquel espíritu solitario, en cuyo fondo susurran brisas suaves como rugen huracanes violentos.

Las hojas que hemos extraído de ese diario son tomadas casi al azar, eligiéndolas de diferentes tonos y objetos. Es el literato, es el joven del siglo, es el artista, es el misántropo.

Nos asegura haber sido leal consigo mismo, no haber fingido, ni ocultado nada, ni temido el juicio de los hombres sobre sus sentimientos y sus ideas, nacidos de las luchas de la vida, calentados en la meditación y pulidos por el estudio.

Cualquiera, al verle, creería hallar en ese joven anciano, un despojo de alguna de esas tragedias mundanas que lanzan sus naufragos en una isla ignorada; pero aquel hombre no es eso, sino más bien el fragmento de una generación truncada en sus sueños, en sus ambiciones, en sus ideales. Es un brazo de estatua rota al salir del molde.

DÍA 4. — He leído la vida íntima de Enrique Heine, escrita por la Princesa de la Rocca. No juzgo el libro, todo saturado de orgullo de familia, bien o mal entendido. No obstante, refresca el alma porque presenta al genio en su aspecto humano, bajo la faz más risueña de la vida.

Hay en Heine todo un problema trascendental, pero que se resuelve muy bien si se observa a los hombres.

Encuentro el secreto de su dominio en el valor moral de decir todo aquello que los demás callan por conveniencia o por sistema. Es un gran vanidoso, y por lo mismo, el que más

duramente ha castigado la vanidad. Esta es la que mata las mejores creaciones del espíritu y siega en germen los frutos nuevos.

Nadie se atreve a revelar ciertos misterios, por temor de que al descubrir vicios y defectos ajenos aparezcan los propios.

La prueba más evidente de nuestro carácter es comenzar por mostrarnos tales como somos. Creo por eso a Heine uno de los genios de la historia. Realiza, para mí, otro ideal: la pasión humana, tal como es, empleada en el juicio de los hombres y de los sucesos.

Un criterio frío casi siempre, acusa una debilidad, cuando no un concentrado egoísmo; esos hombres imparciales son tan raros en la sociedad, como lo sería en el espacio un astro que girase sin sujeción a las fuerzas y leyes que rigen los movimientos celestes.

En Heine, desde sus primeros años, se reveló el hombre; y elevándose sobre esa sólida base, llegó a creerse un dios. Es la progresión lógica y natural.

DÍA 6. — Son las seis de la tarde y no he hecho nada, absolutamente nada. El día no tiene color, y todo lo ven mis ojos con profunda indiferencia. Estoy envuelto en una atmósfera que se parece mucho a la del escepticismo; pero no es ese mi medio moral; es un decaimiento transitorio, una momentánea descoloración de la luz que anima los cuadros, y todos han quedado iguales, sin variedad.

Así me imagino el Limbo de la tradición: un espacio sin color, sin temperatura, sin sonidos, sin objetos. No es oscuro, porque la obscuridad es la privación de la luz, y el Limbo es anterior a la sanción de la ley penal eterna. Así, pues, no es un castigo.

He pasado en el seno de Abraham casi todo el día. Confieso que en él la vida es imposible; reina como soberano el hastío, y salgo a buscar otro ambiente.

DÍA 12. — Seis días hace que no he hablado contigo, ¡oh amigo leal! ¿Qué ha pasado por mí durante ese tiempo? Después de mi día seis, que comparo con el 24 de Larra, salí a la calle como quien busca embriagarse, abstenerse de sí mismo en el bullicio mundano. Hoy me siento más tranquilo, y puedo observar con discernimiento lo que pasa dentro de mi ser.

La idea del amor ha cruzado muchas veces por mí, y he pensado en una mujer que hasta ahora está destinada a ser la compañera de mi vida.

Veamos, filosofemos, *raciocinemos* sobre esto que tan extraño parece al raciocinio. Yo no puedo comprender ya esos amores de fuego que dominan y ofuscan la razón; los creo tan falaces y pasajeros como el vendaval. Jamás deben ser ellos los que conduzcan al matrimonio, porque éste, como el edificio de la parábola, debe levantarse sobre roca dura.

El amor, auxiliado por la razón, conduce a las grandes acciones que se immortalizan por los resultados; pero librado a sí mismo, se me imagina una locomotora cargada de vapor, a toda velocidad, sin maquinista...

Para mí el matrimonio va a ser la solución de todas mis dudas, el fin de todos mis fastidios, de esas "dispepsias morales" —como le decía a mi amigo A. hace algunos días— que tanto perturban la felicidad y hasta el criterio más común de las cosas; pero ha de ser ese matrimonio que yo deseo, el que proyecto, el que he soñado siempre.

Yo amo a mi elegida con todas mis facultades, no esclavizándolas, sino que cada una ejerce la acción que le corresponde en esa faz de mi existencia. Ella es parte, pues, de mi ser.

Mi fantasía la ha comparado ya con las bellezas supremas, mi entusiasmo la ha sublimizado, mi razón la ha comprendido, mi voluntad la desea siempre, mi memoria la ha estereotipado en el sitio más luminoso y bello de las metamorfosis mentales.

No me siento capaz de pintarla, por temor de caer en las

hipérboles que hacían exclamar al bueno de Shakespeare: —“¡Por el cielo! yo encuentro a mi amada tan graciosa como todas las vírgenes calumniadas por una falsa comparación”.

Pero debo añadir para mi propia satisfacción y mi vanidad, que por cima de todas sus bellezas y como esa casi imperceptible bruma azulada que se extiende delante de las colinas y de los valles, se advierte a su alrededor un tinte, una revelación interior, una aureola que anuncia en el fondo de su cerebro el genio capaz de las concepciones más sutiles y delicadas de la estética, de la filosofía, de la ciencia.

Susceptible de las más suaves impresiones de la belleza, como de las meditaciones más graves de la vida, la creo una de las mujeres comparables a las creaciones inmortales de Shakespeare y de Goethe: Carlota, Julieta, Ifigenia, Porcia...

He comprendido la influencia moral de la belleza escultural, cuando he visto la Venus de Milo, descrita por Saint-Victor y cantada por Leconte de Lisle, y sólo me ha conmovido y subyugado la belleza humana, cuando he contemplado a mi prometida, y siempre que la contemplo. ¿Hay en esto hipérbole? No. Transmito la verdad de mis impresiones.

No analicemos. Sería desvanecer con un soplo frío las engañadoras visiones, los calenturientos sueños y los raciocinios desordenados de un cerebro excitado por vigiliadas y lecturas, sin el alivio del aire puro de los campos, sin el contrapeso de la prosa de la vida, que hace guardar a las imaginaciones más ardientes su equilibrio normal y su temperatura media.

El concepto del amor, como él lo describe y lo pinta, nos revela el medio psicológico en que respira. Quiere convencerse a sí mismo de que dice la verdad, quiere ocultarse su propio veneno, quiere hacer ver un mundo real en el mundo fantástico surgido de su cerebro, sobreexcitado y coloreado por los vapores intermitentes que suben del corazón, oprimido por el hielo de una filosofía que en vano trata de velar con los recursos y las imágenes del arte.

Quizá este hombre es más interesante que su libro; pero, en todo caso, una vez concluído, será un poema, un poema nebuloso, del cual brotarán a intervalos vívidos rayos de luz; será la historia de un tipo social, hijo de ciertas épocas en que se desequilibran o se pierden las nociones fundamentales de la vida, y desaparecen del cielo las estrellas fijas, las que marcan al hombre el derrotero sobre el océano turbulento o sobre la llanura incommensurable.

PORTADAS

PORTADAS

I

LA GUERRA

La historia es la cátedra más luminosa, porque es experiencia, es virtud, es heroísmo, es sacrificio, es gloria. Ella forma los grandes caracteres que honran la raza humana y dan días inmortales a las naciones.

La guerra es en el mundo lo que son las tormentas en el espacio: aquella pone en lucha las fuerzas sociales que mantienen el vigor moral, como éstas ponen en lucha los flúidos atmosféricos que renuevan constantemente la savia de la naturaleza.

Un pueblo que no pelea es un pueblo que marcha a la decadencia, si severos principios morales no retemplan su espíritu, como un pueblo que no canta sus glorias es un cuerpo sin alma.

En este libro se refiere la historia de la guerra más trascendental de los tiempos: es el choque de dos corrientes antagónicas seculares. Dos naciones que están a la cabeza de dos razas se trabaron en combate disputándose el dominio del derecho, como en el poema de Milton, dos espíritus sublimes que son la personificación de dos principios eternos, se disputaron el dominio de las almas.

¡Alemania y Francia! Dos pueblos de luz.

¿Quién triunfa? — aquel que con la ciencia domina los desbordes de la pasión. Y en *El Paraíso Perdido*, Miguel arcángel y Satanás.

¿Quién triunfa? — aquel que encarna la ciencia suprema, la virtud.

La guerra científica ejercida por la virtud cívica es el *desiderátum*. La piedra angular de la guerra científica es la artillería. El artillero es el baluarte futuro del derecho humano.

Un artillero clavado al pie de su cañón cuando el fragor de la batalla estremece la tierra y encrespa los mares, resplandece con el brillo de un personaje de Milton: de sus maniobras brotan los truenos y el rayo, como nacen del fondo de las nubes en los combates celestes.

Está la inmortalidad decretada para los que mueren al lado de su cañón. La bala que los derriba, es la conductora de su gloria.

II

FLORES NATIVAS

Invitar al escritor a ocupar con su pensamiento la primera página del álbum de una niña, tan bella y amable como la misma virtud, es como confiarle la misión sagrada de tejer las enredaderas en la fachada del templo ideal, donde han de acudir los desposados, en coros alegres, a depositar con sus guirnaldas los votos eternos del corazón.

Hace mucho tiempo que las armonías gratas a los adolescentes y núbiles no tienen sus cuerdas en mi alma. Se rompieron con las tempestades de la vida, y se alejaron sus notas en la ráfaga que no vuelve jamás, la que se lleva los años de la juventud. Acentos más reposados y graves brotan al pulsar el arpa ya descuidada de los primeros cantos, y tintas pálidas sólo surgen de la paleta donde antes bullían en germen imágenes deslumbrantes de colorido y movimiento.

Y luego, yo no soy un sabio en la ciencia de las flores, ni conozco sino aquellas nacidas conmigo en el valle o en la cumbre de la montaña argentina, y cuyos nombres, si alguno los guarda en la memoria, nunca tal vez, podrían tradu-

cirse en el obscuro y frío lenguaje de los libros. Pobres compañeras del sentimiento indígena, ellas adornaron acaso las cabelleras de reinas ignoradas de la virgen América, perfumaron con suave y místico aroma los instantes del ideal y del ensueño, y al fin, sobre los sepulcros de piedra donde reposaron reliquias amadas, ellas se alzaron para formar símbolos imperecederos de esperanzas desvanecidas por la transitoria muerte.

He visto allá, sobre las rocas enhiestas que sólo las águilas y los cóndores visitan, trepadoras extrañas semejantes a los pintados y ágiles reptiles, envolver con sus caricias salvajes los árboles centenarios, besarlos con besos de flores rarísimas, estrecharlos con abrazos de intenso amor filial, y allí en lo alto invadir los nidos y hacer brotar el cáliz de oro junto al polluelo que ensaya su primera nota en presencia del abismo.

Y después, junto a la margen accidentada de los torrentes, donde ruiseñores ignorados del mundo van en bandadas a refrescar la garganta encantada de los prodigios musicales, he visto también seguir a la onda bulliciosa, remedando los copos de espuma y los giros imprevistos como vuelo de golondrina, otras enredaderas sutiles cuyas hebras de seda, de plata o de esmeralda relucientes, a trechos alternadas con florecencias casi impalpables como gotas de agua modeladas, conducen, desde las cimas a las grutas, y desde las grutas a los llanos, el mensaje imperceptible de la eterna poesía.

También sé que en otras regiones de la Patria, allá en las selvas del trópico y entre los lejanos bosques y lagos maravillosos del sud, despliegan su magnificencia hermosísimas y caprichosas flores semejantes a deidades, que ya flotan en las aguas dormidas, o brillan como piedras preciosas en las sienas de los montes nevados. Pero yo soy hijo de los valles que el Famatina sombrea con su gigantesca atalaya cercana al cenit, y no sé de otras enredaderas que esas nacidas conmigo, compenetradas de mi propia vida y cuyos perfumes evocan

la infancia, y cuyas suaves caricias recuerdan los deliciosos arrullos del hogar.

Mientras otros no conduzcan a este santuario recién abierto ofrendas más preciosas y raras, de otros climas, países y mundos, y mientras no lleguen a los oídos de su dueña las plegarias, las canciones, los votos a que ella lo destina, séame permitido plantar delante de su pórtico unas enredaderas silvestres traídas de mis valles nativos, y recordar la música inenarrable con que allí, en las alturas, la naturaleza conmovida saluda a la aurora, como mensajera suprema de todas las felicidades y espléndida dispensadora de la gracia celeste y de la eterna hermosura.

III

DEL ÁLBUM DE UN AUSENTE

Es ésta la vez primera que voy a escribir con temor en un álbum. Sucédeme como al pisar los umbrales de un templo de creencias amadas: siento la respiración suspendida, el alma turbada y un leve temblor en todo mi cuerpo, como si entrase a confesarme de veras, sin ocultarle nada al sacerdote ni a Dios... Pero ya estoy adentro, y el corazón, creyéndose solo en una inmensidad, se escapa por las salidas de su cárcel con inquietudes e impacencias de niño prisionero.

Yo soy así; creo en los sentimientos íntimos, puros, invisibles que en la humanidad son sueños y en las religiones misticismo; los llevo dentro de mí cual si yo fuera un enviado de un mundo anterior para comunicarlos a otro por venir, con el encargo de ocultárselos al presente, porque, o ha de escarnecerlos o ha de crucificarlos; los llevo en un seno recóndito de mi ser, cuidando que no les llegue una vislumbre ni el más vago rumor del mundo externo, porque como ciertas flores levísimas hijas de la noche y del rocío, se ennegrecen al contacto, siquiera sea imperceptible, del más tenue rayo de sol.

Pero a veces lo siento rebelarse, engrandecerse, tomar vi-

gor y empujar sus murallas con extraña fuerza, y me advierto incapaz de guardar el secreto; y esto me acontece cuando entre el confuso rodar de mis semejantes, pasa junto a mí alguno de esos raros espíritus que despiden luz interna, de la que filtra al través de los muros más espesos, y sin quererlo yo, y aún esforzándome por evitarlo, sus claridades penetran en mi escondida urna, y la iluminan y delatan lo que en ella llevo oculto para todos y a veces para mí mismo.

Me pasa con estos seres privilegiados del talento y de la armonía lo que a ciertos instrumentos de cuerda, que sin pulsarlos nadie, mientras reposan sobre un mueble o cuelgan de un árbol, se ponen a desprender sonidos y melodías espontáneas, como si dedos encantados pasasen sobre ellos rozándoles apenas con la ligereza de las alas de una mariposa.

¡Oh, dueño feliz de este libro! Mía no es la falta si mi secreto ha sido revelado; culpa es de la lumbre traviesa que lo sorprendiera, de la armonía comunicativa y evocadora que hizo despertar esta nota que yo mantenía encadenada en el fondo sombrío de mi alma, porque cuando la tuve en libertad me hizo pensar como un loco, soñar en cosas imposibles, amar lo que no había nacido o estaba agonizante, y creer en lo que este mundo no imagina o no comprende, y siempre nubló mis ojos con una lágrima para no ver lo que giraba en mi alrededor. Sí, por eso la tengo prisionera y por eso adviértese su existencia sólo cuando la sorprenden la luz o la armonía.

Ahora que ha asomado, ha dicho una sola palabra, me ha hecho ver en ti, ¡oh amigo! un espíritu digno de amor, siempre envuelto en una niebla sonrosada, pero viajera... Allá va tras de ti, no obstante, siguiendo tus rumbos inciertos. Ese es su destino: amar lo que ha muerto, lo que no ha nacido, o lo que pasa...

INTERMEZZO

DOS DECADAS DE RECUERDOS LITERARIOS

1887 - 1910

PRIMERA PARTE

**UNA EPOCA DE HISTORIA LITERARIA
ARGENTINA**

1

LA VIDA LITERARIA ARGENTINA

LA VIDA LITERARIA ARGENTINA

¿Podemos decir que tenemos una vida intelectual? Sí, ella existe, sin duda, deslizándose silenciosa, imperceptible, tímida, en medio de la vorágine que sacude la sociedad argentina, en este período excepcional de su historia.

El escenario está como cubierto de polvo, de nubes esparcidas por vientos de lucha; de gritos de ira, de ánimo, de desesperanza, de sarcástica alegría; de turbamultas frenéticas, de legiones marciales, de banderas y estandartes agitados y en desorden.

No se siente el rumor de una música, ni el vuelo de una estrofa como ave extraviada entre la tormenta, ni el golpe metálico de un cincel... Nada de eso asoma a la superficie. ¿Han enmudecido los artistas, o no han aparecido todavía?

La vida del pueblo es comparable a la de los grandes montes. En la cima inaccesible, la luz radiante y pura; en las faldas y en las cavernas, las tempestades amenazándose las unas a las otras con estruendosa rabia; en las grutas, en los valles profundos, en el cauce de los torrentes, la gota de agua cristalina labrando columnas diáfanas, las flores pintando en el suelo caprichos de colores, las aves cantándose ternezas y jugueteando entre rocas y arbustos. El estrépito de los vientos ensordece la melodía, el polvo y las nubes envuelven el paisaje risueño, el fulgor del relámpago apaga el iris que brilla en las espumas del raudal sinuoso.

Observar de lejos es ver la sombra, es percibir el fragor de los truenos, es distinguir solamente la masa enorme del granito, circundada de una atmósfera polvorosa.

Así es el pueblo, —así son los pueblos todos de la tierra,— cuando viven a cielo abierto, cuando han conocido la luz plena y han sido bautizados en la libertad, con hierro y con sangre. Ama las tempestades, y algunas veces corre a treparse sobre sus carros estrepitosos, dando gritos de pelea y de triunfo; y así son los combates de la atmósfera, como las batallas de los hombres entre sí.

Imperan entonces la razón, la fatalidad y la fuerza. La lira humana no ha producido aún la nota correspondiente a esa tensión del alma colectiva. Virgilio pintando el huracán que bate las naves del fundador de Roma, con épica, insuperable entonación, desfallece cuando compara el furor de los vientos con el furor de los hombres amotinados.

El arte, que es armonía, que imita y forja, da vida y voz aun a las más grandes revoluciones de la naturaleza, no se exhibe, no habla, no canta en medio de la borrasca. El la retrata después sobre la tela, el papel y el mármol, como las aguas de un manso río, reflejan en su fondo las nubes ora quietas, ora rodando negras, apiñadas y llameantes por el espacio.

Entremos, pues, en la región serena, allí donde las pasiones combatientes llegan tibias, donde una clase de hombres excepcionales, sustraídos a las luchas ardorosas, se ocupa en silencio del culto de la belleza. Ellos están al cuidado del santuario, mientras los más, la gran masa, se anda por las calles, por los clubs, por los comicios, buscando la salud de la patria!

La atmósfera no habla de literatura; está saturada de fluídos prosaicos.

Si algunos, si muchos trabajan en el retiro de sus gabinetes, ya sea la historia, ya el romance, ya el poema, sienten como rubor de confesarlo, y sólo al amigo íntimo, al que conoce y disculpa nuestras debilidades, se atreve a descubrir su trato con las musas.

Hay necesidad de ocuparse de algo elevado y puro, cuando se siente el espíritu colectivo enturbiado por el roce diario

y vulgar de la lucha, cuando los rumbos sociales no son claros, cuando parece haber niebla en todos los ojos, incertidumbre en las conciencias, inquietud en los corazones.

Los artistas son los que consuelan la humanidad en las horas de tribulación; debían ser oídos en los momentos supremos, y no olvidados como seres incómodos en las angustias y dificultades de la acción.

Pero nuestra educación no es para eso; no gozamos ni nos deleitamos con sus creaciones, sino cuando el tiempo sobra, y como los niños, pedimos al poeta un cuento para llamar el sueño a nuestros párpados.

Nos parecemos en eso a nuestros antepasados; aquellos que vivían en castillos, y para quienes era el mayor de los placeres la llegada del trovador con su laud a la espalda, a recitar la leyenda romántica al resplandor de la chimenea en las noches de invierno.

¿Creeis, no obstante, que en esas horas de abandono, se escucha la voz, se leen los libros de nuestros poetas? Lastimoso es confesarlo, pero tengo la convicción de que los pobres poetas argentinos ocupan lugar muy secundario.

Escriben para otros, para el extranjero. Muchas veces de Méjico, de Colombia, del Perú, nos viene la noticia de que un compatriota nuestro los ha deslumbrado con un chispazo de su ingenio. Y nosotros no lo sabemos, ni nos importa, como que no nos ocupamos de poesía, por más trascendental que ella sea para nuestros destinos y para nuestras libertades y para nuestra grandeza.

Antes olvidábamos los ideales para levantar primero nuestra riqueza material; hoy los olvidamos también para destruir lo que se hizo mal, y reedificar lo que era bueno. Y siempre olvidando el ideal, ya para construir, ya para derribar. Va a llover fuego, van a confundirse las lenguas, y no vamos a alcanzar con nuestra torre ni al nivel de los árboles, mucho menos al de nuestras montañas.

Pero los obreros de la idea no se dan reposo; estudian, escriben, meditan sin cesar; saben que los tiempos se acercan de llamarnos a juicio, de pesarnos por lo que valemos y por el caudal de luz que hemos lanzado al mundo; porque no sólo de pan vive el hombre, y la historia demuestra que el espíritu es fuerza y fuerza incontrastable.

Mientras una enorme porción de nuestra sociedad corre desolada tras de la fortuna, de la política, de los placeres, hay otra pequeña que vive en un mundo tranquilo, inalterable, casi monótono, y cuya pena es la de aquellos de Dante, vivir poseídos de un deseo ardiente que no verán realizado jamás, la belleza perfecta, el amor divino...

Hay dramas, luchas, sinsabores en aquellas vidas solitarias; pero se desenvuelven dentro del alma, donde va a reflejarse la humanidad, con sus pasiones, sus anhelos, sus desencantos, sus victorias. Allí se siente, se goza, y se sufre por ella; tal vez por eso es indiferente y estoica, y a veces con la rigidez de la piedra bruta, ni se conmueve ante las grandes catástrofes, ni se ruboriza por los grandes delitos.

Sí, no hay duda, los tiempos se acercan en que debemos rendir cuenta de nuestra labor intelectual, en que debemos exhibir al mundo nuestras artes, nuestras letras. Ya hemos probado que no podemos engrandecernos por el sistema contrario, porque hemos sido rebeldes a las leyes de la raza, y porque hemos roto la cadena de los sucesos, queriendo anticipar el desenlace final.

Nos miran los pueblos hermanos, pregúntannos a cada momento dónde están nuestras letras, nuestros sabios, nuestros monumentos; por qué somos los atenienses de América. Creen que escondemos todas nuestras obras. Las escondemos, sí, muy bien, porque no están hechas.

Volverán la paz, la tranquilidad interna y tal vez entonces no haya tiempo de vaciar en los moldes todas las estatuas, de mover todas las prensas, ni de iluminar todas las telas. La labor del arte debe ser permanente, constante, como el pensamiento mismo, como las facultades que le dan origen.

Esta es la obra actual de nuestros hombres de letras. Todos trabajan y producen, pero enfriados por la atmósfera reinante apenas si se resuelven a leer a solas sus escritos. Algunos hay profundamente desalentados; otros, solicitados por las fuerzas que combaten la sociedad política, han cambiado la lira por la espada, y los menos, arriba de ese estruendoso desconcierto, siguen meditando sobre los altos destinos de la patria.

Un aspecto hermoso de nuestra vida literaria, es la confraternidad franca, sincera, entusiasta entre los escritores de todos los países latinos, y por razones muy axiomáticas, ella trasciende a las naciones.

Italia, Francia, España y la América española conocen a nuestros literatos y a nuestros poetas; se cambian sus obras, se escriben, se informan unos a otros, y reina en sus relaciones el más alto patriotismo, el más acendrado respeto por la nacionalidad. Los nuestros han hecho a los otros amar la tierra argentina; en sus cartas se duelen de nuestras desgracias, en sus cantos nos tributan alabanzas, en sus votos nos desean grandezas y glorias.

Así, aquella porción silenciosa de la sociedad, que en apariencia nada útil elabora, es la que cuida el sagrario, la que vela por lo que no debe mancharse, la que abre las rutas luminosas, la que prepara la rehabilitación por el pensamiento, por el ideal, por el arte.

II

**UN AÑO DE HISTORIA LITERARIA
ARGENTINA**

UN AÑO DE HISTORIA LITERARIA ARGENTINA

I

LA LITERATURA Y EL ARTE

Es ya una verdad antiquísima que la literatura de un pueblo revela su cultura y el carácter de su sociabilidad; y aun estudiándola con detención, puede adivinarse hasta sus destinos más remotos, y calificarse las diversas épocas de su historia. Ella es su pensamiento y su alma; es la fórmula gráfica de la órbita descrita en el espacio de los siglos; y así como puede determinarse sobre el papel la línea que describe un astro en su evolución, lo mismo puede marcarse la curva más o menos accidentada, que dibuja en el tiempo la evolución social.

La admirable literatura de las naciones de Oriente, sintetizada en libros que son biblias eternas, nos ha enseñado que casi en la infancia del mundo, el hombre había alcanzado una elevada cultura moral, arrancando sus bellezas, sus fuerzas y sus ideales, de los diálogos sostenidos con la naturaleza, con los dioses invisibles y consigo mismo. Y cuando más cerca ha vivido de la tierra y de sus fenómenos, más grandiosa, más profunda, más rica, ha sido la expresión de las ideas nacidas de la observación.

Pero todos han tenido una literatura, y por ella los conocemos en sus varios aspectos, en sus apogeos de gloria, y en sus tiempos de miseria; y de ambos estados sociales hemos formado la ciencia experimental que indica a la hu-

manidad su derrotero. Primitivamente una piedra bruta se despoja de sus irregularidades, para formar un cuadrado o una pirámide, luego la forma simple engendra las más delicadas combinaciones, hasta que nace la representación escultural de las cosas, de los hombres, de las ideas. El arte ha nacido de la naturaleza encendida por el pensamiento, como la llama que fecunda la Creación ha nacido del contacto de la tierra con la luz del sol.

La literatura y el arte han aparecido con el hombre, y son un elemento de la vida. Las sociedades les deben la purificación y la elevación de sus destinos. La primera forma artística, el primer pensamiento escrito, han divinizado a sus autores. Son en efecto los verdaderos dioses, porque han sido forjados por la admiración y la gratitud de la humanidad salvada en la cuna por esos seres superiores. Sobre esas bases se han levantado los poemas religiosos que aún se adoran y se admiran; sobre ellas se levantan los monumentos del arte antiguo y moderno; las relaciones de la familia; las fórmulas políticas y científicas y ellas fueron también el cimiento del progreso en todas las industrias, en todas las artes.

No son, pues, asuntos despreciables la literatura y el arte; y en pueblos como el nuestro, que hace poco tiempo vive de sí mismo, las manifestaciones del pensamiento, en su forma y en su fondo, son, por el contrario, materias de la más alta trascendencia. El estudio de nuestra literatura, en la porción en que sea posible realizarlo, debe interesarnos como cualquiera otro aspecto de nuestra sociabilidad; y más que todo, por descubrir si en medio de este tumulto de progresos que nos aturde, la evolución literaria alcanza el mismo nivel, y si la independencia política conquistada por el derecho y por la sangre derramada, se halla también cimentada en los espíritus. Problema difícil y de temibles soluciones, si la respuesta es negativa; pero a la vez esencial para determinar el rumbo de nuestros pasos en el futuro.

He ahí lo que me propongo investigar en estas líneas,

escritas con la precipitación de nuestra vida diaria, cuando apenas podemos sustraernos por momentos a la atracción de sus corrientes, para entregarnos a las especulaciones puramente filosóficas o literarias.

Estudiaré en general el carácter de nuestra literatura en el presente, tomando como elementos de juicio las más culminantes expresiones de ella en el año 1888. Los ecos aún no se han apagado, y pueden percibirse con claridad, no obstante la confusión y el ruido del torbellino que se aleja.

II

NATURALEZA DEL MEDIO

Las obras del espíritu, dice Taine, como las plantas, revisten los caracteres del clima bajo el cual fecundan y crecen. Y esta aplicación novísima de la ciencia al arte, ha hecho surgir soluciones desconocidas hasta hace poco tiempo. Pero es la filosofía de la experiencia que funda las grandes obras. El medio es absorbente, y en sus entrañas realiza fusiones y reacciones que transforman hasta en su esencia la naturaleza de las cosas.

Un rayo de sol atravesando una atmósfera volcánica se teñirá de rojo, como el agua asume el color del vaso que la contiene. Un cerebro excitado por un clima ecuatorial, producirá sueños, idealizaciones y fantasías extraordinarias. En una sociedad dominada por preocupaciones religiosas o políticas, sólo asomarán manifestaciones extremas de uno u otro carácter. Cuando la sed del oro y los placeres sensuales forman el fin de la vida, no se verá surgir, sino por excepción, y como velados por la niebla, los ideales puros y los sentimientos poéticos.

Cuando el Asia invade a la Grecia, los bosques poblados de dioses incorpóreos y de músicas soñadoras, se ven profanados por las escenas de la lascivia y del desenfreno, y los templos magníficos donde las divinidades hablaban a los

hombres, se cierran para siempre, desnudándose de sus primores escultorales y pictóricos; y aquellos mármoles que tallaban artistas semidivinos, van a adornar los palacios de los emperadores, ebrios de vino y de sangre, o las termas donde la sensualidad alcanza las más sutiles y delicadas formas. La luz ha cambiado en la atmósfera, y lo que antes ostentaba la blancura diáfana de los mármoles, porque la luna se reflejaba en ellos, se presenta entonces coloreado con las tintas con que la Naturaleza ha matizado las formas humanas.

Nosotros atravesamos una época de evolución y de renovación en todos los órdenes de la vida. Pasadas nuestras luchas históricas, y entrados en la era del ejercicio de nuestras instituciones, el trabajo material absorbe las fuerzas que en tiempos difíciles se aplican al combate. Es preciso antes que todo tener nación, para poder decorarla y embellecerla con los primores del arte. Somos niños como pueblo, aunque en la ceguedad de nuestro orgullo nacional, creamos ser hombres. Estamos elaborando nuestra nacionalidad, y para ello hemos llamado los obreros de todo el mundo, que se ocupan, como en un inmenso taller, de levantar el pedestal para la gran estatua.

En este período transitorio, las tareas del espíritu no pueden ser pacientes y solitarias, porque de un lado el estruendo de las fábricas, de las locomotoras, de los tumultos comerciales, aturden la mente, y por otro, el pensador no puede aislarse de la corriente que brama a sus puertas porque o le arrastra o le abandona en el vacío.

Las especulaciones de la filosofía y de la ciencia son las que investigan la solución de los problemas positivos del momento, y son como proposiciones matemáticas que van a dar por resultado la determinación de la fuerza que ha de perforar o ascender una montaña, que ha de atravesar el océano en el menor tiempo posible, o que ha de poblar los desiertos de vegetación y de viviendas.

Si algunos cantos resuenan en medio de este inmenso acorde del yunque y del vapor, son los que saludan la victo-

ria del matemático contra la resistencia del agua o del granito, y los que animan al obrero en su labor cotidiana. Los ecos de la literatura en general y de las bellas artes, son demasiado afinados y suaves para ser distinguidos en el seno de este torbellino gigantesco, son demasiado espirituales para arrebatarse al brazo el tiempo que requiere para llenar la tarea del día.

Cuando los picapedreros y los arquitectos levantan el basamento de granito o de mármol, allá en el fondo de su retiro y al parecer ajenos a las agitaciones del taller, el escultor busca en la historia, en sí mismo, en la naturaleza, las formas del coloso que ha de montar en la cúspide. Y así, mientras la inmensa masa de obreros del proyecto social, bulle y hormiguea en las calles y en las fábricas, en los clubs y en las campañas, quizá algunos espíritus superiores meditan en el silencio de su retiro el himno que ha de celebrar la obra cuando se ostente concluída a la admiración del mundo.

Toda esta suma de trabajo material se resuelve en riqueza para las clases elevadas, las cuales, a su vez preocupadas de su formación y conservación, y del placer que trae consigo, sólo por una excepción dedican al libro el tiempo que pertenece a la fortuna y al cultivo de las relaciones sociales.

La transformación invade la sociedad en todos sus aspectos. Usos y costumbres de viejas y refinadas civilizaciones vienen a mezclarse y dominar a las tradiciones hereditarias de familia y de raza. A la sedentaria, perezosa e indolente educación de la Colonia, sucede la actividad febril, la viveza y el refinamiento de los hábitos de pueblos que no han decaído en su espíritu y que han llevado a una perfección inaudita el arte de gozar las riquezas.

El espectáculo de las fiestas, la suntuosidad de los palacios, el esplendor de los trajes, la magnificencia del conjunto, inoculan en la masa social el delirio de la grandeza, y los que contemplan de lejos, con ojos ávidos, el placer ajeno, se lanzan febriles en busca de aquella holganza que les permita subir al mismo nivel, embriagarse con la lisonja que

rodea al poderoso, entregarse sin límite ni medida a la conquista de la hermosura, que entre los halagos de la fortuna parece resplandecer con mayor encanto e irresistible atracción.

Una degeneración lógica de los sentimientos y de los ideales puros se manifiesta en seguida, porque la sed que devora las almas ciega los caminos rectos, y entonces los ambiciosos del placer y de los honores, divisando muy cerca el logro de su vanidad, arrojan un velo sobre sus nociones morales, seguros de que una vez envueltos en el vapor perfumado de los grandes salones, y multitud que se apiña en ellos como los insectos en torno de la luz, sólo ha de entonar alabanzas a la generosidad del Anfitrión, sin juzgar el origen ni los medios con que logró levantar sus palacios y decorarlos a maravilla.

La moda cada vez más apremiante, el buen gusto que vive del dinero, la complacencia y la adulación que lo conservan y que absorben todas las horas del día, y el hábito de acordar distinciones al que sabe concederlas con mayor magnificencia, hacen que la más grande parte de la sociedad viva pendiente de esas obligaciones, que entran a formar la base de la educación, del criterio y de la vida. Y aún en la juventud que asiste a las cátedras donde se prepara la ciencia del porvenir, cunde la llama del incendio, y los cerebros infantiles excitados por el ambiente del deleite, apenas fijan la atención sobre las páginas del libro; y las generaciones van pasando por los colegios, vacías de principios sólidos, y sólo nutridas de ideas superficiales, que una vez en la vida práctica, producen la confusión y la anarquía en el gobierno social y político, la debilidad y la venalidad en los caracteres, el egoísmo en las relaciones humanas, y entrañan el peligro de dejar un día a la patria sin defensores, cuando un enemigo formidable llame a sus puertas en son de batalla.

Pero cuando ha pasado el período de elaboración, cuando todas las falsas ilusiones se han desvanecido, cuando las ambiciones locas han sido burladas por la realidad, cuando

en fin, el líquido en ebullición ha recobrado su nivel ordinario, y quedan separadas o evaporadas las materias impuras, entonces unos y otros vuelven los ojos hacia el pasado, para buscar en él los recuerdos olvidados, las nociones perdidas, las tradiciones gloriosas; y el libro asoma de nuevo; los poetas son escuchados porque son ellos los que conservan el fuego del santuario en medio de la vorágine humana, y ellos quienes hacen resucitar los viejos y nobles ideales de la raza, de la patria y de la familia. La poesía como la luz, siempre surge inmaculada del fondo del abismo, después que las tormentas y los cataclismos han obscurecido la tierra.

Entonces asoman las obras de aquellos espíritus que se mantuvieron inaccesibles a las malas influencias, esperando para ellas tiempos mejores. Las bibliotecas se nutren de los frutos del entendimiento, y los que han vuelto de su delirio, acuden a ellas sedientos de noticias, como antes corrieron el mundo sedientos de placeres. La aurora ha reaparecido develando los abismos y desvaneciendo los sueños; y es entonces que se contempla en toda su verdad la obra del progreso. El artista superior viene, la examina, la pule y la corrige, y cuando todo queda concluído, sonríe con orgullo, descubre el velo que la oculta a la multitud, y un himno de admiración aclama el triunfo del genio. El pueblo ha sido el obrero, y los espíritus superiores son los artistas que han inspirado y concluído su obra.

El estado actual de nuestra literatura tiene su origen en nuestra evolución histórica, institucional y social. La Metrópoli ha concentrado siempre en su seno toda la actividad intelectual, todas las fuerzas regeneradoras, todos los progresos propios y los que han venido de afuera, con la inmigración de ideas y de brazos. La propagación de ellos hacia los extremos del país no fué sensible, y las provincias continuaban, como en los tiempos coloniales, creciendo con la lentitud de las plantas de sus llanuras desoladas o de sus montañas salvajes. Su sociabilidad se mantenía aún envuelta en las formalidades y en los vicios con que nacieron; y poseedores de

tesoros inmensos de arte y poesía, y de una naturaleza robusta y matizada de bellezas sin número, carecían, no obstante, de la preparación necesaria para comprenderlos.

Hoy la fusión se verifica, gracias a los progresos materiales que se difunden y acercan los extremos al centro, y a la propagación de los estudios elementales que van abriendo amplios horizontes a las agrupaciones más lejanas. Las corrientes comerciales recorren ya todo el país, y aproximando a los hombres, van equilibrando su temperatura y sus densidades. El habitante rústico de la aldea de provincia recibe la influencia refleja de los grandes centros, transmitida por el propietario que ha ido a ellos arrastrado por su comercio, y donde ha conocido las maravillas de la industria y del arte, y por el hijo que vuelve de las aulas nutrido de conocimientos, y más que todo, de hábitos cultos, de gustos más elevados, de ideales más perfectos. Y por todos estos medios, la cultura que rebosa en la Metrópoli, va difundiéndose en los extremos, a la manera de la sangre que teniendo su motor en el corazón, es lanzada con fuerza a animar las más lejanas células del organismo humano.

La evolución se realiza, pues, bajo dos aspectos: la del conjunto con relación a las ideas y usos extranjeros, y la interna de las pequeñas asociaciones de provincia, con relación al gran foco de la Capital. El movimiento de elaboración es incesante, de manera que las meditaciones pacíficas del filósofo, del literato, del poeta, son interrumpidas por las mil fuerzas distintas que obran sobre su voluntad y su acción.

Si por medio de la lucha armada, en nombre del derecho humano, hemos conquistado nuestra independencia política, no podemos decir lo mismo de nuestra independencia moral. La primera siempre es rápida; la segunda es lenta y gradual; la una estalla en un momento de indignación social que cunde como la chispa eléctrica, la otra comienza por desalojar los gérmenes antiguos que arraigan en las profundidades del carácter; una se llama revolución, otra evolución. Pero no hay duda que ambas tienen de común su acción transforma-

dora del pasado, y que una revolución entraña fatalmente la evolución de los elementos éticos de la sociabilidad.

¿Podemos decir que la obra de arte no puede nacer en un medio semejante? No, porque sería como afirmar que no hay espíritu; pero sí debemos deducir que la obra de arte sigue la variada naturaleza de la época; que es imposible darle un sello definido, característico, genial, porque aún la sociedad misma en su conjunto, no ha adquirido su fisonomía propia. Las manifestaciones literarias y artísticas revisten la heterogeneidad de los caracteres, la multiplicidad de los colores, la variedad de los tonos de la masa pensante. Las diversas escuelas que inundan nuestra literatura y nuestras ciencias especulativas, encuentran todas una porción de espíritus dispuestos a adoptarlas y a asimilarlas: prueba evidente de que aún la idea de la nacionalidad, en la plenitud del concepto, no se halla arraigada en la totalidad de los hombres que deben constituirla.

No hay estado social donde no pueda existir el arte; y si aún las razas primitivas de América tuvieron su literatura, sus monumentos arquitectónicos, sus cantares y danzas populares, ¿cómo no ha de existir entre nosotros, que en forma más o menos definida, hemos alcanzado ya la escala superior de la civilización?

El medio no es repulsivo de la obra de arte, pero sí, no es aún el que origina la unidad genial; y las manifestaciones son tan variadas como las influencias propias y extrañas que constituyen el carácter transitorio de nuestro medio social.

III

NUESTRA HISTORIA LITERARIA

Un escritor argentino, ilustre por su vida y por sus obras, trataba no ha mucho de probar que no existían aún entre nosotros, los elementos más rudimentarios para formar una literatura nacional, desconociendo así su existencia en el pa-

sado y en el presente. Su criterio era por cierto muy estrecho, tanto más cuanto que hacía extensiva su afirmación a toda la América española. Tal opinión, viniendo de quien venía, llamó justamente la atención de los iniciados y de los profanos en la materia, y se la creyó una aberración de esas muy comunes en los espíritus más elevados y cultos. Se veía que su largo alejamiento de las bellas letras, le había hecho perder de vista las más simples nociones sobre la filosofía literaria, y su hábito de manejar los hechos históricos, descarados y fríos, había transformado su criterio estético.

Para mí, existe una literatura nacional, y ha existido en el más remoto pasado, aún en aquella época en que las razas primitivas ocuparon el continente desde Méjico hasta Arauco; y no puede menos de sostenerse tal afirmación, si se tiene en cuenta que la literatura de un pueblo, es el conjunto de ideas que ha expresado por medio del lenguaje hablado o escrito, sea cual fuere su lengua, sea cual fuere su sistema de escritura.

Los estudios históricos y críticos han avanzado tanto en estos últimos tiempos al respecto, que ya no tan sólo tenemos como fuente de información, las dudosas crónicas de Indias, sino los libros mucho más perfectos y científicos de los sabios contemporáneos, en cuanto se refiere a la época precolombina. La misma división en escuelas sobre tan importante cuestión, demuestra que existía la materia discutida, y sí sólo que variaba en ellas el concepto verdadero de la palabra literaria.

Un erudito norteamericano que ha dedicado sus años a la investigación del pensamiento primitivo del nuevo mundo, Mr. D. G. Brinton, no sólo ha llegado a descubrir los fragmentos de la literatura precolombina, sino que los ha dado a luz en el lenguaje originario y en el suyo propio. Y sería un absurdo, después que conocemos las artes aztecas, kiches, quichuas, araucanas, etc., negar que al lado de ellas hubiera existido una literatura correlativa. Esos pueblos tuvieron sus leyes, sus biblias, sus canciones amorosas, báquicas y guerre-

ras, y algunos de ellos las recopilaron en cuerpos que la crítica ha analizado más tarde, y que los eruditos han traducido en todas las lenguas. Las naciones quichua y araucana no fueron, por cierto, las más atrasadas de su época. Tuvieron su literatura, como tuvieron sus artes y sus costumbres regulares y en algún grado cultas.

Pero esos esbozos magníficos que prometían un desenvolvimiento rápido, sucumbieron con la conquista, y el alma de aquellas razas heroicas y apasionadas, enmudeció para siempre bajo la espada del soldado, o bajo el látigo del mayordomo de la mina o de la encomienda. De modo que cuando la raza culta y civilizadora invade sus vírgenes dominios, es cuando la producción artística de la América desaparece al lado de los tesoros materiales. Y más tarde, cuando se abren las universidades, y cuando podía esperarse ver asomar la manifestación del pensamiento de la raza intermedia, los sistemas opresivos de la filosofía religiosa suprimen la libertad psicológica, y asfixian a los discípulos con esas doctrinas que tan bien ha clasificado el dean Fúnes.

La libertad política rompe todas las ligaduras. El sacudimiento es general, y como una lluvia regeneradora, caen al fondo de las conciencias las nuevas ideas, detenidas por tanto tiempo en el dintel de sus conventuales moradas. El pensamiento es su ariete, la palabra es su envoltura indestructible, el patriotismo la fuerza impulsiva. La literatura renace de las cenizas de las razas extinguidas, reanimadas por la libertad política y del espíritu; y se oyen oradores en las asambleas, se leen escritores de fuego en la prensa, y se escuchan poetas que animan las huestes al combate. Moreno, Montea-gudo, Vicente López, Juan Cruz Varela, bien pueden formar la base de una columna gigantesca.

La tiranía dispersa de un golpe los elementos activos de la elaboración literaria; pero no se detiene, sin embargo, porque más allá de la cordillera, más allá del océano, el pensamiento argentino sigue combatiendo y aumentando el caudal intelectual de la nueva nación. Sarmiento, López, Mitre, Al-

berdi, Rivera Indarte, Echeverría y otros, ¿acaso no eran ya en aquellos tiempos escritores respetables y de formas y caracteres literarios bien definidos?

Nuestra literatura se levanta erguida y acabada con el autor de *La Cautiva* y de *Avellaneda*. Allí están nuestra naturaleza, nuestra raza, nuestras pasiones, nuestros sueños, nuestras glorias, nuestros martirios, nuestras desgracias. Esos poemas no son una *Iliada*, ni un *Niebellungen*, pero son la primera y rebotante expresión de nuestro genio nativo. Echeverría ha sido el creador, el profeta que ha arrancado de la peña el agua cristalina, dejándola correr por sus cauces naturales, para que las multitudes sedientas vayan a buscar en ella la vida y la regeneración. Una sucesión brillante de escritores viene en seguida, de escritores que salvan los límites de la patria para ir a fundar escuelas en naciones extrañas y a inocular en ellas, como afirmaba Lastarria en Chile, el amor por los estudios literarios. Las obras de Juan María Gutiérrez, de ese rival de Andrés Bello en América, que más amplios horizontes haya recorrido, en la historia y en la crítica, ¿no son dignas acaso de ser contadas como elementos de una literatura?

Durante largos años la República ha llamado la atención de la América, sobre un literato que remontó a los cimas donde volaban los más altos escritores europeos, los más puros cultivadores del estilo y del pensamiento: Nicolás Avellaneda pertenece a la esfera donde destellaron astros de la magnitud de los Chateaubriand, los Lamartine, los Sainte-Beuve y los Heine, y nadie como él ha tratado jamás nuestros caracteres y asuntos nacionales con mayor maestría, ni aplicado a la crítica principios más sanos, más correctos y elevados.

Y si la oratoria es una rama importante de toda literatura, ¿qué nación contemporánea podría negarse a contarle entre sus oradores más insignes? La historia, la poesía, el arte, la filosofía, la ciencia —todo lo que en el concepto de Marco Tulio y Quintiliano forma la materia del orador—, resplandecía en sus discursos como juegos de luces, como

armonías musicales, como evocaciones proféticas, como acordes olímpicos, y el pueblo agitado y turbulento de nuestras plazas públicas, seguía como hechizado los jiros caprichosos de su elocución, se movía como encantado por la magia de su acento, y obedecía como un niño los mandatos inspirados del tribuno incomparable. ¿No es esto acaso lo que Demóstenes hacía con las turbas de Atenas que invadían furiosas el Agora en demanda de libertad o reparación, y lo que hacía Cicerón con la plebe y las legiones amotinadas, pidiendo con rugidos la deposición de un emperador o el aumento del salario? ¿Uno y otro no dominaban acaso esas muchedumbres enfurecidas hasta el delirio homicida, con la fascinación de la palabra? En ningún pueblo de América, orador alguno realizó como Avellaneda el gobierno de la elocuencia. Se creía, en verdad, asistir a las revoltosas democracias del Peloponeso, que a pesar de sus ímpetus rabiosos, se detenían sumisas ante la tribuna donde fulguraba la idea.

Félix Frías, Sarmiento, Miguel Cané, Navarro Viola, Quesada y los Varela, los Gutiérrez, los Mitre, los Estrada, Goyena, Mansilla, Zeballos, Wilde, del Valle, los que han enriquecido la oratoria, la jurisprudencia, la crítica, la historia, la poesía, ¿no son acaso también creadores de una literatura nacional? Todos ellos y otros muchos que se elevaron a igual altura, son los obreros que han elaborado nuestra grandeza del presente, concurriendo los unos a las soluciones constitucionales, políticas y sociales, los otros a la investigación de nuestros orígenes históricos y los demás a la formación de nuestro arte y de nuestro refinamiento intelectual (1).

(1) El círculo de nuestros poetas no es menos luminoso; y desde los albores de nuestra nacionalidad hemos escuchado sus cantos entonados al diapasón de los acontecimientos. Los himnos de las victorias, los lamentos de la desgracia, la gloria de los héroes, las magnificencias de nuestra naturaleza, los idilios del amor salvaje, los arrobamientos del filósofo, los anhelos de la raza, las profecías de grandeza, los deleites del placer, los delirios del amor mundano, los triunfos de la libertad, las conquistas del pensamiento, — todo tiene ya en nuestra poesía nacional una estrofa, un ritmo, una melodía, una consagración.

Tenemos una riquísima historia literaria, dispersa en miles de volúmenes aislados, en miles de hojas que pasaron al olvido, o que duermen en algún estante empolvado y húmedo por el tiempo y el abandono. Pero ahí están; y algún día, no muy lejano por cierto, cuando saludemos el renacimiento de nuestras letras, transitoriamente adormecidas, los veremos resurgir rebosantes de belleza y de vigor, a continuar su interrumpida labor del pensamiento, y a alimentar las generaciones nacientes con la sabia de su doctrina.

Es imposible que muera una literatura que cuenta tan brillante historia. Las obras del espíritu no se destruyen, y siempre quedan alineadas, como una sucesión de pirámides, para marcar el paso de la sociedad a través de los siglos. Ellas, como las cumbres de las montañas que velan alguna vez las nubes, reaparecen siempre con el siguiente sol, vestidas con la misma majestad y esplendor, y señalando a los hombres la ruta de las grandes conquistas del arte y de la libertad.

IV

EL PERIODISMO Y LA LITERATURA

Nada más apropiado a la época presente, que el periódico, ese libro diario donde se escribe cada palpitación del sentimiento público bajo todos sus aspectos. En el vértigo de la vida comercial, y cuando todos corremos a tomar nuestro puesto de labor, apenas si tenemos el tiempo necesario para la lectura, la que, por otra parte, no puede, en manera alguna, ser profunda ni seria. Y el diario con su lenguaje insinuante y apasionado, ocupándose de las cuestiones del momento, sintetizando el movimiento del espíritu humano en pocas líneas, satisface la escasa necesidad de las inteligencias, nos suministra las noticias que han de marcar el rumbo de nuestros negocios, y nuestras vistas sobre su desenlace más o menos favorable a nuestros intereses.

Las conversaciones de los salones, que en tiempos de ela-

boración literaria, se alimentan de las flores del entendimiento y del ingenio, y con los encantos de la palabra saturada de gracia y delicadeza, hoy, y en atmósferas como la que respiramos, se nutren también con el material que el diario arroja a cada instante a la avidez, al comentario o a la murmuración de las gentes.

La prensa es un monstruo que devora en un día enormes cantidades de ideas, que luego arroja revestidas de formas multicolores al seno de la sociedad. Todos los órdenes de la vida envían al fondo de sus fauces hirvientes, en confusión y mezcla informes las expresiones de sus ambiciones, de sus intereses, de sus anhelos colectivos o individuales, para ser fundidos, purificados, metodizados por el periodista, — como si se tratara de una fábrica—, el que después las devuelve para su consumo transformadas en mercancía más o menos valiosa, según la riqueza o la ley de la materia prima empleada.

Pero cuando se trabaja con tanta velocidad, y en el espacio de veinticuatro horas en que debe concebirse, redactarse, componerse y lanzarse a la circulación ese libro cotidiano, bien se comprende que sólo por excepción las materias primas son de un alto valor intrínseco. La literatura periódica raras veces se levanta a las alturas de la belleza, que alcanza casi siempre el libro meditado, escrito en el retiro solitario, donde la mente reúne sus recuerdos y los viste de formas y colores radiantes, no es, pues, propiamente una literatura, en su más estricta y bella acepción, y asume los caracteres de la corriente impetuosa que le da nacimiento, en la que ruedan confundidas las piedras preciosas con esas mil materias que el torrente arrastra en su curso.

No obstante, el público se satisface con esto, y ávido de impresiones, de escenas, y de noticias pasajeras, corre a devorar la hoja húmeda aún, como si todos quisieran ser los primeros en develar el secreto, para llevar la palma a sus competidores. Enorme, asombrosa actividad que revela en nuestras masas urbanas todos los caracteres de un gran pueblo;

pero que en manera alguna indica que en su seno existan los elementos de la obra seria de literatura y de arte.

Esa fuerza fatal de atracción que ejercen las multitudes sobre sí mismas, unida a la fiebre y a la sed de novedades que distingue a las grandes agrupaciones, son un medio eminentemente simpático a la propagación del periódico, y por oposición, adverso o indiferente respecto de la literatura fundamental.

Esta podría refugiarse en las páginas de la revista, fórmula intermediaria entre el periódico y el libro, que permite desenvolver los temas trascendentales en un espacio relativamente pequeño. La experiencia ha demostrado la verdad de esta afirmación, en sociedades más populosas y movibles que la nuestra, y se encuentran ya algunas revistas que son verdaderas enciclopedias, donde se registran los anales literarios de muchas décadas. Pero parece que aún a ellas alcanza la influencia disolvente de la vida comercial, que las va encontrando ya demasiado pesadas para seguir el torbellino en sus jiros caprichosos y frenéticos.

Así han ido desapareciendo una a una todas las revistas que forman, por decirlo así, el archivo donde se conservan para tiempos más propicios, los frutos del pensamiento argentino. La *Revista del Paraná*, la *Revista del Río de la Plata*, la *Revista Argentina*, la *Revista de Buenos Aires* y su nueva serie, y otras, dirigidas por hombres eminentes en las letras, han caído bajo el peso de la indiferencia pública, cuando el diario ha venido absorbiendo las fuerzas que les daban vida. Y las que hoy existen, aunque escritas con alguna novedad, y nutridas de materiales novísimos e investigaciones históricas, apenas si son leídas por uno que otro entusiasta, y los más las reciben por razones de amistad, o por mera protección hacia sus autores.

No obstante, puede señalarse como una de las mejores apariciones en el año que ha fenecido, la revista *El Sud Americano*, cuyos directores han logrado darle todos los atractivos que ofrecen en el día las publicaciones de ese género. Su

utilidad, desde el punto de vista literario y artístico, no puede ponerse en duda; porque la idea, la descripción, la escena, ilustradas con el lápiz, puede decirse que extienden más la memoria y producen más viva impresión, aunque por otra parte, la perfección o la gracia en el dibujo, como que entran más fácilmente por los ojos, roban al lector la atención que dedicaría al texto; y así las primorosas ediciones con que nos obsequian a menudo los artistas franceses, siquiera vengan en ayuda de escritores como Coppée, Silvestre, Banville, Daudet, quedan allí sobre las lujosas mesas de nuestros salones del gran mundo, para ser ojeadas de paso por los concurrentes, o para arrancar una que otra exclamación de asombro en un momento de buen humor. Pero así y todo, tales publicaciones en que se ostentan los progresos del arte moderno, aclimatadas entre nosotros, vendrían a estimular vivamente la literatura, sirviendo como de un *modus vivendi*, mientras no tengan subsistencia propia las obras más serias y profundas.

Cuando este género de revistas son encaminadas con discreción y no se dejan invadir por materiales de baja ley, pueden llegar a ser una verdadera escuela literaria. Porque es evidente que favorece la asimilación de toda materia, la forma concreta y nueva, que presenta por mil variados modos, y siempre revestida de gracia, la historia, la ciencia, la política, la literatura, el arte, y aún la representación gráfica de los cuadros, los paisajes, las escenas que ofrecen a la observación, respectivamente, nuestra naturaleza y nuestra vida social.

Las demás publicaciones que se titulan "revistas literarias", órganos de asociaciones de principiantes o aficionados, no valen, por ese mismo hecho, la pena de tomarse en cuenta en un estudio como éste, que tiene por objeto analizar aquellas obras que salen de la categoría de pruebas estudiantiles.

Ese género de publicaciones pasajeras que tanto caracteriza ciertos estados sociales, tiene su más genuino representante en el almanaque, especie de mosaico donde van com-

prendidos bajo una misma cubierta, los más preciosos frutos del ingenio con las cosas más prosaicas de la vida —la estrofa del poeta, el período afilado del prosista, con el anuncio de específicos y panaceas, el mejor empleo de la planta en el condimento de nuestros manjares, etc. El almanaque es, a mi modo de juzgar, la manifestación más visible de la vida literaria de sociedades como la nuestra, que viviendo de comida, apenas leen con placer aquello que es tocante, conciso y pasajero. Es en nuestra atmósfera literaria, quizá la forma más agradable, más cómoda y más útil, porque nos deleita, nos distrae de la agitación diaria, y nos quita poco tiempo.

Entre nosotros pueden ostentarse ya como un progreso, aunque no muy elevado, los almanaques de los señores Peuser y Prieto, publicaciones anuales, destinadas a reunir trabajos de escritores del país o de los demás de Sudamérica, a hacer conocer por medio del grabado las personalidades más salientes de nuestra vida política, literaria y social, y los rasgos más prominentes de nuestros adelantos materiales.

El señor Peuser, con la idea muy plausible de estimular el culto de las letras, se propuso realizar un certamen de composiciones en prosa y verso, para ser publicadas en su almanaque; y sea porque no se diese gran crédito a la gravedad del concurso, sea porque nadie se preocupa de escribir porque sí y sólo por placer, es el caso que no acudió al reclamo ningún escritor siquiera mediano, y el jurado tuvo que declarar que ninguno merecía el premio señalado.

Igual éxito alcanzó el “Centro Gallego”, dueño en años pasados de aquella grandiosa fiesta que parecía iba a señalar una resurrección literaria, los Juegos Florales, donde al rumor de los aplausos ardientes, se coronaban de gloria tres de nuestros grandes poetas, triunfantes en la lid, los que cantaron *La Atlántida*, *Eros* y *El viaje eterno*.

El once de octubre, ante un público numeroso el jurado declara que ningún combatiente ha pisado la arena de la noble lid. Las flores que se destinaban para los vencedores, se marchitaron en el desengaño, las sonrisas enamoradas

no asomaron en los labios virginales, como cuando la nieve de la noche ha muerto el capullo que iba abrir con la alborada.

Cayeron también en el vacío, cuantas iniciativas se manifestaron para fundar asociaciones de gentes de letras. Parece que esta forma de producción o de estudio, no tuviera ya esperanza de echar raíz en esta tierra. Y a la verdad, si se pretende estimular el estudio por medios autoritarios, y bajo la presión de influencias de personalidades literarias bien o mal consagradas por el hábito, paréceme que mal camino seguirían nuestras letras. Es necesario que la obra de arte, como obra del espíritu, tenga una generación libre y espontánea, y en manera alguna sujeta a leyes dictadas por asambleas, que todo tienen menos espíritu literario.

Aprendices en democracia, como aprendices en literatura, queremos dar a todos nuestros impulsos las formas de una deliberación parlamentaria, sin fijarnos en que de tales asambleas sólo surge la división, la anarquía, el desorden y la decadencia. Y ha llegado a observarse que en esas asociaciones, lejos de asomar las elevadas emulaciones del pensamiento, estallan las rivalidades de partidos en iniciativa que se disputan para sus *caudillos*, la posesión del poder. Y bien se sabe que esa palabra *caudillo*, no tiene su significación en las luchas del arte.

Ocupó durante un tiempo la atención y al parecer con marcada simpatía, la idea que se atribuía al Ministro de Instrucción Pública, de fundar una Facultad de Humanidades en las universidades nacionales; y se creía llegada para nuestro país la época del renacimiento de los estudios filosófico-literarios. Pero luego el silencio cayó sobre el asunto como un sudario, y las esperanzas se han desvanecido ya. No conozco las causas por qué se haya desistido de ese propósito, que una vez realizado nos pondría, por lo menos, al nivel de otras naciones sudamericanas, como Chile y Colombia, donde esos estudios gozan de tanto favor.

Las universidades han sido en todos los tiempos los focos

de irradiación del pensamiento humano en todos los ramos del saber; pero entre nosotros, una vez destruídos los vestigios de las instituciones coloniales en aras de la idea revolucionaria, no se pensó en restablecer aquellas que son compatibles con todas las formas de gobierno. Si bien era necesario derribar hasta los cimientos de aquella enseñanza medioeval que distinguía esos institutos, donde aún en los dinteles del siglo XIX se escuchaban lecciones de filosofía aristotélica y averroísta —lo que hizo tal vez que el dean Fúnes las clasificara de *grotescas pagodas*—, no lo era el llevar tan lejos la reforma, que se suprimiera del todo la enseñanza literaria. La antigua, mal o bien, había producido algunos escritores, oradores y poetas de nombradía y de mérito, si bien ayudados por la revolución literaria que partió del trono de Carlos III; pero una vez arrancadas sus raíces, no se pensó en plantar el árbol que debía reemplazarlas con savia nueva. Las revoluciones llevan siempre consigo ese mal profundo: todo lo destruyen con rapidez pasmosa; pero llegada la época de las reconstrucciones, se dejan sepultadas entre las ruinas, por no haber hecho la selección con calma y frío discernimiento, muchas veces los más preciosos tesoros acumulados por las generaciones pasadas.

Nuestros métodos actuales, que consisten en la complicación y diversidad de los estudios, si bien inician a los jóvenes en una inmensa variedad de conocimientos, llevan el daño incurable de las enciclopedias: que nunca se abarca una rama del saber con perfección y amplitud; y respecto a las bellas letras, éstas quedan siempre rezagadas detrás de los conocimientos prácticos que pronto llegan a producir utilidades materiales. No obstante, la reforma planteada por el Ministro de Instrucción Pública en los programas del año 1888, lleva una marcada tendencia a la simplificación, que a no dudarlo, producirá los mejores resultados; debiendo agregarse, además, que se ha dado más extensión a las materias que se refieren a nuestro país, a su historia, a su geografía, a su literatura, a sus instituciones —reforma cuya tras-

endencia no tardarán en reconocer los enciclopedistas que la combatieron.

Pero dejemos este lado severo del análisis general, y vamos a estudiar con especialidad las manifestaciones literarias de nuestra sociedad en el año que ha concluído. Pero debo decir que no me propongo una revista bibliográfica de detalle, sino tomar como base de mi estudio las obras más culminantes, por su valor intrínseco y por la aceptación que hayan merecido del público; eliminando aquellas que versan sobre temas científicos, administrativos, industriales o comerciales —cuyo número es extraordinario—, porque propiamente no entran en el sentido estricto de la palabra literatura. Eliminaría por la misma razón las obras jurídicas, si su abundancia y alto mérito no fueran un signo evidente de la preponderancia de nuestra patria sobre las demás naciones sudamericanas, bajo ese aspecto de la vida intelectual. Comienzo, pues, por ellas.

V

LA LITERATURA JURÍDICA

El inmenso desarrollo de nuestras industrias, la multiplicación asombrosa de los negocios, la complicación cada vez mayor de las relaciones sociales, la alta respetabilidad de la Nación en el mundo, han tenido como consecuencia necesaria la propagación de los estudios que se ligan con esas causas. Las previsiones de la Constitución empiezan a realizarse, y las reglas trazadas en los comienzos de nuestra vida política, son ya estrechas para contener los movimientos de la vida colectiva.

La legislación comercial se ha enriquecido con trabajos fundamentales, e investigaciones minuciosas, que han dado por resultado, sino la reforma definitiva de nuestras viejas leyes, por lo menos el descubrir las deficiencias que causan a la rapidez de las relaciones, entorpecimientos funestos. Las

revoluciones nacidas en Italia y Francia en el campo del derecho mercantil han encontrado eco entre nuestros jurisconsultos, que se apresuran a ponerse a la cabeza de ellas, en cuanto ejercen su acción en nuestro país. La discusión del nuevo código italiano, la asombrosa propagación y mejoramiento de las sociedades comerciales, la necesidad de abreviar los procedimientos en vista de la multiplicación de las industrias, han hecho nacer en esas dos naciones, y en Estados Unidos, un movimiento de publicidad que no ha tardado en llegar hasta nosotros.

Una obra trascendental ha marcado en la República Argentina esta influencia reformista: el proyecto de revisión del Código de Comercio, por el doctor Lisandro Segovia. Acreditado ya justamente por sus notas al Código Civil, por su Código de procedimientos, comentado, para la Provincia de Corrientes, el gobierno le encarga la redacción de las reformas a la legislación mercantil.

El doctor Segovia es un hombre excepcional; en medio del torbellino de la vida práctica, se encierra en su gabinete, y se abstrae por entero a la sociedad bulliciosa, para entregarse a las severas meditaciones, a las lecturas de mil autores que caen a sus manos, a sus anotaciones y citas tan numerosas que asombran, y también, lo que tomará de nuevo a muchos, a estudios puramente literarios, con los cuales parece que satura su espíritu de entusiasmo y pasión por sus mismas doctrinas. Le he notado, sin embargo, dos defectos: excesiva pasión por sus doctrinas, y excesivo respeto por los autores que estudia. Ambas refluyen en daño de la claridad e independencia de su criterio.

Espíritu menos fogoso, pero no menos amplio en sus vuelos, el doctor Amancio Alcorta, digno sucesor del sabio autor de sus días, es quizá quien más ha enriquecido nuestra literatura jurídica, con obras trascendentales. Pertenece a esa clase de hombres que sólo viven en la ciencia y para la ciencia. Yo le comparo con Laurent en la fecundidad y en la extensión de sus vistas. Es más práctico que Segovia, porque

es menos abstracto en sus doctrinas filosóficas, y sabe formular con criterio más experimental las teorías en reglas concretas. Ha publicado las *Fuentes y concordancias del Código de Comercio*, obra de paciencia, que se conoce ser el resultado de su largo y prolijo estudio de la legislación. Su *Curso de derecho internacional privado*, en publicación, significa para nosotros un triunfo en tan difícil como complicada materia. Son conocidas sus obras de derecho constitucional e internacional público que le han creado ya una fama universal al lado de Calvo, Heppter, Martens, Mancini, Pradier-Fodéré, Fiore, etc.

Si la universidad no tiene actividad literaria, por defectos de organización, en cambio ha producido estudios jurídicos de gran valor. La ciencia penal, objeto de reformas que aún no han recibido una sanción definitiva, ha dado en su seno motivo a discusiones acaloradas y eruditas, que demuestran el grado de competencia de la juventud que concurre a sus aulas.

Los libros de Magnasco, Coustan, Piñero y Montes de Oca, son las brillantes muestras de la gravedad, altura y sabia dirección de ese instituto.

Los trabajos inaugurales pueden ser, una vez coleccionados y metodizados con sujeción al plan de los códigos sobre que versan, la base de un comentario que sería la obra de la juventud, a la vez que formarían una literatura jurídica de proporciones colosales. La Universidad de Córdoba que había comenzado a producir igual género de estudios, ha secado sus fuentes, permitiendo a los jóvenes recibir su título profesional sin haber rendido la prueba que otorga el título académico. El abogado ha destruído al jurisconsulto, la práctica a la especulación científica.

Una obra más ha venido a aumentar el caudal de la jurisprudencia nacional: me refiero a la colección de sentencias del sabio jurisconsulto de Córdoba, doctor Rafael García, que durante un cuarto de siglo explicó el derecho civil en la uni-

versidad de esta ciudad. Ha sido mi maestro, y aunque nunca sus ideas filosóficas y políticas hallaban eco en mi espíritu, le admiraba como orador, y le veneraba como sabio. Oyéndole comprendí que los códigos tienen alma, y que en sus reglas rígidas palpitan los sentimientos encandecidos. Quizá él les inoculaba los suyos, y hacía que sus artículos resonaran como estrofas. Su elocuencia era tempestuosa, pero su auditorio se abstraía en él y se apartaba del libro para recibirlo hecho verbo de sus labios. Sus sentencias como juez, son como las opiniones de un Kent, de un Marshall o de un Story. Nadie ha estudiado como él, ni ha puesto como él, en el estudio toda su personalidad. Los que queráis un comentario evidente e incontrovertible de nuestras leyes, leed esos escritos, cuyas doctrinas no fueron rebatidas con ventaja por nadie.

El derecho político, que por múltiples razones debiera ser más protegido, y que hacía tiempo dormía en un silencio absoluto, ha sido despertado de su abandono, por la publicación de un libro monumental, traducido simultáneamente por dos escritores argentinos, los señores don Nicolás Calvo y don Clodomiro Quiroga. Es la obra de Paschal, que viene a incorporarse a nuestras bibliotecas, trayéndonos las más puras nociones sobre el alcance de nuestras libertades, sus limitaciones y prerrogativas.

Si a algo debemos el progreso de nuestras instituciones políticas, es a los numerosos estudios hechos en años anteriores, ya sea de nuestras fuentes propias, ya sea de las extranjeras, de donde ha surgido nuestra carta constitucional. La publicación de libros constitucionales se ha paralizado desde hace algunos años, pero en 1888, el infatigable editor señor Félix Lajouane, ha comenzado con la obra de Paschal una serie de traducciones de los grandes comentarios y tratados que enriquecen la ciencia política en la Unión Americana.

Si tenemos traducidos al *Federalista*, a Lieber, a Grimke, a Tiffany, a Whiting, a Story, a Cushing, y algunos otros, nos faltan aun otros tantos o más notables, como Kent, Pomeroy,

Cooley, etc. Debemos a toda costa levantar nuestras masas a la altura de las leyes a que las sujetaron los Constituyentes, si no queremos que se perpetúe este divorcio existente entre la constitución social y la constitución política, según la fórmula de Ahrens, reproducida por Lastarria.

Por otra parte, la paz interna y la tranquilidad de la vida pública son causas para que la producción de estudios constitucionales se haya detenido de ese modo; pero sería, al contrario, esta calma, más propicia para la aclaración de los problemas que la experiencia de nuestras luchas ha puesto tantas veces en tela de juicio. Mientras en Estados Unidos se investiga cada día con mayor entusiasmo los fundamentos filosóficos e históricos de sus fórmulas políticas, y mientras en Francia, Italia y Alemania se agitan con calor las cuestiones del gobierno, produciendo una verdadera reforma en las ideas, nosotros que tenemos la forma institucional más perfecta que ellos, sin que haya podido todavía el pueblo comprenderla, nada hacemos por profundizar las bases, ni analizar la esencia de los principios que nos gobiernan; y vamos a dejar pasar, impasibles, las corrientes científicas del siglo, sin que siquiera se nos ocurra beber en ellas las doctrinas que han de conducirnos al completo conocimiento de nuestras instituciones.

Muchos otros libros de derecho han aparecido este año, motivados los unos por la revolución filosófico-penal, como el notable libro del doctor Luis M. Drago, *Los hombres de presa*, verdadera obra de un pensador; otros por el desarrollo extraordinario de las sociedades útiles de ahorro y cooperación, como el volumen titulado *Las sociedades cooperativas*, con que el joven doctor Francisco Medina ha hecho su aparición en nuestro foro, y de la cual ha dicho su prologuista —el doctor Adolfo E. Dávila— que si él “fuese el principio de una reacción social y legal en favor de la cooperación lanzada por su luminoso y ancho camino, tendría —su autor—, la gloria de haber prestado a su patria un servicio eminente”. Y a la verdad, ninguno de los libros jurídicos del

año se presenta más íntimamente ligado a los destinos económicos de la República.

Con motivo de la reforma del matrimonio, han visto también la luz varias publicaciones, que representan la discusión pública en el terreno social, entre las cuales, las más notables, por su extensión y seriedad, son la del doctor Pedro Rueda, que había actuado en tiempos en que el gobernador Oroño inició la misma cuestión en Santa Fe, y la nueva edición de la tesis del doctor Laveluz Viamonte, que hizo en su tiempo el escándalo que levantan todas las reformas contra ideas inveteradas; y por último la edición de los discursos parlamentarios con motivo de la misma ley —edición deficiente en cuanto suprime la obra del adversario, y en cuanto esa discusión con pocas excepciones, fué mucho más filosófica, literaria e histórica, que estrictamente jurídica, como correspondía a su objeto, y como ha tenido lugar en Francia. Tal publicación, lejos de ser un comentario de la ley en su sentido concreto y en sus fundamentos positivos, es más bien un reflejo del estado social, en el que se manifiesta el género de pasiones y preocupaciones dominantes, que ha tenido que vencer la reforma legislativa.

El año 1888 ha sido, pues, fecundo para la literatura jurídica, y pienso que ninguna nación sudamericana nos lleve la palma en esta rama de los conocimientos humanos, lo cual prueba, por otra parte, el crecimiento de las instituciones sociales de que esos libros son eco. Las *Lecciones de derecho comercial* del sabio doctor Obarrio, las *Concordancias y comentarios al Código Civil*, del doctor Llerena y las traducciones de *La democracia triunfante*, de Carnegie, por iniciativa de Sarmiento, y de la *Historia financiera de los Estados Unidos*, de Albert Robles, y algunas compilaciones de escritos y sentencias de nuestros altos Tribunales, completan el cuadro.

VI

LA HISTORIA Y LOS HISTORIADORES

La historia nacional, cultivada por algunos escritores eminentes, que hace muchos años viven entregados a su investigación prolija y a su estudio profundo ha sido dotada con varias obras más. Nuestros dos más grandes historiadores, los señores Mitre y López, han dado a la publicidad, el primero los volúmenes V y VI de la *Historia de la República Argentina*, y el segundo, después de lanzar a la circulación la tercera edición de su *Historia de Belgrano*, acaba de poner término a la *Historia de San Martín*, cuya impresión se hará en París por el editor Lajouane. Esta última obra que se considera como el término de los estudios históricos del señor Mitre, es esperada con verdadera ansiedad, porque se cree que develará los múltiples y graves misterios que rodean aún muchos de los sucesos que se ligan a la carrera política y militar del inmortal guerrero de los Andes, al propio tiempo que la participación tomada por hombres y gobiernos de las otras naciones que cooperaron a la independencia de América o a las cuales él llevó con su espada y su genio la libertad que no podían conquistar por sí mismas.

Se ha hecho costumbre de comparar estos dos publicistas, que desde sus comienzos, y por razones fundamentales, se encontraron en disidencia, y el juicio se divide entre ambos, y las polémicas se suceden con ardor inusitado. Ciertamente que la controversia es interesante, tratándose de los más altos dominios de la literatura —la obra histórica,— y de sus dos más ilustres representantes entre nosotros.

La historia no es un cuerpo inanimado en que se acumulan los hechos humanos como se superponen los ladrillos de una columna. Esos hechos son la acción de los hombres, de las naciones, de las razas, como entidades dotadas de inteligencia y de sentimiento, luchando o armonizándose para

su existencia simultánea sobre la tierra, de acuerdo con las leyes de su organización. Hay, por lo tanto, en ella todas las fuerzas e impulsos que mueven el hombre, todas las pasiones, los entusiasmos, los fatalismos de carácter o de clima, los sueños de la imaginación, los cálculos del raciocinio; en una palabra, la historia, como que refleja la evolución del hombre sobre el planeta, y en medio de las agrupaciones sociales, debe ser humana como el ser que le dá existencia; y el historiador que no es una individualidad aislada y sin ley en el conjunto social, no puede en modo alguno sustraerse a la influencia de las ideas o de las pasiones que forman el fondo más o menos dramático de los sucesos; siente la acción que describe, sufre con las grandes catástrofes, se indigna contra los grandes crímenes, raciocina con los filósofos, se entusiasma y enardece ante las acciones magnánimas y los triunfos de las virtudes excelsas, y saluda con gritos de júbilo las conquistas de la razón y de la libertad. Y como al probar su criterio, ha debido adoptar principios determinados, fijos e invariables, se deduce que las acciones serán juzgadas por él, buenas o perversas, criminales o laudables, erróneas o verdaderas, según que se ajusten o no al molde de su criterio. La imparcialidad en el historiador es tan absurda, como lo sería el afirmar que hay un cuerpo en el espacio sin ley que determine su existencia; como lo sería el asegurar que en el seno de un pueblo hay un hombre que no siente las influencias del medio que lo rodea. Cada uno se cree imparcial dentro de la órbita de las doctrinas o de las creencias, porque combate o que profesa, y Bossuet con su Dios gobernante, Laurent con su Providencia omnividente, Macaulay con su credo religioso y político nos presentan los mismos hechos con colores tan diferentes como los sistemas que aplican a su análisis. Sus obras son obras maestras, precisamente porque no son imparciales, porque, al contrario, cada uno se esfuerza porque sus teorías encuentren el apoyo de la historia, y de ese modo, cada uno vacía la historia en el molde de sus teorías.

Como obra literaria, la historia no se despoja de las bellezas de estilo, y mucho menos en nuestra época, en que los grandes volúmenes no se difunden, si no van adornados de encantos que hagan su lectura soportable. Y el estilo y las imágenes, si bien severos, dignamente entonados, el entusiasmo y la pasión, si bien moderados por un temperamento juicioso, son las únicas cualidades que salvan la obra histórica del destierro a donde la condena el fastidio. El pueblo no lee los folios, porque necesita su día para el trabajo y su noche para el reposo; y sólo cuando se excita su patriotismo o su pasión por una causa, le veis abandonar uno y otro para lanzarse a la lucha. Y la historia es para el pueblo, porque en ella aprende a amar las glorias de la patria y la tradición de sus héroes, — amor que arma su brazo para defender y sostener sus libertades. No le deis esa historia fría que nada dice a su corazón, sino el cuadro vivo y palpitante que sacuda sus fibras y enardezca su patriotismo; y sólo con el estilo pueden realizarse esas transformaciones que vivifican y cimentan la grandeza nacional.

Dentro de los límites de una nación determinada, la historia es el auxiliar más poderoso de la educación política; y así, ella debe adoptar como norma de criterio, aquellos principios que tiendan a consolidar la libertad y la constitución, aunque en la apreciación de esos mismos principios, los historiadores se inclinan al lado por donde marchan y al punto de vista del partido en que militan. Esta es la naturaleza de la democracia, y esta palabra no es un concepto caprichoso ni secundario, sino una idea fundamental en nuestro sistema de gobierno. Por otra parte, como las sociedades son conjuntos de seres que viven sujetos a leyes físicas y morales invariables en su esencia, el criterio histórico debe basarse sobre la naturaleza que los ha formado, y seguir aquellos en su evolución, considerados como seres que viven en un medio determinado y conocido. La historia es también, por consiguiente, además de una obra de arte susceptible de la mayor belleza, un campo inmenso de observación y de

experiencia científica. Tomar a los hombres y a las naciones tales como son en realidad, y como organismos sometidos a leyes físicas, es un medio de no extraviarse en el intrincado laberinto de los sucesos humanos, a la vez que fundar las instituciones en la roca dura de que habla el Evangelio.

VII

LIBROS DEL AÑO

Juzgados los dos historiadores argentinos con sujeción a esas ideas, y sintetizando en ambos nuestra literatura histórica, podemos decir que ella no ha alcanzado todavía un carácter definido. De un lado la oscuridad de las fuentes de información, los obliga a limitarse a la crónica que devela los sucesos sobre que ha de levantarse después el raciocinio filosófico, y de otro, la escasa atención que prestan a la belleza del estilo, hace que sus obras sean para la mayor parte, un algo insuperable que se reserva para mejores y más tranquilos tiempos.

Y el caso es que pocos ven esos libros, verdaderos y únicos monumentos de nuestra historia patria, y así vamos pasando sobre ellos con indiferencia, y entrando en la vida pública sin estudiar a fondo en el pasado los orígenes de nuestras instituciones, la génesis de nuestro estado social, y amontonando muchas leyes sin verdadero fundamento en nuestra naturaleza y en nuestro carácter nacional.

Las modernas ideas de la crítica histórica, cuyo eminente iniciador es el autor de los *Orígenes de la Francia contemporánea*, apenas si son tomadas en cuenta por nuestros hombres de letras, que prefieren adherirse a los sistemas conocidos que demandan menos fuerza de análisis científico y filosófico. No obstante, el doctor López, ha logrado libertar a nuestra historia de esas intransitables selvas de documentos viejos, para inocular una corriente eléctrica en la narración, que vive y palpita con movimientos agitados y vigorosos. Ha

realizado en mucha parte, lo que a mi juicio debe tenerse en cuenta en toda obra histórica: el espíritu de la sociedad en la época que se describe, con todas sus pasiones y todas sus ideas, siquiera sean esas fantasías propias de las sociedades nacientes: la animación y viveza del estilo, el análisis filosófico y la participación del pueblo en la formación del relato; y la buena fe del historiador, en reemplazo de esa absurda imparcialidad que sólo engendra obras sin calor y sin vida. La primera cualidad es inherente a todo espíritu honrado, y más aún si se ha retemplado en el estudio, mientras que la segunda acusaría en el autor que pretendiera practicarla, un egoísmo refinado o una indiferencia por la sociedad en que vive, impropia por cierto de todo hombre de carácter y de sentimientos elevados.

La *Historia Argentina* que publica el señor Mariano A. Pelliza, es lo que en el lenguaje de las escuelas se llamaría un tratado elemental de la materia, más apropiado para la enseñanza secundaria, que para buscar en ella conocimientos amplios de nuestro pasado, como los desea el que estudia con independencia. En cuanto a las demás obras históricas del año, como la biografía del general Guido, escrita por nuestro insigne poeta de ese nombre, cuya pureza y galanura de estilo son proverbiales, la biografía de Pringles, unos recuerdos históricos para aclarar las memorias del general Paz reimpresos por su autor, el coronel Lugones, los *Recuerdos de la Guerra del Paraguay* del coronel Garmendia, y otros folletos de mayor o menor extensión, como que no abarcan la historia en sus vastos y completos lineamientos, limitándose a determinados personajes o acontecimientos, no creo deber examinarlos, pues que ellos no van a darme los elementos que necesitaría todo el que quisiera clasificar el carácter de la historia en su alta y augusta significación.

Se nota, sin embargo, menos entusiasmo en la producción de obras históricas, como si después de la riquísima época de las grandes revistas nacionales, se hubieran agotado las fuentes de investigación. Pero es que las investigaciones de

ese género, laboriosas y pacientes, absorben una vida, y apenas si en nuestros días nos resolvemos a sacrificar unos momentos a tales tareas del espíritu.

VIII

LA ORATORIA. — UN NUEVO ORADOR SAGRADO

El año 1888 ha sido fecundo también para la oratoria. Las apoteosis a los héroes Paz y Lavalle dieron lugar a discursos notables por su forma y por su fondo; y esta resurrección de la oratoria fué saludada con aclamaciones entusiastas, después de largos años de silencio.

La muerte del viejo soldado de nuestras luchas políticas —Domingo Faustino Sarmiento,— ha sido la glorificación del ciudadano, del escritor, y del estadista. La oratoria ha resplandecido sobre su tumba con brillo inusitado, y el anciano apóstol de las libertades públicas ha cerrado sus ojos para siempre al rumor de las arengas, nutridas de inspiración y de amor por las causas nobles del pensamiento. Este espíritu extraordinario ha levantado aún en su muerte una tempestad en los corazones: su historia ha sido una borrasca y en sus brazos ha rendido la vida.

También en el parlamento han resonado con estruendo los ecos inspirados de la elocuencia. Una cuestión de la más profunda trascendencia social ha sacudido el espíritu público, y ha hecho que se volviera después de mucho tiempo hacia las grandes especulaciones de la filosofía política. Viejos y jóvenes oradores han corrido a recoger coronas y aclamaciones, luchando con las nobles armas de la idea: Posse, Pizarro, Fúnes, Wilde, Del Valle y Rodríguez, en el Senado; Estrada, Zeballos, Goyena, Escalante, Mansilla y Zorrilla, en la Cámara de Diputados. Raras veces la tribuna parlamentaria fué teatro de una lid más elevada y estruendosa, y los discursos que allí se pronunciaron revelan que hay en nues-

tros hombres públicos y en nuestras masas, todos los elementos de una democracia entusiasta por las luchas de la palabra.

Ha llamado la atención, sobre todo, en este debate, el empeño de los oradores por dar a sus discursos la forma literaria, y de producir el deleite por la belleza del estilo y la solemnidad de la entonación, —cualidades que por lo general son descuidadas en nuestras discusiones que versan siempre sobre temas positivos y concretos. Y casi todos, con defectos más o menos grandes, con amaneramientos hijos de la imitación o del aprendizaje, con excesos más o menos censurables, han dado a la literatura oratoria un impulso vigoroso, cuando parecía hundida en la ola materialista de los problemas del día. Sin embargo puede notarse como un defecto en nuestros oradores parlamentarios, con excepción de muy pocos, la falta de pruebas sólidas sacadas de la ciencia positiva a que pertenece el asunto. Se confunde siempre la tribuna parlamentaria con la popular, y antes que llevar el convencimiento a la asamblea, los golpes de la elocuencia se dirigen a conmover la masa del pueblo que asiste a las deliberaciones. Esto degrada la alta majestad de la oración parlamentaria, y expone al orador a convertirse en esclavo de los caprichos de una multitud siempre inferior a su nivel moral.

Cuando después de la muerte de fray Mamerto Esquiú, se creía apagada la elocuencia sagrada, hemos visto levantarse en medio de la admiración de liberales y católicos, un joven orador argentino, hijo de la provincia de Santa Fe, que ha hecho su brillante aparición en la fiesta patriótica del vencedor de Oncativo y la Tablada. El presbítero D. Celestino Pera, a quien me refiero, es un hombre de elevada estatura, de hermoso y atrayente aspecto, de líneas estatuarias y bien marcadas, de voz simpática y timbrada, de modales sueltos y elegantes; reúne lo que los retóricos llaman las cualidades físicas del orador. Es también un sacerdote virtuoso y austero, erudito y apasionado, que no se esclaviza a las formas rutinarias de la elocuencia del púlpito, y que

sabe armonizar las bellezas del estilo profano con la unción y la severidad de la doctrina religiosa.

Su oratoria es una novedad, porque ha arrancado los recursos estéticos de la literatura profana, para subyugarlos, como armas de su propaganda ortodoxa. Por eso el concurso que le escucha es siempre inmenso, y por eso se le admira y se le aplaude, olvidando muchas veces que bajo la bóveda del templo, no es permitido dedicar al hombre la atención que se debe al verbo saturado de gracia y de unción. La oración patriótica de Córdoba es un título con que conquista su fama de orador eminente, así como la del fraile de San Francisco de Catamarca, bendiciendo la ley suprema de la Nación, fué la consagración de su gloria. Si el señor Pera, como Esquiú, busca sus recursos en las glorias nacionales para estrecharlas con la divinidad de su religión, será siempre el orador amado de su pueblo, porque verá que siendo siervo de Dios, no ha renunciado al culto de la patria.

IX

LA CRÍTICA. LA NOVELA. LA POESÍA

La crítica literaria se resiente entre nosotros de la liviandad y la ligereza de los estudios. Ella domina todos los horizontes del pensamiento, porque de su seno brota la luz que ilumina los rumbos de la literatura y del arte. Por eso es menos cultivada en épocas de indiferencia, en que las lecturas amenas forman la única ocupación de los espíritus. No obstante, han llegado hasta aquí, como llegan todas las ideas que entrañan una reforma, las modernas escuelas iniciadas por Taine, Zola y Bourget, después de Macaulay, Schlegel, Sainte-Beuve y Saint-Victor habían dominado nuestra escena. La filosofía literaria sigue las transformaciones de la filosofía general, y de los viejos y ortodoxos sistemas españoles, a las novísimas teorías fundadas en la biología, la psico-

logía y las leyes naturales de la sociedad, va la distancia que separa los polos de la tierra.

En este sentido, la transformación de nuestro espíritu literario va verificándose de manera sorprendente, de tal suerte que, me parece, vamos a llegar por este camino, mucho antes de lo que se había pensado, a la absoluta independencia moral, respecto de nuestra cercana antigüedad. Pero la falta de unidad en la acción, causada por la diversidad de las escuelas que, todas hallan aquí ardientes prosélitos, hace que la crítica se pierda todavía en divagaciones ambíguas y en experimentos pasajeros de todos los métodos que nos invaden; y no se acierta a formar un sistema único, aunque general, que sea la expresión de nuestra naturaleza y de nuestro carácter colectivos. Buckle ha destronado a Macaulay en Inglaterra, y Taine ha eclipsado a Sainte-Beuve en Francia. ¿Por qué? Porque ambos han levantado su filosofía sobre la naturaleza, común a todos los hombres, a todas las naciones, a todas las razas. Es la filosofía de la experiencia que señala, a la manera del médico, sus diagnósticos con una seguridad infalible. Una vez conocida la constitución física y moral del individuo y de la sociedad, fácilmente se encuentran las leyes que han de gobernar su vida, y los placeres que han de embellecérsela.

Pero en el campo de nuestras letras todo se confunde, y sólo asoma a la superficie aquello que es más capaz de conmover, por su desnudez o su enormidad, la pereza y la indolencia artística de nuestro tiempo. Así se vé que la novela materialista apiña en torno suyo, como el cadáver a insectos, a todos aquellos que se sienten con disposiciones y deseos de escribir por placer, o por conquistar siquiera una mediana nombradía. Pero estos sectarios entusiastas, como aquel convertido por el Coran, entrañan el peligro de llevar la propaganda a sangre y fuego, y pretenden siempre, por el colorido excesivo, por la excesiva desnudez, hacer más visibles los cuadros que no pueden trazar con la habilidad del maestro; aparte de que, no estudiando las condiciones de carácter y

de educación de la masa social, se estrellan sin remedio en la indiferencia o en la indignación que producen. El naturalismo de Zola se explica en la sociedad en que vive, y más que todo, se salva por el genio literario del autor que sabe, a pesar de todo, velar con el estilo la horrible desnudez de la verdad.

Hasta ahora las tentativas de aclimatar al naturalismo en nuestras letras han fracasado por la acción repulsiva del medio o por la falta de dotes literarias en sus autores; y si hubo libros como *Silbidos de un vago*, y *Sin rumbo*, de Cambaceres, que se leyeron con avidez, no fué porque hubieran llegado a la altura de las obras maestras de la escuela, sino porque halagaron y estimularon vicios y murmuraciones sociales, muy dispuestos a encenderse con la primera llama.

No es, pues, ese el género que reclama nuestra sociedad; y aunque pudiera propagarse en ciertas esferas, faltan los hombres de genio capaces de vencer la resistencia del medio. Además, ya nos hemos acostumbrado a mirar esas obras como un medio de *importación*, de un naturalismo mal entendido por sus secuaces, que, por cierto, lejos de atraer prosélitos a su fundador, van formando aquí, a su alrededor, una atmósfera de invencible repulsión. La prueba está en la última producción de Cambaceres, titulada *En la sangre*, de la cual dice el *Anuario bibliográfico* de 1887, que “si no es un fracaso, es por lo menos un paso atrás”, aunque le obsequie con calificativos que, a ser justicieros, deberíamos saludar a su autor como al novelista “genuinamente argentino”.

La novela argentina aún no ha nacido, aunque cuente con ensayos como *Fruto vedado* y *La gran aldea*, obras de verdadero mérito literario, y muchísimas otras que se hojean un día y pasan para no volver.

Asegurar lo contrario sería afirmar que hemos completado nuestra evolución social, y que tenemos hábitos propios y exclusivos, sin predominio de elementos extraños. Si nadie ha estudiado todavía a fondo nuestra sociabilidad, si nadie la ha definido, creo imposible que pueda decirse, cuáles sean

los caracteres de la novela "genuinamente argentina". Entre las novelas aparecidas en este año, con excepción de *Emilio Love*, de Villafañe, ninguna presenta novedad, ni en los caracteres ni en el estilo, aunque siempre sea laudable ver dedicarse la juventud a este género de estudios.

No podemos decir lo mismo de la poesía nacional, que cuenta con cultivadores de mérito, con maestros ya célebres en el pasado y en la actualidad. Nacida del medio de los combates de la Independencia, sus primeros cantos fueron heroicos, aunque en las formas siguiese las huellas de la clásica española. Pero Echeverría rompe la tradición extranjera para llevarla al punto de partida —a la naturaleza,— de donde surgió revestida de nueva savia, pura y salvaje, para seguir su evolución y su camino de triunfos.

Los poetas argentinos, sometidos siempre a las influencias de ajenas escuelas, o sujetos al yugo de la imitación, fueron comprendiendo ya que sus obras, fundidas en esos moldes, llevaban el sello de lo deleznable y transitorio, y comenzaron a buscar sus asuntos en nuestra historia y en nuestra tierra, tan rica en elementos de creación y de belleza. Y es así como al lado de autores que se remontaron más allá de nuestras fronteras, para abarcar horizontes universales, hemos tenido otros que limitándose a estudiar y cantar los primores de nuestra naturaleza y las escenas de nuestra vida nacional, dieron lugar al nacimiento de la poesía argentina. Echeverría, Juan María y Ricardo Gutiérrez, Mármol, del Campo, Hernández, son las cumbres que señalan el derrotero de nuestra musa en el tiempo. El autor de *Lázaro y La fibra salvaje*, después de haber intentado la creación de la escuela subjetiva, aplicada al estudio del carácter nativo, parece haber roto las aceradas cuerdas quizá desengañado en medio de la fría atmósfera de la época.

Pero en cambio, otros han sostenido la llama en el templo abandonado, erigiéndose en guardianes de la desolada musa, que de tiempo en tiempo deja oír por sus arpas de oro, sus armonías y sus lamentos. Obligado ha remontado a

la cima, arrebatando el cetro que Echeverría dejó caer en la hora de la muerte, y penetrando con él en las soledades del desierto, ha hecho resucitar la antigua poesía nacional, evocando en la soledad el alma errante de Santos Vega.

Oyuela, el cantor de *Eros*, se aleja por largo tiempo de los coros aéreos, para buscar en el estudio de los clásicos y de los modernos, los fundamentos de nuestra poesía convencido de que es fugitiva la gloria que no se basa sobre una erudición profunda.

Su poesía, aparentemente distante de nuestra índole y carácter nacionales, se encamina, no obstante, a la creación de un clasicismo fundado en la naturaleza, que es como ha nacido la poesía en la Grecia y en la India, y que es, al mismo tiempo, el génesis natural de ella en todas las razas y en todas las latitudes.

Si por algo nuestra poesía, en general, ha sido y es inconsistente y fugitiva; si por algo carecemos de esos grandes poemas que son la gloria de una nacionalidad o las biblias de una raza, es porque nuestras letras no han nacido de la naturaleza, sino que fueron importadas por el pueblo que conquistó y civilizó la América, cegando las fuentes purísimas de la poesía primitiva, que comenzaba a modular acentos definidos y a crear caracteres e imágenes propios. El génesis ha sido detenido en su momento sublime, y la espada rechazó al abismo la obra preciosa del espíritu nativo. Nuestros poetas de este siglo se vieron, pues, obligados a levantar sus monumentos sobre las ideas importadas por España, apartándose de las fuentes genuinas que la naturaleza y la historia les ofreciese.

Por eso la revolución iniciada por *La cautiva* tuvo y seguirá teniendo tan alta trascendencia; y por eso todos los poetas que vayan a beber sus inspiraciones en el pasado americano, y en los fenómenos y cuadros de la naturaleza, remontarán como Obligado, de un solo vuelo, las alturas de la celebridad. Aunque a decir verdad, falta en la lira de este insigne bardo, el tono que representa la poesía de la montaña,

donde fué la cuna de las leyendas primitivas, donde los primeros idilios del amor se sucedieron al rumor de los torrentes, y donde los dioses americanos descendieron, como los dioses griegos, a inocular en las razas aborígenes, el fuego del genio, el heroísmo del combate, la ternura del amor, los deleites de la belleza. Allí, sobre esas cumbres nevadas y envueltos en las nieblas perennes, han brillado los más grandiosos episodios de nuestra lucha memorable, y si la poesía ha de servir para exaltar la gloria de los héroes nacionales, bien vale la pena de remontarlos o de contemplarlos, para admirar mucho más el esfuerzo de los soldados que vencieron sus resistencias tenaces, para ir a conquistar la libertad. Entonces nuestros poetas enriquecerían sus cantos con acordes nuevos, mucho más gigantescos y solemnes, que los que inspiran el viento, el crepúsculo, o la eterna soledad del desierto. Los poemas sagrados que veneraron las razas de toda la tierra, han nacido de la cumbre de las altas montañas, inaccesible a la vista del hombre, porque allí en el seno del misterio, hacen los dioses las revelaciones, que luego el profeta anuncia a la multitud en medio del fragor de la tempestad.

Sólo dos libros de poesías, de los que han aparecido en el año, escritos por argentinos, merecen un examen. Los *Sonetos* del joven Leopoldo Díaz, y una nueva edición de los versos de Domingo Martinto. El primero se ha lanzado en un camino ajeno a las disposiciones de su talento, y superior a su preparación literaria. Para condensar en la forma rígida del soneto las grandes personalidades de la ciencia, del arte, de la política, de la guerra, de la religión, se requiere una erudición tan vasta, un conocimiento tan perfecto de cada uno de esos genios y de su obra, que es casi imposible adquirir en una vida de hombre, aparte de que esos asuntos, por su naturaleza, son demasiado trascendentales para caer bajo el dominio de la poesía. Díaz es un poeta de inspiración siempre que no traspasa los linderos marcados a sus facultades, pero cae en el más frío prosaismo cuando por ligereza

o por capricho, aborda sujetos inaccesibles a su vuelo. Nunca el autor de los *Sonetos* podrá igualar al poeta de los *Fuegos fátuos*.

Martinto se ha colocado en el terreno propio. Es poeta de impresiones delicadas, de vuelo sereno y reposado, de sueños febriles, de escepticismo y de dudas un tanto melancólicas, y a veces retoza en su estrofa la ironía de la amargura reprimida en el trato mundano, y la chispa sensual templada a la vez por el raciocinio. Es un poeta humano, de su siglo, de su generación, de la sociedad en que vive y de la educación que ha recibido. Alfred de Musset se ha adormecido muchas veces en sus brazos, y le ha transmitido algo de la luz con que ilumina las cosas que caen bajo sus ojos.

No ha sido fecunda, en verdad, la musa argentina en el año que ha pasado. Pero no importa: la poesía vive, cultivada por espíritus delicados que logran sustraerse a las influencias materialistas de la época. Si no hemos tenido versos, tenemos los poetas que los modelan en un momento de entusiasmo, y que preparan en silencio el renacimiento literario que ha de venir tarde o temprano a reanimar el alma de la sociedad, cuando se sienta fatigada de la realidad desnuda, y busque en el ideal un refugio contra el fastidio.

Llego al fin de este rápido estudio. De todo él se desprende que aun no tenemos conquistada la independencia en todos los dominios del espíritu, pues bajo muchos aspectos, vivimos de la luz de civilizaciones extrañas. Pero a pesar de la indiferencia del espíritu público por la obra literaria o artística, ni una ni otra están desterradas en absoluto. Vive y se perpetúa más tiempo la que mejor ha comprendido la naturaleza del medio que la rodea.

No han muerto las letras; no soy pesimista ni cierro los ojos a la grandeza del porvenir, porque lamente este pasajero enfriamiento del entusiasmo literario. Es un fenómeno tan natural como cualquiera de los que la meteorología nos ofrece diariamente, y por eso espero tranquilo una época de fe-

cunda elaboración, en la cual las letras argentinas van a renacer con brillo y majestad desconocidos. Vigorosa es la falange de soldados que se preparan al combate, y la victoria será saludada por los cantos de los poetas, que llevarán el nombre de la República envuelto en sus acordes juveniles.

Diciembre 31 de 1888.

SEGUNDA PARTE

AUTORES Y SUS LIBROS AMIGOS

III

LENGUAS INDIGENAS DE AMERICA

EL QUICHUA. — GRAMÁTICA Y CRESTOMATÍA. — “OLLANTAY”

LENGUAS INDIGENAS DE AMERICA

EL QUICHUA. — GRAMÁTICA Y CRESTOMATÍA. — “OLLANTAY”

Necesitábamos algún tiempo para darnos cuenta exacta de la obra realizada por el Rev. J. H. Gybbon Spilsbury, profesor de idiomas en el colegio nacional y escuela normal del Uruguay, y publicada por la casa editora de Jacobo Peuser, bajo el título de *Lenguas indígenas de América. — El Quichua.— Gramática y Crestomatía*, seguido de la traducción de un manuscrito inédito del drama titulado *Ollantay*. Baste esta enunciación y el respetable volumen de 327 páginas en gran formato, para comprender que no es fácil dar noticia de una obra de tanto valor científico, ya que no otro calificativo le corresponde a esta en que concurren diversas ciencias y artes aplicadas al estudio, análisis, construcción y enseñanza en tres idiomas vivos de la lengua clásica de los Incas.

Es necesario hacer justicia y decir que la sola publicación de este libro, primero de una serie que será monumental si se concluye, bastaría para hacer la fama del Instituto a que su autor pertenece, si nuestros colegios, escuelas normales y facultades, gozasen de ese ambiente de nobles estímulos que hacen vivir con tanta robustez los similares de Europa o América del Norte. Y así, si la obra del Rev. Spilsbury logra la circulación que merece, reflejará mucho crédito sobre los establecimientos donde él enseña.

Ha hecho bien, desde luego, en elegir como primer objeto de su estudio, el idioma de los Incas, no sólo por su avanzado desarrollo en el momento de la conquista, sino por-

que en este continente es el que sigue a la raza más poderosa, más adelantada y culta, si es que esta palabra puede ser aplicada con el criterio relativo de la Europa. En ese sentido, el estudio del quichua, vinculado con el de la nación o sociedad humana que lo hablara y le diera acentos, ritmos, eufonías y onomatopeyas tan sorprendentes, podría ser objeto de especial disciplina en los altos estudios filológicos, que deberán comenzar algún día entre nosotros, si es que han de cumplir su destino las facultades de "filosofía y letras".

No se dirá, lo esperamos, que carecerá este estudio de "fin práctico", de "utilidad positiva", porque si para algo sirve una facultad de altos estudios, es para compensar en un tanto las inmensas ventajas que llevan ya concedidas en las enseñanzas oficiales, los referidos fines prácticos y utilidades positivas. Ciertamente es que no habrá ya ocasión de fundar escuelas ambulantes o periódicas para resucitar la noble lengua conquistadora del Imperio del Sol; pero es evidente que si se ha de dar expansión y aplicación nacional a la antropología en sus relaciones con la filología, ninguno que posea mediano buen sentido negará la conveniencia de explicar alternativa o sucesivamente los idiomas primitivos de América. Tampoco faltarán elementos literarios o bibliográficos en qué estudiarlos; porque, sin mencionar las antiguas y las de otros países, sólo entre nosotros se han acumulado ya bastantes fuentes, para emprender la más vasta investigación sobre las principales que se hablaron en el territorio en que hoy se asienta nuestra República.

A los trabajos de los RR. PP. Domingo de Santo Thomas, Diego de Torres Rubio, González Holguín y Diego de Olmos; del doctor Vicente F. López, Markham, Pacheco Zegarra, general Mitre, P. Mossi, Lafone Quevedo, Pelleschi, Ambrosetti y otros, ha venido ahora a agregarse, en forma dogmática, definitiva y, diremos escolar y docente, el libro del Rev. Spilsbury, que puede considerarse como el texto, según el cual volvería a ser idioma vivo el del imperio que extendió a tan lejanos términos el Inca Tupac Yupanqui. El compren-

de tres partes: la gramática, la crestomatía y su aplicación al análisis de una obra tan completa como el *Ollantay*, único documento transmitido hasta nuestros días por la labor de un sabio, cuyo profundo conocimiento del quichua ha podido inducir a otros sabios más modernos, en la convicción de que el drama procede de autor indígena.

Las tres partes de la obra se hallan escritas precisamente en tres de los idiomas destinados a realizar la fusión más interesante y definitiva en el porvenir del nuestro; y ella habría sido sin duda, completa, si su autor hubiese incluido el italiano; pero sólo observamos ésto como una necesidad de nuestro propio raciocinio, y del concepto que tenemos formado de la futura etnografía argentina. Se advierte en la ortografía quichua del Rev. Spilsbury la huella de su honda penetración de la fisiología y psicología de esa lengua, y de las doctrinas clásicas sobre su estructura y pronunciación sustentadas en primer término, entre nosotros, por el doctor Vicente F. López, en su célebre libro *Les races aryennes du Pérou*, que es, por tantos conceptos, fundamental.

Este parentesco se nota, además, en ese optimismo explicable, aunque no del todo fundado, sobre la literatura incásica, que ha sido el primer fruto del entusiasmo con que los *pioneers* en el campo americanista celebraron sus brillantes descubrimientos. Entre ellos, Prescott, Markham, López y algunos otros ilustres escrutadores de nuestra antigüedad americana, tuvieron a bien aceptar desde luego con regocijo las relaciones del Inca Garcilaso, sobre la perdida grandeza de esa raza a la que, a pesar de su educación y erudición europea y católica, no podía menos de contemplar envuelta en las magnificencias de un pasado luminoso y romántico.

Llena de mérito científico es la historia general que el autor hace en las breves páginas de su introducción. Así, afirma que “a la llegada de los españoles, los Incas habían pasado las tres primeras edades en la formación de su idioma —la jeroglífica, la ideográfica y la hierática,— sin llegar ni al silabario ni al alfabeto”. Las ruinas, los tejidos, los útiles

y los *quipus*, los famosos *quipus* — dicen mucho, en verdad, sobre la época prehistórica del pensamiento quichua. Más claro hablaron, por cierto, los relatos españoles, de misioneros y capitanes, que trasladaron al papel, por adaptación fonética, las palabras, cantos y frases de los indígenas, hasta que se pudo, no diremos ya reconstruir su lengua, sino crearla como un organismo gráfico, al dotarla de los caracteres latinos, o como decían los gramáticos, “ponerla en arte”.

Pero, ni los geroglíficos, ideogramas y quipus han dado de sí todo lo que el análisis parece exigirles, ni las tradiciones orales de la raza, ni los infolios de nuestros cronistas se nos presentan con plena claridad sobre el fondo nebuloso de ese pasado, tanto más atractivo y seductor, por lo tanto, para el espíritu del hombre de estudio, curioso del alma antigua. Porque si es cierto que una poesía y una música vírgenes y primitivas, conmovían con intermitencias amables aquellas vidas rudas como el granito y ávidas como los llanos arenosos; si es indudable que la superstición y la religión engendraron leyendas transmitidas a sus descendientes; si es evidente que llegó la música nacional a singularizarse en un aire especial y genérico, que llamaron *yaraví* o *yarahuí*; no es posible hoy sostener, a la luz de una crítica positiva y de un procedimiento comparativo, que aquella gente conociese, como indujo d'Orbigny y lo sostienen después otros más apasionados, “todos los géneros, desde la romanza hasta el drama, y el poema épico de mayor extensión”, ni que el admirable *Ollantay*, sea otra cosa que la obra de un misionero tan penetrado del teatro español caballeresco, como de las intimidades históricas de la expirante monarquía del Sol.

Servicio insigne para las letras argentinas significa, pues, este nuevo libro, en el cual castellanos, franceses e ingleses pueden aprender el idioma quichua, y leer el ya referido poema dramático *Ollantay*, escrito en octosílabo a veces asonante y a veces consonante estricto, y en el cual se propuso su autor presentar las figuras más altas de la dinastía, —Pachacutec e Inca Yupanqui— con sus rigores y magnanimi-

dades, la vida doméstica y regia de los príncipes, la corte, la religión con sus sacerdotes y vestales, las escenas y cantos de amor, la clase militar, representada por los grandes jefes regionales del Anti y del Hanan, Ollantay y Rumi Ñahui — todo como lo haría un eminente profesor de Salamanca o de Oxford, para exhibir a sus alumnos, en luminosa síntesis viviente, los caracteres y elementos de una sociedad cuya historia, vida y alma acaba de trazar desde la cátedra.

Vemos así, cómo la retórica de los Incas, —conservada en alguna universidad, no descubierta por los partidarios del *Ollantay* indígena,— ha atinado a hacernos conocer en el drama, los varios géneros poéticos y coreográficos, estos últimos con canto, el *yarahuí* y el *kcashua*, por ejemplo, de los que queremos transcribir aquí algunas estrofas como un ejemplo, no sólo del método y valor filológico del libro, sino de la poesía misma, en una gran parte, inspirada en el espíritu y naturaleza locales. El *yarahuí* que Ollantay oye que cantan a Cusi Koyllur, recuerda los sáficos horacianos imitados por algún poeta ideal del Cuzco:

*I have lost a beloved dove
even now this moment;
I sought her, and asked for news of her
in all the neighbourhood.*

*Je viens de perdre en ce moment-ci
une colombe chérie;
je l'ai cherchée, je me suis informé dans
tout le quartier.*

La traducción prosaica no dá, por cierto, la sensación rítmica y poética del original, en que el erudito dramaturgo ha hecho lujo de dominar la métrica latina, tanto como la castellana, que adapta al quichua con soltura sorprendente, como en este *yarahuí* en redondilla octosílaba, del cual tomamos dos estrofas que nos parecen más armoniosas, notando la rigurosa exactitud de la rima consonante:

Huakcac urpitacmí llacquin
Pitullanta Kcahuarispá
Huaùnscataña tarispa
Cay simipi paypac taquin.
Maymí, urpi, chay nahuiyqui
Chay Kcascuyqui munay munay,
Chay sonkcuyqui ñucñucunay,
Chay llampu huattuc simiyqui.

Nos detenemos aquí, —en una pendiente hacia la cual nos arrastraba casi inadvertidos la rareza del asunto,— para decir que la gramática quichua de que hablamos, es un libro de mayor importancia de la que ese título pudiera significar; porque contiene la enseñanza de la más sabia y perfecta lengua de la América indígena, invita a más vastas y generales reflexiones con su apéndice literario del *Ollantay*, y lo ofrece a los que, no conociendo el español, y sí el inglés y francés, quieren extender sus estudios filológicos hasta los idiomas indígenas de nuestro continente, desterrados hasta hoy de las aulas facultativas del viejo mundo.

IV

**EL GENERAL JOSE IGNACIO GARMENDIA,
HISTORIADOR MILITAR**

EL GENERAL JOSE IGNACIO GARMENDIA,
HISTORIADOR MILITAR

A propósito de su libro *Campaña de Humaitá*, 1901.

Circunstancias notorias de orden público me han impedido consagrar a este libro el tiempo necesario para un estudio completo, el que requería ya una nueva obra del general Garmendia, con la cual termina, si puede decirse, la historia de la guerra de la Triple Alianza contra la tiranía del Paraguay, que viene dando a la publicidad desde hace tiempo, en diversos volúmenes, justamente apreciados por la crítica.

Es, no obstante, necesario observar el progreso creciente desarrollado por este historiador militar desde sus primeros trabajos hasta este último; y un lector estudioso, de esos que van juntos con el autor, removiéndolo el polvo de las bibliotecas donde duermen los viejos autores que sirven de fuentes o guías en toda obra nueva, puede seguir con un profundo interés las huellas que el general Garmendia ha ido marcando en diversas épocas de la historia del arte bélico, y de las mutaciones geográficas de las nacionalidades modernas.

Al propio tiempo, el lector argentino no podrá menos de notar con cierto legítimo orgullo, esta labor extraordinaria de un militar que aprovecha los años de la paz en el estudio de problemas que son enseñanza y educación constantes para las horas de la prueba. Y así se explica la energía y perseverancia con que va dando cima, —si puede tenerla la tarea de la inteligencia,— a un triple orden de estudios, que constituyen lo que llamaríamos su plan de trabajo.

En efecto, son visiblemente tres los géneros cultivados, en su ya larga producción, por el autor: uno de pura técnica militar como el *Manejo del arma y educación física para los soldados del Provincial*, *Escuela práctica de infantería en campaña*, *Preceptos tácticos*, *Introducción a la táctica aplicada*; el segundo, de narración y crítica de las operaciones militares más importantes de nuestra historia contemporánea, principalmente circunscripta a la guerra del Paraguay, y otras acciones en que el autor fué también actor, desde aquellas campañas hasta las últimas guerras civiles, y a este grupo pertenecen, además de numerosas monografías, artículos y cartas, libros animadísimos que, aparte de su interés histórico tienen el encanto de la crónica romancesca de los antiguos poemas heroicos, como los *Recuerdos de la guerra del Paraguay*, *la Cartera de un soldado*, *la Campaña de Corrientes y Río Grande*, los *Viajes y exploraciones de la Comisión Argentina de límites con el Brasil*, que se hallara bajo la dirección del autor; por fin, el tercer orden de sus trabajos contiene aquellos que, si no tienen un interés patriótico inmediato, poseen el más alto interés entre todos, el de la historia humana, el de sus sabias y eternas lecciones, el de los supremos goces de la especulación intelectual desvinculada de móviles actuales, y sí sólo inspirado en el puro y abstracto amor del saber y del pensar.

El general Garmendia ha realizado desde este último punto de vista una labor de mérito excepcional. No será acaso apreciada bastante en nuestra época, distraída y como aturdida por estrépitos mundanos, pero puede asegurarse que ella constituirá un verdadero tesoro para nuestra historia intelectual, cuando más tarde se remuevan los escombros de nuestra época y se descubran los nombres y las obras de los que en ella trabajaron en silencio y sin aplausos.

Los estudios del general Garmendia sobre los *Asaltos de Plewna*, sus *Juicios críticos sobre la guerra del Transvaal*, y por fin, su libro sobre las *Campañas de Aníbal*, bastarían para demostrar a la crítica imparcial que su autor no había

pasado en vano los años de la vida, y que los acontecimientos históricos de su época no le encontraron como un espectador indiferente, sino que, desde lejos se interesaba en la enseñanza que ellos contenían y se apasionaba por las acciones heroicas y las soluciones políticas que la guerra hacía resplandecer y traía consigo.

El libro sobre las *Campañas de Aníbal*, juzgado en su oportunidad con mucha justicia y honra para su autor, ha de atraer muchas veces sobre sus páginas las miradas de los hombres de estudio. Revela esta obra más que otra alguna, la modalidad intelectual de quien la escribiera, y la honrada conciencia con la cual se ha dedicado a la investigación de la ciencia y arte profesionales. Y tan fecunda es esta pasión de su propia profesión, que ella sola descubre nuevas virtudes y desarrolla facultades diversas de índole estética que concurren a dar color, brillo y hondo atractivo a lo que sólo sería sin ellas descarnado análisis, o narración sin alma.

Para nuestro medio, para nuestro modo de ser y para nuestros numerosos prejuicios, la obra del general Garmendia es de valentía y de enseñanza ejemplar para su tiempo y para los que vienen en pos de su generación; porque no sin sacrificio se abstrae un hombre del mundo y de las mil seducciones diversas en cualquier edad de la vida, para sumergirse en una biblioteca, y remontándose veinticinco siglos en la antigüedad, animar las osamentas de los ejércitos, y restaurar el cuadro de la historia, apagada bajo las seculares capas de ceniza que las separan de nuestros intereses o pasiones.

Gracias a esta clase de estudios la humanidad no se olvida a sí misma, y todas las épocas, aun las más remotas, se iluminan y guían unas a otras en el espacio eterno. Es simpática, amable, noble la consagración que hombres de armas como el general Garmendia prestan a la historia militar, si antigua, por la parte de inmutabilidad que hay en esa ciencia o arte y en las invariables influencias del genio guerrero; si moderna y contemporánea, por la utilísima aplicación de

los progresos tácticos demostrados por las últimas batallas de grandes masas de combatientes.

Garmendia es hasta hoy, entre nuestros escritores de historia, el que se ha preocupado de satisfacer de modo más completo, la viva curiosidad de los lectores argentinos por los sucesos militares de la guerra del Paraguay, tan discutidos, tan censurados y tan exaltados a la vez; y este autor, que comenzara por interesarnos con los relatos heroicos, a manera de romancista, ha concluído por natural evolución en la verdadera, concienzuda y grande historia militar, no descarnada por eso de vivo interés literario, el que fluye de las acciones mismas, de las dificultades de la naturaleza y del espíritu apasionado del escritor.

No se habla en estas páginas, precisamente de la *política* de la guerra, sino de la técnica y la ejecución de la misma, animada por el gran elemento moral de los personajes que la conducen y los sacrificios que la iluminan. Y Garmendia en este libro, como en los que lo preceden sobre las distintas campañas que dieron fin a la tiranía de López, ha puesto a contribución, junto con su honesto testimonio de actor, su ilustrado juicio de hombre de estudio, de ciencia, de libros y de especulaciones históricas, que le permiten proyectar reflejos de gloria antigua sobre nuestros campos de batalla, y confirmar con la prueba las comparaciones consagradas entre los Aníbal y los San Martín, y entre los Alpes y los Andes.

Un libro que ha impresionado vivamente a muchos lectores, es el publicado no hace mucho en el Brasil por el coronel José Bernardino Bormann, con el título de *Historia da Guerra do Paraguay*, y la razón de ser de aquella impresión la revelan las palabras con que lo dedica a los veteranos del ejército: “Las injusticias hechas al ejército brasileño —dice,— por nuestro aliado argentino, durante y después de la guerra del Paraguay; las inexactitudes publicadas por su prensa con la intención de colocarnos en plano inferior en

la tremenda tragedia que terminó en Aquidaban, me han inducido a escribir la historia de aquella guerra...”

Al espíritu confesado que anima las páginas de esa historia, y que no es del caso analizar, se debe oponer los libros del general Garmendia, único que hasta ahora entre nuestros escritores puede llamarse historiador de la guerra del Paraguay; porque no sólo ha enseñado a admirar las virtudes, rasgos guerreros y conducta general de los aliados del Brasil y la República Oriental, sino el heroísmo excepcional de los adversarios que palpita en sus libros, con el mismo fervoroso entusiasmo que despiertan en toda condición y época las acciones heroicas.

Hay injusticia y ligereza en la afirmación del historiador brasileño, al atribuir a los argentinos propósitos semejantes, y al tomar por “juicio histórico” de los aliados las publicaciones ocasionales, transitorias y no siempre coherentes de la narración contemporánea. Eso no es historia; y la prueba está en el tono, estilo y carácter que asumen los hechos, cuando los reúne y los clasifica y los exhibe en su unidad completa un espíritu cuidadoso de los mil problemas conexos que constituyen toda obra histórica.

El autor de este nuevo libro ha hecho en este sentido obra de patriotismo sano y fecundo. Además de presentarnos hoy a las tres naciones, aliadas en el sentimiento y en las glorias y méritos de la guerra como lo estuvieron en los combates sus ejércitos, muestra un fondo tal de generosidad, de benevolencia y de amor a la justicia, que a veces se ocurren excesivas y pródigas.

Pero dejemos de lado esta faz de la cuestión y hablemos del escritor mismo, tal como aparece en su obra, y como si la analizásemos ante un auditorio de cátedra. Muchas direcciones tendrá que seguir el espíritu del lector para juzgarla: unas son científicas, en que el estudio de la geografía y la topografía se confunden con el de la estrategia y la táctica; otras puramente literarias, relativas a la forma de expresión

en que los sucesos y las descripciones se han revestido para presentarse al lector tan atractivas e interesantes.

Desde este segundo punto de vista es deber confesar que Garmendia se hace leer con entusiasmo; y si su estilo alguna vez carece de las purezas clásicas y de los refinamientos nuevos, en cambio palpita con los movimientos de la sangre, de la vida, de la pasión, del amor a la causa y de la emoción propia del que ha visto y rememora hechos gloriosos y sacrificios humanos en aras del más noble de los ideales.

Las descripciones relativas y sus episodios personales adquieren un relieve dramático sencillo y conmovedor, y siempre en el fondo del cuadro se destaca el héroe inmolando la vida en el altar de la patria, y arrastrando las legiones al ejemplo irresistible de la propia inmolación. Todo esto, además del rico caudal de observación personal y científica respecto a las condiciones físicas de la guerra, lo que servirá sin duda en todos los tiempos y para los futuros historiadores analistas, de firme base de criterio y material inestimable de reconstrucción del pasado.

Hay, pues, en los libros históricos del general Garmendia sobre la guerra del Paraguay, y en el presente como en todos ellos, una gran riqueza, verdaderos tesoros de ciencia, de observación y de emoción patriótica, y todos los elementos necesarios —coordinados como se hallan según un plan pre-establecido,— para constituir ya una apreciable *Historia de la Guerra de la Triple Alianza*, escrita por historiador argentino.

Se anuncia que otros escritores notables, consagrados ya por obras históricas relativas a épocas anteriores, tienen en preparación y que publicarán después de sus días la de la guerra del Paraguay; pero nada quita esta reserva al mérito del *pioneer* que se aventuró en la tupida selva, desafiando las asperezas, los peligros ocultos y las obscuridades, para encender la primera fogata que alumbre el sendero a los demás.

En las páginas de la *Campaña de Humaitá*, el autor despliega toda la vitalidad de su estilo, la variedad de sus aptitudes de escritor y la inagotable riqueza de sus informaciones, ya oculares, ya escritas, que aprovecha y utiliza con ecuánime criterio, y por encima de todas estas cualidades se destacan éstas, que son también grandes virtudes: generosidad y admiración para el vencido, justicia y honor para los nobles aliados, y póstuma recompensa y gloria para los compatriotas que en la cruenta guerra salvaron, como siempre, la inmarcesible blancura de la enseña nacional.

Octubre de 1901.

V

UNA NUEVA BIOGRAFIA DE SARMIENTO

UNA NUEVA BIOGRAFIA DE SARMIENTO

Palabras de Introducción a *Domingo Faustino Sarmiento y su obra*, por Carmelo B. Valdés, 1913.

Para los lectores de Buenos Aires que no siguen el movimiento de la cultura provinciana, el nombre del autor de este opúsculo acaso le aparezca como una revelación; no así a los otros, a los que observan con cierta atención la vida de tierra adentro, algunas veces y bajo algunos aspectos más intensa que la de este litoral metropolitano, agitado por vientos tan encontrados y tan intermitentes y tan caprichosos. Entretanto, en regiones más serenas de la patria, el estudio es más continuo, más hondo y rendidor, como esas lluvias mansas que mojan la tierra hasta la entraña y a las gentes hasta los huesos.

El señor Carmelo B. Valdés es miembro de una familia de intelectuales; él es el mayor, y en su biografía hay tela para muchos capítulos interesantes, en los cuales esa acción local de provincia, mil veces más difícil que la de los vastos escenarios, se ofrece al observador con un valor analítico y comparativo indudable, porque en aquéllos la lucha es siempre el entrevero a arma blanca, cuerpo a cuerpo, sin cuartel y sin careta. Él ha sido en su medio inmediato, en ese cultísimo rincón andino que es como la segunda capital de La Rioja, una figura siempre saliente, por la forma en que ha realizado esa difícil *struggle for life*, en la que sólo los diestros sacan el pellejo sano.

Asiento antiguo de un núcleo de familias troncales, que proceden desde los albores de la conquista, la pintoresca

constelación de pueblos del Valle del Famatina, con su foco en Chilecito, o Villa Argentina, es un venerable archivo y hogar de una noble y pura tradición nacional, netamente argentina, tan nítida que se podría golpear en ella con un martillo y siempre se oiría el timbre del oro encerrado en sus cerros.

Muchas veces la barbarie, —¿y cómo no había de ser así?— hizo su cueva en aquellos ricos parajes, codicia incesante de los descamisados y sanguinarios nómades de nuestras guerras de montonera, que al regar de sangre ilustre las heredades, sembraron en los surcos abiertos por sus hombres —adornados de rojo,— la desolación, el desaliento, la miseria. Si alguien escribiese, al estilo de Merimée en su libro de las *Crónicas del Rey Carlos IX* —¡y cuántas veces he puesto la pluma en el papel para comenzarlos!— produciría uno de los más bellos romances reales de que Sarmiento en su *Facundo* anticipa tan alta muestra, y ofrecería a la futura historia nacional un colorido de verdad tan hondo y tan penetrante, que equivaldría a un cuadro vivido y movido por la sangre y la fuerza.

Y bien, el señor Valdés, que ahora ha querido darnos unas páginas tan bien pensadas, sentidas y movidas por espontánea admiración hacia el personaje de su estudio, es un poseedor feliz y autor más feliz todavía, de los secretos de aquella crónica, que a ser narrada con el calor y el color que acostumbra poner en su estilo, alumbraría los rincones de la historia de tal manera y con tal luz, que saldrían tesoros de sugestión y de realidades desconocidas. El escenario y el plan de *Facundo* no permitían una labor de este género: lo que pasa es que Sarmiento, en medio de la idea trascendental de su libro, que era principalmente político, no podía con el genio, y se ponía a beber los borbotones de agua pura, romancesca y épica que surgía del suelo que pisaba.

El adivinó también, —y su vasta creación está llena de adivinaciones y aciertos maravillosos,— el profundo romance que vivía escondido entre los silenciosos señoríos de Nono-

gasta, Sañogasta, Chilecito, Famatina, Rioja, y uno que otro brochazo de su pincel pletórico, han dejado esbozados por ahí, a manera de fragmento rodinesco, un sinnúmero de poemas trágicos, que un día serán fuente de la gran poesía, del arte augusto del futuro. ¡Oh, si hubiera podido detenerse allí y revelar los misterios literarios del histórico valle del Famatina! Sus *Recuerdos de Provincia* son una primicia sabrosa de aquella literatura que todavía aguarda sus continuadores, sus creadores, aun puede decirse.

Pues bien, el autor de esta semblanza histórica, o fragmento de una gran vida, o capítulo de un vasto libro que no tendrá término, —no obstante la vigorosa fábrica alzada por Leopoldo Lugones,— en su breve resumen de historia riojana, publicado en *La Nación* del Centenario, ha revelado el fondo de esas historias, al trazar el marco dentro del cual se han movido y han labrado su tela los personajes de la futura crónica del Famatina; la cual tendría atractivo irresistible desde la lejana época de la conquista militar y espiritual de los Luz de Cabrera y de los Torino, héroe el primero y mártir el segundo en la sangrienta sublevación de los naturales en los albores del siglo XVII, hasta la independencia, y mucho mayor durante la hora sombría de los Quiroga y de los forajidos que fueron como su póstuma prole macabra.

¡Y luego las leyendas de la región minera, del cerro mismo, morada de dioses, genios y malos y buenos espíritus, creados, como en una deslumbrante floración mitológica, por esa fiebre, —que no por ser de oro es menos grandiosa,— forjadora de tanta hazaña y tanto heroísmo! ¿Wágner no ha revelado su mitología germánica, esbozada en los *Nibelungos*, y realizada por él en forma y voz y movimiento, en la unidad indestructible de su admirable obra poético-musical? Y bien, en muchos poemas y cricones de la época de la conquista, se halla dispersa esa revelación, que un buen día, cuando tengamos música y cerebros musicales como el forjador del *Sigfrido*, del *Anillo de los Nibelungos* y del *Parsifal*, hará su irradiación esplendorosa en estrofas y en

acordes que serán tan altos y tan hondos como los del genio de Bayreuth.

Y traigo esta referencia wagneriana para llegar a afirmar que, si algunos otros se preocupasen de recoger y escribir las tradiciones íntimas de aquellos lugares repletos de ellas, como lo están sus montañas de preciosos metales, no tardaríamos en poseer por lo menos, mientras la naturaleza nos ofreciese la gran eclosión del genio musical de la tierra, todos los elementos para construir la armazón literaria de la ansiada creación. Todo estaría preparado, material arquitectónico, escultural, pictórico; el artista esperado y aparecido de súbito, como un Dios en una nube, no haría más que arrancar del suelo y del abismo y del firmamento de la región, la armonía musical que desborda y se hincha y filtra por todos los poros, y la maravilla cobraría las formas de la realidad.

En sus horas de reposo de tareas más arduas, de profesional de la ley, de funcionario público, de periodista, de servidor voluntario de sus convecinos, de minero, de laborioso, en fin, en toda la extensión de la palabra, y de estricto cumplidor de la misión del *pater familias*, el señor Valdés ha consignado algunos de aquellos relatos, como quien exhibe la muestra de lo que puede dar ese filón, de él tan conocido, como ignorado por la gran literatura metropolitana.

Mi objeto no era otro que presentar al autor de este nuevo tributo al autor de *Facundo*, que viene a incorporarse a la vasta producción suscitada por su Centenario; y valido de mis derechos, que creo indiscutibles, de amigo, de coteráneo, de viejo correligionario y de sincero apreciador de sus méritos y talentos como intelectual de pura cepa, es que he querido demorar con este breve prólogo la entrada del lector al fondo de este nuevo estudio sobre Sarmiento, figurándome, si el lector así quiere admitirlo, que como morador más antiguo de esta encopetada ciudad, tengo algún título para introducir en su amplio escenario, a un cumplido paladín de las patrias letras.

Marzo 15 de 1913.

VI

EL DOCTOR EDUARDO · L. HOLMBERG

EL DOCTOR EDUARDO L. HOLMBERG

Palabras de introducción a su novela *Nelly*, 1896.

Tenemos la satisfacción de ofrecer a nuestros lectores la novela *Nelly* del doctor Eduardo L. Holmberg, uno de los más originales escritores de nuestra historia literaria, muchas veces enriquecida con obras suyas, en las que el propósito trascendental se ha unido siempre a la forma agradable, ligera, encantadora, que es patrimonio del autor, y en la cual se advierte una vigorosa fusión de la noble raza de origen con la riquísima naturaleza de nuestra salvaje América.

Holmberg no es de aquéllos que deban ser presentados con ceremonia, como uno de esos nobles aparecidos de la noche a la mañana en la sociedad democrática, o como genio ignorado, autor de maravillas inéditas: sus pergaminos literarios están suscritos por las más autorizadas firmas, y ni se encierran en herméticos tarros de lata, para salvarse de la descolorante acción del aire, cual si dijéramos, de la destructora influencia del análisis.

No tal; este escritor es de los que ponen sus títulos de nobleza y sus placas honoríficas a la disposición del pueblo, seno fecundo de donde salimos todos y a donde todos volvemos al fin, por más arriba que nos lleve a veces el remolino de la casualidad o de nuestra inconsciente fortuna. Tampoco hace comedia ni papel para aumentar en importancia social sus méritos positivos, como los quilates de fino que tiene una pieza de oro, que siempre de oro ha de ser donde quiera que se encuentre. El vale porque vale; y descuidado, mal vestido,

franco, irreverente, supersticioso, sabio e infantil, en cualquiera balanza que se le ponga pesa lo mismo.

Pero terminemos estos prolegómenos, y digamos que *Nelly* es una de esas creaciones propias de Holmberg, con mucho más espíritu novelesco que de ordinario acostumbra, llena de un interés vivísimo que se apodera del lector desde los primeros pasajes para llevarlo de emoción en emoción hasta el último, al cual el lector llega deslumbrado, enceguecido por la riqueza del elemento imaginativo, la variedad de los tipos y los cuadros, movidos muchas veces por magia diabólica, aprendida en los misterios de Walpurgis, y por la pericia con que el autor, hombre de toda ciencia, ha sabido aprovechar los recursos artísticos de las novísimas ciencias psico-físicas, que en los nebulosos tiempos de Raimundo Lulio habrían hecho creer en la presencia substancial de Lucifer.

Narración intensamente atractiva es ésta, en la cual, gracias a la manera cómo han sido combinados los lugares de la acción, nos encontramos, ya en plena Europa, ya en plena pampa argentina, y si se quiere, en pleno ideal, siguiendo la peregrinación de un joven, sediento de conocer un secreto de ultratumba, secreto de mujer que sólo allí será revelado, cuando estén de nuevo reunidos en el último lecho nupcial...

“Te lo diré al oído”, —que pudiera ser el título de la novela,— “te lo diré al oído”, fueron las últimas palabras de la dulce, amorosa y pálida Nelly, aquella almita tenue, pero cálida y vibrante, que tenía la virtud de los verdaderos amores, la de adivinar lo que su amado sentía lejos de ella, y más aún, de sentir ella misma a distancia, y en espíritu y en verdad, los efectos reflejos de las pasiones que a su adorado amigo asaltaban en pueblos y climas remotos.

Nelly —¡ah, la dulce y melancólica criatura, hija de las nieblas septentrionales!— se queda para siempre en la memoria, en ese firmamento infinito de la fantasía, semejante a una visión soñada en sueño venturoso, alta, envuelta en túnica blanca como las espumas de una ola, la ola de pasión

casi mística que la arrebató, y la lleva al sepulcro, y le da, todavía, más alta existencia real en la vida de su esposo, de ese misterioso Edwin, inglés perfecto, aristocrático, casi azul de puro noble, pero ligado a la vida por su naturaleza, y a la muerte por su destino y por aquel secreto de Nelly que sólo “te lo diré al oído...”

Seguir más allá sería develar los encantos que sólo al lector pertenecen; a él le dejamos esa agradable tarea, seguros de que, al empezar la lectura de *Nelly*, apenas podrá perdonarnos el que no se la demos toda de una vez, para leerse de un respiro. El interés novelesco que despierta, las profundas emociones que procura, y los goces intelectuales que encierra para los que tal prefieren en los libros, son cosas que no debemos anticipar, porque son la sorpresa del obsequio.

Enero 26 de 1896.

VII

“AROMAS DE ORIENTE”

“AROMAS DE ORIENTE”

Carta-prólogo al autor, Presbítero Dr. Abel Bazán, Obispo del Paraná

Buenos Aires, abril 30 de 1905.

Muy estimado comprovinciano y amigo:

Después de haber leído con el más vivo interés los manuscritos de su libro, tan sugestivamente titulado *Aromas de Oriente*, me debía a mí mismo, y a Vd. por supuesto, la impresión, ya que el tiempo no me permite entrar en los dominios más extensos de la crítica. Para ésta, además, no sería yo llamado, primero, porque no cojeo de ese pie, y segundo, porque no conozco las regiones que Vd. describe, aunque haya leído los viajes de Chateaubriand, Lamartine, Pierre Loti y otros, de inolvidable recuerdo. Además, he conocido estudios vastos de orden histórico y arqueológico sobre la tierra donde nació el cristianismo, y no sé ya cuántas novelas-estudios sobre la época en cuyo centro aparece el Mesías.

Me halaga mucho que sea un sacerdote argentino, hijo de mi provincia, quien llame la atención del público con un libro de viajes a Jerusalén. Fué ésto también la pasión de Esquiú, un montañés, místico fervoroso cuyo ensueño había sido la visita al Santo Sepulcro, que realizó con la pasión de un apóstol y la tenacidad de un iluminado. Sus anécdotas al respecto, pues no escribió, al parecer, libro ni artículo sobre esto, revelan la profunda unción con que aquel sublime fraile fuera a penetrar en el alma de los lugares que fueron testigos de la inmortal tragedia.

Usted ha hecho su larga travesía como turista moderno, —me refiero al libro—, reservando sus más íntimas emociones para el grave ministerio que ejerce, para la predicación, para la lucha, tal vez. No obstante, hay en sus páginas vivacidad, no pocas veces colorido intenso, conmociones espontáneas ante la naturaleza o la obra del hombre, como en las Pirámides, con las que sueño siempre, y hacia las cuales, como hacia el Santo Sepulcro, iría volando, si pudiese. Hierve en mi cabeza y en mi corazón un mundo de ideas relacionadas con esos dos sitios de la tierra. ¡Quién sabe si al llegar no me quedaría mudo, como me ha ocurrido en algunos parajes de los Andes!

Su libro ha de mantener la curiosidad de los lectores por su movilidad, por la precisión de observaciones que encierra, por la sencillez exenta de pretensión literaria con que está escrito, y por el gran caudal de información útil que lo enriquece. Por lo general, esas cuestiones de la política europea de Oriente —en la cual ha echado usted una buena sonda— no son leídas entre nosotros, así como la historia contemporánea de las religiones; en *Aromas de Oriente*, se halla una sinopsis tan clara, tan metódica, tan concluída, que si su obra no tuviese otros fines, le daría su valor total y exclusivo. No aludo a sus opiniones, que todo lector discreto respetará, pero a mí se me ocurría comparar ese estado de anarquía y disgregación de las creencias desprendidas del tronco inicial del cristianismo, con el que nos describen los historiadores, y que precedió a la gran misión de unidad y amor, traída por Jesucristo.

En nuestras conversaciones confidenciales le he dicho ya que la parte final de su libro —la relativa a la Tierra Santa,— en su aparente frialdad, envuelve otra reserva suya. Parece que no ha querido el autor, por miedo a la “indiferencia reinante”, desplegar todo el tesoro, franco y sincero, de sus intensas impresiones. Yo lo habría hecho, se lo declaro, aunque me hubiesen tildado de sensible o romántico; pero, la verdad es que yo no puedo tener sus mismas razones. Confe-

semos aquí, entre los dos, que los riojanos somos tímidos hasta el extremo. Esto es malo, pero irremediable; está acaso en el fondo del carácter común de los hijos de aquella noble tierra tan amada. Esquiú era lo mismo, y en su unción oratoria o poética, vibra su estilo como la carne de una gacela sorprendida en medio del bosque.

Un hombre ilustrado que ha podido llegar hasta Jerusalén no tiene derecho a ser tímido. Vaya eso para los que nunca hemos podido realizar hazaña semejante. Por esto, cuando iba llegando con usted por el ferrocarril de Jaffa, me conmovía sólo al pensar en la inmensa fuente de placer moral que abría a su alma. ¡Quién fuera el autor! Me lo imaginaba recorriendo los campos de Ruth, los collados henchidos de "aromas de oriente" donde transcurrió el idilio místico del *Cantar de los Cantares*, y el lago Tiberiades y la colina de Galilea, la que ha oído las cosas más sublimes que jamás se revistieron con la palabra humana. Tuve tristeza allí donde dice usted, de un modo casi repentino, adiós a la tierra desde tan lejos buscada. Yo le hubiera impuesto el deber de quedarse más tiempo, y me habría obedecido.

Bien, pues, yo no quería ni podía ofrecerle un "juicio crítico". Esta es palabra grave. El agrado de ver un libro de tan significativo asunto, escrito por un hijo de La Rioja, me impulsó a escribirle estas líneas, en las cuales, con las felicitaciones del amigo, le envío un voto sincero por el mejor éxito, que puede presagiarse sin dificultad.

Siempre suyo affmo. y S. S.

J. V. GONZÁLEZ.

VIII

RAFAEL OBLIGADO

Los POEMAS. — Los HORNEROS

RAFAEL OBLIGADO

I

LOS POEMAS

En el círculo literario que se reúne los sábados por la noche en casa del poeta argentino D. Rafael Obligado, se dió lectura de tres nuevos poemas que hace tiempo viene escribiendo y que hoy tiene concluídos.

Ellos formarán parte del volumen que, con el título de *Héroes y tradiciones*, dará a luz durante el presente año, en una edición más económica, al alcance del mayor número de lectores.

Pero hablemos de los poemas. El primero titúlase *Ayohuma*, y describe el momento solemne de la oración mandada rezar por todo el ejército, presidido por el general Belgrano; resolución habilísima que conseguía dos grandes resultados: retemplar el espíritu de la tropa, toda creyente, y dar tiempo para que se reunieran los dispersos de la derrota.

El cuadro es grandioso, de una entonación épica arrebatadora y de un profundo sentimiento patriótico.

Las figuras heroicas de Belgrano, de Zelaya y de La Madrid destácanse con un relieve deslumbrante que sacude y conmueve.

El poema está escrito en décimas, que Obligado, después de Núñez de Arce, maneja con más maestría en la actual literatura castellana; y todos los presentes, allí donde se dan

batallas formidables entre representantes de tendencias distintas, estuvieron de acuerdo en que *Ayohuma* es la obra maestra del poeta nacional.

Con el *Negro Falucho* y *La retirada de Moquehua*, el poema mencionado constituye la base triangular del futuro libro de los *Héroes*, el cual a su vez, cuando sea completado por otros poemas que le falta escribir, formará una verdadera epopeya argentina, porque aunque no sea lo que se llama estrictamente un poema épico al estilo antiguo, tiene unidad de tiempo, y más aún, unidad de propósito dentro de la vasta esfera de nuestra sociabilidad.

En *Ayohuma* la figura moral de Belgrano es comprendida en toda su grandiosa trascendencia en nuestra historia y exaltada a la altura que sus nobles cualidades le tienen deparada ante la posteridad.

Asistimos también a la lectura de dos poemas tradicionales de índole distinta, esencialmente tradicional o folklórica: *La Salamanca* y *La Mula Anima*, tradiciones esencialmente nacionales, porque la primera está en la creencia popular de todo el territorio, y la segunda pertenece exclusivamente, al menos así lo creemos, a la región montañosa del país, que Obligado ha tenido ocasión de visitar en 1889.

En *La Salamanca*, el poeta ha reflejado con toda intensidad la tradición satánica, en la cual, Luzbel, con su corte de brujas y demonios, dentro de sus palacios subterráneos, atrae a los incautos caminantes o a los mozos hambrientos de aventuras, con el halago de la suprema ciencia, en cambio del alma. Es la misma superstición que ha dado origen al *Fausto*, de Goethe, y a tantas obras del género que embellecen las literaturas europeas.

Contiene otro detalle, aquel en que las brujas hacen hervir la gran olla de los conjuros, que recuerda el episodio de *Macbeth*, y demuestra que la tradición tiene un dominio universal.

La Mula Anima tiene un tinte especialísimo. Su fondo moral es el castigo del amor sacrílego en la mujer, pero con

un principio de redención. *La Mula Anima*, es una mujer que ha tenido un amor sacrílego, convertida en ese estado por condenación divina, hasta que un valiente la detenga de sus riendas abandonadas: entonces vuelve a su ser primitivo para morir.

Obligado ha compuesto un poema tocante y ha conseguido salvar los difíciles escollos que la materia ofrece al arte, dándole entrada, con todo acierto, en sus radiantes dominios.

Puede decirse que en este poema el poeta de la pampa y de los ríos ha adquirido otro título más para completar su personalidad poética: siendo también el poeta de la montaña, es ahora, en toda la extensión del concepto, el poeta nacional.

En *La Mula Anima* el señor Obligado nos da su primera obra después de su viaje a los Andes. Su arpa ha enriquecido los tonos, su paleta de pintor ha adquirido colores nuevos y su horizonte poético se ha ensanchado hasta el único límite que su espíritu reconoce a su obra artística, — los límites de la patria.

Su nuevo libro en preparación, *Héroes y tradiciones*, consta, como lo indica el título, de dos partes. En la primera colocará los poemas de índole épica, y en el segundo los legendarios o tradicionales.

Estamos seguros que la publicación de ese volumen será la consagración de su nombre en la literatura castellana y un motivo de legítimo regocijo para su patria, donde tan pocos poetas logran salvar la atmósfera de hielo que los envuelve.

II

LOS HORNEROS

Inserta en un número de la *Revista Nacional* que dirige Carlos Vega Belgrano, apareció por primera vez en Buenos

Aires la composición de Rafael Obligado, titulada *Los horneros*, y que hasta entonces sólo era conocida de los pocos lectores de algunas revistas extranjeras, pues fué publicada primeramente en Chile y después en la *España Moderna*.

No es esta poesía, de sencilla apariencia, de las que se juzgan de un rasgo: es para nosotros de las más sentidas que el autor de *Santos Vega* ha producido, y de las que, teniendo como todas sus obras la más acicalada forma, manifiesta del modo más visible la fisonomía del territorio argentino.

Puede decirse que Obligado, en este trabajo, se nacionaliza mucho más que en *Santos Vega*, porque su gran cuadro abarca todas las zonas de nuestra tierra; y no es sólo el poeta de la pampa y de las islas floridas del Paraná, sino el inspirado pintor de la llanura interna, que tan especiales caracteres presenta a la observación filosófica y artística.

La sentirá, pues, lo mismo el argentino de las costas fluviales y marítimas, como el que habita la pampa, como el que vive en los llanos sedientos y polvorosos del interior, y el que tiene su morada en los valles intermedios, amplios y dilatados, de las cadenas andinas.

El hornero es, en una palabra, lo que el poeta dice en una estrofa, simbólicamente:

*El rancho de la raza vencedora
de Salta, San Lorenzo y Tucumán,*

porque su casilla de barro tan pronto se levanta en el gajo del ombú, como en el álamo esbelto de los oasis interiores, como en el elevadísimo "visco" que es el pino de las quebradas montañosas.

Representa ese pájaro diminuto mejor que cualquier otro símbolo el progreso social, porque no huye ni desaparece ante los inventos modernos como otros rasgos de nuestra tierra: a él no le importa que la locomotora ahogue o sofoque la selva con sus nubes de humo o la aturda con gritos estridentes; al contrario, la busca, porque edifica su palacete

entre los aisladores del telégrafo que costea la vía férrea, y si se detuviera un corto tiempo, le plantaría también sus murallas en la boca de la chimenea.

En fin, no es aquí donde hemos de entrar en el análisis de esta poesía, de gran trascendencia para nuestra literatura y para definir la musa del autor, que esta vez, según nuestro entender, ha penetrado al fondo de la naturaleza del territorio argentino, pero de *todo* el territorio y no de una región más o menos pintoresca, o majestuosa u opulenta.

De una corrección intachable, *Los horneros* es una composición esencialmente nacional; y he ahí como entendemos que se puede ser clásico sin hablar del Pentélico, ni de Arcadia, ni de los besos de Psiquis.

Los horneros es de esas obras que no mueren porque tienen por alma la de un pueblo y de una raza.

1893.

IX

“ESPEJISMOS”

DE DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO

“ESPEJISMOS”

DE DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO

Hace algunos días se ha puesto en circulación el libro de este título, que contiene veinticinco sonetos del poeta Diego Fernández Espiro, joven escritor, muy conocido ya en los círculos literarios.

El libro trae un extenso prólogo de Juan Cancio, pseudónimo, como se sabe, de Mariano de Vedia, autor ya de numerosos estudios críticos y de otros géneros.

Varios juicios le ha merecido al autor de *Espejismos*, su obra, y casi todos favorables; y aunque provengan de autores noveles, no por eso dejan de ser autorizados. No siempre tienen razón los maestros; y la juventud tiene a su vez, visiones profundas y observaciones de anciano.

Espejismos, sale de una generación ardiente, y cae en una atmósfera tibia, en que luchan por absorberse un anhelo vivo de ideales y una lluvia fría de cálculos numéricos. Diríase que esos veinticinco sonetos eran aves errantes sorprendidas por el invierno en un bosque extranjero. Están obligadas a emigrar, a buscar su nido o a perecer entre las ramas inhospitalarias. El éxito dirá.

Allí hay de todo, como decía Marcial; pero, aparte del mérito indiscutible de varios sonetos, siempre los que no son tan buenos, son mejores que los que no se han escrito. Porque en nuestro país los literatos no escriben por miedo al *medio ambiente* y a la crítica, o porque es más cómodo ser censor sin exponerse a ser censurado.

Fernández Espiro, es, indudablemente, más actor que poeta, como lo da a entender su prologuista; y sus versos son así, más hechos para ser recitados que para ser leídos con análisis. Más todavía, no se concibe la estrofa sin ver al autor con su porte, su acción, su gesto, su voz, recitándola en público.

No es extraño que pudiera encontrarse muchos defectos, pero el conjunto impresiona agradablemente, y eso basta en una época ingrata para la poesía, y con mayor razón si se considera que el soneto no es la forma que mejor disponga a la asimilación de la idea que contiene. En esto sólo hay un libro de crítica.

El autor, que ha hecho un buen libro, y que se ha aventurado con él en estos revueltos tiempos, no debe desalentarse. Su obra no es perfecta, pero es buena. *Sunt bona, sunt quaedam mediocria, sunt mala plura*; pero ningún libro se hizo de otra manera; y esto basta para darle nombre, y un sitio no vulgar en la historia literaria argentina.

No hay que olvidar que estamos en la época en que toda tentativa por sustraer el espíritu de corrientes dañinas, es digna de estímulo. Así, un consejo antes de concluir, como se usaba en otros tiempos: huya el autor de afectaciones y fingimientos que buscan el efecto desvirtuando la idea y el sentimiento; porque entre los sonetos hay muchos que no son sinceros, por ejemplo, el que dedica a la patria, tono que no está en su lira, como acertadamente lo advierte el prólogo.

Enero 25 de 1891.

TERCERA PARTE

NOVELA Y TEATRO

X

“MANDINGA”

DE ENRIQUE E. RIVAROLA

“MANDINGA”

DE ENRIQUE E. RIVAROLA

No ha de poder Enrique Rivarola, por más que insista en sus criminales declaraciones antiliterarias, abandonar del todo, el seductor oficio de escribir por escribir; mucho menos cuando se ha llegado, como él, a poseer un estilo, a vencer obstáculos y a formarse un nombre indisputable, en la siempre amada república de las letras. Es que está envenenado con este delicioso veneno semejante a esas bebidas diabólicas que le hacen a uno soñar despierto, le embriagan y le consumen lentamente con su invisible fuego. Así ahora, cuando nadie lo esperaba, se nos presenta con un libro lleno de novedad y de verdad, de gracia y observación, obligándonos a leerlo de una pieza como lo hicimos ayer, entre el vértigo diario de múltiples y profanas tareas.

Pero necesitamos justificar los adjetivos propinados a *Mandinga*, que es el título de la novelita de Rivarola, demostrándolos de la mejor manera posible. ¡Hace tanto que no se ve un libro bien hecho y dotado de cualidades superiores completas! ¿Lo es éste? ¿Llena todas las condiciones de un libro perfecto? No hay que aspirar a tanto, ni exigir obras maestras, ni ha sido jamás, según se ve a la simple lectura, el propósito del que nos ocupa, sino el de contar un episodio de la vida, dar ciudadanía literaria a algunos caracteres ignorados, dignos de más amplias y profundas investigaciones y entretener al que lo lea con algunas escenas bien descritas, y con un estilo saturado de ingenio y frescura, y por último,

y aquí va lo trascendental, presentar un *caso* psicológico, muy humano, muy de nuestra raza y de nuestra sociabilidad, pues los dos tipos principales de la novela y las ideas que los animan, han pertenecido a nuestra educación y antecedentes nacionales y existen aún en algunas regiones del país y en algunas esferas sociales.

Dos politiqueros de provincia, el doctor Amadeo Calderón y don Nicomedes García, retirados por comunes desastres a un oscuro rincón de Buenos Aires, como quien se destierra para siempre del terruño y del país de sus ambiciones, viven solitarios comiéndose sus ahorritos y rumiando las ideas y supersticiones adquiridas en la antigua educación religiosa, sin trato mundano y sin aventuras que condimentasen aquellas dos desabridas existencias. Doctor el uno, en más teología que derecho, y nutrido el compañero, más de fiambres y delirios que de letras y sana inspiración, se revolcaban en una soledad desesperante, hasta que el amor se mete en el cuerpo del jurisconsulto, encarnado en una rubia Mignon, que después de desplegar en aquel yermo un paraíso mahometano de delicias sin cuento que se avenía, no sabemos cómo, con las teologías y los espiritismos del doctor, se marcha un buen día con un inglés de redención, dejando al cuasi marido presa de sus furores purificativos y de sus lamentos de hombre abandonado; pues, en mezcla sacrílega, residían en su espíritu las creencias religiosas más radicales, avivadas por el trato del cura Sánchez, y las teorías de Allan Kardec, fáciles conquistadoras de aquel cerebro fabricado para todas las abstracciones y los fanatismos, y para colmo de desdichas, presa después de celos por la hermosa Mignon, de cuyo cuerpecillo había por fuerza que expeler al demonio, es decir, a Mandinga. Este era el que había traído a esa mujer, el que había encendido en el doctor, como en Fausto, la pasión juvenil, y el que, por último, inspiraba a la querida sus infidelidades. Había que exorcizarlo, y previo conciliábulo

con el cura, y fracaso de las consultas al trípode de Allan Kardec, sin duda por no haber nacido para *medium*, se proveyó de un hisopo y de una taza de agua bendita, y armó luego el gran tole-tole, emprendiéndola a hisopazo limpio contra la pobre Mignon, la cual, felizmente, como arreglo de comedia, se encuentra a poco con su inglés que la redime de aquella purificación y de un inminente matrimonio con el doctor, ganando la calle primero, y el mar sin orillas, después.

Al abogado y su amigo Nicomedes, no les restaba sino de par en par la puerta de la beatificación completa, pues amén de las cargas cerradas que le daba el amigo cura y las más que naturales tendencias de sus cacúmenes respectivos a la abstracción y al misticismo absolutos, la brusca y estrepitosa salida de Mignon les sumergió, como sacudidos por una recaída mortal, en la corriente decisiva y final de que vinieron predestinados. El doctor tiró las vestiduras mundanas y se calzó el cilicio y los cordones de la esclavitud claustral con verdadera y sincera vocación; el amigo, el poeta desvelado, el pobre amante de las esquivas musas, sintió también brotar en su alma la llama mística, pero para quemar su pobre razón, y después de secreta correspondencia con la Virgen María, se consagra para siempre a su culto en uno de esos templos del supremo infortunio, llamados hospicios de dementes; no sin que antes se hubiese impuesto la magnánima tarea de pasear por las calles de Buenos Aires un estandarte, en el cual se leía una de las sentencias del amigo sacerdote que les predicaba en su chiribitil, y que decía: "De qué sirve que se salve el cuerpo si se pierde el alma".

Este es el caso, a grandes líneas, desarrollado por el galano autor en ciento cincuenta y seis páginas vivaces, ligeras, agradables; alternado con escenas de gran verdad y colorido, cuadros de una plasticidad viviente, narración sencilla y novedosa, y en las cuales el elemento dramático se siente, sin ser proclamado, por el lento y gradual desenlace.

Al final hay una sensación dolorosa, una lágrima de piedad para el pobre loco, y un problema planteado, sin previo designio, para el filósofo y la crítica, humano y especialmente nuestro. El autor, *burla burlando*, ha hecho un libro de mucha trastienda, como Lope de Vega hizo el célebre soneto, porque con las sencillas apariencias de una conseja o una tradición de barrio, ha descrito una de las fases más trascendentales de nuestra sociología, en la que se confunden y actúan la herencia de raza, la religión, la ciencia, la modalidad local y las eternas y permanentes leyes que encaminan la inteligencia y el destino de los hombres, y que determinan a menudo sus desviaciones, desastres y aniquilamientos.

Si Rivarola hubiese vivido algunos años en la provincia andina de la cual sus personajes procedieron, no se habría limitado a tan breves páginas sobre ellos y las ideas y cualidades que representan. Habría salido enamorado del problema que con deliberada inconsciencia apenas expone para que los críticos, si lo tienen a bien, se devanen el seso, y más seguro de la realidad de sus tipos, y de los mil recursos que el medio le habría sugerido, nos hubiera dado un libro de inmensa importancia, en el cual se encontrase estudiada la sociología nacional. Su doctor Calderón, no es un tipo imaginado, sino reducido a rápidos bosquejos por falta de observación directa, apenas contorneado y cuyas hondas líneas fisionómicas se pierden y diluyen por efecto del escaso desarrollo que ha querido dar a sus retratos. Así acontece con don Nicomedes, personaje abundante, verdadero, positivo, en género, pero poco preciso y determinado en la especie, mas a cuyo alrededor Rivarola ha hecho chisporrotear su humorismo, enriquecido por los mil tesoros que a la sátira ofrecen esos desgraciados amantes de la poesía, que tan curiosa faz revelan en nuestra compleja naturaleza. Este también se esfuerza para reaparecer en toda su triste intensidad, cuando las recalentadas y trasnochadas lecturas le han sorbido el seso

y rematado su manía con el terrible contingente de un misticismo agudo.

Mignon... Mignon es la misma de siempre, la que por su nombre se retrata, pero que movida por un pasajero anhelo de reposo ha buscado un casamiento, como se busca para esperar en paz la muerte, una renta vitalicia. Su entrada en aquella morada, fué un soplo desinfectante y una ráfaga de orden y de decencia. Rivarola ha hecho al describirla un párrafo delicioso que revela al artista, al cincelador de estrofas y al pintor de buena estirpe. "Cuidaba con esmero de su personita a la que era tan apropiado el nombre, que, para mí, no se lo dió el cura en la pila, sino ella frente al espejo". Y con muchas frases de éstas ha conseguido que la mujer pecadora y mercenaria pase por el fondo del cuadro sin herir ni ofender en lo más mínimo, antes bien envuelta en un velo de perdón, los más delicados escrúpulos de la moral y del buen gusto. Es el Mandinga de nuestros mártires de provincia, que al llegar inunda de infernal aroma la sucia vivienda de los filósofos, y al partir deja todavía por mucho tiempo las ondas perfumadas, como si fuesen así los remordimientos de amor.

Qué quieren ustedes, y perdone el autor, pero el caso es que la figura de más relieve artístico en todo el libro es el muchacho, el pilluelo aquel que todos llamaban por el bautismo callejero de *Pulguita*, tipo, en cuanto a su estirpe literaria y pictórica, inmortal en la novela castellana, y en telas muy celebradas. Rivarola no ha olvidado su antiguo oficio de periodista, y sus observaciones del vendedor de diarios de Buenos Aires, le han dado al fin ocasión para una página admirable, que desearíamos reproducir. *Pulguita*, por sí solo, valía un libro, un Lazarillo de Tormes, verbigracia, y él lo ha pintado con luminoso relieve en muy pocos párrafos palpitantes de verdad y colorido. ¡Ventaja inmensa de haberlo visto y observado en el propio elemento, en ese mundo feбри-

citante de las ediciones por millares de las hojas periódicas en esta metrópoli vertiginosa! Nuestra literatura aún no ha alcanzado su desarrollo ni formado una fisonomía; nuestra pintura no ha salido de la crisálida: pero los tipos populares destinados a las grandes creaciones del porvenir no han muerto, ni se perderán sin que dejen por lo menos su recuerdo y su imagen imperecedera. Pulguita, como tipo representativo es inmortal. Rivarola lo ha consagrado en una acuarela rápida, inspirada y palpitante de vida humana; más tarde será convertido en lienzo luminoso y en piedra resplandeciente.

De todo lo dicho el lector deducirá, o lo haremos nosotros por él, que *Mandinga*, es obra de un literato hecho y derecho, con estilo, con observación y con trascendencia moral; y si los caracteres no están completamente dibujados, las escenas y cuadros no concluidos con los últimos retoques, y en general, si el plan no ha tenido todo el desarrollo de que era susceptible y que reclamaba por su naturaleza y su importancia, culpa es sin duda del autor mismo, que sólo se preocupó de hacer un cuento de lo que valía una gran novela, y quizá de la creencia, no del todo injustificada, en que nadie se ocupa aquí de leer libros voluminosos, mayormente cuando llevan la marca de fábrica nacional, a pesar de los novísimos furros proteccionistas. Mirada y analizada en detalle, la novelita de Rivarola, digna de su ingenio chispeante y vivaz, es una valiosa prenda que a nuestra naciente literatura novelesca anticipa el porvenir.

Enero 24 de 1895.

XI

“APARIENCIAS”

DE FEDERICO GAMBOA

“APARIENCIAS”

Por FEDERICO GAMBOA, correspondiente de la Real Academia Española.

La novela es un género que no me atrae, ni me seduce como a la generalidad de los lectores, a tal grado que si tengo en mi poder dos libros, un romance cuyo fondo filosófico fuese el interés pecuniario, y un tratado sobre los efectos que esa pasión produce en el hombre, prefiero el segundo sin vacilación alguna; y así con los demás asuntos que de ordinario estudia la novela contemporánea.

Pero cuando aparte del mérito del principio, una novela entraña bellezas artísticas fuera de lo común y vulgar y se impone por sus cualidades literarias, entonces tampoco yo puedo resistir a la tentación de leerla, debiendo confesar que para poder apreciar con mirada de crítico el fondo, he menester de repetir dos veces al menos la lectura, huyendo de las fascinaciones del detalle, que me ofuscan y me ciegan.

Tal me ha sucedido con *Apariencias*, el último de los libros producidos por el ya reputado literato D. Federico Gamboa, correspondiente de la Real Academia Española, pero mucho mejor que esto sólo, un escritor de formas definidas, y que siendo mejicano hasta los huesos, merece sin embargo el título antedicho.

I

La filiación literaria de este libro está en el lema tomado de Diderot, en el cual este insigne filósofo plantea y resuelve

el problema que después se ha llamado naturalismo, y el autor de *Apariencias* se enrola en esta escuela decididamente, pensando que, o hemos de pintar los tipos de la vida real con sus miserias, o debemos declarar que todo no es más que una comedia, o una hipocresía.

Ciertamente, soy de los que piensan que debe pintarse la vida real, y que ésta ha dado las grandes obras del pensamiento, no sólo bajo la faz de la existencia material, sino de la moral, intelectual y psíquica, tan reales y tan verdaderas como la otra.

Pero no pienso en que debe predominar en el arte lo que no predomina en la naturaleza; por ejemplo, el hombre no es más un animal que un ser inteligente y sentimental, y si se llegase a demostrar que dominan en él las leyes del instinto sobre las de la razón y del sentimiento, me explicaría lo contrario de mi afirmación.

Pero no sucede así, por fortuna para la humanidad en sí, y para la literatura y el arte, manifestaciones de lo noble, de lo alto e inmaterial de su ser.

La literatura naturalista, es cierto, ha dominado gran parte de la sociedad contemporánea; porque ésta gusta del espectáculo de lo desnudo, lo grotesco, lo insano, y como aquellos decrepitos incapaces de los goces suaves y serenos de una naturaleza sana y vigorosa, busca sensaciones fuertes en la contemplación del crimen, de la lujuria bizantina o refinada. Siendo perfectamente verdadera en sí, como observación directa de tipos y costumbres, es, no obstante, una fuerza retroactiva en el proceso humano, por dos razones a mi juicio decisivas: la primera, porque exalta por la pintura lo peor de nuestra naturaleza, aquella parte que debemos mejorar, purificar y levantar con el perfeccionamiento de las facultades nobles y de la parte inmaterial y divina, —diré así,— de nuestro ser; la segunda, porque siendo la inteligencia y el sentimiento las fuerzas activas y progresivas del desarrollo humano, su oscurecimiento por la exaltación de los instintos importa anular gradualmente la obra de esos dos

factores de la elevación de nuestra cultura individual y colectiva.

Veamos, pues, cómo la novela naturalista sólo cree digna de su análisis, la porción baja y miserable de la sociedad, y cuando elige tipos de más elevada jerarquía y cultura, les busca lo peor, lo más dañado, lo más débil, para ponerlo en exhibición y como fuerzas eficientes de los actos de su vida; ellas obran, no es posible dudarlo, de un modo negativo y resistente a los impulsos elevados de la personalidad humana; como los vicios orgánicos, las enfermedades son fuerzas negativas en el funcionamiento de la vida, pero, a no ser en los enfermos, ellas no son las que prevalecen en el conjunto de los factores que mueven al hombre en la vida psíquica o social. Para admitir lo contrario, debe probarse antes que la mayor parte de la humanidad está enferma, lo cual no es exacto, porque progresa y se levanta rápidamente en su cultura intelectual.

Los caracteres de la novela naturalista no son, por lo tanto, los generales en la humanidad, y la literatura que hace de ellos su fuente de creación y observación, no es ni puede ser la que manifiesta el estado real y predominante en la naturaleza humana. Son excepciones enfermizas, viciosas o degeneradas que conviene estudiar para curarlas, o para salvar de su contagio al resto, como la medicina las analiza y las trata; pero de ninguna manera podemos deducir por el análisis de un individuo que así sea toda la humanidad en su estado permanente y normal.

La misma palabra, *tipos*, expresa la excepcionalidad de esos ejemplares que dan vida y extraordinario éxito a la novela de ese género. Por lo mismo que son excepcionales, producen acciones extrañas al modo común de obrar de los hombres y de las sociedades, y de ahí también su interés como fuente de creación literaria.

Ya, creo, no hay dos opiniones divergentes en cuanto a juzgar inapropiado el vocablo *naturalista* aplicado al género que nos ocupa, porque él no es sólo un estudio de la natu-

raleza, sino muy principalmente aplicado a aquellos seres o actos repugnantes a la moral sancionada por el consenso humano, y no por razones de escrúpulos y mojigaterías, sino de un profundo sentido filosófico.

Otra cosa es el título de *experimental*, en cuanto comprende la observación de la vida en todas sus manifestaciones, materiales o ideales, en el individuo o en la especie, en la acción individual o en el conjunto de hechos que constituyen la historia íntima o general de las más grandes y las más pequeñas de las agrupaciones. Y si alguna escuela fuera posible en los dominios del pensamiento, yo no vacilo en alistarme en la que lleve por lema la observación de la naturaleza y enderece de ahí sus racionios deductivos o inductivos.

Apariencias entra francamente y sin rebozo a este fecundo campo de la observación del corazón humano, y se propone estudiar un caso especial en que el amor conduce a una esposa al adulterio, y en que este eterno y discutido problema se resuelve de manera singularísima. El autor abarca, pues, la cuestión que más hondamente preocupa a la sociedad moderna, el matrimonio, con todo su sagrado, divino y trascendental ministerio en esta vida.

Es el caso frecuente de un matrimonio desigual, en que un hombre viejo, don Luis, contrae el lazo indisoluble con Elena, muchacha de veinte años, quien sin darse verdadera cuenta, se casa sin amor, o por lo menos sin conocerlo y sin haberlo gozado antes como todas las mujeres o todos los hombres en la edad del idilio. Su marido protege a un joven que libertó del poder de los franceses, quienes le prendieron y le juzgaron como espía, y le da educación, profesión, hogar y porvenir. Este es el cómplice, es el héroe de la novela y a la vez el personaje más complicado sobre el que caen el escalpelo y las investigaciones críticas del lector. Elena se enamora de este joven, insensiblemente, y siguiendo un proceso lógico, como veremos después, cae al fin en la culpa, bajo el mismo techo del hogar, al lado de su esposo y gozando

aún Pedro de los beneficios que éste le proporciona a manos llenas.

Luego veremos si el autor ha podido explicar de modo convincente las leyes naturales, los impulsos que han vencido las supremas consideraciones del deber y del recato en la esposa y de la gratitud en el amante. Conocimiento de ellas no falta al señor Gamboa, y maestría para pintar sus efectos en las naturalezas que han caído presas en sus redes intrincadas; pero antes de entrar en este análisis, veamos la textura del libro y sigamos un método en nuestro examen.

En realidad, hay dos libros en uno, en el volumen de 602 páginas que ha dado *Apariencias*; hay la mitad que pertenece al género histórico, épico o simplemente descriptivo, y la otra que contiene la novela propiamente dicha, porque en aquel se pintan y se refieren las escenas a que dió lugar la ocupación y la salida de las tropas francesas del territorio mejicano, y hay episodios de verdadero corte épico, donde el autor ha alzado el tono y retemplado el estilo hasta hacer recordar las páginas similares de su maestro Zola. Una corriente cálida de patriotismo, de amor a los espectáculos militares, da vida y movimiento propios a esta parte de la obra, que no necesita de lo que sigue para ser tal, ni para destacarse sobre el conjunto como una línea de cumbres sobre la masa de las cordilleras o como voces de clarines guerreros sobre el estruendo de las músicas marciales.

Los héroes del futuro drama apenas se vislumbran en esta parte del libro; Pedro es un niño entonces; don Luis viaja por Europa sin pensar aún en que había de casarse algún día; en fin, en la primera parte nadie podría sospechar que se siguiese una novela en que aquel niño sorprendido por los franceses había de subir tan alto y derrumbarse a tan profundo precipicio después.

Pero en cambio, cómo palpitan, miradas en detalle, aquellas páginas en que se pintan las marchas de las fuerzas, la resistencia del villorrio de Villanueva, el sacrificio del tío Lucas, y la retirada definitiva del ejército. Se escucha el sordo

y difuso estrépito de los carros de guerra rodando sobre un suelo enemigo, los lamentos lejanos de los clarines tocando marchas quejumbrosas y hasta se cree percibir el ruido acompañado de mochilas, cartucheras y bayonetas que se tocan por las puntas, y ese vago, casi imperceptible resoplido de mil pechos que respiran a un tiempo, mientras a los golpes matemáticos de los tambores se alejan las infanterías para no volver.

¿Es acaso esta primera parte el cuadro general, el gran marco dentro del cual va a desarrollarse la novela? No, porque ésta no saca de ella más que dos puntos de relación: la infancia de Pedro y el origen de la protección de éste por don Luis; que, en cuanto respecta a la sociedad de Méjico, dentro de la cual el drama acontece, nada tiene de común con la primera parte, cuyos cuadros pasan en el interior del país durante la guerra francesa.

Las costumbres generales de la nacionalidad del autor, descritas allí, tampoco reflejan luz alguna sobre el escenario de la novela, la cual pasa en la alta clase de la capital, y los muchos, bellísimos cuadros que nos describe, admirables si se quiere como observación y riqueza de detalle, como obra de turista minucioso que se detiene en cada particular hasta comprenderlo y pintarlo a la perfección, ninguna relación, siquiera sea remota, guardan con la acción dramática ni con el relato en general.

Sé que algunas otras novelas contemporáneas, adolecen del mismo defecto, abonado por firmas eminentes; pero aparte de que yo no soy muy entendido en bibliografía, no me he propuesto hacer estudios comparativos, sino contraerme exclusivamente a *Apariencias*, en sí y por sí, sin importármeme cosa alguna de sus semejanzas con *La Debâcle*, de su analogía de argumento con *El Gran Galeoto*, aunque de desarrollo totalmente distinto, y de la de desenlace con *Realidad*; porque si el libro vale, ha de valer por sus quilates, y si ha podido compararse con el de Zola y Pérez Galdós, siendo

contemporánea a la del primero su preparación, sólo honor refluye de ello sobre el autor de *Apariencias*.

Los que nos honramos con la amistad y trato frecuente con el señor Gamboa, desde su llegada a nuestro país, le hemos visto escribir su novela; *La Debâcle* salió a luz cuando la primera parte de *Apariencias* estaba concluída, y en cuanto a *Realidad*, sus semejanzas con *Apariencias* sólo están en el problema final, como tendré ocasión de analizarlas más adelante.

Hacemos estas aclaraciones anticipadas porque conocemos hasta dónde suele ir la crítica y porque para honor del señor Gamboa, su libro tiene tocantes analogías con los citados de dos de los primeros novelistas del siglo.

II

La obra adolece, como hechura artística, de varias deficiencias, que trataremos de señalar, aparte, bien entendido, de la primera ya mencionada, de la heterogeneidad de la primera parte con relación a la segunda y tercera. Esta cualidad hace que la lectura vaya lenta y perezosa para el lector extraño al sentimiento patriótico y al interés nacional de que está saturada la parte primera, la más hermosa, para mí, pero la menos pertinente en el conjunto llamado novela.

Esta empieza sólo en la segunda parte, allí cuando Pedro ya ha pasado por los estudios superiores y entra por derecho de conquista a gozar de lo que se llama el gran mundo con sus seducciones y sus ofuscamientos a los jóvenes que, no habiendo nacido en él, véense de pronto trasplantados y obligados a aclimatarse o a morirse por consunción en ese *medio*.

El asunto se inicia con un idilio hermoso, el mismo que siendo común a todos los climas y pueblos en la adolescencia del hombre y la mujer, han inmortalizado ya algunos escritores ilustres; es el idilio inicial de la vida, el que abre la puerta a las pasiones, tímidas al principio como vírgenes, bravías después como fieras perseguidas; Pedro ama a Mag-

dalena, una bella y pudorosa niña de provincias, tierna, enamorada y constante como Julieta y capaz del sacrificio mudo de la injusticia como Desdémona; son novios, ella lo adora, pero el joven debe partir a la gran capital a hacerse hombre de porvenir y digno de ser esposo de Magdalena...

Pero la capital le muestra un mundo deslumbrador de los sentidos, una atmósfera cálida donde sus instintos se revelan sin freno, y un ambiente propicio para el cultivo de sus inclinaciones venales, sus inspiraciones pecaminosas y sus rebeldías de pensamiento y de alma contra todo lo que es sano y arreglado a la ley moral humana y divina, hasta contra la mano que le levantó de la miseria hasta la cumbre.

Aquellos dulces sentimientos que nacieron de un hogar humilde, consagrados a la desgraciada Magdalena, empiezan a teñirse en los colores sangrientos o sombríos de la materialidad despierta con hambre de gozar, y de las pasiones sublevadas en son de matanza y de guerra sin cuartel; el idilio, luz plácida de luna llena, va muriendo con lentitud en aquel corazón, mientras de otro lado va creciendo un incendio amenazante, el de una pasión criminal dos veces y muchas más después, cuando ha muerto y ahogado en sus negras entrañas todas las virtudes y nobles cualidades originarias del joven Pedro. De un lado, pues, la visión risueña y pura de Magdalena que se desvanece, y del otro la espléndida y provocativa aparición de Elena con encanto de fruta prohibida, brindándosele fácil, tentadora, desesperante de belleza y sedienta de placer...

Cuando el lector ve morir la imagen, el recuerdo de Magdalena en el corazón de Pedro, se pone triste y lúgubre, porque se presencia el triunfo descarado e insolente del vicio de aquella mísera naturaleza sobre un sentimiento puro que le habría levantado muy alto... Después, la sucesión de las escenas sensuales en que el amante no hace más que estrujar la flor que rindió a su codicia, van amontonando nubes en el fondo de la escena, donde ha de estallar el rayo final, el de la justicia, de la venganza, del castigo.

Tengo para mí que si al lado del drama creciente, el autor hubiera colocado el idilio más acentuado, más militante, diré así, dentro de la novela, formando el contraste artístico perfecto, habría resultado un libro admirable, un efecto artístico sorprendente y arrebatador, en aquella doble catástrofe final: Magdalena, muerta en el corazón de Pedro, desaparecía de la escena como una visión fantástica sobre un campo de matanza y llevándose el elemento romántico, poético, de la novela; y Elena triunfante, enseñoreada del albedrío y de los sentidos del amante, desapareciendo también entre las sombrías cavidades del drama en que sus liviandades y su flaqueza moral han convertido la tranquila paz del hogar del honrado don Luis, su esposo.

Pero tal como está escrito, el idilio y su alma, —Magdalena— pasan fugitivos, apenas vislumbrados, más como un sueño imposible que como un bien perdido, por el revuelto escenario de *Apariencias*. Yo la he seguido hasta verla sumergirse en la sombra y todavía desde allá la he evocado en las horas negras del desenlace.

Bellezas de ejecución y de detalle; brillanteces de estilo y de imágenes; claridades de talento superior y chorros de luz lanzados al fondo del corazón humano; pinturas de costumbres, de tipos nacionales, de escenas populares, de situaciones dramáticas o cómicas; descripción minuciosa de los objetos usuales, como del estado psicológico de un personaje cualquiera; paciencia de anatomista y precisión de matemático para abrir la envoltura de carne que cubre el corazón y extraer de su fondo la intención malvada o la inspiración noble, con la misma satisfacción del sabio que extrae un tumorcillo o un coágulo, y poniéndolo entre los dedos pulgar e índice, lo muestra con sonrisa triunfadora al público o al aula, diciendo:

—¡Hola!, ¡hola! ¿no lo ven ustedes?,— todo esto ha demostrado y ostenta el señor Gamboa en su libro.

Por otra parte, es la mayor y más estimable de sus dotes de escritor, la serenidad, la imperturbable serenidad con que

raciocina y discurre, y arregla sus frases e imágenes, aún en medio de situaciones profundamente dramáticas que a cualquier escritor entusiasta le arrancan períodos acalorados o estallidos de pasión; pero a él no, nada le mueve, ni le agita, ni menos le hace perder el equilibrio moral; su estilo revela el estado intelectual y afectivo del analista impertérrito, en medio de las más furiosas tormentas: corre, corre, corre mansamente, majestuoso, grave, resplandeciendo cuando pasa por sitios bañados de sol, jugando si cruza por márgenes floridas, hirviente si costea los volcanes, tinto en sombra y en fuego si atraviesa los lodazales del vicio, pero siempre es la misma corriente inicial, el mismo tono a pesar de sus modalidades y escalas ascendentes y descendentes y el mismo color fundamental a pesar de las mil combinaciones y cambiantes que le da la luz más o menos intensa o hiriéndolo de diverso modo.

Contribuye poderosamente a producir el efecto de la monotonía, la falta casi absoluta del diálogo entre sus personajes, lo cual conduce a los siguientes malos efectos: primero, que la lectura se vuelve fatigosa por la narración tendida de conversaciones, siempre en tercera persona, lo cual impone la misma construcción a la frase; segundo, la falta de personalidad en los personajes, los cuales hablan todos de la misma manera.

La virtud contraria, la de la variedad, es la que hace deleitable la lectura de Pereda, de Galdós y de Valera, porque ya que nos alistamos en las filas experimentales, comencemos por hacer a nuestros personajes que hablen en su propio estilo y manera, y si no intervienen como en algunos de los autores nombrados, tipos del pueblo, por lo menos el lenguaje de cada uno debe amoldarse a su carácter, modo de ser, sexo o profesión, que al fin y al cabo debajo del sol no hay dos sujetos que hablen del mismo modo, como no hay dos cuerpos que den exactamente el mismo sonido.

Esto lo reputo un defecto grave, que impide gozar de las infinitas bellezas del libro, y sobre todo saborearlo de corri-

do, sin tregua, sin intermitencias, como se lee lo que cautiva y lo que enamora, lo que consulta la índole de nuestra psicología, la del lector, la que siempre olvidan los autores enamorados ciegamente de sus tipos y de su gente, como si escribieran para que no los lea nadie; porque si el lector es indispensable al libro, en éste es indispensable que se tenga en cuenta el alma, el organismo, la sensibilidad y afectividad del lector.

III

El lector que busque este libro por su argumento no va a compensar las horas que emplee en su lectura; el altísimo mérito de él consiste en el análisis, y en haber hecho de un argumento sencillísimo, casi insignificante, la base de las más profundas, sutiles y minuciosas observaciones de la naturaleza moral y física del hombre en el caso concreto de su estudio.

Pero el análisis psicológico en la obra de arte, es algo que merece analizarse, a su vez, y determinar en qué proporciones ha de distribuirse y por qué procedimiento ha de patentizarse el fenómeno interno del agente o del paciente en un hecho cualquiera de la vida. Es, sin duda, el género analítico el más difícil, por la dificultad de mantener el interés en el lector, —elemento, como he dicho, indispensable,— por la monotonía y pesadez de todo examen detenido de un solo asunto o una sola afección del ánimo, y por el horror que inspiran las demostraciones filosóficas en la novela o en el poema. El elemento analítico debe emplearse, se me ocurre una comparación, como los hilos invisibles que mueven las figuras en los teatros de magia, de modo que los veamos obrar como seres animados sin percibir la maquinaria que les da movimiento; así, pues, en la novela experimental, no necesito que el autor detenga el brazo del asesino mientras él me explica los móviles ocultos, las pasiones inspiradoras del crimen, y las analice hasta el instante de producir

la catástrofe; el arte supremo consiste en dejar conocer inmediatamente la razón del acto, por las formas, los modos, las circunstancias y los detalles que presente al producirse. Bourget, que se hace casi intolerable en *Le Disciple*, monótono y casi pesado en *L'irreparable*, es encantador y más psicólogo que nunca en *Cœur de femme*, precisamente donde menos muestra los hilos de la maquinaria que mueve la acción novelesca.

En *Apariencias*, observo ese defecto bastante desarrollado; hay demasiado análisis, demasiado detenimiento a desmenuzar la menor intención que asoma, a separar pieza por pieza el reloj, contándole los dientes de cada rueda, los golpes posibles por segundo, por minuto, sus avances o retrocesos probables, en fin, que el autor, enamorado del hermoso recurso, y seguro en sus excepcionales aptitudes para hacerlo servir a sus designios, ha aprovechado a más y mejor de lo uno y de lo otro, pero siempre olvidando la psicología del lector, como que no está presente, ni es parte en *la litis*, aunque sea el que al fin y al cabo venga a fallar en última instancia sobre el que sostiene el autor con su tema o argumento.

Así vemos, pues, cómo en *Apariencias*, donde el argumento es lo más sencillo, y que casi se podía condensar en una cuarteta como ésta, que inspiró a un poeta festivo la obra de Madame Staël:

*Osvaldo a Corina amó,
pero tuvo la simpleza
de dar su mano a una inglesa
y Corina se murió,*

se llega no obstante a un volumen de 600 páginas; verdad es que ese análisis y esas páginas se hacen leer con verdadero goce estético, —excepción hechas de algunas...— pero ni con mucho, ellas pueden compensar el fastidio a más de un lector inteligente, para quien todo ese lujo de detalle y de colorido sea enteramente inútil e innecesario para la com-

prensión del pensamiento y de la acción, y lo que resultaría quizá sería la oscuridad, o la confusión, por una de esas aberraciones de los mismos fenómenos psicológicos que permiten a la luz dar sombra y a la sombra proyectar luz sobre el mundo interno.

En este sentido, la novela tiene una íntima afinidad con el drama, en el cual los personajes hablan y obran, y el espectador en el caso, es lo que el autor en la novela, que saca la filosofía de los hechos que ve, de las palabras que oye y de las emociones que le producen las catástrofes.

Pero el autor de *Apariencias* ha puesto en segundo término sus personajes para ponerse él en el primero, y como aquellos están lejos, él nos cuenta lo que están haciendo y hablando en el escenario, reflejo sobre el cual los vemos actuar; y es que ésta es una consecuencia de la pobreza del argumento y del limitado número de gente que en él interviene: lo que por otra parte se explica por el hecho de ser un drama íntimo, pero no por esa razón es menos cierta la observación de que a falta de movimiento y de acción en la obra ha hecho que los detalles y el análisis sobreabunden al grado de constituir un defecto que pocos lectores, —sólo aquellos que gusten como yo de la abstracción metafísica o del descuartizamiento analítico,— le sabrán disculpar.

No he de dejar de consignar esta otra observación: que al censurar el abuso del análisis, no censuro la exactitud con que él ha sido hecho; al contrario, juzgando por mis propias observaciones en otros casos de los muchos que cada uno ha visto o conocido en la vida, pienso que el señor Gamboa lee en la naturaleza bien de corrido, y no ha menester de intérpretes para entenderla, ni de lentes para percibir sus deformidades ocultas ni sus menores accidentes.

Hay en todos los cuadros y situaciones, ya sea materiales, ya morales que él pinta, todo el sello de la observación directa y personal, lo cual no quiere significar que caigamos en la vulgaridad de creer que su libro sea autobiográfico, sino que pareciéndolo, nuestra afirmación sería más verda-

dera. La obra de arte es tanto más hermosa cuanto más lleva marcada la huella de la personalidad del autor.

Las excepciones, es decir, los casos en que no estoy de acuerdo con las experiencias del autor, las haré presentes cuando examine los caracteres que dan ser a *Apariencias*.

Puede citarse como ejemplo de la finura de tacto y clarividencia analítica de Gamboa, el período en que se verifica la transformación del cariño de Elena, de esposa sumisa y confiada, cumplidora de su deber y consciente del mismo, en pasión ciega y desenfrenada por el protegido e hijo adoptivo de su esposo, y cómo la admiración y el amor que el anciano profesa al joven van desalojándolo a él del corazón de la niña sadienta de amores juveniles, con todas las gracias, los juegos, las veleidades, los caprichos, los fogosos arranques, y los excesos que caracterizan los amoríos primaverales que ella no gozó; y cómo el relato del idilio de Pedro y Magdalena despierta el corazón de la esposa de don Luis, haciéndole comprender que había un mundo que los hombres deben a las mujeres y que a ella no le daba su marido, unidos como estaban de repente ella por un respeto que se le antojaba amor, y él por un cariño senil más cercano del afecto filial que de la pasión sexual. Elena se siente enferma, atacada de súbito por un mal voraz, que empieza por desequilibrar sus convicciones morales, y a ese mal el autor lo llama "la nostalgia del idilio", contra la cual la mujer o se resiste heroicamente siendo mártir, o se rinde convirtiéndose en delincuente. El autor de *Apariencias* parece creer en la ley fatal de la caída, y lo demuestra con el caso de Elena, rindiéndose a las seducciones de Pedro, en lucha con sus convicciones y sus racionios; la falta cruza por medio de ellos sin que la vean, y cuando la advierten, ya ha producido su efecto, ha incendiado el santuario y las convicciones y los racionios no tienen más que hacer sino convertirse en remordimientos, o lo que es lo mismo, en reproches contra lo irreparable.

Para terminar este párrafo, hagamos notar que el autor,

encarnizado con los descubrimientos sucesivos de su análisis, va muchas veces más allá en la generalización de los principios deducidos, y más de una vez, cuando observa un vicio o un detalle monstruosos, no atreviéndose a afirmarlo por su propia cuenta como en los demás casos, encarga al más desalmado de sus personajes —a Pedro—, para que sienta el principio general, según el cual, todos los humanos somos lo mismo, cometemos la misma falta o practicamos el mismo vicio. En esto de las generalizaciones hay un vértigo como en los abismos, y pocos analistas o psicólogos, conservan la sangre fría cuando obran las fuerzas de atracción del vacío.

IV

La novela, como el drama, como el poema, que no nos pintan caracteres reales, casi no valen la pena de venir al mundo, y como esta no es tarea para inteligencias medianas, y éstas son por lo general las que llenan de libros las imprentas, es así como de los millares de ellos que aparecen cada año, apenas si logran trasponer las fronteras de uno solo, una decena de cada género, y muchos menos todavía.

En *Apariencias* tenemos tres tipos principales retratados con precisión y definidos con claridad; aparte de otros secundarios que juegan rol transitorio, y entre estos no podemos sino citar al tío Lucas, aquel bravo anciano que sintetiza todo el heroísmo de un pueblo oprimido con la inspiración de un sacrificio supremo.

Don Luis, el marido ofendido, aunque su retrato no forma un cuadro, a la larga, en todo el cuerpo de la historia, y especialmente en el final, aparece con todas las líneas de un carácter. Es el conocido y abundante modelo de los maridos viejos, sometidos por convencimiento a la coyunda del matrimonio, después que la vida ya nada les ofrece, o toman mujer para descansar de las agitaciones de un largo celibato, o conciben al fin alguna pasión que por lo tardía

tiene mucho de ridícula y por lo de situarla siempre en una tierna y encantadora niña, que los acepta por consejos persistentes de los padres, por servicios reiterados a la familia, o por un asiduo trato que empieza en respeto y cariño de amigo hasta concluir en un amor tibio, más bien radicado en la cabeza que en el corazón.

Hombre de talento, de ilustración superior, de cuantiosa fortuna y un tanto hastiado de la vida, siente la necesidad de un reposo que fuera como una jubilación de sus largas soledades, de una esposa joven y bella en quien condensar todas sus desperdiciadas afecciones y los sentimientos tiernos de una edad avanzada, a esa en que se deposita el corazón en cualquier cosa a faltar de mujer, en que se tienen tentaciones de adoptar muchachos pobres y en la que más imperan los impulsos caritativos que los egoísmos propios de la juventud; y así empieza por adoptar a Pedro, cuyo padre muere en su casa, habiendo descubierto en el muchacho aptitudes susceptibles de un fecundo desenvolvimiento, y con la mira de hacerse reemplazar por él más tarde, en los pesados asuntos del bufete, y entregarse él a las elevadas especulaciones de la ciencia y de la política, de la que es un distinguido apóstol en su patria.

La oportunidad para el matrimonio en estos hombres, está casi siempre en alguna circunstancia extraña a las que precipitan a los jóvenes, como en el caso de don Luis, en un pleito que ganó en favor de la familia de la joven, y por eso, respetado, querido, venerado por sus individuos como un padre, o un protector providencial.

Nada de extraño tenía el que Elena hubiese encontrado en él, por ese natural instinto de acomodarse bien, de las mujeres que sueñan con el porvenir, un hombre capaz de hacerla feliz, con la felicidad que ella podía comprender entonces, cuando no conocía el mundo, ni había tratado otros hombres, ni pensado siquiera en otra faz, la más propia, precisamente a su edad, del amor; un hombre que le daría comodidades que satisfaría sus menores caprichos, que

le exigiría poco de su libertad y que no aprisionaría su pensamiento, todo sólo en cambio de una tranquilidad, de una paz, y un respeto que nada le costaría dar.

El autor ha pintado con suaves tintas, las mil facetas presentadas por el corazón y el carácter de don Luis, durante el período de sus amores nacies, de su noviazgo, de su matrimonio, con todas las ternuras seniles, las complacencias excesivas del que obtiene un cariño que sabe no le corresponde y teme perder antes de poseerlo, y el afán y el exquisito cuidado puestos en preparar el nido, la jaula dorada de su prometida, todo muy en armonía con el estado de ánimo de los hombres de sus años, están demostrando el móvil inconsciente de hacer dulce, hermosa y atrayente la prisión...

Ya con un hogar calentado por los cuidados amorosos de una compañera querida y con un hijo adoptivo que le reemplaza y le ayuda en los trabajos de conservación y aumento de la fortuna, don Luis es un hombre dichoso y la dicha se le desborda, la vida le sonrío, sus triunfos políticos son llanos y fáciles, como que tiene lleno el corazón de los afectos domésticos, tan poderosos auxiliares para los hombres de acción en la sociedad, en sus luchas cotidianas donde los desengaños quebrantan, los obstáculos irritan, las derrotas aniquilan y los triunfos no compartidos con las personas amadas conviértense en veneno allí en lo íntimo del alma.

Se explica de este modo, y no de otro alguno, a no ser don Luis un pobre de espíritu, porque no advertía la infidelidad de su esposa, la frialdad de sus caricias obligadas, y no descubría en mil y mil detalles que el menos corrido en lides amorosas conoce al punto, la secreta inteligencia de los amantes, allá a la sombra misma del techo protector.

Compréndese que no hago una defensa del autor, y así, los lectores que no puedan explicarse esta ceguedad del infortunado marido y no estén conformes con mi explicación, no descarguen sobre mí el peso de sus censuras, sino en el mismo damnificado, que por torpeza o inexperiencia, nada vió del fuego horrible de que era víctima de parte de sus

dos hijos, Elena y Pedro. Sin embargo, cuando la catástrofe se produce, ya, al parecer, alguna sospecha debía tener don Luis, porque al quedarse solo, después de haber sorprendido el crimen de su esposa y la traición de Pedro, exclama:

—“¿Con que es cierto?...” Pero es que la contemplación del hecho horrible, le ha develado todo un mundo entrevisto como soñando, como dormido, así como esos casos que hemos olvidado y que, antojándonosnos sueños, no creemos en su realidad sino cuando por acaso los vemos acontecer o repetirse ante nuestros ojos.

Prueba también es todo esto de la bondad de alma de don Luis, de su nobleza confiada, algo a la antigua, ignorante del mundo y de la miseria humana, creyendo en que todos son ángeles y que todos nuestros amores y nuestras buenas obras nos son retribuidos en igual medida, sin más ni más. Aquí, en este detalle, le encuentro algo de santo al pobre don Luis, a pesar de sus mocedades y de ese tardío sometimiento, y hasta esa absoluta ausencia del instinto de los celos, que tan propio es de los enamorados como él y casados después de hora.

Este sentimiento innato en todo el que ama, y más vivo y palpitante en los viejos, habría hecho sospechar a cualquiera que no fuese don Luis, no ya que su esposa le era infiel no solamente de obra, sino de simple intención; pero nada; este hombre era, a no dudarlo, un santo, porque la observación de casos más abundantes ha hecho ver que los celos, además de ser inherentes al amor y aun a la sola posesión de un tesoro de esa especie, son el mejor centinela de la honra y mantienen al alma enamorada en constante preocupación, ya se presente ésta con caracteres arrebatados y violentos, ya simplemente encubiertos por una prudente y velada discreción.

Bien está que la confianza de don Luis en la virtud de su esposa y en la gratitud y cariño filial de Pedro hacia él, le hicieran perder todo cuidado respecto a una traición; pero a sus años, con su ilustración y natural sagacidad de hombre

de ley, que diariamente, es de suponerse, está presenciando el choque de tantas pasiones, no se comprende, a no ser un fenómeno singularísimo y muy poco verosímil, que no hubiese venido al mundo con una cualidad tan universal como la de tener celos.

La escena sorprendida en el *boudoir*, aparte de lo que ello importaba en sí, se convertía en un capítulo de amargas recriminaciones contra sí mismo, contra su aturdimiento y su inexperiencia, contra su fe en los sentimientos puros y en la virtud y en el deber, y ya veremos cómo ellas influyen para hacer lógica la solución adoptada del tremendo problema.

V

Elena es una niña, como muchas de las que nacen y crecen en medio de un ambiente siempre propicio, mimada y sin contrariedades, en una sociedad culta y llena de esas seducciones y alucinaciones de una vida de aparatos y de ostentación, y cuyo desiderátum es labrarse una posición cómoda y tranquila. Por eso se deja convencer tan pronto. Su casamiento le ha producido tristeza inexplicable, aunque luego la ahogue y la aturda en medio de la regalía de la luna de miel, de parte de su esposo convertido todo en mimos y en ansias de satisfacerle todos sus antojos.

Pero ahí está a su lado Pedro, joven, hermoso, con esa hermosura masculina que sólo las mujeres saben apreciar debidamente, metido en la casa por una fatalidad, amado por su marido, para quien es tan imprescindible como la mano derecha, y un dechado de perfección y de talento; le oye elogiar a cada momento, le tiene siempre a su lado, y sus dos naturalezas equilibradas se acercan más moral y físicamente que las de ella y don Luis. Luego, Pedro está atado a un compromiso con una pobre muchacha de provincia, a quien cree amar y ama quizá de veras, pero su familia adoptiva cree que no podrá hacerle debido honor a su ilustración ni

al porvenir que aquel grupo admirador de sus altas prendas le prepara, y trama una conspiración contra la pobre Magdalena, poniéndose en la tarea de matar su influencia en el corazón del joven para buscarle un matrimonio de más alcurnia.

VI

Pedro es el personaje más saliente, el héroe, el que encarna la filosofía del libro; es el heraldo de doctrinas espe-luznantes bebidas en su propio cáliz, vistas a través de su organización y del fatalismo que le esclaviza; doctrinas que hielan y contristan el alma y sugieren un vido deseo de cerrar los ojos para siempre. ¿Qué sería este mundo si imperasen las doctrinas de Pedro? Sus primeros raciocinios, cuando apenas tenía diez y siete años, y su defensor, don Luis, le proponía llevarlo consigo después de la muerte de su padre, son una iniciación suficiente para el lector; como que la razón decisiva para seguir a la capital a su protector, quien desde el primer encuentro le inspiró una invencible antipatía, es nada menos que un ensueño erótico, una visión sensual de mujeres "que olieran bien" en contraposición a las "muchachas hurañas y robustas que defienden su montaraz catidad con remilgos y coces de irracionales"; se olvida entonces de lo antipático que le era su nuevo padre, y le siguió dispuesto a gozar a sus anchas de los placeres que le ofrecería México.

Este hombre ha nacido, pues, paseído del tercer enemigo del alma, y todo se le presenta coloreado y modelado en formas femeninas; no sueña sino en los goces que ellas proporcionan, ni mira el mundo a través de otro criterio.

La facultad generadora de sus fenómenos afectivos es la sensualidad; se le aparece a cada momento en mil formas diversas entremetiéndose en las más serias reflexiones de otro orden; le impulsa por primera vez hacia Elena, y por último, le conduce a la catástrofe. Su filosofía es la del más amargo

escepticismo, una absoluta carencia del sentido ideal, y el que tuvo de niño se le desvanece de un soplo.

El amor no es, para él, más que la inclinación natural de los sexos, y tan fuertemente impera en su organización y en su psicología, que llega a monopolizar las demás facultades impulsivas de la voluntad, hasta no tenerla sino para satisfacer sus exigencias, sus despotismos y sus encarnizamientos. "El amor es una ficción dulce y necesaria, una de tantas apariencias en que es indispensable creer para que la humanidad no apele al suicidio". En cuanto al amor de padre, sus racionamientos pueden estar bien solamente en la novela, en boca de Pedro, y en la situación aquella en que él se encuentra, pero no reposa sino en la animalidad y en el instinto. Ese amor comprendido por aquel filósofo, digo yo a mi vez, debía ocultarse, respetando también las apariencias, para que la humanidad no apelara al suicidio; porque para él sólo en ficción el amor es soportable; no es un sentimiento sino mucho después, cuando las gracias de los niños nos interesan y nos despiertan algo inmaterial en el fondo del corazón. Aquí tenemos finalmente, que en ninguna forma existe el amor, sino como una manifestación instintiva de los sexos, y como un ideal, sólo en apariencia.

No iré yo hasta negar que el tipo de Pedro exista en el mundo; los hay todavía más acabados, sobre todo en estos últimos tiempos, en que parecen las sociedades atacadas, en una buena parte de sus individuos, de la enfermedad que a aquel le consume. Hubo también en la antigüedad griega y romana, un flagelo de escepticismo que arrastraba a los hombres, gozosos, a la muerte; era como una manía de abandonar la vida, engendrada por las filosofías y las religiones sensualistas imperantes. Pero entonces había un aspecto ideal que hace interesante y poético el mal que devoraba la sociedad por el suicidio. Hoy no se recurre a este medio que corta la existencia; sino a otro peor, que la mata moralmente por la destrucción de la energía, radicada únicamente en el predominio sobre las almas de las ideas fundamentales que levantan-

tan el sentimiento y la razón sobre los órganos, el corazón sobre los instintos, la inteligencia sobre los fatalismos de la naturaleza bruta.

En el héroe de *Apariencias* se produce este caso doloroso: que la sensualidad ha desterrado de su ser moral todo elemento de libertad; la ciencia, el arte, la experiencia, la voluntad, el raciocinio, todo, todo, cede y se inclina ante la voz imperiosa de un deseo antojadizo de la carne; un seno contorneado, una cabellera enrizada y olorosa, unos labios encendidos y unas pupilas de fuego o de azul, imponen vasallaje vergonzoso a la inteligencia, a la fuerza moral, a las creencias primordiales, a la conciencia de aquellos elementos que dan vigor y fuerza a la personalidad humana.

Según la filosofía que gobierna a este *tipo* social, no hay un solo hombre bajo el sol capaz de vencer los impulsos de la carne, no puede haber un héroe, un carácter que resista las tentaciones de una mujer hermosa y provocativa. El es la mejor prueba, porque ni los reproches de ultratumba de su padre, ni la convicción de la infamia que cometía contra su salvador, protector y segundo padre, ni sus vastos estudios morales, científicos y filosóficos, son fuerza para salvarle de su caída en brazos de esa mujer cuya honra era en cierto modo también la suya.

Es un autómatas, una especie de hipnótico que obedece, —sin más resistencia que los recuerdos de los argumentos que habría opuesto a su despótica lujuria,— a las menores provocaciones del cuerpo de Elena, ya fuese una curva denunciadora de formas ocultas, ya un tibio perfume, ya la vista de un objeto cualquiera de los adheridos usualmente a su persona. Tanto y de tan absoluta manera le ha dominado la pasión, y con tal verdad de observación están analizados los más pequeños detalles de su estado psicológico, que el lector, —y aquí está lo grave,— casi se siente inclinado a disculparlo, diciendo: “Si es un irresponsable, un enfermo, un inconsciente”, y levantarle después todo cargo contra su villanía y su traición.

Finalmente, el señor Gamboa ha demostrado eminentes dotes de analista y profundo observador al trazar el carácter de Pedro, y tan bien estudiado lo tenía, y tan bien revuelto lo de afuera a dentro y viceversa, tan bien mirada cada molécula de su ser con el microscopio, que no ha dejado sin exhibir un sólo instante de su vida psíquica, desde los diez y siete años hasta la precipitada fuga de la casa de don Luis, después de la sorpresa.

En cambio, con qué plácida luz brilla la dulce imagen de Magdalena, asomándose como centelleo de relámpago lejano sobre el horrendo escenario de la novela! Y para que la impresión de la triste filosofía de este libro sea más intensa, no nos la deja una sola vez contemplarla de cerca, ni refrescar el espíritu con los perfumes de su virginal y candorosa inocencia, ni la melancólica resignación y la suave ternura que aún en el sacrificio cruento de todo el sueño de su vida, revelan la inmaculada pureza de su sentimiento. Hizo bien el autor de colocar por lo menos este rayo de ideal en su terrible análisis de la miseria humana, porque eso compensa un tanto la abrumadora filosofía, la penosa impresión que el libro deja en el fondo del corazón del lector, como la borra precipitada en el fondo del vaso que contiene añejo, transparente y generoso vino.

Un proceso psicológico largo y penoso empieza a desarrollarse en Elena, desde que ha comprendido, por las sugerencias de la envidia que Magdalena le inspira, que ella sería muy dichosa si fuese amada por su marido como lo es ella por Pedro, y cuando al fin se deciden todos a llevar el ataque final a los ya débiles sentimientos del veleidoso novio, es Elena la designada para dar su fallo postrero, y entonces, —mezcla de razón y de conciencia con sentimientos nacientes y deseos que asoman,— decide por el rompimiento de la boda proyectada, vislumbrando en ese mismo instante el profundo abismo, cuyo vértigo la arrastrará hasta sus senos tenebrosos.

Todo este proceso creciente de la pasión culpable en Elena, y los mil menudos detalles que van ligando sus voluntades y aproximando sus almas y sus cuerpos, todo ese enjambre de hilos como de telaraña que va enredándose alrededor de los dos amantes, hasta el momento fatal e inevitable, está descrito, revelado, anatomizado con tal minuciosidad que nos parece ver sobre una tela reproducidas como por un microscopio eléctrico las últimas y más imperceptibles fibras de los corazones de Elena y de Pedro. No queda nada de su vida psicológica, nada que no aparezca allí con tal claridad y pureza de dibujo que, se puede decir, se ve moverse, crecer y agitarse, con formas materiales y vivientes todas las sensaciones, los sentimientos, los impulsos apasionados y lascivos, los empujes de las pasiones, los débiles reflejos de las posterras virtudes, y allá, envolviéndolo y dominándolo todo, el negro fantasma del adulterio material, adelantándose en esfuerzos contenidos por las apariencias...

Elena es una mujer sin fuerza moral, y sin conciencia clara de sus deberes; es religiosa por costumbre, casi podría decirse una mundana predestinada, a juzgar por la habilidad nativa para el fingimiento y por la maestría con que vence, en discusión reñida, a los argumentos de su sofística moralidad; algunas veces se nos presenta como una mojigata, buscando en el acto formal de los signos y oraciones religiosos, una especie de conjuro del demonio, del pensamiento negro que la asedia, que la magnetiza y le acaba las fuerzas de la resistencia.

Las sensaciones del placer material, acariciado muchas veces en la imaginación, la dominan, la han esclavizado, y el problema está resuelto sin más preámbulos; así, todo es ahora cuestión de apresurar el tiempo —que se apresura sólo para las pasiones irresistibles,— y una mirada hoy, un apretón de manos efusivo mañana, después una palabra ardiente, en seguida una blanda caricia, y por último, el derrumbe final, la caída irremediable donde concluye el poema y el drama principia a extender sus telones lúgubres.

Cuando Elena ve muy cerca su caída y recorre todos los recursos posibles para salvarse —eso sí, sin perder el placer codiciado— buscando un poder, una sabiduría oculta que resuelva el caso al gusto del corazón, pesquisa, por cierto maliciosa y austera, se le ocurre la confesión; pero, sabe que Dios no reconoce acomodados ni términos medios, y que la enviará sin vacilar al infierno si le dice la verdad; muy bien se guardaría de una confesión como él manda, porque de seguro le arrancaba a Pedro del alma como se arranca una mala hierba; por eso, para salvar su conciencia, con Pedro y todo, y obedeciendo a la tiránica y arraigada ley de las apariencias, va a confesarse con un sacerdote ordinario y torpe, con la mira oculta de obtener una absolución por sorpresa o astucia; pero la incauta ignora que las culpas son imprudentes y que delatan al criminal más habilidoso y corrido en diplomacias casuísticas. En este detalle de la confesión —cuadro vivísimo de observación, pero teñido con cierta ojeriza de sectario,— es donde el autor ha dado mejores elementos para comprender el carácter de la heroína, y el grado de dominio que sobre ella ejerce la pasión, la naturaleza de ésta y la irrevocabilidad del mandato de cometer adulterio, pronunciado por los instintos y por la sangre, contra todos los demás poderes coaligados de la razón, de las creencias, del rubor y de la virtud.

Esa mujer tiene, pues, el adulterio “en la sangre”; y falsa, muy falsa sería la deducción que quisiera hacer el autor —que no la hace, por cierto,— de que tal sucede con todos los hombres.

No me explico del todo cómo en tan poco tiempo, y sólo por obra de su sensualismo, aquella mujer ha aprendido en tan limitada y reducida escuela, tanta habilidad para fingir y disimular, tanta sangre fría para engañar a su marido y a su madre —a ésta que es de suponerse podía leer en el alma de su hija una pasión tan violenta;— porque si es cierto que las hijas de Eva no necesitan largo estudio de esa ciencia,

lo es también que impera en su organización muy poderosamente otra fuerza casi invencible, la del pudor.

En una palabra, el tipo moral de Elena, siendo el de un buen número de mujeres, no tiene en el libro la lógica indispensable para ser una creación en una obra de arte, a menos que fuese un tipo histórico caracterizado por esa ciencia prematura, por esas contradicciones que nos harían llamarla una neurótica, una enferma; pero no creo que éste sea el pensamiento del autor, y sí el de pintarnos una mujer sometida por debilidad física y moral, a las impulsiones de la pasión sexual, al dominio de la sangre, a las claudicaciones de esos dos principios poderosos en la mujer honesta, el pudor, y en la de nuestra raza, la religión.

VII

Analicemos también nosotros la situación final, la solución dada al problema del adulterio sorprendido por el esposo en persona, visto por sus propios ojos. Es este pasaje el que más discusiones ha suscitado en los círculos literarios en donde se ha leído, antes de llevarse a la prensa. Ha tenido impugnadores formidables con razones de gran peso y valer filosófico y literario, pero en cuanto a mí, declaro que la encuentro racional, posible, lógica, mirada como un caso de los muchos que ya cuentan la novela y el drama contemporáneos.

Imposible me parece hallar dos hombres en quienes los arranques de la indignación se manifiesten de la misma manera o por lo menos, con la misma intensidad. Obran en la producción del fenómeno moral, en primer término la forma en que el delito se presenta, en segundo lugar los antecedentes conyugales, y en general, el grado de apasionamiento, las circunstancias y las condiciones en que se encuentran los delincuentes respecto de la víctima.

Especial interés ofrece para el estudio de la solución, el carácter del ofendido, esto es, el conjunto de cualidades

que dan un sello definido y una modalidad determinada a todas sus acciones espontáneas: aunque no dejo de reconocer, según los estudios de poetas, novelistas, filósofos, y penalistas, que la forma común para soluciones como ésta es la del castigo inmediato, implacable, terrible, por mano propia; y tan arreglado a la naturaleza y a la razón lo encontraron los legisladores, que aún hoy los códigos eximen de pena al que en el acto de descubrir el delito da la muerte al ofensor.

Don Luis se encuentra ya en la ancianidad cuando la catástrofe ocurre, y a esa época de la vida las pasiones no se desbordan tumultuosas y exterminadoras como en la juventud, salvo el caso de caracteres violentos; era un hombre de grandes y profundos estudios que habían levantado su pensamiento a alturas superiores al nivel vulgar, su temperamento era sereno, reflexivo, y un tanto inclinado al sentimentalismo; amaba tanto a su joven esposa y a su hijo adoptivo, y tan confiado se hallaba en la retribución cabal de esas afecciones, que su alma, lejos de sentir el impulso arrebatado de la venganza y del exterminio, se siente aniquilada ella misma por el más supremo dolor, dando entonces tiempo al pensamiento para la reflexión; y en ese caso, apartándose del instante preciso, ya el impulso homicida no vuelve sino en ráfagas más o menos violentas, pero nunca hasta convertirse en acción. “No les dió muerte —dice el autor— porque el pensamiento en su carrera vertiginosa le hizo ver la inutilidad de la sangre para borrar el hecho consumado”.

Yo veo lógica en esta conclusión, una vez que no les mató en el primer momento y que no fué ese su primer impulso; admitiendo un principio de raciocinio, la muerte no es ya una solución verosímil, y don Luis no se presenta contradictorio por las consideraciones aducidas antes. Dejó entrar en su cabeza el recuerdo del mundo exterior, la sociedad, su nombre, su fama y la ley tiránica, ineludible de las *apariencias*, le obliga a guardar silencio y evitar toda escena que por lo inusitada llamase la atención de terceras personas.

Empieza, pues, una verdadera “tempestad dentro de un cráneo”, cuyas ráfagas, estallidos y derrumbamientos se suceden con la celeridad y el ímpetu del relámpago; cuanto ha vivido y soñado, cuanto ha amado y sufrido, cuanto ha visto y presentido, durante su vida, se le representa en procesión fantasmagórica; la imagen de su muerto amor, personificado en Elena, se levanta fúnebre, aterradora, con todo ese intensísimo dolor de los grandes desengaños; sus teorías de filósofo asoman también a explicar magistralmente el caso; el honor, el honor convencional lo increpa para que lo defienda, y armado se encamina al fin a dar muerte a la infiel, pero, sintiendo que aún la ama, amor mezclado con piedad, cae el puñal, y un nuevo proceso de reacción se inicia, primero por dejarla morir del síncope producido por la sorpresa, después la lucha entre la compasión y el deber de castigar prolonga su meditación por resolver si la dejaba morir o llamaba un médico. La solución se aproxima, lógica, irresistible, incontrastable, y su diálogo secreto con el botón eléctrico contiene la incógnita que al fin resuelve el pavoroso problema:

“Mira —le dice aquel,— no vuelvas la cara a los estantes, porque tus libros preferidos, los de los pensadores y filósofos que creyeron haberte hecho hombre superior, se están riendo de ti a carcajadas! Si la hubieras muerto en el primer momento, cuando los sorprendiste, y le hubieras muerto a él también, habría estado menos mal. Pero que te ensañes ahora, después de varias horas de reflexión, es cobarde y es salvaje”.

He aquí la razón triunfante, y con ella la lógica del carácter de don Luis, y de todos sus raciocinios anteriores, trazados con profunda intensidad filosófica. Ellos le han abierto por fin las herméticas cerraduras del problema. ¿Qué más castigo, ni más terrible condena que la vida misma y que la vergüenza? ¿Qué expiación más terrible que el perdón aparente para que tengan por siempre delante de sí, el espectro vivo de la víctima? Hay algo de la tremenda situación de Lady Macbeth con aquellas manchas de sangre que no se borran jamás.

La muerte ha entrado en el alma de los tres actores de aquel drama, de los culpables por el remordimiento voraz del delito, y de la víctima por el eterno dolor del desengaño. Seguirá la vida conyugal convertida en lo íntimo en un infierno, pero tan plácida como antes a los ojos del mundo; el anciano bajará pronto a la tumba, llorado por su esposa, cortejado por su pueblo, y toda aquella espantosa tragedia íntima quedará tal vez para siempre sepultada debajo de una losa con esta sola inscripción: *Apariencias*.

Concluyo, pues —ya era tiempo,— pero no sin consignar que este libro dejará en la mayoría de los lectores un precipitado amargo y doloroso, y no pocas falsas nociones de la vida y de los sentimientos humanos. Las apariencias encubren mucho de lo que de ellas se corrompe o se destroza en la lucha cotidiana de las pasiones y de los intereses; pero muy por encima de todas las miserias y de las flaquezas terrenales, hay la luz inextinguible del ideal y de la suprema hermosura, y en los corazones y en las almas una fuerza real siempre vencedora —el amor que alienta en el combate y reanima en las derrotas, y no el que deprime y envilece.

Esta obra entraña dos consecuencias que pueden hallar cabida en espíritus no bien templados y en organizaciones débiles o enfermizas —el fatalismo de los instintos desencadenados triunfando de la energía moral, y un pesimismo enervante de todas las facultades que hacen del hombre un ser superior, capaz de luchar y vencer contra las violentas y persistentes rebeldías de la materia.

Pero no debe olvidarse que es un libro de análisis de un caso experimental; que la solución final importa en definitiva una victoria de la idea; que hay en él algunos sentimientos salvados del naufragio general en donde perecen los de Pedro y de don Luis; que contiene ricos tesoros de bellezas artísticas, caudales de observación psicológica, y aunque para la unidad dramática resulte excesivamente minucioso el aná-

lisis y extremo el abuso de algunos recursos de efecto o de moda, es la obra de un literato, de un artista, de un pensador.

Quede para otros, para los verdaderos críticos, la agradable tarea de analizarlo, en detalle, seguros de que encontrarán entre no escasos defectos, bellezas innumerables.

Agosto 30 de 1892.

XII

“REALIDAD”

DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS

“REALIDAD”

Drama en 5 actos y en prosa, de D. Benito Pérez Galdós, 1892.

Ha ocupado durante toda la semana anterior la escena del Onrubia el celebrado drama de Pérez Galdós, que el 12 de marzo fué estrenado en Madrid, con grande éxito y animada discusión, de que da cuenta en el largo escrito que le consagra en el *Nuevo Teatro Crítico* la señora Pardo Bazán.

Cosa que parecía inverosímil, antes de ponerse en ejecución, ya el público manifestaba ansiedad por conocer el drama, y el lleno de la primera noche y siguientes, comprueba que el suceso era de excepcional importancia. Se disputaba en los pasillos y en el vestíbulo, como se refiere que aconteció en el estreno de Madrid, y por muchos días ha dado tema a interesantes conversaciones.

¿Cómo debemos juzgar al fin esta obra que tantas dudas ha suscitado? ¿Ha de imperar el elogio inmoderado e irreflexivo, o se ha de poner los puntos sobre las íes, sin que juicio alguno adverso pueda destruir su gran valor literario? Merece Pérez Galdós lo primero, pero también es privilegio de las obras de alto mérito mover el entendimiento a la investigación y al análisis.

En un drama concurren tres elementos primordiales: la armonía de los detalles, las ideas que se elucidan, y el efecto exterior, o sea la relación de la obra con el público.

La extensión inusitada que el autor ha dado a *Realidad*, por razón de su origen, la novela, ha sido causa para que peligren las leyes que llamaremos arquitectónicas del conjun-

to, por la desigualdad de los fragmentos que la componen, y para que enamorado, como todo autor, de su creación, se sienta débil ante la exigencia del teatro y de sus reglas, para sacrificar pasajes que si están bien y se leen con fruición en el libro, no se toleran en las tablas. Por eso tal vez, y teniendo en cuenta la naturaleza humana, la obra dramática, cuando no tiene carácter histórico, como los Enriques de Shakespeare y otros, son tanto más perfectas, cuanto mayor concepto se comprende en menores proporciones materiales.

Así, pues, en *Realidad*, se observa sin esfuerzo que el mismo autor hubiera podido escribir un drama en tres actos, con la misma materia y quizá mayores efectos que los contenidos en los cinco, aunque su propósito no haya sido producir precisamente el efecto teatral acostumbrado, por un procedimiento más conciso que habría resultado más conceptuoso y profundo, sin perder, no obstante, la claridad, que es tan bella cualidad de la obra de arte.

Convenimos en que es el mérito especial de esta obra, precisamente su apartamiento de las leyes comunes, que se propone trasladar a la escena la novela misma, con la naturalidad que ésta se escribe, haciendo hablar los personajes en cuerpo y alma, en vez de imaginárselos el lector, y que las escenas deben desenvolverse como en las páginas del libro y en la vida real; pero la psicología del lector es diferente de la del espectador, ya sea individual ya colectivamente considerado, porque las pasiones que el libro desarrolla, y el modo como las siente el uno, manifiéstanse más intensas y poderosas en el otro, en presencia del suceso mismo que forma el motivo de la obra. Esto, aparte de que las exigencias de la vida y la situación de uno y otro obran de distinta manera en ambos casos.

Así pues, la novela trasladada al teatro, tiene que dejar de ser novela para ser comedia o drama, con sujeción a las condiciones fisiológicas y morales del medio en que la acción se desarrolla, y no por otra razón en su desenvolvimiento secular, la composición dramática ha ido amoldándose a las

épocas y siempre tendiendo a corresponder a la naturaleza humana y de las cosas.

Todo esto no significa decir que no sea posible la innovación en las formas, ni mucho menos la revolución radical en el concepto ideal y filosófico, o sea el fondo del drama; en este sentido es infinito el campo del entendimiento y la novedad de la obra de Pérez Galdós es indiscutible.

En *Realidad* hay episodios de novela que resultan exageradamente largos, como la aparición del Cometa —el padre de Federico,— la negociación con Orozco y el matrimonio de Clotilde; y ni siquiera es indispensable tanta extensión para poner de bulto el carácter moral de Orozco, pues ya antes de él y de presentarse los personajes en la escena, el público sabe que aquello va a realizarse, y que Orozco tiene el propósito de aliviar la situación de Federico con actos de desprendimiento, que bien puede ser aquel u otro cualquiera, pues al fin no es indispensable todo ese diálogo, y después de él, no resulta muy claramente expuesto el asunto, no hay consecuencia en el resultado con las declaraciones de Joaquín Viera, anteriores a la aceptación del negocio. En una palabra, es turbio, indeciso, indefinido el fondo del incidente, y bien pudo haberse expuesto en un breve relato de algún personaje, interiorizado del asunto.

Estos incidentes o episodios, alargan demasiado y sin gran provecho para el proceso general, la expectativa del público, hasta extralimitarse en el orden sucesivo de los hechos que constituyen la acción, resultando de todo esto fatiga para el espectador, lo que significa enfriamiento y disminución de las facultades perceptivas, que debe mantener siempre despiertas e íntegras el drama, por el propio interés de sus bellezas y de sus efectos.

Observa muy bien la señora Pardo Bazán que los arreglos franceses, coetáneos con el del señor Pérez Galdós, han obtenido muy pobre éxito; y si esto no demuestra nada en contra de *Realidad*, prueba por lo menos la gran dificultad y delicadeza del intento; y que la novela, al trasladarse al

teatro debe, como decíamos más arriba, transigir y presentar los debidos homenajes a los supremos, soberanos preceptos del arte dramático, que es el dueño de casa, y tiene primacía, por más galante y desprendido que sea, sobre el huésped que con más o menos buen derecho viene a compartir la morada. Esto está también en la naturaleza de las cosas.

Junio 8 de 1892.

XIII

“EL HIJO DE DON JUAN”

DE D. JOSÉ ECHEGARAY

“EL HIJO DE DON JUAN”

Drama de D. José Echegaray, 1892.

Prometimos ocuparnos, aunque fuese ligeramente —como nuestras diarias tareas lo permiten,— de esta producción del dramaturgo don José Echegaray, representada muchas veces por la compañía del Onrubia.

Anticipamos acerca de ella una breve opinión de doña Emilia Pardo Bazán, en que considera *El hijo de don Juan* como un ensayo de vías nuevas en el teatro español, y del cual, a su juicio, el autor no había salido bien.

Para poder pensar de manera distinta a una persona como la que llena mensualmente el *Nuevo Teatro Crítico*, hemos debido asistir otra vez a la *mise en scène* de la obra, y pensar, y observar mucho, en cada escena, en cada personaje, en cada palabra.

Nuestra impresión ha sido diferente —no hay más remedio,— de la que le hizo a la autora del *Teatro Crítico*. Lejos de parecernos o antojársenos un ensayo de vías nuevas, hemos visto al autor de *El Gran Galeoto* entrar en una vía en que hasta ahora, por repugnancia natural, por antipatía o por amor propio no había entrado de lleno: al drama real, que vive con la vida real, que traslada a la escena los muchos dramas que cada día se suceden en la sociedad moderna, sin afectaciones y falsedades, por más espléndidas que estas aparezcan, manejadas por poetas como el duque de Rivas o Echegaray.

Mar sin orillas había sido ya una tentativa, no bien acertada en cuanto al concepto de la escuela realista, pero en donde se halla la realidad en mezcla disonante e inconciliable con el más acendrado romanticismo, tanto en los hechos como en las palabras e imágenes. Después el autor se lanzó de lleno en la corriente que le es propia, en la cual, no obstante sus frecuentes y casi sistemáticos alejamientos de la vida real, ha dejado esto como una verdad indestructible: su inmenso talento dramático, que consiguió, durante una buena decena de años, alzarse casi él solo la bandera del teatro español, cuando los príncipes de la escuela semi-romántica dormían sobre sus laureles.

Vino la reacción de las ideas, las discusiones abrieron los ojos del público y estimularon los paladares a gustar la fruta del cercado ajeno, del cercado francés, del *realista*, que en traducciones más o menos correctas se venía colando a través de los Pirineos.

Y a fe que no la necesitaban gran cosa, a la fruta aquella, porque la tenían, y bien exhuberante y rica, lo que sí, olvidadilla y sin regar por mucho tiempo. ¿A qué citar títulos y nombres? ¿Se quiere nada más real y más dramático que *El Gran Galeoto*, que el *Drama nuevo*? No tenía el señor Echegaray que hacer gran esfuerzo para recobrar la senda tan bien conocida.

El hijo de don Juan —y aquí prescindimos a sabiendas de su parentesco directo con el drama de Ibsen,— es un drama esencialmente realista, esto es, como la vida, como el hombre con sus miserias y sus mortales herencias que la ciencia ha estudiado ya. La cuestión no es esa, sino esta otra: que no se había hecho materia de estudio escénico de esa faz oculta de las sociedades modernas —y de las antiguas,— que por convenio universal se mantenía entre las cosas marcadas con el *noli me tangere* proverbial.

Y sin embargo, eso que no se quería tocar por temor o por arraigada preocupación, viene produciendo en la humanidad dramas horribles, muy superiores a la inventiva poéti-

ca. ¡Y que no había de tocarse! ¿Por qué no? Fué necesario que un sueco pusiera el dedo en la llaga, primero, allá, en la región de las neblinas, para que los del mediodía se interesasen, y un poeta como Echegaray se encargara de darle forma y carta de ciudadanía en las letras castellanas. Ya está hecho y muy bien hecho; y no ha de tener que arrepentirse del resultado, por más que la crítica, de suyo recelosa y levantisca contra toda novedad, se alarme y se arrebuje en sus hasta ahora sagrados fueros de las ideas admitidas por la filosofía del arte contemporáneo.

Lo que da origen a situaciones dramáticas en la vida real, tiene que darlo en el teatro; esto es primario: luego no vemos por qué no ha de echarse mano de esa tremenda ley de la transmisión hereditaria de los vicios y las enfermedades para escribir un drama como *El hijo de don Juan*, en el cual se estudia con la precisión y la profundidad de un médico, no solamente el pasado, el génesis de la dolencia, en el padre de Lázaro, sino los progresos que poco a poco va realizando en el hijo, desde esa clarividencia y vuelo extraordinarios de su imaginación y su talento, hasta la gran catástrofe cerebral de la última escena.

Pero vamos por partes, —como dicen los profesores y los diputados— y veamos esa primera escena del primer acto, que dura cerca de tres cuartos de hora sin cambio de personajes ni de movimiento: son los tres viejos, amigos desde la infancia, grandes calaveras *in illo tempore* y hoy ruinas tambaleantes y quebradizas que se estremecen al menor tocamiento, el uno con sus cascos revueltos y su charla neurótica y sus reumatismos cotidianos; el otro con una calva que apenas respeta las orejas, una decrepitud relativamente prematura y un pasado idiotismo en su historia; el tercero, el más práctico, no quiso casarse por no perder la libertad de otros tiempos, ejercitada ahora en los pasillos de entretelones, en las butacas delanteras, donde van generalmente los que admiran las formas plásticas y los bailes en que se las luce —los tres están moralmente lo mismo, no obstante haber

tenido don Juan un hijo a los 42 años, y don Timoteo una hija —Carmen,— la enfermiza, la sensitiva, la doliente, la enamorada de Lázaro, y heredera de los restos sobrantes de la salud de su padre.

Estos tres personajes, en la inimitable primera escena, hacen la exposición del drama, como en muy pocos o ningún otro hemos visto ni leído. El público casi lamenta el que concluya; tal derroche de gracia y de ingenio ha hecho el autor allí para hacerla inapercibida y agradable. Después de esa conversación seguida entre copas y más copas de Jerez, no puede quedar nada oculto al observador respecto de los antecedentes de la familia aquella, mejor aún, del joven Lázaro, sobre quien se descarga todo el peso de la fatal herencia, y respecto de las proyecciones ulteriores del drama, como el probable casamiento de Carmen con el nombrado Lázaro, los cuales están enamorados el uno del otro que no es posible más.

Lázaro es un talentazo, un genio que resplandece y relampaguea con intermitencias febriles, tiene arrebatos de inspiración, en los que aprovecha don José Echegaray para dar aquellos revoloteos de imágenes grandilocuentes y deslumbradoras, que le son característicos, ya que la contextura realista y moderada del drama le tiene como preso con cadenas de hierro. En los momentos de lucidez de Lázaro, el águila abre las alas, se lanza al azul y después de chamuscarse en el sol, se vuelve a su prisión obediente y sumisa.

Pero el hijo de don Juan empieza a sentir vacilaciones en su cerebro, oscurecimientos vagos, pero periódicos, y especialmente cuando se excede en el vino, tentación que con tal habilidad ha puesto el autor en el joven Lázaro, que apenas si se sospecha que sea un vicio hereditario que empieza a asomar la cabeza.

Después de una comida con amigos, vuelve ebrio; delira con grandezas y con el amor de su Carmen. Cuando despierta le invade una melancolía profunda y en vano llama a su inteligencia para escribir el drama que tiene en preparación. Las

ideas vienen en bandadas, posándose apenas, y se van para no volver más. El drama no se concluye, pero entra el del cerebro enfermo, el del corazón enamorado, el de la conciencia que rechaza un matrimonio criminal, a ser cierta la existencia de su horrible enfermedad. Descubre que su madre ha conferenciado con un sabio médico, revelándole el pasado del padre y que el sabio ha diagnosticado fatalmente. El mismo quiere descubrir el secreto, llama al médico con engaño, y oye de su boca la terrible sentencia. Cae en sus propias redes, porque el doctor le habla la verdad creyendo que era otro el enfermo, y en el curso de la conferencia, su razón es sacudida por las verdades que escucha, precipitando el rompimiento de su equilibrio intelectual: fenómeno muy ajustado a las leyes de la psicología humana, y que en cierto modo explica la rapidez con que se producen los progresos del mal y la llegada del ataque definitivo, aparte de que mucho hay que conceder al artificio escénico.

Lázaro, al despedirse el doctor, se queda con la convicción evidente de su mal incurable y del imposible de su matrimonio con Carmen; comprende que su padre es el culpable, porque en la escena que sigue a la conferencia en que ha tenido su segundo ataque, al volver en sí, abraza a todos, y a don Juan con fuerza de loco. Don Timoteo viene a manifestar el consentimiento para la boda, y el segundo acto concluye con el tercer ataque en que Lázaro cae a los pies de Carmen. En el tercero se revelan ya con toda claridad los vicios de la lujuria y el amor a la orgía, en la "quinta de don Juan" en Sevilla, donde le han llevado a cambiar de aires; allí la presencia de una vieja ramera, querida de su padre en sus mocedades, viene a traer nueva luz al problema. Se siente irresistiblemente apegado a ella, y al último, es la única que consiente a su lado, es decir, que sobre todos los afectos, queda triunfante la influencia de la lujuria y de la crápula.

La escena de la despedida de Carmen es la de la catástrofe cerebral; se ve a su razón extinguirse por grados, y la llegada súbita del idiotismo final, horrible, espantoso, de-

mudando su rostro, apagando su mirada y reblandeciendo sus miembros todos, cayendo en la inconciencia, hasta volverse insensible a las caricias de Carmen que le abraza, le habla, le grita, y nada! La sombra ha caído para siempre dentro de su cráneo!

Sigue un momento de iluminación retrospectiva; se cree en la infancia y se reproducen, a la manera de un rayo postrero de astro que se apaga, todas las escenas de niño que han impresionado su espíritu; las riñas de sus padres, su abandono, su alejamiento del hogar; su padre es el culpable, lejos de él, lo rechaza, y a Carmen también, y luego a su madre, que también le repudió alguna vez; se queda solo, pero siente que le falta compañía, que le falta alguien.

—¿Quién falta? ¡Ah! Sí, Paca, que venga Paca, la tarifeña! Y prendido de su mano rugosa, se queda entregado, abrazado al vicio, a la prostituta que hizo las delicias de su progenitor y la desgracia de él, del pobre Lázaro, de la víctima de una ley tremenda!

En seguida un relámpago final, se incorpora, toma a Carmen en sus brazos y corre a precipitarse en un incendio... y cae ya para no volver a la luz de la razón, y muy pronto a la de la vida:

—Madre, dame el sol, el sol... el sol...

Dígase lo que se quiera, esto es un drama, un gran drama; hay caracteres perfectamente pintados —creaciones del arte, ya que no de la ciencia; porque si esta conoce y define a esos don Juan de la vida disipada de los novísimos tiempos, el teatro no los había visto en sus tablas, así, bien definidos, para que el médico los recoja y los envíe a un manicomio o a un encierro cualquiera.

Ha hecho gala de templanza y de sobriedad de estilo el señor Echegaray, en esta nueva obra; pero a la vez de concisión, de claridad y sencillez en la exposición y en la pintura de las situaciones y los caracteres; y pocas veces mayor animación y vida se vieron juntas en escenas dramáticas.

. *El hijo de don Juan* adelanta —no ensaya— un elemento de los muchos que habrán de venir todavía a la escena, desprendidos de las ciencias que estudian al hombre bajo su faz fisiológica, como *Realidad* adelantó, mucho más remotamente tal vez, los elementos dramáticos de las ciencias psicológicas puras. El hombre es así: hay en él dos naturalezas que se compenetran, pero que pueden estudiarse aisladamente, sin que por ello dejen de arrojar luz la una sobre la otra.

1892.

XIV

DOÑA MARIA TUBAU

DOÑA MARIA TUBAU

Creo llegado el momento de hablar de la artista del Nacional con alguna detención; ya la hemos visto recorrer toda la gama escénica —perdóneseme este símil musical, ya que de teatro se trata,— y los que me leyeren estarán en aptitud para comparar mis observaciones con la propia y directa.

Nosotros, los bonaerenses, somos inclinados a ponernos en esta actitud ante todo lo que no es de nuestra raza y de nuestro idioma, ya sea por lo de *rerum novarum appetentes*, de Tácito, ya por esa infantil vanagloria de aparecer sabiendo lenguas extrañas y ejercitando nuestro criterio en las obras en ellas escritas; y nadie pondría en duda, que ninguna que no fuese la propia podría hacernos más felices.

Pero, dando por sentado que así es nuestra condición, veamos por qué María Tubau no ha despertado aquí el interés de la crítica, tan viva y animada por Sarah Bernhardt, Eleonora Duse y otras que han visitado nuestros teatros; pues, porque María Tubau es española y porque es de entre nos, por hablar nuestro idioma.

Así nos pasa con muchas otras cosas nuestras, excelentes, inmejorables, óptimas, pero con el defecto de ser nuestras, como si la cercanía nos impidiese verlas en su real magnitud: cuestión de óptica social muy explicable y muy humana!

María es de esas artistas que han salvado hace mucho el nivel general, el período de la prueba, la época de formación de la personalidad artística: está ya encima de todo eso

y se mantiene en la altura en virtud de méritos, cualidades y excelencias propios; y acudiendo a la astronomía en busca de comparaciones, diré que es una estrella que ha encontrado su órbita definitiva de la que saldrá cuando se desconcierte todo, y María dejará de ser la que es hoy, cuando se retire al reposo final de su luciente carrera escénica.

María Tubau lleva, como los grandes intérpretes, una inmensa ventaja: la de estudiar las obras en toda la amplitud de sus líneas y proyecciones morales y filosóficas, en relación con este otro imprescindible elemento de esa clase de composición —la psicología del público, el alma de la sociedad que sirve de auditorio.

He ahí el gran secreto de la obra dramática y del éxito del artista: ese vínculo invisible, ideal, ese fluído, diré, que existe entre el mundo imaginario de la escena y el mundo de carne y hueso de la sala, esa corriente establecida, animada por el actor, entre las ideas y las pasiones del drama, y las ideas y las pasiones movidas por la sensibilidad, de esos mil dramas latentes, pero no menos reales, de la masa espectadora.

Verdad es, se nos dirá, que el dar movimiento a ese fluído, es más obra del autor que del intérprete; pero, vamos a cuentas: el poeta, cuando compone un drama, tiene sólo en la mente una cosa: el alma humana, la sensibilidad general, el temperamento de una raza, y al darle vida lo hace teniendo presente la forma, la exteriorización de las ideas y de los personajes, esto es, tiene presente al actor, la maquinaria escénica, las leyes acústicas y de efectismo material, a las que van subordinadas en gran parte la concepción misma y la ejecución escrita. Y de ahí la necesidad de que el actor no sólo penetre en el fondo de la concepción ideal del autor, sino en todos los detalles relacionados con la asamblea, con la sociedad, con la humanidad, en fin, según las trascendencias de la obra.

Aparte de esto preséntase este otro problema: la relación psico-fisiológica entre el ser moral y el ser corporal,

entre la idea y la forma, entre el alma y el rostro, el gesto y la voz que sirven de instrumentos para la exteriorización —vuelvo a emplear la palabra esta—, del pensamiento o la forma interna, si esto es decible. Desde luego, la tarea del actor vuélvese cada vez más árdua y complicada, si ha de tomarla con el respeto debido, pues ha menester mayor estudio a medida que más avanzan y se complican los problemas de la vida y los agentes externos o internos destinados a obrar sobre el alma humana.

Haré notar también la marcha paralela del drama y de la cultura social, puesto que aquél ha de ser un reflejo de ésta, y han de influir constantemente el uno sobre el otro. De ahí los sucesivos caracteres que el teatro viene presentando en su desarrollo histórico: va siguiendo la índole de las civilizaciones sucesivas, hasta hoy, en que ya la escena es una representación sencilla y natural de la vida, o por lo menos debe serlo, y los mejores dramaturgos así lo realizan.

El actor que comprenda esto último, puede llegar a alturas increíbles; pero ha de estudiar la vida real en comparación con la creación del autor para poder despertar el interés y provocar los sentimientos que ella está destinada a poner en lucha en el corazón del espectador.

La vida tiene todos los grados de la escala, desde lo grotesco hasta lo trágico, desde lo ridículo hasta lo sublime, y no necesita el teatro de esas invenciones que constituían la escuela romántica, basada más bien sobre una concepción ideal y más o menos artística de conflictos y pasiones que, no teniendo parentesco de verdad con el alma humana, era necesario hacerlas producir el efecto imaginado por el poeta a costa de inauditos como falsos esfuerzos de parte de los intérpretes —verdaderos autores, al fin, de la obra, y verdaderos creadores de los personajes, pues que ellos, por medio de la acción, eran los que le daban vida aparentemente real ante el mundo.

Profunda, radical y en alto grado benéfica para el arte ha sido, por consiguiente, la revolución realista en los domi-

nios del teatro y del arte escénico, y lo que antes nos producía admiración, esto es, el esfuerzo del actor para alcanzar el ideal más etéreo, se ha convertido hoy en esfuerzo en sentido inverso,— en acercarse lo más posible a lo real y verdadero en la vida. Si antes el actor debía recargarse de tarea y de ejercicios para alejarse de su propia condición humana y natural, hoy la acertada noción del arte le exige despojarse de los falsos oropeles, de las falaces imaginaciones para humanizar las situaciones, los conflictos y los personajes.

Además... pero, “¿a dónde me llevas, oh musa mía?” —como decían los épicos a la octava real: estoy acaso escribiendo un tratado, una conferencia para el Ateneo, o hablando de María Tubau?

Quería decir, sin duda, que esta eximia artista pertenece al género positivo y real en el arte y la alta personalidad que ha llegado a formarse y las obras favoritas de su repertorio, están demostrando que hizo bien en salir, si alguna vez lo estuvo, de la senda conocida especialmente de sus compatriotas, para entrar de cuerpo entero en los dominios serenos y tranquilos del arte contemporáneo, del realismo natural y sencillo, que ha venido a fecundar con nueva savia la producción dramática y el arte escénico.

Las facultades de María Tubau son múltiples y en cada género superiores, ya se nos presente en la obra cómica, refinada y chispeante, ya aborde los pasajes esencialmente dramáticos, y ya toque, por fin, el vestíbulo del majestuoso templo de la tragedia moderna.

¿Es excepcional esta multiplicidad de aptitudes cuando lo corriente es que el talento se manifieste en un género determinado? No, porque la ventaja de la escuela, si tal puede llamarse al realismo, está en que, conociendo la vida real y siendo el objeto del nuevo arte representarla en todos sus aspectos e intensidades afectivas, el estudio es más sencillo y con mayor facilidad se puede comprender aún el más alto grado de la tragedia, bien entendido de la tragedia contemporánea.

¿Cuál es el teatro predilecto de María Tubau? Se dice que es el francés y no anda del todo descaminada esta opinión, si por francés se entiende el teatro realista, de situaciones positivas o posibles dentro de la naturaleza, de las costumbres contemporáneas y del molde actual de la composición dramática. Allí está bien, en el *medio* propicio a su índole artística dominante y al conjunto de sus cualidades personales y escénicas; y está bien porque la alta y correcta distinción de sus maneras se hermana notablemente con la mayor cultura de la sociedad de nuestro tiempo y porque el teatro es hoy principalmente la representación de la vida actual, civilizada, con todas sus apariencias, refinamientos, coqueterías, caprichos y gustos, en los cuales el arte entra por mucho, pero el arte indispensable e inherente a la educación de la persona. Esto puede explicar la predilección por el llamado género francés, cuya comedia es, sin duda, la que más se haya acercado a la realidad, hablando de sus obras maestras.

Y es justamente esta última circunstancia la que explica a su vez otra cuestión, la simpatía de nuestra sociedad bonaerense por el género mencionado. Es claro, ya no son un misterio para nadie nuestras tendencias a asimilarnos y a imitar la cultura francesa con sus gustos artísticos y con todo nuestro apego por lo ligero y superficial, por lo que exige poco trabajo de raciocinio y de crítica; y no faltaría quién diga, que la razón fundamental está en que no podemos ser actores y espectadores a la vez, pues haciendo, viviendo la comedia o el drama, no podemos a la vez ocuparnos de juzgarnos nosotros mismos en el escenario. Y por eso preferimos la música, lo que se goza y se gusta sin esfuerzo, y en donde la acción dramática poco o nada nos preocupa.

No pretendo entrar al fondo, sino enunciar lisa y llanamente que nuestra alta sociedad, nuestro aristocrático gran mundo prefiere la comedia de género chispeante, de crítica espiritual, donde se debaten los problemas y los conflictos diarios de su propia existencia, a las obras maestras del tea-

tro español romántico y aún de los más grandes genios de otros pueblos de razas e idiomas distintos.

No he visto a María Tubau en el teatro clásico español, ni francés, ni otro alguno; pero por las obras a que he podido asistir estoy en el caso de asegurar que pocos, muy pocos artistas, llegan a su talla en la interpretación del alto teatro contemporáneo, y que está admirable, insuperable en toda pieza en la cual dominan las costumbres, los gustos y la cultura de la más elevada sociedad actual.

Elemento primordial en nuestras predilecciones de hoy es el traje femenino: es la envoltura de la belleza, es el adorno de la gracia y en cierto modo la revelación de la cultura misma. Pues bien, María Tubau es una de las artistas que no reconoce rival en la elegancia y en la propiedad en el vestir: podría servir de modelo del buen gusto y del arte más exigente; ejemplo, en *Francillon*, *Frou-Frou*, *Andrea*, *Las Vengadoras*, etc. Y esto constituye uno de los aspectos más atractivos del espectáculo dramático.

Quiere decir esto, pues, que María Tubau, no solamente se detiene a estudiar cada uno de sus personajes con penetración de crítico, sino también cada uno de los detalles que a la representación y a la exterioridad de la obra se refieren, de donde, como decía antes, se deduce que la misión de un artista es cosa grave, y cuando ha logrado cumplirla, merece los homenajes que a la dedicación seria e inteligente del arte son debidos.

No creemos que haya una intérprete superior a ella, de las escenas cómicas del teatro de Sardou, de Dumas y otros, en la cual la gracia desborda, el espíritu despide chispas y la magia femenina para volver a la posesión del marido que aturdidamente quiere abandonar está obrando prodigio tras prodigio; y citaremos la escena del restaurant, en la cual nos parece imposible llegar a mayor altura en la interpretación del pensamiento y de la vida y de las mil facetas de este brillante que todos llevamos escondido y que llamamos corazón humano: este enigma eterno, este limbo incali-

ficable en donde parece que, como en el caos de *ab initio*, están en perpetua elaboración las comedias, los dramas, las tragedias que con más o menos variantes y adornos representamos diariamente en la vida social o dentro de nosotros mismos.

Juzgando por las obras que he visto representar a María Tubau, puedo afirmar que su personalidad artística pertenece ya a las de primera magnitud, y en cuanto a las obras del teatro clásico español, de ese glorioso y fecundo teatro hoy eclipsado por el ambiente turbio de nuestro tiempo, afirmo, por deducción, que María Tubau puede interpretarlo con la misma inteligencia y acierto que el empleado en el contemporáneo, al cual se ha dedicado con preferencia. Porque la deducción cabe en estas cosas como en todos los demás procedimientos analíticos, de eso no tengo la menor duda.

Ahora, ¿por qué María Tubau no representa el teatro español? Ah! Cuestión es esta mucho más árdua e intrincada de lo que parece, y arremeter con ella, sería ocupar un espacio del cual apenas dispongo para estas líneas. Pero, desde luego, atrévome a sostener que si no lo hace, no es por falta de amor a la inteligencia de su patria, ni de estudio, ni de talento para hacernos apreciar las hispanas bellezas, sino, tal vez, por rendir tributo al gusto dominante de la época por la cual atravesamos... y si bien se mira y se medita sobre la misión del teatro, según las nuevas ideas, quizá no fuese merecedora de censura.

Y bien, ya es tiempo de concluir; y si se han leído estas líneas, habrása deducido que María Tubau reúne todas las cualidades de lo que el lenguaje de las clasificaciones teatrales llama una eminente actriz, siendo de las escasísimas que hoy quedan en la escena dramática.

XV

“LA VERBENA DE LA PALOMA”

DE D. RICARDO DE LA VEGA

“LA VERBENA DE LA PALOMA”

DE D. RICARDO DE LA VEGA, 1893.

“Culpa mía no fué...” —como dice D. Juan Tenorio—, si más oportunamente no escribí mis renglones a propósito de la zarzuela que con tanto ruido sigue representándose en tres teatros de esta ciudad: “La Verbena de la Paloma, o el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos”, es decir, un título que bien puede compararse a un ferrocarril intercontinental, sin que por eso deje de ser ajustado y verdadero; porque cierto es que se trata de una verbena madrileña en honor de la virgen de la Paloma, cierto también que figuran en aquella entretenida jornada un boticario viejo y unas chulapas trastornadoras del juicio y cierto, por último, que hay un mozo enamorado hasta la locura de la Susana, la maja diabólica de ojos infernales, boca de granada en sazón y cuerpo de mimbre, que en prendiéndose la rosa encarnada en el peinado y terciando su mantón de Manila, hace perder la chaveta al más pintado; el cual mozo anda perdido de celos, y por no saber *comprimirse*, según la expresión del tabernero-filósofo, arma en la verbena una de San Quintín, si bien, para consuelo de mortales, todo concluye en una reconciliación amorosa.

Bello es el asunto, rico de elementos escénicos, como lo son siempre todos aquellos cuya alma y vida son las costumbres populares, los entusiasmos de las muchedumbres, ya las excite el patriotismo, ya simplemente la gana de gozar, de reír, de bailar y divertirse porque tal sopla el viento.

Pero aquí, en la verbena de la zarzuela de Ricardo de la Vega, hay algo más que da colorido y excepcional movimiento a la escena: es la conmemoración religiosa, tradicional, consagrada en las costumbres y encarnada en los corazones, la que *ab initio* fué lo primordial, no siendo los bailes, jaleos y mojigangas sino un apéndice, porque era justo alegrarse cuando la Iglesia celebraba el día de la santa advocación; pero eso no quita que a poco andar, lo primero se convirtiese en segundo, lo principal en accesorio, porque más positivamente interesan las gracias y encantos de la beldad de carne humana, y las verbenas tienen esa virtud, esa mágica virtud de encender las pasiones, despertar el ingenio popular, dar rienda suelta a las jovialidades comprimidas, —o reprimidas, como quiera el tabernero,— echar a lucir por esas calles y *grandes vías* de Madrid cuanto cuerpo bonito, cuanto garbo soberano y cuanta sal derramó Dios desde el firmamento, y cuanta sensualidad se anida en los contornos de las mozas del pueblo, siempre que corra por sus venas sangre española.

Sangre española, sí señor; lo dicho, dicho, porque esta bendita tierra argentina no se queda a la puerta esperando, y “desde las riberas del undoso Plata”, —con permiso de cualquier poeta,— hasta el *divortio aquarum* de la cordillera andina, las muchachas criollas saben también echar su cuarto a espadas, y en un contrapunto entre una del Manzanares y la del Paraná, o entre la sal del Bétis y la del Salí, lo más seguro es que ambas adversarias saldrían coronadas con las guirnaldas del festín, y las flores desprendidas de sus labios irían a remover en los corazones las más antiguas escorias.

Pero, nosotros los metropolitanos, con esta empaquetadura cosmopolita y esta afición a la aristocracia, no oímos de la misa la media, y nuestros literatos, pintores de costumbres y novelistas, ignoran que por las Provincias circula todavía a torrentes desbordados la savia originaria de nuestro elemento popular, y teniendo por allí sangre caliente a ríos, se despepitan en sus laboratorios por inventar para sus libros heroínas anémicas y pecadoras enfermizas. Ignoran, sí, señor, que

nosotros tenemos verbenas y de las gordas, donde la gente no se pone máscara para divertirse y echar al viento con toda la entonación de sus pulmones de piedra una carcajada cromática, que contagia a las selvas, porque los pájaros se ríen en coro, y a las montañas también, que en toda su seriedad monolítica, no pueden contenerse cuando las músicas, las volteretas y los estrépitos de los bailes populares estallan por todas partes y hacen vibrar la atmósfera. ¡Y vengan tragos de Cafayate, Rioja, San Juan y Mendoza, a ver si la morena de trenza tupida y ojos retintos, se resiste al abrazo que la persigue, porque ella lo está provocando con toda la coquetería del mundo, para rechazarlo después con irresistible imperio:

—¡Quite esas manos zafadas!

—¡Me muero si no aprieto esa cintura!

—¡Ja, jay! Lo siento, pero llorar no puedo.

—¡Déme un abrazo, mi vida!

—¡Espere Vd. hasta la Pascua!

¡Qué ha de esperar, ni siquiera un minuto!, porque sin poderse *comprimir*, da un salto y la enlaza de la cintura apretada, y mucho heroísmo sería si al mismo tiempo no acomodase un beso estrepitoso sobre la mejilla sanguínea de la esquiva beldad, para rendirse luego, y ofreciéndole la cara pedirle el merecido castigo, que ella impone en seguida, pero con un dengue infantil y gracioso, que más bien parece recompensa a la osadía del amoroso galán.

¡Y que no ha de gustarnos la *Verbena*! Más de un criollo de tierra adentro se pone a brincar en la butaca al imaginarse en la rueda del baile, a la sombra de los nogales, los naranjos o los sauces llorones, gigantescos y rumorosos, mientras las vihuelas, acariciadas por manos expertas, electrizan el ambiente y los cuerpos de mozos y mozas, que saltan de sus bancos rústicos, de dos en dos o de cuatro en cuatro, para quebrajearse lindamente en las soberbias curvas de la zamacueca, o para repicar a gloria sobre el piso, al compás endiablado del cielito, del escondido, del gato y la chacarera.

La tía Antonia de la *Verbena* es la sangre del pueblo, bulliciosa, movediza, inquieta si siente repercutir los aires de la música nacional, y como levísima aunque salvaje sensitiva, ríe si ellos ríen, canta si ellos cantan, baila si ellos bailan y llora si lloran ellos; y la tía Antonia existe también aquí, y yo debo tener algo de ella, porque —¡vamos!— no puedo *comprimirme* cuando escucho el gemido de una bordona argentina que me canta un *triste* o una *vidalita*, y mucho menos cuando el cantor, componiendo la garganta y rompiendo en rasguídos vigorosos con todo el cordaje, anuncia la danza nacional y la letra picante o melancólica, según ande el corazón del músico. Esa tía Antonia tiene mucho intrínquilis en la linda zarzuela de Vega; nada menos que se me antoja la personificación del temperamento de la raza, de los libres e ingenuos arranques del entusiasmo popular; y a no ser tan casamentera y tan bruja, la tomaría de veras en tal sentido.

No hay para qué ocultarse la verdad: nos ha gustado *La Verbena de la Paloma*, por muchas razones, y no es la menor la de que en ella los españoles sienten trasportarse a la amada tierra, donde hay chulas legítimas y recuerdos sabrosos, y los argentinos porque sentimos aletear en nuestro organismo los efluvios del alma nacional, evocados por una magia conocida y arrullados por una melodía simpática.

He ahí el secreto, la palabra mágica, la llave de esta caja de sorpresa que se ha abierto en los teatros de Buenos Aires, después de largas épocas de tanteos y ensayos: el mantón de Manila, que en los buenos tiempos usaban las señoras del gran mundo, las damas de la aristocracia; y a fé que les sentaba a las mil maravillas, y al verlas salir de la iglesia los domingos y demás fiestas solemnes, era de tirarles al paso la capa o el sombrero, y con garboso acento americano proclamarlas a gritos reinas imperantes en los intrincados recovecos del corazón. Pero hay cosas que la moda no debía tocar; son cosas sagradas, porque son el secreto de la

belleza dominadora y altiva, las más sublimes del arte helénico, sin duda; eso sí, en piedra viva, porque no llevaré mi entusiasmo hasta pretender que se eche a la Venus citerea un mantón de Manila a las espaldas. Para probaros que es uno de los adornos que más embellecen, no tengo más que recordar el efecto que hace una linda mujer de alta clase, cuando por capricho o por juguete se peina a la chula y se tercia el regio manto: ¡Viva la gracia! Estoy seguro que a ella misma le vienen tentaciones de salir a la calle a lucir el lindísimo capricho, y sin poderlo remediar le harían cosquillas en los labios algunas flores de ingenio y de gracia criolla, no menos chispeantes que las de Andalucía.

Ricardo de la Vega ha tenido el momento más feliz de su composición, no precisamente por la belleza de los conceptos, sino de la situación escénica. El diálogo y el dúo se pegan en el oído del espectador, se meten en el sistema sensitivo, y cuando menos se piensa, se encuentra cantando el sabroso trocillo donde el maestro Breton ha puesto cama de oro a los versos del autor:

JULIÁN—*¿Dónde vas con mantón de manila?
¿Dónde vas con vestido chiné?*

SUSANA—*A lucirme y a ver la verbena
y a meterme en la cama después.*

JULIÁN—*¿Y por qué no has venido conmigo
cuando tanto te lo supliqué?*

SUSANA—*Porque voy a gastarme en botica
lo que me has hecho tú padecer.*

JULIÁN—*¿Y quién es ese chico tan guapo
con quien luego la vais a correr?*

SUSANA—*Un sujeto que tiene vergüenza,
pundonor y lo que hay que tener.*

JULIÁN—*¿Y si a mí no me diera la gana
de que fueras del brazo con él?*

SUSANA—*Pues me iría con él de verbena
y a los toros de Carabanchel.*

Y todo el mundo se sabe ya estos versos de memoria; y se los oye cantar día y noche por las calles, en voz bajita,

medio saboreándose y ocultándose de los otros. El dúo ha hecho, para los oídos de la generalidad, desaparecer el resto de la composición musical, a excepción de otro muy original entre la *Señá* Rita y Julián, donde sin la música la escena no habría tenido relieve alguno, por lo cargoso que es en el lamentarse el apasionado Julián.

El mantón de Manila, con sus pliegues airosos, y sus provocativos bordados, ha tenido en la obra de Ricardo de la Vega una verdadera apoteosis, y mucho habrá valido para que no empiece a desaparecer también del mundo de las chulapas y las verbenas.

Recuérdame el tipo del tabernero, con sus dos acólitos, contratados para oír y aceptar cuanto de su mollera se escapa en forma de raciocinio, o de disputa gramatical, a ciertos sabios a la violeta que dando buen tratamiento y provechosa compañía a amigos blandos de carácter y duros de conciencia, se procuran un auditorio complaciente y realizan en pequeño el ideal de la inmortalidad. A veces se me ocurre que el tal tío personifica la sabiduría patentada; pero haciendo a un lado chismes, la verdad es que el tabernero es un buen tío que sabe todo cuanto hay que saber para ser hombre de porvenir: *comprimise* a tiempo.

CUARTA PARTE

CHARLA MUY CONFIDENCIAL

XVI

ASTROS ERRANTES

ASTROS ERRANTES

Había en el espacio inmenso, azul, negro y profundo, un astro solitario, surgido de la vasta nebulosa primitiva, sin luz y sin más destino que seguir la infinita trayectoria de su fuerza inicial. Era una vida huérfana la de ese astro errante, y se asemejaba a la de esos ángeles condenados por inacción por ausencia de afectos hacia Dios, hacia el mal, hacia sí mismos, cuya pena será la eterna amargura de las cosas infinitas, hasta que la infinita misericordia los rehabilite de su vaga, errabunda existencia.

Rodaba así entre el tumulto inenarrable de los demás mundos, este que podría llamarse “el astro del silencio y de la sombra”, y si a veces se acercaba a la órbita de un planeta o cometa deslumbrantes, de esos que derraman la embriaguez de la luz, huía desesperado por temor de que se concluyese su condena de obscuridad y de misterio, de soledad y de abandono con que, al fin, se había habituado en las inmensas llanuras del cielo.

¡Cuántas veces al cruzar envuelto en su nimbo impenetrable, la atmósfera luminosa de estrellas amigas, sintió la honda melancolía de la dicha ajena, y fué a verter lágrimas sin reflejos y sin calor en las frías entrañas de la tiniebla interminable! Y entonces, sólo la ambición de un afecto celestial, así como el que deben profesarse las estrellas vecinas cuyas aureolas se acercan, conmovía su ser, y sentía deseos de aproximarse a los grandes núcleos donde en torrentes de luces de oro se saturan todos los astros de los afectos infinitos esparcidos en el universo por el alma originaria de la crea-

ción. Pero luego, también llegaron hasta él los estallidos y las catástrofes que esa ambición engendraba, y entonces los serenos y silenciosos abismos se poblaban de horrorosas tragedias, tanto más lúgubres cuanto que una eterna noche los sepultaba, sin esperanza alguna de revelación justiciera.

“¡Oh, no, huyamos a la cumbre lejana y amiga, —se decía el astro del silencio— salvemos de estos conflictos trágicos el tesoro ignoto de nuestra alma, para que siga incubando en la obscuridad el canto inarticulado del amor eterno, irrevelado, infantil como el alba primera del mundo, que se abrazará al empíreo entre ondas tibias de aromas desconocidos de los demás astros, y de vagos resplandores místicos no concedidos a ninguna estrella”.

Y así diciendo, echó en torno de su disco apagado la túnica de sombra, y con un rumor extraño, sólo perceptible por oídos divinos, volvió a seguir su ruta ignorada, por el vacío inconmensurable. A su paso, el roce de su obscura masa con las cabelleras luminosas u opacas de otros astros errantes, surgía un rumor, una armonía semejante a los que el alma percibe cuando llama los recuerdos felices, y que Pitágoras percibió en las esferas celestes. Ah! pero esa música es la expresión de la belleza perfecta, de la beatitud divina, es la que brota del conjunto de líneas de la Venus de Milo, de las arrogancias graníticas y mormóreas del Partenón y del alma de Beethoven cuando, absorto, mirando hacia su interior, meditaba y sentía las sonatas sublimes de la vida, de la naturaleza, del dolor, que nunca pudo traducir en notas escritas. Tal era la armonía suprema que el pobre solitario del espacio iba despertando al rodar por el vacío, siempre envuelto, como visión funeraria, en su nimbo de tinieblas, y como esquivando las irradiaciones espléndidas de mil estrellas, planetas y soles desbordantes de luz y de calor.

Muchas de éstas le advirtieron al pasar, y viéndole siempre solo recorrer su órbita interminable, invitábanle a detener su carrera, a bañarse en sus fulgores y a calentarse en su atmósfera de fuego; mas el peregrino parecía impulsado

por fuerza superior, por aquella, sin duda, que trazó la senda de todos los mundos, la única a cuyo imperio pudiera obedecer en hora, en instante incierto de su carrera sideral.

“No —parecía decir—, vuestros esplendores, vuestras fantasías, vuestros goces inmensos no son para mí; yo estoy condenado a la soledad, a la viudez eterna, a la obscuridad y al silencio; si dentro de mi ser, de mi naturaleza y de mi ruta no hay luz, calor, amor, ni alegría, estas cosas no habrán sido creadas para mí por aquel que todo lo hizo y lo dispersó por el infinito espacio de los mundos nacidos de su pensamiento. Dejadme, os ruego, seguir mi impulso y mi camino, que ya concluirá esta peregrinación allá, en el seno insondable del vacío y en la hora que el designio inmortal me señale. Sed todos felices, embriagaos con vuestras propias bellezas, y marchad en ronda bulliciosa y frenética hacia la inconsciencia deliciosa de los placeres a que os han destinado”.

Muchas veces, también, en su ignota y errante vida, cruzó por medio de los soles más inmensos, grandiosos, deslumbrantes y abrasadores, los cuales, ofuscados por su propia magnitud y brillantez, o no advirtieron su presencia o su intensa luz más empleados en hermostarse a sí mismos, no tuvieron fuerza para descubrir en el astro apagado y sin rumores, tesoros acaso escondidos allí, por la Mente Eterna, para librarlos de la codicia universal, o como premio final y glorioso a la virtud, a la inteligencia y al sentimiento que supieran revelarlos. Y así era, en verdad, porque en el seno de aquel taciturno y deslustrado fragmento de metal errabundo, sellado con los siete sellos del Libro de Oro de la Ciudad de Dios vivía un mundo virgen, pristino, imagen y trasunto del soñado y perdido Edén del hombre, desbordante de luces desconocidas; de cantos, de plegarias y salmos incomparables, de paisajes, formas, lagos, reflejos, colinas, árboles, flores, aromas y visiones indecibles, donde sólo la hermosura mística, la desnudez resplandeciente e irradiante de las Ideas y conceptos supremos de Verdad, Amor,

Virtud, Belleza y Sabiduría, podían vagar y deleitarse en ambiente tan puro y tan santo y tan lleno de inmortalidad.

Porque el Edén fué perdido para siempre en ese astro que llaman *Tierra* los que lo habitan, por no haber comprendido el pensamiento divino que lo creara, por no haber sabido separar el color de las cosas que lo contienen, el perfume de la flor, el rumor del torrente, la belleza y la fruición del amor que tiende a lo ideal y divino, de la forma que la encierra entre sus líneas y de lo perecedero que tiende hacia el polvo y hacia el sepulcro. ¡Ah, infeliz raza que vive en ese convulso y carcomido Planeta, cuando se ha alejado de la verdadera felicidad, de la única hermosura y del bien supremo, por no haber sentido la primera inspiración de la Idea que dió vida a aquel lugar delicioso, que debiendo ser origen de toda ventura, fué convertida en fuente inagotable de infortunio, de dolores, de devastaciones y miserias!

“No, yo no caeré jamás en la maldición en que cayera esa raza desgraciada; los seres que busquen mi sombra benigna, y por la santidad y eterna devoción de su amor sean dignos de conocer misterios inviolados, jamás desconocerán la Esencia de que proceden, ni la blancura simbólica de sus almas, ni la impalpable unción de sus cuerpos invisibles, ni la pura, absoluta e independiente Hermosura divina, hija de la única generadora del universo, ni el Amor Eterno, que es tal porque es Dios, incorpóreo, invisible, intangible, y que mantiene la vida, la renueva sin cesar y convierte el alma en templo y le dota de gracia y de alas de oro”.

Y así, envolviéndose de nuevo en su túnica de sombra, volvía a emprender en silencio su interminable peregrinación...

Mas fué escuchada la profunda queja de estas palabras, por Aquel que oye y ve en el seno más hondo de las tinieblas; y conociendo cuanta soledad y cuanto dolor oculto gemían en el seno de ese astro errante, dispuso cambiar su suerte,

dotándole de luz para que fuese visto y de calor para que se acercasen a él otros astros también errantes, peregrinos hermosos en el concierto de las orbes.

“Mi ley universal y eterna del amor, que es la simpatía inmanente, efluvio de mí mismo que soy todo armonía y belleza, regirá también para este rebelde espíritu de la sombra, que ha llegado a hacer del dolor su placer, de la obscuridad su luz, del silencio su música, y que cruzando sin resplandor y sin voz por entre los mundos descubre sus secretos, asiste a sus génesis maravillosos, y viendo en el corazón de todos ellos, huye y se embriaga como en divino licor, en las sensualidades aéreas de la noche sin término.

“Habrá otra vez creación de luz en ese astro solitario y oscuro; tendrá también su génesis, y el sentimiento que da vida y perpetuidad a las razas humanas, vibrará también en sus entrañas ignotas. Una estrella de las de mi corona perpetua y simbólica de las virtudes infinitas, será mi mensajera, aquella que un día vino de Florencia divinizada por el amor de un genio, y que lleva el signo resplandeciente de la sabiduría; será en adelante su compañera, su amiga, su hermana, su esposa mística, semejante a la Sulamita, y marchará a su lado sin cesar hasta que la llame otra vez a mi diadema.

“Beatriz, tú que en la selva impenetrable del mundo salvaste a tu amado inmortal, guiándole y apartándole de los monstruos en acecho, vé hacia allá, lejos, en la negra sombra y enriquecida con mi gracia, mi resplandor y tu propia y mística hermosura, sé la redentora de aquel sol apagado, de aquel globo huérfano, que nunca sintió el deleite de la armonía y la unción del amor, y comunicándole tu gracia angélica, condúcele por sendas luminosas para él desconocidas.

“Tu órbita será concéntrica con la Cruz del Sud, símbolo radiante de mis misterios y mi amor a la humanidad; serás la joya más bella del cielo, y en las noches, cuando los reflejos del sol lejano resplandezcan sobre la Tierra, tú

y tu compañero, tu esposo místico, tu amado espiritual, brillaréis en el zenit a la hora meridiana, cuando las plegarias de ese mundo suban hasta aquí llenas de aromas, de melodías, de cálidos efluvios de las almas”.

Un acorde sublime de arpas incorpóreas, de voces celestes, de salmos e himnos gloriosos resonó en la región suprema, cuando la estrella “Beatriz”, desprendida del círculo luminoso, emprendió la ruta señalada, de redención y de himeneo: eran cantos de nupcias eternas, de esas que celebran las almas semejantes, las ideas hermanas, los sentimientos y las virtudes destinados a vivir y obrar unidos sus maravillas.

“Gloria, gloria, gloria —decían tres veces— a la esposa predilecta que se aparta de la corona imperial del Universo para seguir por el espacio al astro errante de la sombra y del silencio; sea eterna su ventura y sea Sol la estrella humilde, sea foco de luz y de calor fecundo la que hasta aquí sólo tañera el arpa de las alabanzas y echara incienso sagrado en los pebeteros del empíreo! ¡Gloria a Beatriz, la elegida, la santa, la redentora estrella, nuestra hermana que se ausenta”.

No habíanse apagado los ecos del coro, cuando el astro dulcísimo, enviado del Señor se hallaba ya al lado de su prometido, el cual, iluminado de súbito en la sombra y envuelto en irradiaciones blancas, como mantos de impalpables tules nupciales, era saludado por los demás mundos luminosos como una nueva creación de la divina potestad, que tiene en su mano los ejes del mundo, y enciende a su voluntad los astros y los obscurece y oculta en la sombra sin fondo del caos.

Hora de dicha incomparable jamás soñada, nunca esperada ni creída por el peregrino doloroso, aquella en que por vez primera sintió el beso desconocido de la luz celeste, y el calor generador de la vida, de fuerza y de inmortalidad,

brindados por la Esposa prometida, la enviada de lo alto para ser “guía en la noche”, “sostén en el abismo”, “aliento en el desierto”, “reposo en la peregrinación interminable!”

Sintió nacer en sus abismos áridos y escuetos, torrentes, manantiales cristalinos, valles deliciosos, colinas suaves y graciosas, músicas soñadoras y rumores vagos, que reflejaban un paraíso, símbolo de las dichas prometidas, expresiones poéticas y adorables de los sueños vagos y dolientes de la orfandad y del destierro... Un arrobamiento, una embriaguez, un ensueño delicioso, fué en adelante la ruta por los espacios, en la región infinita santificada por la Cruz radiante. El rumor de su carrera nupcial, parecía la vibración de una nota de órgano sagrado, suspendida en el instante de entonar el himno eterno de “Gloria in excelsis” que condensa la gratitud de la criatura, la alegría de la vida, la felicidad imponderable de las cosas, llamadas al ser por la voz de la resurrección...

1887.

XVII

MALEFICIOS Y CONJUROS

LA STAUNTONIA LATIFOLIA

MALEFICIOS Y CONJUROS

LA STAUNTONIA LATIFOLIA

Buenos Aires, Año de Gracia y de
Libertad, 1910, a 9 de enero.

Querido Cancio:

He amanecido con ganas de charlar con usted, y es el caso que una conversación nuestra de la otra noche, bajo una galería bordada de enredaderas tiene la culpa de este antojo, y también la furia vindicativa —no vengativa— de que me siento poseído desde hace algún tiempo, en favor de todos los seres injuriados, calumniados u olvidados con injusticia, en esta tierra donde de todo eso hubo en abundancia desde 1810 hasta los días del siglo justito.

Pero no se ponga serio, ni apriete los labios, ni ensanche los ojos, como tiene de costumbre cuando alguna cosa le causa mal efecto, por leve que sea, y no quiere darlo a conocer al interlocutor: no voy a tomar la cosa en solemne, sino a recordarle de aquella entrevista lo más accesorio que hubo, y para mí lo más sustancial, dada mi honda preocupación presente, la referencia de haber sido arrancada de la tupida cortina de enredaderas, la bella y graciosa y opulenta *Stauntonia Latifolia*.

Bien se ve que los hombres políticos nunca han tenido entrañas sino para devorar votos y oprimir a los que quieren sufragio libre, y para execrar a las santas reacciones institucionales. Porque usted y los que lo rodeaban eran hombres políticos, sí señor, por más que lo disimulasen, para

pasar desapercibidos de los inocentes naturalistas aficionados como yo, que, allí me encontré sin saber qué atinar, entre gente que hablaban de cosas como del otro mundo. Pero no tan cándido que no advirtiese la crueldad de matar la pobra *Stauntonia*, mi flor querida, no vaya a creer porque sea mejor que otras, sino por esa íntima simpatía y ansias de estrechar y besar a las personas buenas que uno ve y oye calumniar y aún estropear con tanta injusticia.

¿Se acuerda usted de Carlos Berg? ¿Tuvo la dicha de estar cerca de su alma científico-poética incomparable? ¿No concurrió a alguna de sus conferencias sobre la manera de conservar y aumentar el aroma de las flores y de amarse las abejas y de gobernar y trabajar las hormigas? Sí; de seguro que lo conoció, y muy bien, porque usted también fué amigo y contertulio —¿se dice así?— de Rafael Obligado, con Martinto, Oyuela, García Velloso, Argerich, González, Vega Belgrano, Mantilla y otros astros de aquel cielo gris de nuestra astronomía literaria, que un día envenenó con su cola de cometa fatídico otro astro lanzado de Nicaragua. Carlos Berg, el poeta, el sabio, el niño de alma blanca como un capullo de nieve antes de llegar al suelo, un día escribió una carta-prólogo para un libro de uno de los escritores allá arriba nombrados, y en ella dice una cosa que me ha conmovido y me conmueve siempre que la leo:

“El hombre, o al menos un gran número de individuos de la especie humana, por ignorancia, por defectos de observación o por mala índole, no puede abstenerse de calumniar. Mas no solo demuestra en muchos casos el hábito execrable de hablar mal, sin motivo ni razón, de su prójimo, sino que inculpa también muy a menudo a seres de la naturaleza que no leen ni escriben libros, ni poseen siquiera el don del habla, para poder defenderse...

“¿Acaso calumnian sólo a los animales? No; también difaman a los vegetales, y lo que es menos perdonable, a flores de un exquisito perfume, o de un aspecto precioso. A un médico de fama y hábil cirujano, quien, si bien recuerdo,

murió de un “canceroma”, se le ocurrió atribuir, por lo que me han dicho, el origen del cáncer a la flor o al perfume de la *Holboellia latifolia* (Wall), más conocida con el nombre incorrecto de *Stauntonia latifolia*. Desde entonces muchísima gente, sanos y enfermos, y hasta la misma prensa pública, declara una encarnizada guerra a la planta, considerándola como un gran peligro para la humanidad”.

Y con la dolorosa indignación del sabio-poeta, exclama luego: “¡Pobre *Holboellia* o *Stauntonia*! Si tú tuvieras el veneno para producir el cáncer, habrías hecho cancerosa a toda la población, o la hubieras destruído por completo en tu patria, el Himalaya, donde sus habitantes te cultivan en torno de las viviendas, huelen tu aroma y comen tus frutos! Aguanta la calumnia. Vive, sufre, espera, como dice Kuntur en la leyenda de este libro”, —*El Señor del Agua*— que ya vendrá un soplo de reacción científica y justiciera —supongo que quiso agregar el autor—, pues que todo reacciona en la hora presente, para elevarte de nuevo, al trono excelso del cual te despojó una cruel y errada opinión.

Aquí ya el sabio se confunde con el político, de puro fatalista, aunque quiero hacer todo el honor que se merece al querido maestro al afirmar que aquello de “aguanta la calumnia” se refiere a la dificultad enorme de hacer cambiar de opinión a todo un pueblo, ya sea sobre materias de ciencia, como de simples prejuicios, preocupaciones o supersticiones, cuando ellos han arraigado en ese suelo duro que se llama la conciencia pública. Así para *aguantes* no hay como los políticos de cierto cuño, elevados a ministros, por ejemplo, cuya cualidad parece ser la de no conmoverse por nada de este mundo en su silla, así los traten como siervos o los desairen como a judíos, o los *indirecten* directamente.

Pensando en estas mismas cosas, y siempre así, en desconcierto y sin hilación ninguna con el tema principal —o *leit motif*, para estar yo también a la moda—, cayó mi imaginación en esta persistente, tenaz, incontrarrestable a veces y macabra creencia en la influencia maligna de ciertas per-

sonas, o seres, aunque no sean todos racionales, y ya ocupen una categoría humildísima en la escala de la vida o ya se ornamenten, decoren y revistan con los más altos atributos del poder y de la magistratura.

Y tanta es ya mi obsesión u obcecación acerca de estos problemas, que me he dado a estudiarlos en serio, con ánimo científico, y con intenciones mucho más científicas todavía, a punto de que he tenido que emplear mis reducidas economías de ayudante de laboratorio en proveerme de libros curiosísimos y de indudable valor sobre el tema inagotable, pero no insoluble, en mi modesto entender.

Bueno, yo no soy muy respetuoso de las verdades admitidas. Casi estoy tentado por confesarle que basta que una opinión sea admitida por todo el mundo para que a mí me subleve. Así, yo sé que ningún sabio actual cree en esa vaga influencia maligna, tan antigua como la humanidad, que se designa hoy con el nombre de *jettatura*; y por eso mi espíritu la admite como un principio activo, inmanente, congénito, simbiótico —perdóneme este desplante de laboratorio—, en ciertas naturalezas o individuos de la especie humana, como dice el doctor Berg.

Y yo no excluyo la posibilidad de que ese principio físico, de una substancia semejante al éter, a la electricidad, al magnetismo, aunque en cierto sentido puedan todas reducirse a una sola denominación, pueda existir también unido a una momia como en el caso de la sacerdotisa, de Amen-Ra, del Museo Británico, y de que se adhiera con preferencia a las personas de los dos sexos, cuando ciñen coronas o empuñan cetros de mando sobre mucha gente.

Tiene que encontrarse el secreto de esta fuerza desconocida del mal trasmisible e invisible, así como los medios de conjurarlo, que no sean los torpes signos heráldicos de Satanás, ni las mil figuritas antidiabólicas, o que se suponen tales, y, que llenan las cadenas y cinturones de caballeros y damas, hipócritamente desentidos de la vulgar preocupación, que los embarga por completo.

Según el sano, cuanto antiguo aforismo del *similia similibus*, hay que buscar en la misma fuente de donde el mal procede, el remedio para extirparlo. Si la *jettatura* —llamémosla con el nombre popular— reside en el asiento mental de todas las supersticiones, busquemos allí mismo su antídoto. Si ella no tiene base científica alguna, comprobada al menos, ninguna base científica necesita tener la acción o recurso, o conjuro, o gesto, o lo que sea, con el cual hayamos de combatir la terrible y maléfica influencia. Lo que es del agua el agua se lo lleva; lo que es de la superstición, la superstición debe llevárselo también.

En una creencia difamatoria contra una pobre planta uruguaya y brasileña —vale decir, casi compatriota nuestra, desde el protocolo Sáenz Peña-Ramírez—, he venido a hallar un remedio mágico contra ese fluído cuya existencia en las personas se pone de manifiesto —óigalo usted bien—, según los sabios que han estudiado el caso de Amen-Ra, la momia de cuatro mil años, por una sonrisa dura, seca, despreciativa, fría y mal intencionada, que si no existe visible en el rostro, es revelada infaliblemente por la placa fotográfica, aunque la persona no quisiera adoptar ese continente o aspecto especial que la presencia del objetivo inspira aún a los más serios; porque está demostrado que *i jettatori* tienen un rictus característico a un solo lado de la cara, que se impone con una evidencia universal a la simple vista.

Pues bien; por mi teoría del *similia similibus*, opino que a estas personas no se les debe huir sino buscar; no abandonarlas sino rodearlas; no odiarlas sino domesticarlas; no hacerles el vacío, ni signo alguno de repulsión, sino *hacerles atmósfera*, formarles cortejo, séquito, compañía constante hasta que sea posible operarlas de cerca con el sésamo o palabra mágica, que he descubierto en la historia natural de la zona bañada por los afluentes del Uruguay y Paraná, en las misteriosas soledades del Brasil tórrido, donde crece y se enreda en los árboles la dulce cuanto calumniada Aruera, o sea en términos científicos, la *Lithaea Aroeirinha*.

“Quien corta una rama o una flor de la Aruera, está perdido —dice una antigua crónica indiana—, si es que antes no le dirige los saludos invertidos que el ritual indígena ha creado desde tiempo inmemorial. Así, cuando sea de mañana habrá que acercarse, inclinarse reverente ante el tallo y decirle con todo cariño:

—“¡Buenas noches, señora Aruera!” y si la tentativa es nocturna o vespertina, es necesario que con el mismo ceremonial se la salute:

—“¡Buenos días, señora Aruera!”

Entonces la bella princesa del bosque obsequia inofensiva con sus gentiles flores y exquisito perfume.

Para conjurar la influencia maligna de las personas, llamadas o supuestas *jettatori*, pues, no se necesita apelar a las vulgares y falsas figuras y signos de una brujería desacreditada, sino tener el valor de acercárseles, con amistad y confianza, eso sí, invirtiendo el saludo habitual:

—“Buenos días, señor” —por la noche.

—“Buenos noches, señor”, por la mañana; y todo el fluído maléfico se tornará en saludable y confortante, y en vez de accidentes, pérdidas, resbalones, tejas o pisotones, plagas de langosta, sequía, terremotos, inundaciones y muertes repentinas, verá caer sobre todo el país más bendiciones que todas cuantas el pueblo de Israel debió a Jehová en sus días de buen humor.

Suyo, colega afectísimo.

CARLOS SANZIO.

XVIII

UNA FAZ DE LA LOCURA

UNA FAZ DE LA LOCURA

Cambian los hábitos y la fisonomía de las sociedades con cada época, de tal modo que a veces la evolución se imagina incoherente, ilógica y contraria a la naturaleza. La difusión de las gentes sobre el planeta, la necesidad de coexistir bajo el mismo cielo, dentro de la misma ciudad, modifica, sin duda, las condiciones de la vida a tal punto, que más bien parecemos volver a las antiguas distinciones y categorías entre los hombres que acercarnos a la igualdad y menos identificarnos.

¡Igualdad! “Paradojas”, dice el uno, “mentira convencional”, el otro, y entre ambos conceptos nos pasamos las horas y los años buscando distingos y haciendo retruécanos, para demostrar que todos somos iguales substancial y legalmente.

Ni siquiera las ficciones pasajeras que la humanidad admite y realiza para descansar de la incesante lucha de las contradicciones cotidianas, logran representar al vivo esta comedia, esta teoría de la igualdad, sobre la que tantas y tan ingeniosas frases han urdido los filósofos, hasta uno que ahora recordamos que definía así:

“Igualdad es la norma que consiste en tratar desigualmente a seres desiguales”.

Luego la igualdad *substancial* no existe, y por tanto, sobre una negación nada puede fundarse; y continuando nuestras silogísticas deducciones, habremos de llegar a admitir, nosotros también, la doctrina de la paradoja y de la

mentira convencional, exclamando con la solemnidad trágica del hijo del César:

—¡Igualdad, no eres más que un sueño!

Sin duda que algún propósito práctico teníamos en la mente al abordar tan abstracta cuestión. ¡Ah! sí, era porque empezaba a rumorear en torno nuestro la fiesta de las locuras y de los contrasentidos, la fiesta antigua de Baco, de Saturno, —o mejor y para comprenderlo todo—, de la Locura que en esos días sale de madre, como los grandes ríos, devastadores pero fecundos, a igualar a todas las gentes, al derramar a manos llenas las verdades de todo calibre y dimensión, y enseñar que todas las cualidades del hombre tienen un día de imperio absoluto.

Ya se empieza a escuchar por todas partes el anuncio estrepitoso de la saturnal universal, y a sentirse los aprestos que en todas las clases sociales se realizan para esperarla con ánimo en el corazón y alegría en el semblante.

Pero, ¿y aquello de la igualdad? Sí, queríamos decir que es una ficción aún dentro de la ficción, porque el único momento en que se ve y se palpa, es cuando las gentes se calan un disfraz, se ponen una careta y atiplan la voz; luego fingen la igualdad, porque todo eso se ejecuta para poder decirse *tú*, sin rubor y sin ofensa, para poderse contar una verdad sin temor al desnudo, para invertir todos los términos convencionales y por medio de este inverso raciocinio, aproximarse a lo que se cree cierto.

Todo este aparato de cascabeles y de festín, y de orgía, necesita el hombre para atreverse a decir una verdad, como cuando los débiles se embriagan creyendo así perder la conciencia del miedo, ignorando que la pierden de todo.

De aquí ha nacido la invención del carnaval, por más que sostengan tradicionalistas que fué instituído a consecuencia de una degollación de judíos, en los tiempos de la

reina Esther, haciendo una solemnidad de duelo, de lo que ha sido y es una bacanal, según la *clase* que la celebra.

En tal día se declaran en libertad muchas tendencias, deseos, inclinaciones, ocultos o comprimidos por ese tácito consenso universal que se llama cultura o civilización, y en la perenne penumbra en que las almas se agitan, arrastradas por la corriente dantesca de la vida, surge como llamarada de incendio una luz, que al iluminar el escenario revuelto, muestra la senda despejada por donde todos los hijos de Adán llegarían a ser verdaderamente esto que solo en lenguaje figurado y culto se admite:

¡Hermanos!

Y este es un anhelo íntimo de todas las razas, una inclinación ingénita, inherente a la humana condición; y no de otro modo se explica esa aparente puerilidad y rutina que consiste en esperar el día de Carnaval para volverse locos, para hacer mil niñerías, tonterías y payasadas, y tutear a todo el mundo y saltar, bailar y gritar como niños sueltos o locos de buen humor.

Uno puede improvisarse muchas cosas aguijoneado por la necesidad o por la moda, pero algo que no está en la humana naturaleza inventar, es la alegría, la inocencia, la locura, cuando no preexisten y subsisten en el sujeto.

Carnestolendas concede esa gracia y tiene ese maravilloso poder; por eso es rey de los corazones y de los espíritus cuando suena en los espacios su grande y universal campanada.

Como muchos lectores impacientes de novelas, saltan de una sola vuelta cien páginas para llegar al desenlace, dejemos a un lado argumentos y racionamientos de transición y lleguemos a nosotros, a algo tangible y corriente.

El carnaval empieza a anunciarse en nuestra bulliciosa capital. Se sienten desde las más humildes a las más altas esferas sociales sus inquietudes y rumores. Abandonada casi

nuestra metrópoli por las gentes de fortuna que decoran y embellecen salones, avenidas y parques, percíbese entre tanto ese murmullo incesante de la poblada colmena que se dispone a inundar las calles y las plazas, con su electrizante bullicio, ensordecedor alboroto.

Quedará la ciudad entregada como plaza rendida, a las alegres comparsas, a las densas masas populares, a los hijos del trabajo, que en esos días de holganza se divierten, porque necesitan esa libertad infantil y ruidosa, para compensar sus fecundas fatigas, y veremos los que, como ellos, a jornal labramos el surco, animarse la atmósfera con varias luces, cantar, risas y algazara, que solo proclaman la salud y las modestas ambiciones de las almas. Veremos circular durante tres días y sus noches, oyendo su somnoliente rumor, como crecientes fantásticas de mundos ideales, los cursos tradicionales y rutinarios en todos los barrios de Buenos Aires, que se coronarán de banderas, se entrelazarán con guirnaldas medio grotescas y se alfombrarán de flores y papeles.

Bien hacen las familias de fortuna, la gente rica, los que viven en palacios y dan el tono a nuestra alta cultura, en entregar el pleno dominio de su amada metrópoli, y buscar en los pueblos inmediatos un poco de libertad, a su vez, de las tiránicas leyes de la moda y del buen gusto. La naturaleza les reclama un instante de confianza y de atención, y han de aflojarse, siquiera por breves momentos, las rígidas actitudes del salón. También allí hay sed de respirar, hambre de luz y de perfume campestres, ansia de exhalar un grito, una carcajada, un suspiro a todo pulmón y al aire pleno, por lo menos el primer día, cuando el tren se detiene y la fatigada y aristocrática caravana desciende a pisar por vez primera, después de un año, la fresca y olorosa hierba de los campos.

Vendrán después, allí también, las tiranías y los despotismos de la moda, pero, por lo menos, soportables y benignos.

nos. Ahí se tienden a las plantas de la inmensa ciudad, como esclavas bellísimas de una soberana, las poblaciones rurales, que aguardan en cada estío, a nuestras lindas y graciosas damas, con las faldas repletas de flores y frutas, sonrientes los rostros y luminosas las miradas, para arrojarlas a sus pies, para tapizar su senda y embalsamar su ambiente, como debido homenaje a la hermosura de nuestra tierra.

Date lilia manibus plenis!

Arrojad flores llenas para que saturen sus corazones con los perfumes sagrados de los campos, las nobles damas, las jóvenes deslumbrantes, por cuyas virtudes ha de ser fuerte y por cuyo amor ha de ser heroica e invencible, como en los grandes tiempos antiguos, la patria donde nacieron.

1893.

XIX

COSTUMBRES VERANIEGAS

COSTUMBRES VERANIEGAS

Cuando oímos por acaso a una persona de buen estilo y atractiva conversación, pintar las patriarcales costumbres de nuestros mayores, y si es un anciano que ha vivido esos tiempos, vemos nublársele las pupilas y sentimos temblarle la voz por la emoción, entonces, mal que pese a nuestra convencional y pegadiza indiferencia de hoy por las ternuras y sensibilidades del corazón, no podemos sofocar un voto que, expreso o tácito, se escapa del fondo de nuestra conciencia.

—¡Qué felices eran aquellas gentes!

Recordemos todavía que al calor de aquel ambiente, se concibió, germinó, vino a la luz y nos inundó de gloria, el pensamiento revolucionario que nos hizo libres. Las damas de esa época, nobles y finas por el nacimiento y las perennes virtudes del hogar, no desdeñaban el honor de referir, como la mejor conquista de su hermosura y gracia, el haber bailado con el general Alvear, dado algunos pasos de minué con el general Guido, sostenido un breve diálogo sobre cualquier tema del día con el general Belgrano, con el doctor Montegudo, con el señor Rivadavia; y si había sido con el general San Martín, ¡oh!, entonces, las lágrimas surgían sin reparo alguno del fondo del corazón, porque venían saturadas de recuerdos y de unción patriótica!

Una venerable anciana que había sido deslumbrante belleza en esos días heroicos y sencillos, hija de un coronel, ayudante de San Martín, hace poco, antes de morir, nos

refirió sollozando de alegría y de noble orgullo, que era la compañera preferida del general Paz para los cuadros de minué, en los mil bailes y saraos con que se festejaban nuestras victorias.

¿Pero a qué vienen estas antiguallas?

No sabríamos decirlo a punto fijo, sino que por asociaciones de ideas, no siempre fáciles de explicar, se nos han ocurrido, porque deseábamos hablar de una reacción que parece realizarse en las costumbres veraniegas de nuestras grandes y opulentas familias; reacción saludable desde todo punto de vista, y no menos importante el que al bolsillo se refiere, y luego, a las relaciones mismas entre damas y caballeros que, hemos de decirlo con el apoyo de mucha gente, iban siendo imposibles.

Economía y amistad, no son dos términos inconciliables. Cultura refinada y de buena estirpe, gracia e ingenio para dar vida a un diálogo o a una asamblea del buen tono, tampoco están en riña con un traje modesto y sencillo.

Ha sido necesario un sacudimiento doloroso que ha desquiciado o removido los cimientos de las más grandes fortunas, para que volvamos los ojos a lo pasado, nos acordemos de los sanos e inocentes consejos de nuestros moralistas, y para que, finalmente, nos preocupemos del porvenir, limitando nuestros propios goces y placeres.

Inmediato y encantador es el efecto de esta vuelta al juicio y a la parsimonia, que con júbilo advertimos en todas las residencias de verano de nuestro gran mundo bonaerense. “Desiertos, casi ridículos en su lujo parecen, —nos decía ayer un ilustrado viajero,— los hoteles construídos para la prodigalidad; pero el contraste de los pueblos cercanos, donde las familias pasan la estación estival, es delicioso”. Reina en todos los círculos una franca cordialidad, entre las personas una llaneza encantadora por sus atractivos, dignos de

quienes la practican y en la atmósfera, junto con las vivificantes emanaciones de nuestras grandes arboledas, de nuestros mil arroyos tallados en la planicie musgosa, y por fin, con el soplo fecundo y solemne de la gran llanura, han florecido y embalsamado el ambiente de las almas, los afectos amistosos, las pláticas al aire libre, y como éste, ricas en aromas y frescura.

Un buen susto no está de más, a veces para obligar a tomar el camino recto del orden y la disciplina a los niños traviesos y regalones. Después de nuestros comunes devaneos, sueños de oro y consiguientes inquietudes, ¡qué bien nos sentarán la pobreza cómoda, la opulencia modesta, esas mismas que precedieron al año 1810 y al año 1853!

Es inútil reflexionar más extensamente, para que no se tomen nuestras palabras como sermón de viejo fastidioso. Creemos en el progreso, y en que las sociedades deben adoptar cuantas reformas traiga el tiempo y sean impuestas por el perfeccionamiento mismo de los espíritus; pero también oír los consejos de la vieja experiencia está muy puesto en razón y muy en la naturaleza de las cosas, y de las leyes divinas y humanas que rigen nuestra evolución sobre el planeta.

“Nunca dejes lo viejo por lo mozo ni lo cierto por lo dudoso”, —decía la antigua sentencia popular, la que, traducida en moderno romance, significa aconsejarnos una prudente reflexión antes de embarcarnos en cualquiera revolución social que pase por delante de nuestra puerta. La lógica es una ciencia que vive por sí sola, y no está, por cierto, despojada de ella esa gran maestra de los siglos, que encarna en la ancianidad y que los griegos divinizaron,— la experiencia.

Véase cuántas cosas, —y muchas más que callamos en obsequio del siempre discreto laconismo,— puede sugerir este problema de la vida en nuestras altas esferas sociales, y que

hacía tanto tiempo habíamos resuelto proscribir de nuestros raciocinios, por añejas y rancias, confundiéndolas sin duda con el *Manual de urbanidad y buenas maneras*, o sea, la buena educación codificada y a compás, que tan rica y sabrosa materia suministraría para un espectáculo por secciones.

1894.

XX

OCIOS FEMENINOS

OCIOS FEMENINOS

Mil veces, todas aquellas en que un demonio alegre se apodera de todo ser humano, se nos ha ocurrido pedir un día licencia al cura de la parroquia, y bien disfrazados, de voz y de traje, echar desde el púlpito una plática sobre el bellísimo tema de las lecturas que convienen y que harían más dichosas a las jóvenes, nuestras compatriotas. Y este deseo es más vivo ahora, cuando las imaginamos en sus residencias de campo, rodeadas de árboles susurrantes y “flores bien olientes”, como diría Berceo, que se apoderan del alma, la sugieren, la hipnotizan y la embriagan, llevándola entre sus ondas invisibles por esos mundos de hadas de ojos azules y cabellos de oro sueltos en el espacio, y de grutas pobladas de músicas y encantamientos.

Luego, las puestas de sol, siempre diferentes y siempre hermosas en este cielo, donde el gran astro del día se oculta invariablemente entre llamaradas de luz metálica, de oro fundido, que se dispersa como arrojado por un volcán por todo el firmamento, ¿cómo no han de convidar a las dulces y silenciosas confidencias del libro amado, aquel que habla más a los corazones y estimula más vivamente a la fantasía?

*La verdura del prado, la olor de las flores,
Las sombras de los árboles de temprados sabores,*

son parte a volver romántico y soñador al mismo Pantagruel, y hacer pensar en paraísos ideales al espíritu más positivo; y ya que no nos es posible vivir una novela o un poema por

día, ya que sería absurdo realizar como el héroe de la Mancha las aventuras forjadas por la imaginación, séanos al menos permitido, y ese es el más fuerte atractivo de la lectura, deleitarnos con sus relatos, adormecernos con las escenas en que los aéreos personajes se agitan con nuestras pasiones e inquietudes, pues que viven nuestra vida moral, y corren, como nosotros, desesperados tras de sus sueños.

Si por algo exaltaba fray Luis de León los encantos de la vida campesina, era porque allí, lejos del "mundanal ruido" podía entregar su alma a los autores queridos, a los clásicos purísimos que refinan el gusto, pulimentan las palabras y saturan toda la persona con unción de la inmortal poesía.

Han cambiado las épocas, pero no la naturaleza, ni el espíritu. Los afanes de la existencia se han multiplicado y con ellos las causas de nuestros sinsabores y las necesidades de holganza y alivio. Al refinamiento de los hábitos y a la complicación de las diarias ocupaciones, corresponden más breves, más intensos placeres del espíritu; y éste se preocupa de producir, para solaz de las gentes, muy diversa literatura de aquella que en los siglos pasados era suficiente para templar la sed de la inteligencia, el hambre de las sensaciones.

Difícil sería, en la turbamulta literaria contemporánea, sin pecar de atrabiliarios o puritanos, realizar una acertada selección de lecturas, propias y dignas de nuestras bellas y nobilísimas damas, y bastantes a interesar sus vivas y chispeantes imaginaciones, sus gustos tan eclécticos y sus corazones de una raza y de un clima como los nuestros. Ellas buscan lo que les agrada como las aves la selva propicia, sin saber a punto fijo por qué ni análisis imposibles, y cuando, a media lectura han llegado a regiones vedadas o inclementes, tornan rápidas el vuelo, pero no sin haberse quemado, como ciegas y doradas mariposas, la puntita de sus alas de encaje.

Vamos; hablemos con seriedad, y resignándose a ser complacientes, respondan: ¿qué leen ustedes, bellas jóvenes, cuando las tardes serenas, el rumor de las ondas o de los árboles, y toda la armonía de la naturaleza, las incita a soñar despiertas entre las páginas de un libro? ¿Recuerdan ustedes en esos momentos tan gratos al espíritu artista, los grandes poetas, los inmortales cinceladores de la frase, los magistrales analistas y pintores del alma humana y de los delirios, ambiciones y fantasías, y que tan amplio espacio descubren a la inteligencia, tan ricos tesoros al ingenio, tan esplendentes paraísos a la imaginación y al sentimiento?

Seguros estamos que ya no los recuerda nadie, porque se antoja hallarlos aburridores, soporíferos, románticos...

¡Calumnia cruel y sangrienta! ¡Cómo si Shakespeare, —tomésmole por ejemplo,— no abarcase a la naturaleza misma con todo cuanto en ella van a buscar el alma, la inteligencia y el deseo en todos sus instantes, en sus más sublimes éxtasis y en sus más brillantes irradiaciones y conjuros!

Hoy no queremos exigirles que se internen en el mar inmenso de la obra clásica de todos los tiempos. Aquello de Shakespeare fué un caso, pero optimista, lo confesamos, donde ya quisiéramos ver encaminarse el estudio de nuestras letras, pero no para reclamar a la ascendereada sociedad del día que le consagre sus horas de reposo, de entretenimiento, de solaz, en cambio de otras exigencias menos intelectuales pero más imperiosas de la vida moderna del gran mundo...

Cordelia, Miranda, Perdita, Desdémona, Julieta... figuras de luz, imágenes de un sueño; ¿qué son ahora en medio de este vértigo que nos arrebató, sino ecos lejanos y perdidos, acordes pasajeros de una fiesta sagrada, arrebatados por el soplo de un huracán?

Deliciosas y llenas de frescuras de la pampa y del río son las tardes campestres de la estación estival, e invitan a

la imaginación a vagar a su albedrío, buscar su alimento y la rama donde ha de posarse. ¡Jóvenes y bellas compatriotas, dueñas y señoras de nuestros destinos y de nuestro porvenir, soltad las alas del pensamiento, y que vaya a buscar como las abejas el jugo de los brotes y la miel de las flores abiertas!

1895.

XXI

FACES Y DISFRACES

A SOLAS CON MI DEMONIO

FACES Y DISFRACES

A SOLAS CON MI DEMONIO

Nadie es en este mundo como parece, ni nadie hace la menor fuerza por parecer lo que es. ¿En dónde está la razón de todo esto? Se pierde en la oscuridad de los tiempos y de la filosofía. Pero, es el caso, la humanidad, sin saber precisamente cuándo ni cómo, inventa de pronto unas cosas como para creer que se propone ser como es. Verbigracia, ha inventado el Carnaval, espacio muy corto en cada año, durante el cual se apresura a ejecutar todo lo que le está vedado, lo que se ha prohibido ella misma por sus códigos convencionales llamados costumbres, moralidad, buen tono, corrección...

La fiesta, sea cual fuere su origen, —cada pueblo le da el suyo,— se ha impuesto, ha echado raíces profundas en toda la tierra civilizada y aun filósofos hubo que se las han encontrado también en la misma naturaleza humana. Y las tiene, y así, bien metidas en su organismo.

No se puede vivir siempre haciendo la misma cosa, siguiendo la misma línea de conducta, pensando y obrando lo mismo los trescientos sesenta y cinco días y minutos del año, de todos los años; esa monotonía repugna a la constitución del ser racional; porque hay en él un principio de libertad que nunca se sujeta ni se domina del todo; es como ciertas materias que siempre tienen un residuo insoluble, el cual se aglomera en el fondo del vaso para tormento de analistas, o se volatiliza por los poros de la retorta o se escapa de las manos.

Raciocinemos, pues, o divaguemos, que en cierto modo viene a ser una misma operación mental. He dicho que la libertad es un principio esencial, coexistente con la organización humana. Pero es un principio malo, muy malo; esto lo ha descubierto el hombre mismo, a juzgar por todo lo que ha hecho para suprimirlo, ya en forma de *formas* de gobierno, ya de cultura codificada, ya, en fin, de modalidades más o menos religiosas. Y esa es una prueba de que la libertad es una cosa mala. No sé cuántos siglos llevamos vividos, pero sí sé que todos ellos se han empleado en perseguir eso que se llama libertad. A veces el *mal principio*, le llamaremos así, ha crecido, ha crecido tanto, que los pueblos no han podido menos que hacerse sus instrumentos, y fingiendo un santo ardor por eso, llamado entonces la causa de la libertad, han parecido realmente heroicos, sublimes, y han levantado cadalsos para... los otros, los que no sentían ese mismo fuego sagrado; han cortado la cabeza a unos cuantos reyes; del pueblo mismo, no se diga, —porque *pueblo* quiere decir en lenguaje de... este día, es decir, pronunciado con antifaz, para que lo crean mentira, una fuente de agua roja, llamada vulgarmente *sangre*, para regar los campos, las calles y los palacios, cuando se enojan los gobiernos con los que no los quieren, o cuando éstos se enojan porque los otros se demoran mucho en el poder; también se da ese nombre a la colectividad de los que pagan para hacerse ricos; otros llamados comúnmente *administradores de la cosa pública*, es decir, del pueblo, —lo repito porque es lo más frecuentemente olvidado;— esto, llamado así, ocupa el nivel común de las cosas, es la base de todo, base, entiéndase bien, porque sirve para poner sobre sus espaldas todo, porque es una cosa muy dura y resistente. Así es también de sensible a veces, como si tuviera un alma sola y grande. Hay palabras que lo conmueven y lo levantan en masa, y entonces, ¡Dios nos libre!, mejor dicho, ¡libre Dios a los enemigos de la patria...!

Largué la palabra. No la quería nombrar, por dos razo-

nes: 1ª Porque tiene su sentido religioso, sagrado, impropio de un día de Carnaval; y 2ª, porque ya no es de moda en el estilo, ni en la literatura, ni en la sociedad, ni en nada de lo moderno y de la cultura alcanzada... Por ejemplo, si un orador dice *patria* en un discurso, ¡bah! lo dijo por ver si arrancaba un aplauso; si lo dice un escritor, ¡qué! pobreza de vocabulario, decadencia, reblandecimiento, vulgaridad; si lo dice un gobernante, ¡afuera! ya se conoce la pícara intención de cubrir con la palabrilla esa alguna bribonada; en sociedad, ¡oh! en sociedad es otra cosa, ¿quién se atrevería a hablar de eso, de patria, nada menos, allí donde la moda es el todo? Daría lo mismo que hablar del tiempo, de la lluvia, del polvo, de las cocineras exigentes y de lo difícil que es hallar mucamas en estos tiempos... Eso estaba muy bueno allá en los tiempos viejos, cuando había guerras probables o guerras pasadas hace poco, cuando vivían aún los que cruzaron los Andes y vencieron en Maipo, en Junín, en Ituzaingo; en fin, ¡los pobres!... al cabo algo hicieron en bien de la Nación, y aunque más no fuese que por respetar sus heridas, habría de hablarse en los salones de sus recuerdos gloriosos, como obra de buena educación, así, como quien les da un momento agradable.

Pero hoy, ¿qué tenemos que hacer con guerras, ni con pasar los Andes, ni con San Martín y toda la lista militar *del tiempo de la Independencia*, como decimos para designar una cosa pasada de moda? ¡Claro! como que en el tiempo de la Independencia, no usaban los hombres a la moda todas las monerías inventadas hoy por la ciencia y el arte de la hermosura; como que en ese tiempo la peineta grande, los largos bucles, la crinolina y el pañolón, corrían pareja para lo que era hacer ridícula a una señora; y en fin, porque así fué, y ¡qué le vamos a hacer, el progreso obliga!... ¡Los salones de la Independencia!, es decir, los estrados hechos de adobe y cubiertos con alfombras pintarrajeadas y tapizados los pavimentos con ordinaria jerga, debían ser para morir de tedio y bostezar a toda mandíbula; ni un solo bronce *barbe-*

dien, arrogante, espléndido, macizo, así como regalo de empresario; ni un triste *bibelot* (diré chuchería artística, o cosa así, porque esos terminachos franceses, me hacen poner colorado), de esos que embellecen las radiantes salas de hoy, y dan ocupación ociosa a la bella castellana; en fin, nada de todo ese maravilloso conjunto de esplendideces, comodidades y llámenle ustedes, necesidades, inventadas hoy para dicha, solaz y gloria de la brillante sociedad moderna. ¡Y hemos de hablar de cosas viejas y pasadas de moda!

Por eso yo me quise poner también mi careta; y para ponérmela, se me ocurrió que ella representase lo que soy, es decir, la verdad de lo que soy. Y aquí fueron los trabajos, porque cuando mentalmente me pregunté: —“Pues, ¿y qué soy?”, quedé sumido en la oscuridad más negra en que jamás me he visto envuelto. Cerré los ojos para no ver el *nosce te ipsum*, que, ya sabía, se me iba a aparecer en la pared; mientras mi pensamiento se paseaba por todas las entretelas de mi solitaria personalidad, me veía yo, no sé dónde, retratado de todas maneras, y cada retrato, conservando la misma fisonomía, era, sin embargo, distinto; y así, pasaban, pasaban vertiginosamente, a medida que mi diablo íntimo se andaba por ahí, buscando mi propia definición, hasta que, cansado sin duda de inquirir en vano, de profundizar sin éxito, se vino desesperado y de mal humor, a decirme:

—Señor, no te encuentro en ninguna parte dentro de ti mismo, y creo más acertado salir a buscarte afuera. Tal vez en los demás hombres, por comparación, por compulsiva minuciosa, por cotejo prolijo, pudiera pescar los elementos de un retrato verdadero, y entonces tu careta estaría hecha.

—Pues, vete, le dije, necesito a toda costa una careta, pero en cuyas facciones me vea yo mismo; es un capricho.

Y el diablillo se salió de mí, para observar atentamente a todos los que pasaban, haciendo número, más o menos visible, en ese curso cotidiano de los días vulgares, precisa-

mente los más propios para ver disfraces curiosos, raros, llamativos, y para estudiar las diferentes deformidades que en los hombres se manifiestan al rodar por el mundo rozándose unos con otros.

De pronto sentí una carcajada en tiple, sonándose en el oído como canto de un mosquito filarmónico que hiciese escalas cromáticas. Era mi demonio, quien sentado como el Diablo Cojuelo de Guevara y Timoneda, en la cúspide de una copa de mármol de una casa rica, veía sin duda algún espectáculo provocador de la risa, y de ella el travieso se retorció en verdaderas convulsiones mirando eso que yo no podía ver.

—Aquí se representa, —me cantó al oído,— una comedia que llaman la *comedia del poder*. Hay muchísimos personajes de todos los aspectos y de todas las condiciones. Todos se atropellan por llegar donde está sentado un hombre tieso, silencioso, afectando un aire de rey, con bastón e insignias de dignidad; llegan a sus pies, se inclinan, le besan no sé qué, —no alcanzo a ver bien— y luego se retiran como si hubiesen tomado gracia. ¡Qué mundo de gente el que entra, se inclina y luego sale! No se acaba nunca, y es tanta la apretura, que empiezan a disgustarse y ofrecerse los puños cerrados. Algunos hay que dan unos saltos mortales por encima de las cabezas y caen allí cerca con gran asombro del hombre aquel, derecho como ídolo de cortejo religioso; los otros le gritan: ¡Afuera el payaso, el maromero, escapado del circo! Pero el tal tiene unas fuerzas! y la emprende a mojicones con todos y en breve se queda solo con el del poder, quien no tiene más remedio que valerse de él para todas sus necesidades.

Luego vienen unos grupos a pedirle justicia, porque dicen que allá en sus tierras los roban, los hostilizan y los matan sus lugartenientes, y que allí no hay ni sombra de libertad, ni de derecho, ni de nada; y el que hablaba por el grupo dijo entre otras cosas muy entretenidas, que allá tenían Constitución y autonomía, e independendencia para gobernarse a sí

mismos, pero que desde hacía muchas décadas un solo hombre, una sola familia se lo gozaban todo y se lo tenían todo para sí, y por tanto venían a pedirle, como sumo imperante, que volviese todo aquello a su quicio. El ídolo oía, oía, y movía las pupilas de un lado a otro como esos grandes muñecos de las vidrieras de enfrente, y parecía no entender una palabra; pero el que estaba al lado, tomándola por cuenta del otro, contestó la embajada diciendo que los tiempos eran de regeneración y de justicia, que ya no sería como antes y que se fuesen a dar a sus pueblos la buena nueva del reparador castigo, que para eso estaban allí los ejércitos. Los hombres se retiran entre creyentes y desconfiados, porque en las pupilas inmóviles del ídolo no veían nada... nada.

—¿Quiénes son esos hombres?

—Estos son los políticos, los que gobiernan y los que aspiran a gobernar.

—¿Y el pueblo? ¿No se le vé por ahí?

—Pueblo debe de ser una muchedumbre haraposa, agobiada y gruñona que diviso allá afuera, hablando bajo como si tuviese miedo de que le oigan. Parece que traman algo serio. ¿Ves?; ya los dispersan, les pegan y los arrastran con cadenas a una sala oscura! ¡Pobrecitos! la casa ha quedado en silencio y sólo se ven entrar hombres bien vestidos, haciendo cortesías muy reverentes, que el ídolo contesta con unas sonrisas muy dulces. ¿Por qué no vienes? Yo veo que a los que así entran les dan muchas cosas y salen riéndose como si triunfaran de una gran intriga palaciega.

—No hijo, yo no sirvo para político; veo que no es ese el disfraz que me conviene, porque he oído decir que en esa materia es muy difícil encontrar una máscara representativa de la buena fe y del patriotismo. Déjalos divertirse ellos solos: nosotros iremos a curiosear por otros espectáculos... vé, pues, a buscar mi máscara; a toda costa necesito disfrazarme hoy, día de carnaval, de travesura y de entretenimiento. ¡Pst! oye; te diré, que si ves por ahí mezclados a esos hombres de la comedia política, no pares mientes

en ellos; mira que en este país nadie se da cuenta de lo que significa esta palabra, ni el gobierno, ni ideales grandes, ni... en fin, no quiero tener ese mal rato. Vete.

Y abriendo sus alitas de mariposa salió volando para otra parte. Posóse sobre un techo de vidrio, debajo del cual se veían grandes luces. Era un salón riquísimo donde muchos hombres hacían un espectáculo tanto o más interesante que el otro. Era una pantomima con alguno que otro vocablo entre medio. Era la *comedia del honor*. El diablillo se puso a mirar aquello con tamaños ojos abiertos, sin comprender al principio lo que veía; pero las pantomimas, mal que bien, se entienden siempre, y he aquí lo que debajo del iluminado techo sucedía:

Señores de luciente frac y apuesta servidumbre recibían allí los honores de la grandeza, de la parte de una multitud de zánganos, de los que abundan alrededor de los ricos, y les hacían hondas reverencias y les limpiaban los botines y les acomodaban las sillas, y les abrían paso formándose en hileras para bañarlos en el torrente de sus frases lisonjeras. El diablillo diminuto lo sabe todo y ya me dijo que esos señorones habían sido de los que en lenguaje social se llaman hombres hábiles, inteligentes, de esos que en el poder no pierden el tiempo, y haciendo bien a la patria, sacan talegas y más talegas, con las cuales se erigen palacios, y cierran la boca a los émulos delatores. ¡Y era verdad todo eso! Mi demonio me miente, sin duda, porque no he de creer jamás que los llamados ladrones por el diccionario (yo creo en el diccionario porque soy un inocente) sean los que reciban honores, cuando he visto muchos de los llamados hombres de bien, pobres, trabajosos y llenos de fatigas, arrastrar la maldición social, porque cuando la envidia, la avaricia rabiosa e impotente les acusaron de... aquello mismo, ellos se callaron, entregando al tiempo, a la justicia, a la historia el fallo solemne; y esos tales no tienen hogar, ni amigos, ni honores, porque después de haber dado su fortuna, su sangre y su inteligencia por la patria, se quedaron a mendigar aque-

llo mismo que los bribones derrochan en trenes esplendurosos y en insolentes festines. Luego ví que mi curiosillo se agitaba mirando hacia adentro, como si ocurriese algún grave desorden. Sí, pues, era eso, era que uno de los del concurso dijo de dónde provenía esa riqueza.

¡Más bien no lo dijera el infeliz! Todos los cortesanos desnudaron sus puños para arremeter sobre el maldiciente, quien hubo de escapar a brincos por las escaleras, salvándose por milagro de los puntapiés que le tiraban los lacayos de librea dorada y blancas medias hasta la rodilla, apostados en las galerías. —“¿No habéis visto al insolente, al atrevido, al loco? Atreverse a dudar del honor del señor X, la persona honorable por excelencia y cargada de servicios” — era lo que decían los ademanes de todos allá dentro; y en breve el *sarao*, como decían en los tiempos de la Independencia, continuó a toda y rimbombante orquesta.

Mi *Demon thought*, pensativo, con un dedito puesto en la mejilla microscópica, se puso a reflexionar, él, sí, señores, sobre el honor.

—Vean lo que es el mundo —me decía—, un Carnaval, es decir, un disfraz continuo; porque en todo lo que llevo vivido (porque yo he vivido mucho antes de que tú nacieras), he visto siempre la misma cosa. Y vienen y se van los tiempos de regeneración y de justicia, y las mismas comedias, pantomimas, pasillos y *vaudevilles* se representan con permiso de la autoridad. Dime, ¿no estaremos siendo víctimas de un vahido de alucinación mental? ¿No habrá cambiado el universo de epidermis, y lo que vemos como cosa conocida, no será lo del otro lado, lo de adentro de la corteza terrestre? ¿No será que habremos pasado algunos siglos durmiendo como los siete de la leyenda, y hemos despertado cuando la humanidad ha cambiado de moral, de religión, de principios políticos, por alguna otra re-dención? ¿No habremos pasado ya la revolución del Antecristo? Todo lo que veo me lo hace sospechar y empiezo a tener miedo de la vida, de la vida a la cual estoy condenado

dentro de tu cuerpo. ¡Ay! Créeme que después de esta horrible comedia del honor, me han venido unos deseos irresistibles de abandonarte para siempre, e ir a soldarme en la masa etérea, inconstancial de donde salimos los espíritus para cada uno de los mortales nacidos de mujer.

—No, diablillo mío, no desfallezcas; a los seres espirituales, como tú, les está mandado por el Gran Espíritu ser fuertes, invencibles contra las adversidades. ¿Qué sería de mí, si tú desfallecieras? No me abandones todavía. ¿Quién sabe si yo mismo no te invite después...?

—Bueno, no te enfades; sea como quieras, y sigamos la *gira*, porque aún nos quedan muy buenas cosas por ver. Sin movernos de aquí, y sin necesidad de ir a asomarme a ningún *interior* de la ciudad, puedo decirte algo sobre lo que yo llamaré la *comedia del amor* (y al hablar de comedia, digo máscara, como en el sentido griego). Como yo vivo en tu cabeza, nada sé de tu corazón, pero así, de vecindad, he podido aprender mucho, lo mismo que cuando vivía en los otros cuerpos, pues soy un trasmigrado, como muchos de tus semejantes lo son de una tierra a otra tierra. El amor es fuente perenne de farsas, sainetes, comedias, tragi-comedias y tragedias, porque es lo menos conocido del hombre, siendo la pasión que más lo esclaviza y lo domina. He visto siempre en el carnaval de la vida al amor siendo el todo, jugando con los hombres como con sus muñecas los niños, porque los ciega, los ablanda, los ridiculiza, los transforma a su capricho en lo que se le da la gana. Por eso verás, si profundizas, tanto nudo mal atado, tanta esperanza fallida, tanto ente burlado por el travieso rapaz (según el dicho de otra época), esto es, tanto matrimonio desencuadrado apenas llegó la ocasión de ocuparse de la prosa, vulgo herencia, parte dotal, etc., porque el amor no siempre es fluído puro y simple.

¡Y en estos tiempos contemporáneos! ¿Dónde crees tú encontrar el verdadero, el ingenuo, el de buena fe, ese que se entrega por cualquier palabra sentida, por cualquier gracia o virtud ingénitas? ¡Oh! son muy contados los que lo

conocen a ese amor verdadero; y si lo conocieran en la pubertad, en la edad de las brillantes inocencias, no falta un soplo mundano que se los evapora, se los desvanece, se los arrebatada, poniéndoles en su lugar una rara y deforme alimaña, como en los “cuentos de mi abuela”, la partera bruja que cambió el hijo de la princesa por un sapo. Como mi asiento principal es la cabeza, lo repito, he visto en el amor *moderno* dos cosas que me hacen creer en el cambio total de este sentimiento en la humanidad. Es la primera el cálculo de lo que ese amor, —aplicado a labrar un corazón de mujer, como se labra la tierra para sembrar papas,— puede producir al agente, y ¡cosa rara! son estas combinaciones las que se llevan a cabo con mucha mayor frecuencia en el mercado o bolsa de los corazones del día. La segunda cosa, y no te ruborices... dime, tú eras naturalista?, es el sensualismo, el apetito de las formas, la sed del placer material, a lo cual se presta divinamente eso que se llama cultura alcanzada, y eso otro, innato en vuestra naturaleza, que llamaré pasión de ostentar la belleza física por medio de los trajes imitadores de la desnudez.

¿Crees que yo no veo esas espléndidas mujeres vestidas como las estatuas, en las cuales el manto de piedra sigue las ondulaciones de la curva, revelando por la transparencia lo que mal esconde? Yo no te quiero esconder mis sentimientos, por eso he de decirte que el amor está muy cerca de ser la explicación de la decadencia de todos tus semejantes, porque con la sensualidad estimulada de mil maneras, y con el dinero procurado o buscado de otras mil, para conquistar el placer, ya no vais dejando en vuestra deleznable máquina corporal sitio alguno para nosotros, para los espíritus que os iluminamos, os inspiramos las grandes acciones, y, recuérdalo bien, que os dan el título de hombres y el señorío de la creación. ¿A que en estos días de desahogo y de válvulas abiertas va a ser el amor quien más divierta y ocupe a las gentes, el amor en todas sus formas y deformidades, con todas sus provocaciones y sus llamadas sigilosas y astutas? ¡Ah! tú lo verás, y

cuando hayas descansado de los bailes, cuando las vigili-
as intranquilas pasen y el *rum rum* de la ronda y el cascabeleo
de las comparsas se apague en tus oídos, volverás a lla-
marme y entonces ajustaremos cuentas... Bueno, bueno, yo
no quiero entristecerte, ni hacerte oír sermones de cua-
resma, ni de reforma en día de Carnaval. Ve y diviértete,
y si quieres puedo traerte un disfraz de enamorado, por si
es el que buscas.

—No, no; francamente, tu discurso sobre el amor me
ha hecho dar miedo, diablillo entremetido. ¿Quién te ha
dicho que has de introducirte en terreno tan profundo, ahora,
cuando estamos de fiesta y cuando todos los temores graves
son echados a paseo? ¡Buen humor el tuyo! Pero, vamos,
no me gusta la máscara del amor... Dame otra, cualquiera,
la que se te ocurra... Ya veo que ni para este inocente ca-
pricho he de salir con mi gusto. Siempre me has contrariado
en todas mis inclinaciones espontáneas, con disertaciones in-
terminables. De hoy en adelante te llamaré Diablo predica-
dor, sermonero, moralista intempestivo...

—No te alteres, señor, porque tú mismo me tuviste siem-
pre metido, enfrascado como el Hidalgo de la Mancha, en
libros serios, nutridos, secos, y ahora te arrepientes...
¡Vaya con la lógica...!

—Es que el corazón también tiene sus derechos, y alguna
vez ha de imperar sobre mis acciones!

—¡Tu corazón! ¿Estás soñando? Ha tiempo que me in-
vitaste a su entierro. Y... ¡los muertos no resucitan!

¡Revelación increíble, inesperada! He ahí la solución de
mi problema. ¡Ya tengo mi careta! Vean ustedes cómo es útil
alguna vez hablar a solas con esos demonios íntimos que
habitan nuestro cerebro. Suelen decirnos cosas amargas, dis-
putan a brazo partido con las demás facultades, pero acaban
siempre venciendo. ¡Vaya una gracia! Como que están en
el secreto de todo lo que pasa en nuestro mundo interior y
son los cronistas de toda nuestra vida psíquica!

No hay más sino que ese raciocinio me da la solución. He buscado por todas las capas sociales la verdad; he asistido a todas las comedias con que se festeja el Carnaval y se rinde culto a la locura y a la ridiculez humanas; he divagado largamente por arduos problemas filosóficos y sociales, antiguos y contemporáneos, sin hallar más que *representación*, telones alzados, nombres distintos de los consagrados por la razón y la lógica a todas las cosas, “palabras, palabras y más palabras”, como dijo Hamlet, la verdad con antifaz de mentira, y viceversa, de modo que siempre tomé la una por la otra; he descendido a muchas oscuridades e intimidades de otras almas sin hallar nada, ningún elemento para hacerme un disfraz original, el que yo deseaba, o sea uno que me representase a mí mismo; he ido por todas las tiendas, por todos los escaparates donde hay muestras de dominós caprichosos para todos los gustos, y... ¡nada! Me quedo con mi idea. Saldré en el corso disfrazado de mí mismo.

Febrero 5 de 1893.

INDICE

INDICE

CUENTOS . . .

	Pág.
<i>Joaquín V. González</i> , por Juan Cancio	9
I. Mauricio	13
II. Los fuegos de San Juan	29
III. Cora	37
IV. Mi primera biblioteca	47
V. El niño de cera	57
VI. El festín de D. Baltasar	63
VII. Los reyes de mi casa	77
VIII. Navidad	83
IX. El sol poniente	91
X. El cuervo	99
XI. El sol de Mayo	107
XII. Un justo	117
XIII. En la ciudad de los templos	123

HISTORIAS

PRIMERA PARTE

EL SEÑOR DEL AGUA

<i>Carta-prólogo del doctor D. Carlos Berg</i>	147
--	-----

LIBRO PRIMERO

La naturaleza

I.—El escenario	159
II.—El personaje	161
III.—Voces y cantos	165
IV.—Música nocturna	168
V.—Ciencia del pueblo	173

LIBRO SEGUNDO

La leyenda

	Pág.
VI.—Sueño de fecundidad	181
VII.—Batracofidiomaquia	187
VIII.—En el desastre	192
IX.—La gota de agua	197
X.—La profecía de Kúntur	201

SEGUNDA PARTE

HISTORIAS

Una historia de violetas	207
La selva de los reptiles	221
La maestra de palotes	233
Amistad de artista	243
La canción de la primavera	253
La sonata de la luna	267
<i>Flores de ideal.</i>	
I.—Las ausentes	277
II.—Victoria Regia	281
Payasos y niños	285
El patrono del Huaco	291
El diario de un misántropo	299
<i>Portadas.</i>	
I.—La guerra	309
II.—Flores nativas	310
III.—Del álbum de un ausente	312

INTERMEZZO

PRIMERA PARTE

UNA ÉPOCA DE HISTORIA LITERARIA ARGENTINA

I.—LA VIDA LITERARIA ARGENTINA	321
II.—UN AÑO DE HISTORIA LITERARIA ARGENTINA.	
I. La literatura y el arte	331
II. Naturaleza del medio	333

	Pág.
III. Nuestra historia literaria	339
IV. El periodismo y la literatura	344
V. La literatura jurídica	351
VI. La historia y los historiadores	357
VII. Libros del año	360
VIII. La oratoria. Un nuevo orador sagrado	362
IX. La crítica. La novela. La poesía	364

SEGUNDA PARTE

AUTORES Y SUS LIBROS AMIGOS

III.—LENGUAS INDÍGENAS DE AMÉRICA.	
El quichua. — Gramática y crestomatía. <i>Ollantay</i>	377
IV.—EL GENERAL JOSÉ IGNACIO GARMENDIA, HISTORIADOR MILITAR.	
A propósito de su libro <i>Campaña de Humaitá</i> , 1901	385
V.—UNA NUEVA BIOGRAFÍA DE SARMIENTO.	
Dos palabras de introducción a <i>Domingo Faustino Sarmiento y su obra</i> , por Carmelo B. Valdés, 1913	395
VI.—EL DR. EDUARDO L. HOLMBERG.	
Palabras de introducción a su novela <i>Nelly</i> , 1896	401
VII.—“AROMAS DE ORIENTE”.	
Carta-prólogo al autor, Presbítero Dr. Abel Bazán, Obispo del Paraná, 1905	407
VIII.—RAFAEL OBLIGADO.	
I.—Los poemas	413
II.—Los horneros	415
IX.—“ESPEJISMOS”, de Diego Fernández Espiro	421

TERCERA PARTE

NOVELA Y TEATRO

X.—“MANDINGA”, de Enrique E. Rivarola	425
XI.—“APARIENCIAS”, de Federico Gamboa	433

	Pág.
XII.—“REALIDAD”, drama en cinco actos y en prosa de don Benito Pérez Galdós	465
XIII.—“EL HIJO DE DON JUAN”, drama de don José Echegaray	471
XIV.—DOÑA MARÍA TUBAU	481
XV.—“LA VERBENA DE LA PALOMA”, de Ricardo de la Vega	491

CUARTA PARTE

CHARLA MUY CONFIDENCIAL

XVI.—ASTROS ERRANTES	501
XVII.—MALEFICIOS Y CONJUROS. — LA <i>Stauntonia latifolia</i>	511
XVIII.—UNA FAZ DE LA LOCURA	519
XIX.—COSTUMBRES VERANIEGAS	527
XX.—OCIOS FEMENINOS	533
XXI.—FACES Y DISFRACES. A SOLAS CON MI DEMONIO	539

